



GRAND PLACE

PENSAMIENTO Y CULTURA
PENTSAMENDUA ETA KULTURA

Socialdemocracia y
Estado de Bienestar

Sozialdemokrazia eta
Ongizate-Estatua



GRAND PLACE

PENSAMIENTO Y CULTURA
PENTSAMENDUA ETA KULTURA

8 zk.

2017 abendua



MARIO
ONAINDIA
FUNDAZIOA

Eusko Jaurlearitzako Hezkuntza eta Kultura Sailaren laguntza izan du aldizkari honek
VITAL KUTXAren laguntza du aldizkari honek.

Laguntzailea: Ramón Rubial Fundazioa



Grand Place

Mario Onaindia Fundazioaren aldizkaria / Revista de la Fundación Mario Onaindia

Zuzendaria/Director:

Felipe Juaristi

Erredakzio Kontseilua / Consejo de Redacción:

Luisa Etxenike, Iván Igartua, Belen Altuna, Fernando Golvano, Jon Sudupe, Jakes Agirrezabal,
Gaizka Fernández Soldevilla, Eduardo García, Alberto López Basaguren, Antonio Rivera

Harremanetarako e-maila / e-mail de contacto

felipejuaristigaldos@gmail.com

Azala / Portada:

Josean Legorburu

Barneko irudiak / Ilustraciones:

Jose Ibarrola, Jose Antonio Legorburu, Maria Jose Legorburu

Argazkiak / Fotografías:

Jesús Alonso Barballés, Mikel Mtz. de Trespuentes

Eloisa del Pinok koordinatu du zenbaki hau / Elosa del Pino ha coordinado este número

Mario Onaindia Fundazioaren Helbidea / Dirección

Zuberoa kalea, 24 20800 Zarautz

© Artikulugileek, testuena / De los textos, los colaboradores

© Jose Ibarrolak, Jose Antonio Legorburuk, Maria Jose Legorburuk, irudiena

© Jesús Alonso Barballés, Mikel Mtz. de Trespuentes, argazkiena

ISSN: 2386 - 429X

Legezko Gordailua: SS - 992/2014

Harpidetza / Suscripción

info@marioonaindiafundazioa.org

Maketazio eta inprenta lanak / Maquetación e impresión

Itxaropena, S.A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

itxaropena@itxaropena.net

GRAND PLACE

PENSAMIENTO Y CULTURA
PENTSAMENDUA ETA KULTURA

SUMARIO / AURKIBIDEA

EDITORIAL / EDITORIALA	7
NORTE / IPARRA	
La Socialdemocracia y el desafío del Bienestar <i>ELOÍSA DEL PINO</i>	11
La socialdemocracia ante el reto de la desigualdad: vinos nuevos, odres viejos <i>PAU MARÍ-KLOSE</i>	25
Socialdemocracia y ciudadanos: ¿nos atrevemos a más justicia social? <i>PATRICK DIAMOND</i>	37
Inmigración y diversidad étnica, retos clave para la socialdemocracia <i>FRANCISCO JAVIER MORENO FUENTES</i>	49
Socialdemocracia, Estado de Bienestar y eficiencia económica <i>FRANCISCO BLANCO ÁNGEL</i>	63
Políticas de empleo en clave socialdemócrata <i>MARÍA LUZ RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ</i>	73
La garantía de ingresos en la agenda socialdemócrata <i>BORJA BARRAGUÉ</i>	85
En defensa del Estado de Bienestar <i>PATXI LÓPEZ</i>	97
OESTE / MENDEBALDEA	
Izquierdas vascas. Repaso acelerado a una dilatada trayectoria <i>ANTONIO RIVERA</i>	111
El relato de la violencia en el País Vasco a través de la música <i>DAVID MOTA ZURDO</i>	127
Del 1 al 10 de octubre: de la consulta ilegal a la proclamación de la República Catalana <i>LUIS ROCA JUSMET</i>	143
Gernika, de ciudad mártir a símbolo de la paz: treinta años de conmemoraciones del bombardeo, 1987-2017 <i>JESÚS ALONSO CARBALLÉS</i>	151
Premio Mario Onaindia a Joseba Arregi <i>ANDONI UNZALU</i>	165

ESTE / EKIALDEA

Poemas de Martín Mena

MARTÍN MENA 175

Poetas en San Sebastián

FELIPE JUARISTI 177

Poemas

JORGE G. ARANGUREN 179

SUR / HEGOA

El fantasma de Zorroaga

MIGUEL ANGEL UNANUA 185

Munstro maitagarria vs. sozialismoa

JON SUDUPE 193

Otoño del 59. Los "primeros pinitos" de ETA

GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA 197

¿Por qué menos niñas que niños deciden dedicarse a la ciencia y la ingeniería?

LOURDES DOMÍNGUEZ CARRASCOSA, TERESA SANTOS CAÑAS 209

ENTREVISTA A MARTA MACHO STADLER

LOURDES DOMÍNGUEZ CARRASCOSA, TERESA SANTOS CAÑAS 212

COLABORADORES / PARTE HARTU DUTE..... 221

EDITORIAL / EDITORIALA

Como un fantasma surgido del pasado, hoy recorre Europa el del “neoliberalismo”, palabra que concita todos los temores, además de canalizar todos los deseos de las élites que dominan el continente. Ese fantasma alejó de sí el preconizado por Karl Marx en el *Manifiesto Comunista* de 1848, en una Europa convulsa, dolida e insurgente, pero llena de esperanza. Sin embargo, hasta hace poco, Europa fue el paraíso de la socialdemocracia, hasta tal punto que incluso los partidos de derechas adoptaron puntos de vista y programas en el terreno económico claramente socialdemócratas. ¿Qué ha pasado?

¿En qué ha fallado la socialdemocracia? Quizás no sea fácil analizar y responder a la pregunta. ¿Ha muerto de “éxito”, como indican algunos analistas, al constatar que la defensa del Estado Social de Derecho es patrocinado por gobiernos presidido por partidos no socialdemócratas? ¿Cuáles son los retos actuales de la socialdemocracia?

Trataremos de responder en este número a dichas preguntas.

Iraganetik sortutako mamutzar bat balitz bezala, badabil Europako punta batetik bestera “neoliberalismo”arena. Hitz berak izu guztiak biltzen ditu eta, era berean, kontinentea mendean hartua duten indar eta eliteen ezkutuko desirak erakartzen. Karl Marxek 1848. urtean, *Manifestu Komunista* idatzitakoan, Europa iraultzaile, ikara eta oinazeak jotakoan barrena iragarri zuen mamutzar hura aspaldi galdu zen. Hala ere, duela gutxi arte, Europa sozialdemokraziaren paradisuua izan da. Eskuineko alderdiek (betidanik eskuinekoek ere bai) ekonomia-aren arloan programa eta ikuspuntu sozialdemokratak onartu zituzten Zer gertatu da?

Beharbada ez da erraza izango “Zertan huts egin du sozialdemokraziak?” galderari erantzutea. “Arrakasta”gatik hil ote da?, aditu batzuek baieztatzen duten moduan, ikusirik Eskubi-dearen Estatu Sozialaren defentsa eta babesia sozialdemokratak ez diren alderdien esku da-goela. Zein dira sozialdemokraziaren erronka berriak?

Saiatuko gara zenbaki honetan galdera horiei erantzuna ematen.

NORTE IPARRA



Weg



LA SOCIALDEMOCRACIA Y EL DESAFÍO DEL BIENESTAR

ELOÍSA DEL PINO

En síntesis, el mensaje de este artículo y de los que le acompañan en este número de *Grand Place* es que el Estado de Bienestar no ha envejecido bien y, por ello, ya no contribuye tanto como lo hacía en su etapa de consolidación a asegurar la libertad e igualdad política y económica de millones de personas. Estos objetivos que, dados los tiempos que corren, no son ni mucho menos insignificantes en la actualidad, han formado parte del ideario de la socialdemocracia, que ha sido tradicionalmente la principal valedora del Estado de Bienestar y si desea seguir defendiéndolos tiene la responsabilidad de adaptar el sistema a los nuevos desafíos que presenta.

¿Es exagerado decir que el Estado de Bienestar no ha envejecido bien? El Estado de Bienestar ha amortiguado el impacto de la crisis pero no ha conseguido neutralizarlo. Alguien quizá pensará que esto sería pedirle demasiado, y es posible que tenga razón porque la dimensión y duración de la crisis no han sido sólo formidables sino también inesperadas. Sin embargo, tampoco antes de la crisis, y a pesar de los años de crecimiento económico, el Estado de Bienestar estaba funcionando del mejor modo posible, como demuestra la evolución de algunos in-

dicadores sobre la precariedad laboral, la desigualdad o la pobreza. El argumento que sostenemos en este número de *Grand Place*, y en este artículo en concreto, es que las insuficiencias del Estado de Bienestar, que existían incluso antes de la crisis y de los recortes, se deben, en parte, a que el mundo ha cambiado, mucho, ya no es el que era, y a que el esfuerzo que se ha realizado en España, aunque también globalmente, por adaptar el Estado de Bienestar, ha sido, debido a diversas razones, tardío o no del todo acertado.

Entre el periodo posterior a la segunda guerra mundial y 1986, los gobiernos socialdemócratas lideraron la puesta en marcha de las políticas redistributivas que contribuyeron al descenso sostenido de la desigualdad (Stephens, 2015). Aunque para una parte de la izquierda, no sólo la izquierda populista, este esfuerzo nunca fue suficiente, porque no logró domesticar al capitalismo o sólo lo hizo temporalmente, para la socialdemocracia, el éxito del Estado de Bienestar consistió precisamente en que logró demostrar que, mediante la intervención del Estado, la eficiencia económica y justicia social eran compatibles. Sin embargo, la irrupción de la crisis que comenzó en 2007

ha probado que, en algún momento, la socialdemocracia dejó de ser lo suficientemente diligente mientras estuvo en el poder y no preparó al sistema para evitar o al menos soportar el cambio de ciclo económico, de modo que pudiera mantenerse la estabilidad económica, una adecuada protección de los ciudadanos y, con ello, y no menos importante, la estabilidad política.

Todavía no contamos con análisis que, al menos por parte de la izquierda, logren un consenso amplio sobre cuáles han sido las razones del supuesto fracaso de los gobiernos socialdemócratas en relación con lo que debería haberse hecho para evitar la crisis o atenuar sus efectos. Para algunos, el Estado de Bienestar no se ha modernizado lo suficiente y sigue apostando por costosas y viejas políticas que, en el mejor de los casos, no protegen lo suficiente a determinados colectivos y, en la peor de las situaciones, llegan incluso a redistribuir en sentido contrario al que deberían hacerlo, produciéndose así el conocido como Efecto Mateo.

Para otros, la principal propuesta modernizadora del Estado de Bienestar, la llamada Tercera Vía, que comenzó a aplicarse durante los años noventa en países que partían de modelos de bienestar tan diferentes como Dinamarca, Alemania, Estados Unidos o el Reino Unido, estaría en el origen de muchos de los males de la socialdemocracia y del Estado de Bienestar actual. Algunos estudios recientes han demostrado con bastante contundencia que el castigo electoral a la socialdemocracia en algunos países fue una consecuencia directa de la adopción de políticas típicas de la Tercera Vía (Arndt, 2013, entre otros). Desde un punto de vista más sustantivo, la principal acusación dirigida contra la Tercera Vía ha

sido la de asumir acríticamente el marco de referencia del neoliberalismo, según el cual es importante dejar un espacio amplio de libertad al mercado y a la iniciativa privada, puesto que ello conduce a la innovación y ésta al bienestar. Ello habría llevado a desregular excesivamente el funcionamiento del mercado, a confiar demasiado en los beneficios de la globalización y la apertura económica, a otorgar una inmoderada importancia a las políticas del lado de la demanda frente a las políticas compensatorias y a conceder imprudente relevancia a la responsabilidad individual como factor determinante de los riesgos vitales de las personas

La Tercera Vía empezó a acusar las críticas más agrias cuando la crisis asomó por el horizonte y esto descolocó a gran parte de la socialdemocracia europea. Por un lado, la Tercera Vía había demostrado sus insuficiencias; por otro, el regreso a los programas del Estado de Bienestar tradicional sin retoque alguno no parece una opción posible ni recomendable para un mundo que ya no es el que era. Una vez más, como puede comprobarse en un repaso a los textos que configuran su historia intelectual desde Bernstein o Crossland, la socialdemocracia tiene más claros sus fines que los medios para conseguirlos.

Cualquier proyecto político que quiera tener un porvenir tiene que poder convencer a la mayoría social de que el destino no está escrito y de que un futuro mejor es concebible y realizable. Para conseguir todo ello, ha de partir de un diagnóstico realista de la situación y una estrategia de acción orientada a lograr los objetivos que desea. En las páginas que siguen en este número de Grand Place no se aspira a presentar un diagnóstico comprehensivo de la situación del Estado

de Bienestar, ni mucho menos a señalar cuál deba ser el camino de la socialdemocracia, pero sí se discuten algunos elementos que están presentes en los debates académicos y de algunos actores políticos españoles y extranjeros sobre estos temas.

El Estado de Bienestar no ha envejecido bien

La mayor parte de los artículos que se incluyen en este número especial contienen un diagnóstico de los problemas del Estado de Bienestar en Europa y en ocasiones se refieren particularmente al caso de España. Los cambios políticos y socioeconómicos que desafían la eficacia del Estado de Bienestar podrían clasificarse en cuatro grupos, todos interrelacionados.

En primer lugar, la socialdemocracia europea sigue sin saber cómo responder a la globalización, la cual ha afectado de diversas maneras al Estado de Bienestar. Aunque la globalización ha permitido incorporar a millones de personas a la economía en el resto del planeta y también ha generado nuevas oportunidades económicas para los países desarrollados, lo cierto es que en estos últimos países se ha incrementado la vulnerabilidad de ciertos colectivos que antes se sentían razonablemente a salvo. La nueva división internacional del trabajo ha ocasionado la transferencia de buena parte de la actividad manufacturera a los países en vías de desarrollo, afectando a algunas de las economías occidentales, especialmente a las que padecen una menor capacidad de innovación y de añadir valor a productos que ahora pueden fabricarse en otros lugares del planeta de forma más económica, al prescindir de una parte importante de los dere-

chos y costes sociales de sus trabajadores.

Por un lado, ello ha ocasionado que el sector industrial haya disminuido de forma notable, mientras que se incrementa la importancia económica del sector de los servicios en el que, interesa destacarlo, los trabajadores están peor organizados, tienen menos conciencia de clase y, muchas veces, tienen empleos de baja calidad, temporales o a tiempo parcial, y carreras laborales inestables que no logran generar los suficientes derechos sociales para estar bien protegidos en épocas de desempleo, además de no haber conseguido formarse bien dentro de las empresas. Frente a un 20% de empleados en el sector industrial en el pasado, el porcentaje actual se sitúa entre el 10 y 15%, mientras que en los servicios trabajan ya entre un 50 y 70% de los empleados (Boix, 2015).

Por otro lado, tanto la necesidad de las empresas de competir, como la crisis iniciada en 2007, han supuesto una presión añadida para las haciendas públicas. Aunque ciertas empresas, especialmente en algunos países, son conscientes de las ventajas de contar con un sistema de protección social que pueda estabilizar la economía en etapas de crisis y contribuya a mejorar la eficacia del mercado de trabajo, otras, sin embargo, reclaman un abaratamiento de los costes del empleo, una mayor flexibilidad laboral y la reducción de las prestaciones sociales, que consideran una rémora para la competitividad. Al mismo tiempo, el aumento del desempleo supone un mayor gasto en prestaciones, precisamente cuando es más difícil incrementar la presión fiscal, no sólo debido a que la crisis afecta más a las pequeñas y medianas empresas, sino también por las oportunidades de elusión fiscal que todavía ofrece una economía

global y que favorece especialmente a las empresas más ricas, las multinacionales.

En algunos de estos países como España, diversos factores como las características del sistema productivo, las instituciones laborales o la propia cultura empresarial en relación con la temporalidad, facilitan la pervivencia del problema de la dualización. En el caso de la Europa continental y mediterránea, el porcentaje de *outsiders* sobrepasa el 40% de los trabajadores (frente a aquellos que tienen una carrera laboral larga y estable, los *insiders*, que están bien protegidos por el sistema), siendo muchos de ellos mujeres, inmigrantes y jóvenes que se ven afectados en los periodos de crisis al ser los primeros en perder sus empleos, pero que también sufren muchas carencias en periodos de bonanza. Aunque en el último trimestre de 2017, el desempleo en la Unión Europea ha disminuido hasta algo menos del 8%, entre los jóvenes sobrepasa el 19% (España dobla estas dos cifras). Además, los trabajadores pobres alcanzan cerca del 9% de los empleados (en España algo más del 14), y mientras que, por ejemplo, menos de un 10% de los austriacos están involuntariamente en un trabajo a tiempo parcial o temporal, el porcentaje sobrepasa el 20 en el resto de los países de la UE y alcanza al 90% de los españoles. A todo ello, habrá que sumar el todavía incierto pero, sin duda, importante efecto de la robotización y digitalización de la economía sobre las relaciones laborales.

En segundo lugar, los problemas relacionados con Estado de Bienestar son difíciles de abordar en un mundo donde la soberanía financiera y, más en general, regulatoria está compartida con otros actores. Esto último no significa que se puede eximir a

los Estados de toda la culpa por los excesos desregulatorios y por una apuesta en favor del mercado que, muchas veces, aunque nos encontremos en un mundo globalizado y muy competitivo, ha sido, más que un ejercicio razonable de modernización basado en la evidencia científica, un acto de fe y de estereotipos sobre los supuestos beneficios de un mercado desregulado que es capaz de autorregularse. Un ejercicio tan negativo como puede serlo creer o asumir lo contrario.

Como sugiere Rodrik, es posible que la globalización haya sido relativamente exitosa en los países en desarrollo, en parte porque sus Estados han controlado el efecto de la apertura económica. En los países desarrollados, en concreto, los pertenecientes a la UE hay que reconocer que se ha perdido buena parte de la soberanía estatal y, esto, en alguna medida, es negativo para el Estado de Bienestar. Quizá haya sido Rodrik quien más nitidamente haya planteado la cuestión en *La paradoja de la globalización*, al subrayar el conflicto existente entre las democracias nacionales y su subordinación a la falsa asepsia tecnocrática de organismos supranacionales. En el caso de los países de la UE, el proceso comenzó en 1986 con el Acta Única Europea y continuó con la creación de la Unión Monetaria, debido a las condiciones impuestas a los Estados en el Tratado de Maastricht. Las normas sobre el déficit y la deuda y las reglas fiscales y monetarias impuestas limitaron la capacidad de reacción de los gobiernos nacionales frente a las crisis al tener que optar entre la depreciación salarial o la rebaja de las prestaciones sociales o ambas cosas (Degrise, 2012). El margen de maniobra se ha estrechado aún más durante la Gran Recesión al imponerse el paradigma de la auste-

ridad expansiva, aplicado con especial rigor en los países del sur de Europa a través de programas de condicionalidad en los que los Estados de Bienestar, las políticas sociales, han sido considerados como las principales variables de ajuste (Petmesidou y Guillén, 2015). Como veremos, quizá alertado por el creciente descontento social, que siempre ha sido uno de los principales motores de impulso social en la UE, el Parlamento Europeo ha comenzado a trabajar sobre el desarrollo de un Pilar Europeo de Derechos sociales, que no se sabe aún lo que puede dar de sí.

En tercer lugar, la mayoría de los Estados de Bienestar experimentan tensiones relacionadas con diferentes cambios demográficos y sociales para los que las viejas políticas no están preparadas. Uno de los cambios más importantes en el caso de la UE es el acelerado envejecimiento, derivado de una creciente esperanza de vida y una tasa de fecundidad baja. Este problema supone una sobrecarga de sistemas como el de pensiones y ha sido atendido con distinta intensidad y acierto según los países. En algunos países han intentado revertir el envejecimiento con una apuesta muy decidida por políticas de género, infancia y apoyo a los jóvenes para que tengan la posibilidad de crear sus propias familias, o han afrontado el problema de las pensiones repensando algunas prestaciones con poco sentido en el contexto actual o las fuentes de financiación de la mismas. En otros Estados, el debate se limita, o bien a políticas de familia que a veces pueden tener un sesgo conservador al reproducir desigualdades de género, o bien en ver cómo se pueden recortar las pensiones en diferido; es decir, cómo, tratando de evitar el castigo electoral, se ataja el creciente gasto en pensiones de modo que los pensionistas de

hoy no se vean afectados por los recortes que sí afectarán sustantivamente a los pensionistas del mañana. Un posicionamiento claro en este debate es una asignatura pendiente para los partidos socialdemócratas. De igual modo, aunque los principales retos económicos que afronta el sistema sanitario se derivan de la incorporación de las nuevas tecnologías y nuevas terapias, el envejecimiento también supone un desafío para este sistema que en los países desarrollados supone una inversión de alrededor del 7% del PIB y nuevamente aquí el reto para la socialdemocracia va más allá de apostar por el simple incremento del gasto.

Otro cambio social de una importancia capital, especialmente en el sur de Europa, afecta al papel que ha sido desempeñado por las mujeres. La familia ha sido tradicionalmente la principal encargada del bienestar en la Europa mediterránea. El varón era el sustentador principal que ganaba un salario y su participación en el mercado de trabajo garantizaba que todos los miembros del hogar tuvieran derecho a la protección social. La mujer, como ama de casa y sin remuneración alguna, era el pilar fundamental de sistema de cuidados. Su incorporación al mercado laboral y el reconocimiento de sus derechos han generado nuevas necesidades de conciliación de la vida familiar y laboral que no siempre han sido atendidas incorporando a los varones a las tareas de cuidado. Al contrario, en ocasiones se ha respondido a este reto sobrecargando a las mujeres o incorporando a terceros (muchas veces mujeres inmigrantes mal protegidas por el sistema) a la ecuación de los cuidados. Junto a estos cambios, el surgimiento de nuevas formas de maternidad o paternidad y de familias también desafían un sistema de

protección social pensado para un contexto tradicional (Bonoli y Natali, 2012).

En cuarto lugar, no es un reto menor la sostenibilidad política, económica y moral del Estado de Bienestar. Hace apenas un año, una diputada del partido laborista británico interrogada acerca de si se arrepentía de no haber hecho algo más en el periodo durante el cual su partido gobernó en el Reino Unido, contestó tres cosas: no haber difundido un mensaje más positivo sobre la inmigración, no haber luchado contra el discurso que la derecha había tratado de imponer relacionando las causas de la pobreza con la responsabilidad individual y no haber explicado mejor sus ideas sobre cuál debía ser el papel del Estado en la economía. Claramente, estos tres temas son importantes desafíos para la socialdemocracia. Sin embargo, la razón por la que en este número monográfico de Grand Place se ha dedicado un artículo, el de Patrick Diamond, a la relación entre Estado de Bienestar y la opinión pública, es porque pienso que lo que en el fondo esta diputada sugería era que uno de los principales retos relacionados con el Estado de Bienestar al que la socialdemocracia tiene que atender es el de convencer a una parte de la opinión pública, desafecta con el Estado de Bienestar, de que éste sigue siendo necesario y que puede ser más eficaz de lo que ya ha sido hasta ahora. Pero, al mismo tiempo, también es necesario convencer a otra parte de la opinión pública de que el Estado de Bienestar tradicional debe repensarse y eso puede suponer cambios susceptibles de afectarles en forma de rebajas en determinadas prestaciones para favorecer a colectivos que ahora se encuentran en situación de especial necesidad, como la infancia o los jóvenes, o de un incremento de la

presión fiscal. En el nuevo contexto subir los impuestos a los ricos no es suficiente, ya que entre otras cosas no es lo mismo subirlos que recaudarlos.

Algunos estudios demoscópicos recientes han encontrado fisuras en el tradicionalmente sólido apoyo de los ciudadanos occidentales al mantenimiento de un generoso sistema de protección social. Aunque, como demuestran los datos, la ciudadanía es consciente de la necesidad de pagar impuestos para sostener el Estado de Bienestar, la crisis ha resquebrajado su conciencia fiscal (por ejemplo, en el caso de España esto se ha producido claramente según datos del CIS), en parte debido a políticas fiscales inadecuadas y en parte debido a que el sistema de protección se percibe insuficiente. Aunque es posible que parte de esta conciencia fiscal se recupere a medida que la crisis retroceda, también puede ocurrir que una fracción de la ciudadanía prefiera reservar una porción de sus recursos para proveerse de su propio bienestar, si percibe que los servicios públicos se han deteriorado y puede permitirse comprar en el mercado otros de mayor calidad. En este contexto, si los recursos son insuficientes para mantener un sistema que interese a las clases medias, puede debilitarse lo que Glennester (2010) denomina la sostenibilidad moral referida al ejercicio del liderazgo político para retener un compromiso con los más desfavorecidos de la sociedad, como las personas que no pueden encontrar empleo o los inmigrantes. Precisamente el artículo de Javier Moreno aborda uno de los grandes retos de la socialdemocracia europea hoy: el tema del acceso de los inmigrantes a los sistemas de protección social y los límites de la solidaridad.

Algunas de las propuestas que actualmente se debaten para mejorar el Estado de Bienestar desde distintas familias socialdemócratas

Repensar el Estado de Bienestar no es una tarea sencilla, ni desde un punto de vista conceptual ni tampoco práctico. Desde esta última perspectiva, la literatura en Ciencia Política ha demostrado que la presencia o no de partidos socialdemócratas y sindicatos fuertes en un país, el sistema de partidos existente, la forma de organización territorial del poder, la propia estructura de las políticas de bienestar que estén en funcionamiento y que han generado determinados intereses creados a su alrededor, así como la dificultad técnica o el coste económico que pueden tener las reformas en un país, restringen la capacidad de cambio (Pierson, 2001). Teniendo en cuenta estas limitaciones de las posibilidades de reforma, la socialdemocracia tiene que ser audaz y aprovechar las oportunidades de cambio que se presenten mientras está en el poder. Quizá ésta, la de aprovechar las oportunidades mientras se gobierna, sea la lección más valiosa que hemos aprendido durante la crisis.

Mientras no está en el poder, hay al menos dos asuntos a los que la socialdemocracia tendría que atender. Uno de ellos es la necesidad de reconstruir el contrato social en el que se sustenta el Estado de Bienestar. Junto al compromiso de la socialdemocracia con la democracia representativa y la confianza en las políticas gubernamentales para conseguir sus objetivos, si hay algo que ha formado parte siempre del corazón de la socialdemocracia ha sido la idea de que debía dirigirse a la mayoría social y para ello, más que defender los intereses de una clase específica, es

necesario construir coaliciones entre las diferentes clases sociales (Jackson, 2013).

Para ello, la socialdemocracia debe encontrar el modo de convencer a la clase media de la necesidad de pagar impuestos y quizá para eso sea necesario recordarles que su propio éxito social se ha apoyado no sólo en su esfuerzo personal, sino también en la existencia de un sistema de protección social potente que perseguía la igualdad de oportunidades. Al mismo tiempo, ha de ser clara y realista explicando a la ciudadanía los límites del Estado de Bienestar y sus posibles mejoras, con el fin de evitar la desafección de los ciudadanos que quizá esperaban más de un gobierno de izquierdas. Precisamente el artículo de Pau Mari-Klose reflexiona sobre un concepto que ha sido central para la socialdemocracia, el de igualdad y sus nuevos significados (véase también Máiz, 2016).

Además, es hoy indudable que la socialdemocracia tiene una tarea que realizar fuera de las fronteras del Estado-nación, buscando arreglos y alianzas institucionales supranacionales que hagan posibles algunos cambios macroeconómicos en favor de la justicia social y del respeto al principio democrático. Esta tarea no debería ser difícil para la socialdemocracia, que siempre ha tenido una vocación cosmopolita. Europa continúa siendo la región del mundo con el sistema de protección más generoso, pero muchos sistemas nacionales presentan retos muy relevantes en términos de desempleo, desigualdad y descontento social. Aunque la propia UE ha relajado su política de austeridad, sus complicadas reglas de decisión y la desconfianza que se ha instalado entre unos y otros Estados durante la crisis puede dificultar la labor de construir consensos. Sin embargo, ahora se abre una

ventana de oportunidad para ello. Justamente en el momento de entregar este texto, el día 17 de noviembre de 2017, el Parlamento Europeo, la Comisión y el Consejo proclaman el llamado Pilar Social Europeo que incluye 20 principios organizados en tres grupos: igualdad de oportunidades y acceso al mercado de trabajo, condiciones laborales y protección social e inclusión. Aunque los acuerdos en el marco de la UE son insuficientes, el consenso entre los Estados europeos es decisivo para avanzar hacia una regulación de la mundialización que debía concretarse en medidas como la creación de tribunales internacionales que puedan resolver los crecientes conflictos que se plantean fruto de tratados comerciales (ILO, 2015). El artículo de Patxi López en este número hace precisamente una reflexión sobre la necesidad ampliar el espacio para la política y la adopción democrática de las decisiones dentro y fuera del Estado-nación.

Desde el punto de vista más conceptual, en la Academia pero también en el seno de la UE y en los gobiernos nacionales se ha estado debatiendo ya desde hace tiempo sobre cómo mejorar el Estado de Bienestar para afrontar sus desafíos. Mencionaré aquí cuatro de estas propuestas que a priori parecen muy diversas entre sí pero que yo creo que pueden complementarse. Estas ideas están más o menos exploradas en el terreno práctico.

Por un lado, el llamado *Social Investment Welfare State* pone el acento en que las políticas sociales deben considerarse como una inversión y no como un gasto que constituya una rémora para el crecimiento económico. La idea que subyace a esta propuesta, que algunos consideran el nuevo paradigma de política social en la UE, es la de que las políticas sociales tienen que ser consideradas

como un factor productivo más, esencial para el desarrollo económico y el empleo. Desde este enfoque, el Estado debe priorizar la “preparación” de los individuos y las familias y no limitarse sólo a la “reparación” de las situaciones de necesidad, ya que un Estado orientado únicamente a proteger los viejos riesgos es insuficiente para dar respuesta a las nuevas necesidades sociales y económicas y además puede ser disfuncional e insostenible en el medio plazo (Hemerijck, 2017; Zalakaín y Barragué, 2017).

Aunque es en 2013, cuando la Comisión Europea lanzó un paquete de *Inversión Social para el Crecimiento y la Cohesión Social*, muchas de estas políticas habían comenzado a ponerse en marcha mucho tiempo antes en algunos países de la UE. En el caso de España, fue especialmente el gobierno del presidente Rodríguez Zapatero, el que implementó el tipo de programas que encajaría en este paradigma. Se trata de invertir en educación infantil –ya que contribuye a prevenir la pobreza y mejora la igualdad de oportunidades–, el fomento del aprendizaje y la educación continua a lo largo de la vida, de las políticas activas de empleo –que faciliten la adaptación a los cambios de un mercado laboral crecientemente inestable–, los programas de conciliación de la vida laboral y familiar –que promuevan el empleo entre las mujeres– o las políticas de envejecimiento activo.

La crítica más frecuente a este enfoque está relacionada con el temor a que el énfasis en la prevención deje de lado la reparación de los que ya están en situación de necesidad. Sin embargo, si se analizan las propuestas originales sobre estas políticas (Esping-Andersen, 2002), es claro que en el centro de este paradigma está también la idea de man-

tenimiento de fuertes redes de seguridad mediante una sólida política de protección y en particular programas de garantía de rentas que aseguren un mínimo vital. Por lo tanto, la idea de prevenir antes que curar implicaría mantener las estructuras tradicionales de bienestar, aunque reformuladas para poder encajar las nuevas políticas mencionadas, al menos hasta que la prevención dé sus frutos y no sea necesaria la reparación.

Una segunda propuesta que precisamente pone el énfasis en la idea de la protección de las situaciones de necesidad presentes (o, según la propuesta, también futuras) es un sistema de garantía de rentas. Sólo en el caso español se han puesto en la mesa al menos cinco proyectos a lo largo de la crisis que completarían los programas existentes en España, que resultan insuficientes (básicamente la Renta activa de inserción y las Rentas mínimas), entre ellas el Ingreso Mínimo Vital diseñado por el equipo de Pedro Sánchez que se presentó en Mérida en 2015. El artículo de Borja Barragué en este número monográfico resulta tan convincente acerca de que las rentas mínimas pueden y deberían convertirse en un proyecto socialdemócrata ilusionante, tanto por razones morales como por su contribución al desarrollo económico y social, que es sorprendente que los gobiernos de este signo no hayan ya apostado por esta política pública de forma decidida. Cabe pensar que, en buena medida, ello se debe a una prevención excesiva sobre cómo reaccionaría la opinión pública o quizá a las restricciones económicas y las dificultades prácticas que plantea su implementación. Sin embargo, existen varias alternativas para ponerlas en marcha, utilizando diferentes instrumentos de política pública, como las rentas de inserción, la renta garantizada, la renta básica univer-

sal, los créditos fiscales para los trabajadores con salarios por debajo de cierto nivel de ingresos, o el impuesto negativo, sobre los que disponemos de creciente evidencia empírica y que permiten abordar discusiones sobre si este tipo de prestaciones deben ser universales o focalizadas y condicionadas o no.

Un tercer grupo de propuestas está relacionado con la conocida como Predistribución que, precisamente, se valora de forma positiva por quienes defienden la lucha contra la injusticia social pero al mismo tiempo consideran que seguir incrementando la presión fiscal y el gasto social, especialmente cuando las clases medias no se perciben como beneficiarias del mismo, puede ser problemático. La Predistribución se basa en la idea de que es necesario abordar las causas que están en el origen de la desigualdad. Una de las debilidades de la Tercera Vía fue su excesiva confianza en que la desregularización de los mercados podría conducir al bienestar. La constatación de que esta idea no ha funcionado, ni siquiera antes de la crisis y mucho menos durante la misma, hace que sea interesante la propuesta del estadounidense Jacob Hacker (2011) (véase en español Barragué (2017)). De acuerdo con esta propuesta, además de una intervención macroeconómica que priorice el empleo y el crecimiento sobre otras preocupaciones como la inflación, es necesario, más que centrarse en políticas de gasto para corregir la desigualdad cuando ésta ya se ha producido, reforzar otras iniciativas públicas que promuevan la distribución más igualitaria del mercado. Como en el *Estado orientado a la Inversión Social*, las políticas de género y la educación ocupan un lugar central entre ellas y en particular, por un lado, el apoyo a la educación en los primeros años de la

vida para reducir la brecha entre los niños que crecen en hogares con menos y más recursos; y por otro lado al aprendizaje activo a lo largo del ciclo vital para facilitar que los trabajadores puedan adquirir las habilidades y conocimientos que cambian rápidamente con la transformación tecnológica.

Diamond y Chwalisz (2015) sugieren además propuestas dirigidas a repartir la riqueza y la propiedad de activos mediante el aumento la progresividad fiscal, la imposición al capital, la riqueza y la herencia; la revisión de la política de vivienda para aumentar el grupo de propietarios mediante el alquiler con opción a compra; la articulación de mecanismos que permitan repartir con los trabajadores los beneficios empresariales; o la creación desde la UE de prestaciones a las que tendrían derecho los niños al nacer. Proponen un paquete de medidas para estimular el crecimiento económico mediante la inversión en ciencia y tecnología y la educación superior, así como la modernización de las pequeñas y medianas empresas que están extendidas en el territorio. Finalmente, por lo que se refiere al mercado de trabajo, debe fomentarse el papel de los sindicatos, la organización de los trabajados que se emplean en los sectores con menor cualificación, reconsiderar las políticas sobre salarios mínimos, las que afectan a la negociación colectiva, revitalizar el sector industrial, mejorar la productividad mediante la tecnología y la formación de los trabajadores y pensar en alternativas de empleo de calidad para los menos cualificados, quizá en el sector de los cuidados que experimenta una demanda creciente en las envejecidas sociedades europeas. El artículo de María Luz Rodríguez en este número nos recuerda la centralidad de trabajo y plantea también muchas de estas medidas.

En cuarto lugar, en los últimos años parece reabrirse el debate sobre lo que podríamos llamar el papel de la sociedad civil en la cobertura de las necesidades sociales. Han vuelto a arreciar las críticas contra el Estado como principal mecanismo de producción de los servicios. Estas críticas al Estado llegan tanto desde la derecha (recuérdese el programa de la *Big Society*, con el que Cameron ganó las elecciones) como desde parte de la izquierda (Miliband lanzó la idea de la *Good Society* y más a la izquierda algunas de estas críticas vienen de los partidarios de fórmulas alternativas para la gestión de los bienes comunes) y curiosamente son bastante similares aunque no sean iguales las propuestas de política pública que se ponen encima de la mesa para corregir los supuestos defectos estatales. Los reparos al Estado se refieren a asuntos como su incapacidad para cubrir todas las necesidades de los individuos; la impersonalidad de su funcionamiento en áreas tan sensibles como las de los cuidados, al no poder adaptarse la maquinaria administrativa a las preferencias de cada uno; el paternalismo trasnochado e innecesario en un mundo donde el nivel de instrucción de la población ya no es el que era; la pérdida del sentido de comunidad al relacionarse los ciudadanos con el Estado, y no entre sí; la idea de que el Estado no es capaz de canalizar las manifestaciones de filantropía y de solidaridad que, quizá paradójicamente, junto al individualismo es un valor en alza; e incluso la suposición de que el Estado sirve a los intereses de ciertas élites que se perpetúan en el poder.

Desde un punto de vista conservador, aunque se admite que el Estado debe ser el titular de la responsabilidad sobre políticas, como la educación o la sanidad, se pretende que la provisión se realice prioritariamente

por sector privado. Se argumenta que hoy la más exigente clase media quiere tener la capacidad de elegir el tipo de educación para sus hijos, que los servicios serán más baratos, funcionarán mejor y serán más innovadores si existe competencia. Desde parte de la izquierda se realizan propuestas variadas como la de ampliar el rango de actores que participan en la adopción de decisiones de política pública, incluyendo a los movimientos sociales, grupos de interés, sindicatos u otros partidos de izquierda; también se aboga por que el tercer sector o lo que se ha llamado el sector informal o la comunidad (los vecinos de un barrio, por ejemplo), pueda jugar un papel importante, proporcionando una gestión desburocratizada, localizada –que atienda a las peculiaridades del territorio–, y más participativa –contribuyendo a reforzar el sentido de comunidad. Muchas de estas propuestas desde la izquierda están también relacionadas con una preocupación por hacer sostenible nuestro modo de vida y desligarlo de una economía que basa el crecimiento sobre todo en el consumo.

De todos los debates citados, éste, sobre lo que podríamos llamar las soluciones mercantiles y comunitarias, que en realidad es un debate ya clásico, es quizá el que menos se ha revisado por parte de la socialdemocracia europea contemporánea, seguramente porque ésta ha interiorizado la superioridad de la democracia representativa sobre otras formas de democracia directa y del papel del Estado para satisfacer las necesidades colectivas en materia social. Sin embargo, no cabe duda de que estas demandas están ahí, de que algunas de estas fórmulas de provisión de bienestar como complementarias al papel Estado tienen sus ventajas y de que, de hecho, la evidencia empírica

demuestra que muchos gobiernos socialdemócratas optan por la participación de otros actores en la provisión de servicios públicos.

La socialdemocracia debe ser más clara en este terreno y no ignorar este debate. Para poder utilizar estas fórmulas que implican la participación de otros actores en la actividad pública, un requisito principal es la mejora de las capacidades regulatorias y supervisoras de tales actores por parte del Estado, hoy en día pobres, al menos en España. La pregunta que debe hacerse la socialdemocracia es de qué modo una buena regulación por parte del Estado puede evitar, si es que puede, situaciones de informalidad en la prestación de los servicios; la falta de continuidad en los mismos; la arbitrariedad –en principio, mejor abordados los tres por el aparato estable e impersonal del Estado–; la peor calidad –debida a la falta de profesionalización del tercer sector o al ahorro de costes en el sector privado en áreas tan sensibles como la sanidad o la atención a la dependencia; la inequidad incluso en el acceso y el clientelismo que pueden producir las soluciones demasiado locales; o, finalmente, la falacia de la libre elección, de modo que ésta se limite sólo a los más afortunados económicamente, mientras que los servicios públicos mal dotados o escasamente financiados se queden para los que no pueden elegir por disponer de menos recursos económico o sociales (véase Eurofound, 2014). En otro caso, si no se pueden evitar estos problemas, como el artículo de Francisco Blanco en este número nos recuerda, el mercado tiene un importante papel en la asignación de los factores productivos, pero la cooperación y la equidad, impulsados por la acción del Estado, tienen un enorme valor económico, así como ético o moral.

Justamente esta cuestión sobre el papel del Estado me da pie a concluir con un asunto que no es en absoluto menor. Se trata de llamar la atención sobre la necesidad de reforma de las administraciones públicas que acompañe al nuevo Estado de Bienestar. A veces, a los críticos sobre el papel del Estado, les gusta construir un hombre de paja, en el que las administraciones públicas del siglo XXI salen retratadas como si fueran las mismas que las del siglo XIX. Las administraciones han cambiado mucho desde entonces y es cierto que han hecho, por ejemplo, esfuerzos ingentes que han conseguido mejorar la calidad de los servicios y el trato a los ciudadanos. Sin embargo, también debe reconocerse que la socialdemocracia, que siempre ha tenido una vocación práctica y ha destinado mucho tiempo para pensar en cuáles son los mejores medios para conseguir los fines a los que aspira, pudo haber hecho más en el caso de España en algunos aspectos relacionados con la reforma administrativa y esto afecta a la eficacia del Estado de Bienestar.

Junto a las demandas de más profesionalización y menor politización, en primer lugar, se necesita repensar las estructuras administrativas e introducir unidades de Análisis de Políticas Públicas que tendrían, como lo hacen en otros países, la misión de anticipar los problemas relacionados con cada sector de política pública, de modo que no se tenga hacia ellos una actitud sólo reactiva. En nuestro país contamos además con la ventaja de tener múltiples niveles de gobierno, es decir, múltiples espacios para innovar en materia de políticas públicas. Esta unidad de Análisis debería explorar también qué hacen otros gobiernos españoles o extranjeros para resolver los problemas de política social y contar con analistas de

procedencia disciplinar muy diversa, ya que los problemas son cada vez más complejos.

En segundo lugar, hay que reforzar la capacidad de las administraciones para evaluar las políticas sociales desde el momento de su concepción y, por supuesto, en relación a su impacto. La Agencia de Evaluación de Políticas, creada por Rodríguez Zapateo en 2006 y ahora suprimida por el gobierno conservador, nunca llegó a consolidarse. Sin embargo, disponer de información rigurosa allanará el camino de las reformas a las que los intereses creados puedan resistirse. Ello incluye el desarrollo de sistemas de información y reclutar a personal con habilidades de análisis, disminuyendo el perfil jurídico de nuestras administraciones. En muchos países, las administraciones que se dedican al bienestar están cada vez más conectadas entre sí, habiendo ya varios casos en Europa donde existe una puerta única de entrada al sistema que conecta a los municipios, los servicios sociales, la educación, la sanidad y las oficinas de empleo. Ello ha contribuido a desburocratizar el sistema para que los trabajadores de estos sectores sociales puedan dedicarse de verdad a la intervención social.

En algunos países, además de las agencias de evaluación de políticas independientes que realizan evaluaciones de distintos sectores de políticas, existe también una unidad encargada de vigilar el impacto de cualquier política pública en la movilidad social, que parte de la idea de que cualquier actuación pública puede alterar (para bien o para mal) los equilibrios sociales en materia de igualdad que la socialdemocracia siempre ha defendido que deben existir en la sociedad. Por último, la administración debería disponer de una burocracia representativa en cuanto a la procedencia social.

Para acabar, los problemas que afronta el Estado de Bienestar son graves en la medida en que le impiden conseguir los objetivos a los que la socialdemocracia aspira. Es por ello necesario más que nunca que la socialdemocracia aproveche las oportunidades de reforma que tiene cuando gobierna. Mien-

tras no ocupa el poder, debe definir bien cuál será su estrategia de acción, tratar de renovar el contrato social, es decir, las alianzas con la ciudadanía y con los actores sociales, y buscar coaliciones internacionales para poder regular la mundialización.

BIBLIOGRAFÍA

- Arndt, Ch. (2013) *The Electoral Consequences of Third Way Welfare State Reforms*. Amsterdam University Press.
- Barragüe, B. (2017) *Desigualdad e igualitarismo predistributivo*. CEPC.
- Bonoli, G. y Natali, D. (2012) *The Politics of The New Welfare State*. Oxford University Press.
- Boix, C. (2015) Prosperity and the Evolving Structure of Advanced Economies, Beramendi, P. Häusermann, S. Kitschelt, H. y Kriesi, H. (eds.), *The Politics of Advanced Capitalism*. Cambridge: Cambridge University Press. 67-98.
- Degryse, C. (2012): "The new European economic governance" WP, 14. Bruselas: ETUI.
- Diamond, P. y Chwalisz, C. (2015) *The Predistribution Agenda: Tackling Inequality and Supporting Sustainable Growth*. B Tauris Policy Network.
- Esping-Andersen, G, Gallie, D. Hemerijck, y Myles, J.(2002) *Why we need a New Welfare State*. Oxford University Press, Oxford. Eurofound (2014) *Delivering public services in Spain: A greater for the private sector?* Eurofound.
- Glennester, H. (2010) *The Sustainability of Western Welfare States* en Castles, F., Leibfried, S., Lewis, J., Obinger, H. y Pierson, C. (eds.) *The Oxford Handbook of Welfare State*, Oxford University Press, 689-702.
- Jackson, B. (2013) Social Democracy, en Freedon, M. y Stears, M. *The Oxford Handbook of Political Ideologies*. Oxford University Press.
- Hemerijck, A. (2017) *The Use of Social Investment*. Oxford University Press.
- ILO (2015) *World Employment and Social Outlook – Trends*. ILO.
- Máiz, R. (2016) De la economía a la ética, ¿qué fue de la política? Para una teoría estructural de la igualdad. *Revista de Estudios Políticos* 174.
- Petmesidou, M. y Guillén, A. (2015): "Economic crisis and austerity in Southern Europe: threat or opportunity for a sustainable welfare state?", *OSE Research Paper*, 18.
- Pierson, P. (ed) (2001) *The New Politics of the Welfare State*. Oxford University Press: Oxford.
- Rodrik, D. (2012) *The Globalization Paradox*. W. W. Norton & Company.
- Stephans, JD. (2015) *Revisiting Pierson's Work on the Politics of Welfare State Reform in the Era of Retrenchment Twenty Years Later*. American Political Science Association, 2015.
- Zalakaín, J. y Barragüe, B. (2017). *Repensar las políticas sociales predistribución e inversión social*. Editorial Grupo 5.



LA SOCIALDEMOCRACIA ANTE EL RETO DE LA DESIGUALDAD: VINOS NUEVOS, ODRÉS VIEJOS

PAU MARÍ-KLOSE

La socialdemocracia es, en esencia, una ideología de renuncia. Los socialdemócratas de primera hora fueron artífices de una nueva corriente de pensamiento político concebido para conciliar valores de la teoría marxista con las realidades que les tocó vivir. Realidades que imponían renunciaciones. Mantenerse en el marco de la competición electoral en los sistemas democráticos de finales del siglo XIX y principios del siglo XX exigía renunciar inevitablemente a un programa de máximos. En lugar de redistribuir los derechos de propiedad, para hacerlos comunes a través de la nacionalización de los medios de producción, los socialdemócratas optaron por la redistribución de recursos escasos.

Frente a los socialistas clásicos, que abogaban por grandes narrativas de transformación social que describían la caída de un régimen fundamentado en la explotación y la fundación de un nuevo sistema que abolía el privilegio, los socialdemócratas optaron más modestamente por estrategias incrementales de prueba y error, desconfiando de grandes propuestas que ignoraban los efectos colaterales no previstos. Frente a los socialistas clásicos que proponían lograr la plena igualdad económica (a cada uno según sus

necesidades), los socialdemócratas apoyaron ideales igualitarios que promovieran reajustes en la distribución de recursos y oportunidades, pero sin comprometer el crecimiento económico y la creación de empleo en una economía de mercado, dinamizada fundamentalmente por la inversión privada. Frente a los socialistas clásicos que representaron los intereses del núcleo duro de la clase obrera (en sectores como la industria, el transporte, la construcción o la minería), los socialdemócratas aspiraron a lograr el apoyo de bases electorales más amplias. Gracias a estas mayorías podrían gobernar, ya sea en solitario o en coalición con partidos liberales y cristianodemócratas, e impulsar nuevas propuestas que mejoraban la vida de sus representados

Muchos han querido ver en estas renunciaciones y compromisos una traición a los principios originales que inspiraron el socialismo, y en cierta manera, es imposible objetar a esta crítica. Pero parece poco dudoso que en esta travesía la socialdemocracia ha abanderado causas emancipadoras que, de no haber sido por sus renunciaciones, difícilmente hubieran entrado en la agenda política. La principal de estas causas es, posiblemente, la lucha por la igualdad socioeconómica. Como veremos

a continuación, aunque la nivelación de sectores sociales desiguales ha estado presente como una constante en el discurso socialdemócrata, a lo largo del último siglo y media, han variado considerablemente tanto las concepciones de lo que se debía nivelar como la ideas sobre el modo de conseguirlo.

La igualdad en los viejos discursos socialdemócratas

Como señala Norberto Bobbio (1996), la lucha por la igualdad ha sido históricamente la principal razón de ser de la izquierda. Eso no significa necesariamente que la lucha haya sido por la "igualdad para todo el mundo y sobre cualquier cosa". La izquierda ha optado generalmente por planteamientos que sin llegar a ese extremo, han optado por reducir la desigualdad, erradicar sus formas más extremas (luchando contra la pobreza) o reduciendo sus consecuencias más indeseables. Eso tampoco significa que la derecha se haya mostrado impasible frente a ciertas formas de desigualdad (por ejemplo, la pobreza extrema), pero la inclinación a perseguir la igualdad ha sido indudablemente una causa que ha abanderado la izquierda, y en la que los avances conseguidos son fundamentalmente obra del compromiso de agentes que se veían a sí mismos como parte de la izquierda.

Una de las premisas básicas del pensamiento de izquierdas es que, a grandes rasgos, los seres humanos nacen iguales y la sociedad los hace desiguales. Es la gran premisa del *Discurso sobre el Origen de la Desigualdad entre los Seres Humanos*, de J. J. Rousseau. La sociedad, a través de la división del trabajo, impone unas estructuras sobre el Estado de la Naturaleza que producen una desigualdad que, de otro modo, no existiría o estaría mucho más matizada.

Esta premisa está presente también en el Marxismo, y en particular en la representación del "comunismo primitivo". En este estadio primitivo de la evolución humana, la vulnerabilidad de seres humanos aislados y la imposibilidad de producir y luchar con la naturaleza individualmente requerían que la propiedad de los medios de producción y el trabajo estuvieran en manos colectivas. En condiciones de baja productividad, el trabajo no creaba excedentes por encima del mínimo vital necesario y la distribución de los productos era igualitaria. En consecuencia, no se daban ni la desigualdad de bienes, ni las clases ni la explotación del hombre por el hombre. La desigualdad y la explotación aparecen, aparejadas, en estadios posteriores de la evolución humana. En el capitalismo adquiere los perfiles característicos de conflicto de clases a partir de la proletarianización de la fuerza de trabajo y la apropiación de la plusvalía por parte del capital. Un buen marxista está convencido de que la destrucción del capitalismo implica necesariamente la llegada de un nuevo estadio civilizatorio donde la explotación y la desigualdad no van a tener cabida. Pero en esta convicción subyace una dosis importante de ilusión.

Como señala Adam Przeworski (1985), la incorporación de los partidos socialistas al juego democrático planta las semillas de su autodestrucción como movimiento que persigue la superación del capitalismo y, por tanto, la erradicación del binomio explotación-desigualdad característico de este estadio de la evolución humana.

Por una parte, asegurarse el éxito electoral exige ampliar la base de apoyo y, con ello, orientar su mensaje hacia nuevos colectivos, cuyas señas de identidad como "clase

obrera" son cada vez más difusas. A medida que la perspectiva de ganar elecciones se iba haciendo más plausible, la necesidad de encontrar nuevos votos también se hizo cada vez más acuciante. A pesar de que la trayectoria no es estrictamente lineal, desde principios del siglo XX, los partidos socialistas hacen apelaciones cada vez más frecuentes a un "pueblo" relativamente amorfo, desdibujando las divisiones de clase y los intereses contrapuestos que atraviesan ese conglomerado. Los partidos socialistas entienden que es imposible la convergencia en torno a una causa común si enfatizan la cohesión y combatividad de los trabajadores contra otras clases sociales.

En segundo lugar, la llegada al gobierno de los primeros partidos socialistas termina de convencerlos de la futilidad de las expectativas marxistas de superar el capitalismo a través de la colectivización de los medios de producción. Aunque los principales partidos socialistas de Europa occidental mantuvieron durante mucho tiempo el diagnóstico de que la propiedad privada era el principal mecanismo de generación de desigualdad en la distribución de recursos así como la convicción de la necesidad de socializar los medios de producción, la llegada al gobierno rara vez les llevó a dar pasos en esa dirección. Los nuevos gobernantes se sintieron atezados por dos obstáculos. En primer lugar, muchos reconocieron no estar preparados para llevar a cabo los ideales máximos del socialismo. Carecían, o al menos así lo percibían, de hoja de ruta y protocolos para realizar su programa con éxito. Los problemas técnicos que implicaba la transición (selección de sectores industriales a nacionalizar, métodos de gestión y financiación, la configuración de relaciones entre distintos sectores) se an-

tojaban problemas de magnitud descomunal para los que no existían recetas, y que, por tanto, entrañaban muchos riesgos.

En segundo lugar, aunque hubieran sabido cómo pilotar la transición a un nuevo régimen, la llegada de partidos socialistas al gobierno se produjo generalmente en condiciones que impedían el desarrollo de sus ambiciosos programas de máximos: como gobierno sin mayoría parlamentaria o como socio de coalición. Frente a las limitaciones a que esa posición les relegaba, los partidos socialistas se afanaron en conseguir que fueran admitidas mejoras incrementales en la vida de los segmentos sociales a los que representaban, que permitieran construir bases de apoyo estables con las que aspirar, a medio y largo plazo, a objetivos más ambiciosos. El reformismo se impuso gradualmente como la única estrategia viable a corto plazo. El sello de los partidos socialistas en esos años se limita a la profundización de medidas adoptadas muchas veces antes por partidos liberales o incluso conservadores: la introducción de salarios mínimos, algunos programas de protección frente al desempleo y la vejez o la construcción de vivienda social, entre otros.

Hasta los años treinta, los partidos socialistas carecieron de una teoría económica propia más allá de la teoría marxista de crítica radical al capitalismo, la afirmación de la superioridad del socialismo y la necesidad de colectivizar los medios de producción. Esa laguna provocaba que su acción real de gobierno una vez tras otra entrara en flagrante contradicción con sus postulados teóricos (Przeworski, 1985).

La alternativa teórica aparece en respuesta a la Gran Depresión y se afianza tras la Segunda Guerra Mundial con el desarrollo

de los Estados de Bienestar. En el curso de pocos años, los gobiernos socialdemócratas adquieren perfil propio al utilizar el Estado como una institución clave en la regulación de las crisis y la generación de empleo. Frente a la actitud pasiva o titubeante de otros, los gobiernos socialistas de los países escandinavos primero y de otros países después, aplican con vigor las ideas keynesianas, comprometiéndose plenamente en la administración del capitalismo, en lugar de en su superación. El keynesianismo supone el descubrimiento de que el bienestar de la sociedad puede mejorarse a través de la acción del Estado. El keynesianismo fundamentaba asimismo la necesidad de mejorar, en particular, la vida de los trabajadores, puesto que su capacidad de consumo era vista como un requisito para el buen funcionamiento de la economía a través de la dinamización de la demanda agregada. De este modo, la lucha contra el desempleo, la defensa del aumento de los salarios o el desarrollo de servicios públicos encontraban una justificación técnica dentro del capitalismo. Con ello, se abría ante los partidos socialistas una extraordinaria ventana de oportunidad para resituarse ideológicamente frente al capitalismo y eludir las contradicciones a los que les abocaba su incapacidad de transitar hacia el socialismo.

En adelante ya no sería necesario asumir doctrinalmente que el capitalismo era inevitablemente productor de una distribución inaceptable de recursos y propiedades. El Estado podía, a través de su acción reguladora, corregir los efectos más dañinos del capitalismo *laissez faire*, encauzando las fuerzas del mercado en direcciones favorables para las clases más desfavorecidas sin comprometer el crecimiento económico.

A este empeño se aplicaron muchos gobiernos socialdemócratas a la salida de la Segunda Guerra Mundial. La puesta en práctica exitosa de las políticas keynesianas representó la prueba de que la colectivización de los medios de producción no solo era inviable en un marco parlamentario sino que podía ser innecesaria (Przeworski, 1985: 37). Esta idea se afianzó con el desarrollo exitoso del Estado de Bienestar. El Estado de Bienestar se convierte en el segundo gran instrumento a través del que el Estado mitiga los efectos distributivos producidos por el mercado. Aunque el Estado de Bienestar no fuera un proyecto exclusivamente socialdemócrata, los partidos socialdemócratas lideraron la mayor parte de grandes iniciativas reformistas.

Como apunta Hicks (1999: 80), entre 1931 y 1950, los partidos socialdemócratas participan en el 88% de los gobiernos que en Europa introducen programas de aseguramiento social para mayores, personas enfermas, desempleados y de atención a familia. El objetivo principal de estas políticas no era la redistribución per se, sino la protección frente a eventualidades y episodios disruptivos en la vida de las personas, pero su resultado colateral fue generalmente la redistribución, en dosis variables según el diseño de los programas. Su aplicación inaugura la edad dorada del Estado de Bienestar y una etapa de considerable reducción de la desigualdad de rentas.

Aunque los proyectos de desarrollo y consolidación del Estado de Bienestar difieren notablemente –bifurcándose en los llamados tres mundos del Estado de Bienestar– detrás de los avances más notables que se producen se adivina generalmente la movilización socialdemócrata. Los socialdemócrata-

tas son, en particular, los grandes artífices de la consolidación del régimen de bienestar escandinavo. Este modelo instaura un Estado de Bienestar universalista, que consagra una amplia cartera de derechos sociales a los que accede toda la ciudadanía, con independencia de su situación socioeconómica. La amplia cobertura de las transferencias y servicios que ofrece, unida a una elevada intensidad de la protección, han situado a los Estados de Bienestar escandinavos generalmente a la cabeza de los países desarrollados en su capacidad de redistribución, esto es, en su eficacia a la hora de corregir la desigualdad y la pobreza producidas por el mercado (Korpi y Palme, 1998).

Junto al Keynesianismo y el Estado de Bienestar, el tercer gran pilar sobre el que se sostiene la socialdemocracia en su lucha contra la desigualdad durante la edad dorada, es la institucionalización del conflicto entre trabajo y capital a través del corporatismo. Entre otros efectos económicamente beneficiosos (reforzamiento de la protección de los desempleados y las políticas de formación profesional, o control de la inflación), la negociación colectiva centralizada entre los principales agentes económicos, sindicatos y patronal iba a propiciar una política salarial solidaria. En el marco de estos procesos de negociación era habitual que se comprimieran las diferencias salariales entre trabajadores en una misma planta productiva, entre trabajadores en distintas plantas en el mismo sector industrial, entre sectores industriales e incluso entre regiones. Lo que empezaba siendo un “derecho a retribuciones similares por igual trabajo” se convertía a menudo en una demanda de igualación de todas las rentas salariales, con independencia del tipo de trabajo que se desarrollara.

Son muchos los trabajos de investigación que a lo largo de los años han puesto de relieve que la negociación colectiva centralizada ha sido un instrumento de nivelación de rentas primarias extraordinariamente efectivo, incidiendo de forma positiva en la corrección de la desigualdad final. Los mayores efectos se han evidenciado en países nórdicos, pero el análisis de otros países con estructuras corporatistas menos robustas también acredita la asociación entre negociación colectiva e igualdad de rentas primarias (Hibbs y Locking, 1996, Freeman, 1988, Eikson y Ichino, 1994). Los grandes beneficiarios de una política de rentas solidaria fueron los trabajadores con salarios más bajos, que vieron arrastradas sus retribuciones al alza.

La igualdad en los nuevos discurso socialdemócratas

Keynesianismo, Estado de Bienestar y corporatismo entran en un período de convulsión en la segunda mitad de los años setenta, que sacude los cimientos ideológicos de la socialdemocracia. No es este lugar para entrar en muchos detalles sobre los cambios económicos que trastocan el mundo que había hecho posible el éxito de las recetas socialdemócratas. Las peculiaridades de la crisis económica del 73 (la estanflación) impusieron problemas de gestión a los que el keynesianismo, en sus versiones convencionales, se mostró incapaz de dar respuesta, en forma de doble reto: combatir la inflación y asegurar el pleno empleo.

En el nuevo escenario, la creciente integración de mercados hacía imposible el “keynesianismo en un solo país” como estrategia anti-cíclica. Los partidos socialdemócratas

encuentran dificultades crecientes para perseguir sus fines con las políticas que a lo largo de las cuatro décadas anteriores se había convertido en su santo y seña. La internacionalización financiera comprometió las políticas de demanda que habían posibilitado las políticas de pleno empleo y, muy en particular, la posibilidad de fomentar la inversión productiva a través de políticas monetarias que favorecen el acceso al crédito. En condiciones de crisis empresarial y desempleo creciente, los gobiernos se vieron presionados a desregular sus mercados de trabajo, posibilitando la desestandarización del empleo. En este sentido, en una espiral perversa, los cambios en la composición de la fuerza de trabajo propiciados por este proceso debilitaron las estructuras de negociación corporatista que habían hecho posible las políticas de rentas durante las décadas anteriores.

La década de los ochenta viene marcada por la adaptación de la socialdemocracia a las nuevas circunstancias. En contra de un prejuicio ampliamente extendido, esta adaptación no supone ni la renuncia a desarrollar políticas sociales ni, al principio, la crisis electoral de la izquierda. La nueva socialdemocracia que surge en esos años se configura como resultado de procesos de aprendizaje y emulación. Los sucesivos fracasos de las experiencias de gobierno en Reino Unido o Portugal en los setenta y fundamentalmente de Pierre Mauroy en Francia a principios de los ochenta –con agresivas políticas de intervención keynesianas para frenar el deterioro económico– convencieron a la socialdemocracia europea de la necesidad de ceñirse a la ortodoxia económica, convirtiendo la lucha contra la inflación, la apertura económica y la desregulación de los mercados en prioridades ineludibles de la

agenda gubernamental. Sin embargo, esto no significaba inevitablemente renunciar a perseguir nuevas fórmulas para asegurar la justicia social. Hawke en Australia, Lange en Nueva Zelanda, Rocard en Francia, Vranitzsky en Austria, Carlsson en Suecia y Felipe González en España representan una nueva generación de dirigentes socialdemócratas que abanderan, con notable éxito, un giro programático recompensado electoralmente.

En este sentido, es especialmente destacable el caso español. Los sucesivos gobiernos de González compatibilizaron la renuncia al control de la economía y la regulación de los mercados con ambiciosas políticas de oferta que perseguían mejorar el capital físico y el capital humano del país con objeto de incrementar la productividad de la economía. Los buenos resultados económicos –con tasas de crecimiento medio del 3,6% hasta principios de los 90– permitieron expandir las políticas de bienestar y propiciar una reducción significativa de la desigualdad. Como evidencian los datos recopilados por Ayala (2016) en la Encuesta de Presupuestos Familiares, la participación en los ingresos totales de la renta de los hogares más pobres (primeras decilas) aumenta sustancialmente en el período 1980/1-1990/1. A esto hay que añadir, la expansión de un sistema de servicios públicos con considerable impacto redistributivo¹.

En los últimos años, la agenda socialdemócrata se ha ido nutriendo de nuevas recetas progresistas para conciliar crecimiento económico y justicia social. Probablemente la más conocida es el llamado paradigma de la inversión social, un proyecto para “recalibrar” el Estado de Bienestar concebido para reforzar políticas sociales específicas que promueven la equidad al tiempo que

producen retornos económicos. La preocupación central de esta aproximación es dar respuesta a nuevas fuentes de necesidad e inseguridad (los llamados nuevos riesgos sociales) que aparecen en las sociedades postindustriales, muchos de los cuales comprometen la empleabilidad y productividad de los trabajadores. En este sentido, la educación y la activación se convierten en inversiones sociales claves. Por un lado, los partidos socialdemócratas incorporan a sus programas nuevas propuestas para expandir gasto en políticas educativas, comenzando por la educación infantil. A partir de estos programas se aspira a capitalizar mejor el "talento natural" de los niños, fomentando sus aprendizajes desde la primera infancia y permitiendo que los sectores más vulnerables alcancen competencias necesarias para participar con garantías en la economía del conocimiento. Por otro lado, renace la confianza en el papel "activador" del Estado. Desde este punto de vista, el Estado debe crear condiciones para incentivar la incorporación al mercado de trabajo de sectores inactivos y capacitar adecuadamente a los desempleados para transitar rápidamente hacia el empleo. Junto a la educación y la activación, en muchos países las formaciones socialdemócratas hacen una apuesta por una nueva generación de políticas de conciliación de la vida familiar y laboral. El objetivo es tanto fomentar la participación femenina en el mercado laboral (evitando que las mujeres abandonen el mercado de trabajo cuando aparecen responsabilidades de cuidado de niños o mayores), como contribuir a la corresponsabilización plena en el hogar y la igualdad de género en las empresas.

El paradigma de la inversión social se materializa en expresiones diversas. En ver-

siones más "blandas" el objetivo marcado es completar el viejo Estado de Bienestar, respetando a grandes rasgos la configuración de su arquitectura institucional, pero dotándolo de nuevos programas que den respuesta a nuevos riesgos sociales. En este sentido, durante los noventa y primera década del nuevo siglo los partidos socialdemócratas escandinavos expandieron los ya de por sí generosos programas de permisos parentales, introduciendo nuevas cuotas masculinas para promover la corresponsabilidad de género, así como los servicios sociales de ayuda a las familias para convertir esta políticas en un derecho social plenamente garantizado. En el otro extremo de Europa, los partidos socialdemócratas del sur de Europa (Zapatero en España y José Socrates en Portugal) impulsaron una ambiciosa agenda para desarrollar capítulos de las políticas sociales que habían permanecido en estado rudimentario (permisos parentales, escuela infantil, atención a la dependencia).

En versiones cercanas al socio-liberalismo, el Estado de Bienestar debe ser reconstruido sobre nuevos fundamentos. En ellas se admite una nueva combinación de estrategias para gobernar la economía (que introduce flexibilidad en los mercados) y gestionar la provisión de servicios, más próximas a las del neoliberalismo. Desde este punto de vista, no solo es necesario desarrollar una nueva generación de políticas de bienestar que contribuyan a fomentar la competitividad y la eficiencia, sino que conviene que ganen protagonismo a las viejas políticas del Estado de Bienestar, arrebatándole sus desproporcionadas asignaciones presupuestarias.

Son las premisas de la Tercera Vía en Gran Bretaña y Estados Unidos, o de la

Neue Mitte de Gerard Schröder en Alemania. Es ciertamente en estos discursos donde se advierten las desviaciones más flagrantes de concepciones clásicas sobre el papel de la socialdemocracia en la reducción de las desigualdades. Como señala Giddens (1998: 102-103), la nueva política de la Tercera Vía ha tendido a definir la lucha contra la desigualdad como lucha para favorecer la inclusión. Eso ha significado desterrar la preocupación por desigualdades estructurales, privilegiando la noción de oportunidad. Dentro de este marco, hay desigualdades aceptables sin son producto del esfuerzo y de elecciones de estilos de vida. Lo que debe asegurar el gobierno mediante sus políticas es el derecho de los ciudadanos a participar plenamente en el juego competitivo del mercado, eliminando trabas que se interponen en el camino de los más desfavorecidos, pero sin cuestionar nunca la distribución asimétrica de recompensas por méritos y la magnitud de las posibles brechas que produce esta competición meritocrática.

Las trabas pueden ser el resultado de dinámicas de discriminación. Los discursos de la Tercera Vía se muestran muy combativos contra distintas formas de discriminación y, en particular, la discriminación de género. También ponen el foco en la diferencia en las condiciones de partida que inciden sobre las oportunidades de los individuos para participar sin trabas en la carrera por los mejores puestos en el mercado: el acceso al sistema educativo y la calidad de la educación recibida se convierten en una prioridad. Les preocupan por ello también las diferencias en estímulos parentales sobre sus hijos atribuibles a déficits de capital cultural o al deterioro de las relaciones sociales en el entorno familiar o de recursos en etapas juve-

niles, que dificultan la incorporación de los individuos a la vida adulta en igualdad de condiciones.

Por el camino el socio-liberalismo de la Tercera Vía se deja buena parte de sus compromisos con la protección frente a la incertidumbre. El socioliberalismo abraza la causa de la movilidad social más que la de la lucha contra la desigualdad. Poco tiene que decir sobre la distribución general de ingresos mientras pueda asegurarse que el ascensor social funcione y los individuos sean recompensados estrictamente por su esfuerzo y su talento. Junto al menú de políticas encaminadas a conseguirlo, se diseñan dispositivos para vigilar el progreso de este empeño y promocionar las medidas necesarias para mantener el impulso (el ejemplo más conocido es la *Social Mobility and Child Poverty Commission*).

Un (escueto) balance de resultados

La literatura sobre el papel de la socialdemocracia en la expansión del Estado de Bienestar es voluminosa. Una conclusión ampliamente compartida es que los Estados de Bienestar más generosos son producto del empuje de partidos y movimientos sociales socialdemócratas y cristiano-demócratas. Sin embargo, estas dos fuerzas se han comprometido en el desarrollo de Estados de Bienestar distintos. En términos generales, los Estados de Bienestar de factura socialdemócrata no necesariamente gastan más, pero son más redistributivos (Huber, Ragin y Stephens, 1993). Muchos de los países que todavía presentan los índices de Gini más bajos del mundo desarrollado han sido gobernados durante largos períodos por fuerzas socialdemócratas o han engendrado ins-

tituciones corporatistas donde el movimiento obrero ha encontrado espacios propicios para defender sus demandas.

Pero también existe un acuerdo muy amplio en el reconocimiento de que el impulso socialdemócrata a favor de la igualdad económica se agota a finales de la década de los 70, inaugurando una nueva etapa en que la presencia de partidos socialdemócratas en el poder tiene un impacto menor o nulo sobre los niveles de gasto social. Sin embargo distintos trabajos han puesto de relieve que, frente al imperativo de los recortes, los partidos de izquierda se han mostrado generalmente más cautelosos. Así, por ejemplo, Korpi y Palme (2003) evidencian que, entre 1975 y 1990, el riesgo de recortes en tasas de sustitución por enfermedad, accidente laboral o prestación por desempleo es menor bajo gobiernos de izquierda que bajo gobiernos cristiano-demócratas y más elevado con gobiernos de centro-derecha y conservadores de naturaleza no confesional.

En diversos trabajos, Huber y Stephens (2000, 2006, 2014) han constatado el agotamiento del impulso socialdemócrata del gasto público y sus efectos redistributivos tradicionales, pero también cómo se iban perfilando nuevas prioridades de las políticas sociales. Para ello analizan comparativamente y con modelos econométricos las pautas de desarrollo de programas sociales y sus efectos en dos períodos: antes y después de 1985. En el período anterior a 1985, los partidos socialdemócratas lograron reducir la pobreza en general en sus sociedades, entre grupos vulnerables como niños y particularmente niños en hogares de madres solteras. También son artífices de la reducción de la desigualdad entre la población en edad de trabajar a tra-

vés del sistema de impuestos y transferencias, y especialmente del desarrollo de servicios sociales (educación, servicios de salud, políticas activas de empleo), que tienen un impacto redistributivo muchas veces descuidado.

En el período posterior a 1985, la participación de partidos socialdemócratas en el gobierno deja de tener efectos estadísticamente significativos sobre la mayoría de variables sobre las que la acción socialdemócrata había ejercido una influencia significativa en la época dorada. A estas alturas, los Estados de Bienestar han cobrado su perfil característico y buena parte del gasto parece seguir patrones inerciales. Hay alguna excepción, como el efecto sobre el gasto en educación, que parece una política distintivamente socialdemócrata en este segundo período, como también acredita extensamente Busemeyer (2007, 2009). Igualmente se mantienen con fuerza efectos significativos sobre gasto en centros de día y prestaciones parentales.

Estas pautas sugieren que socialdemocracia parece haberse arrimado a discursos y prioridades de los nuevos paradigmas de las Tercera Vía (educación) y la atención a los nuevos riesgos (gasto en centros de día y prestaciones parentales), aparcando sus compromisos clásicos de lucha contra la desigualdad. En particular, los problemas de conciliación de vida laboral y familiar reciben una atención privilegiada por parte de los gobiernos socialdemócratas, que no tiene correspondencia entre los gobiernos cristiano-demócratas, más apegados a visiones tradicionales de la familia.

Eso no significa necesariamente que la socialdemocracia haya quedado abocada a la parálisis o la impotencia en relación a la desigualdad. En este sentido, el impulso de par-

tidos socialdemócratas ha sido crucial para corregir derivas desigualdadoras y contribuir a reducir la desigualdad en aquellos países que arrastraban cifras anómalamente elevadas. Un ejemplo es el Reino Unido, donde el gobierno de Tony Blair revierte una tendencia al crecimiento de la desigualdad que se había mostrado imparable desde inicios de los 80 (bajo gobiernos conservadores de Thatcher y Mayor). Lo hace con políticas con un fuerte componente redistributivo, como analiza detalladamente Jane Waldfogel (2013). Un segundo ejemplo es el gobierno de José Sócrates en Portugal, donde el coeficiente de Gini pasa del 36,0 cuando se hace con las riendas del poder en 2005, al 33,2 cuando sale en 2011 (datos del SWIID). Incluso, en Francia durante los gobiernos de Hollande se ha producido un ligero descenso de la desigualdad, que corrige el incremento de la desigualdad que tiene lugar durante la etapa de Sarkozy, a pesar del contexto económico adverso y la muy censurada orientación socioliberal de algunas de sus políticas.

Sin embargo, es indudable que en la etapa más reciente se abren grandes espacios donde la socialdemocracia está mostrándose incapaz de ofrecer respuestas en sintonía con sus viejos compromisos con la suerte de los más vulnerables. El más evidente es seguramente el crecimiento de la precariedad en el mercado de trabajo y de nuevas formas de pobreza laboral. La apuesta por mantener rígidas estructuras de protección del empleo en mercados que demandan flexibilidad parece estar generando ineficiencias que se saldan en segmentación de los mercados y un volumen muy grande de despidos en épocas de recesión, generalmente concentrados en sectores vulnerables (mujeres, jóvenes e inmigrantes).

Pero la promesa de la “flexiseguridad” tampoco ha rendido los frutos esperados. Incrementos de flexibilidad se han traducido en un aumento de la inseguridad y la consolidación de una bolsa cada vez mayor de trabajadores pobres. A muchos de estos trabajadores les cuesta encontrar la “seguridad” –que supuestamente debía ir aparejada a la flexibilidad– en contextos de elevado desempleo y, en particular, a medida que arreciaba la crisis, se extendían los recortes en políticas de protección al desempleo y se constataba la escasa eficacia de las políticas activas de empleo. Algunos partidos socialdemócratas están coqueteando con la posibilidad de introducir fórmulas de impuesto negativo o complementos salariales, pero las resistencias internas de quienes los consideran subsidios encubiertos a la contratación de trabajadores en condiciones salariales precarias es muy fuerte.

En estos tiempos turbulentos se está dibujando de manera cada vez más nítida nuevos perfiles de desigualdad intergeneracional que los partidos socialdemócratas han encarado todavía de modo titubeante. Salvo algunas excepciones (Jeremy Corbyn en el Reino Unido o Bernie Sanders en Estados Unidos), los partidos socialdemócratas están experimentando grandes dificultades para atraer a los votantes más jóvenes y consolidar así una base de apoyo leal para el futuro. La preocupación de los jóvenes por su situación de desventaja en el mercado de trabajo y en el marco de los derechos sociales está empujándolos a depositar su confianza en otras opciones políticas. Seguramente, de la pericia para manejar este reto va a depender que en los próximos años la socialdemocracia pueda seguir portando sin complejos el estandarte de la lucha contra la desigualdad.

NOTA

¹ En España, según la imputación que hace la OCDE (2011), el valor de los servicios reduce el Gini un 20%, el ratio de participación intercuintilica en la renta (S80/S20) un 29%, y el ratio de decilas P90/P10 un 26%.

BIBLIOGRAFÍA

Ayala, Luis. 2016. La desigualdad en España. Fuentes, tendencias y comparaciones internacionales. FEDEA, Estudios sobre la Economía Española 24.

Bobbio, Norberto (1996). *Left and right. The significance of a political distinction*. Chicago: The Chicago University Press.

Busemeyer, Marius R. 2007. "The Determinants of Public Education Spending in 21.

OECD Democracies, 1980-2001." *Journal of European Public Policy* 14: 582-610.

Busemeyer, Marius R. 2009. "Social Democrats and the New Partisan Politics of Public Investment in Education." *Journal of European Public Policy* 16 (1): 107-26.

Busemeyer, Marius R. 2009. "Combating Old and New Social Risks." En Klaus Armingeon and Giuliani Bonoli (eds.) *The Politics of Post-Industrial Welfare States: Adapting Post-War Social Policies to New Social Risks*. New York: Routledge.

Giddens, Anthony. 1998. *The Third Way. The Removal of Social Democracy*. Cambridge: Polity Press.

Hicks, Alexander. 1999. *Social Democracy and Welfare Capitalism*. Ithaca: Cornell University Pres.

Huber, Evelyn y John D. Stephens. 2014. "Partisan Impacts on Social Policy and Distributive Outcomes in the Eras of Welfare State Expansion and Retrenchment", APSA 2014 Annual Meeting Paper, 4 de agosto, disponible en SSRN.

Huber, Evelyn y John D. Stephens. 2006. "Combating Old and New Social Risks." En Klaus Armingeon y Giuliani Bonoli (eds.) *The Politics of Post-Industrial Welfare States: Adapting Post-War Social Policies to New Social Risks*. New York: Routledge.

Huber, Evelyn y John Stephens. 2000 "Partisan Governance, Women's Employment, and the Social Democratic Service State." *American Sociological Review* 65 (3): 323-42.

Huber, Evelyn, Charles Ragin, and John D. Stephens. 1993. "Social Democracy.

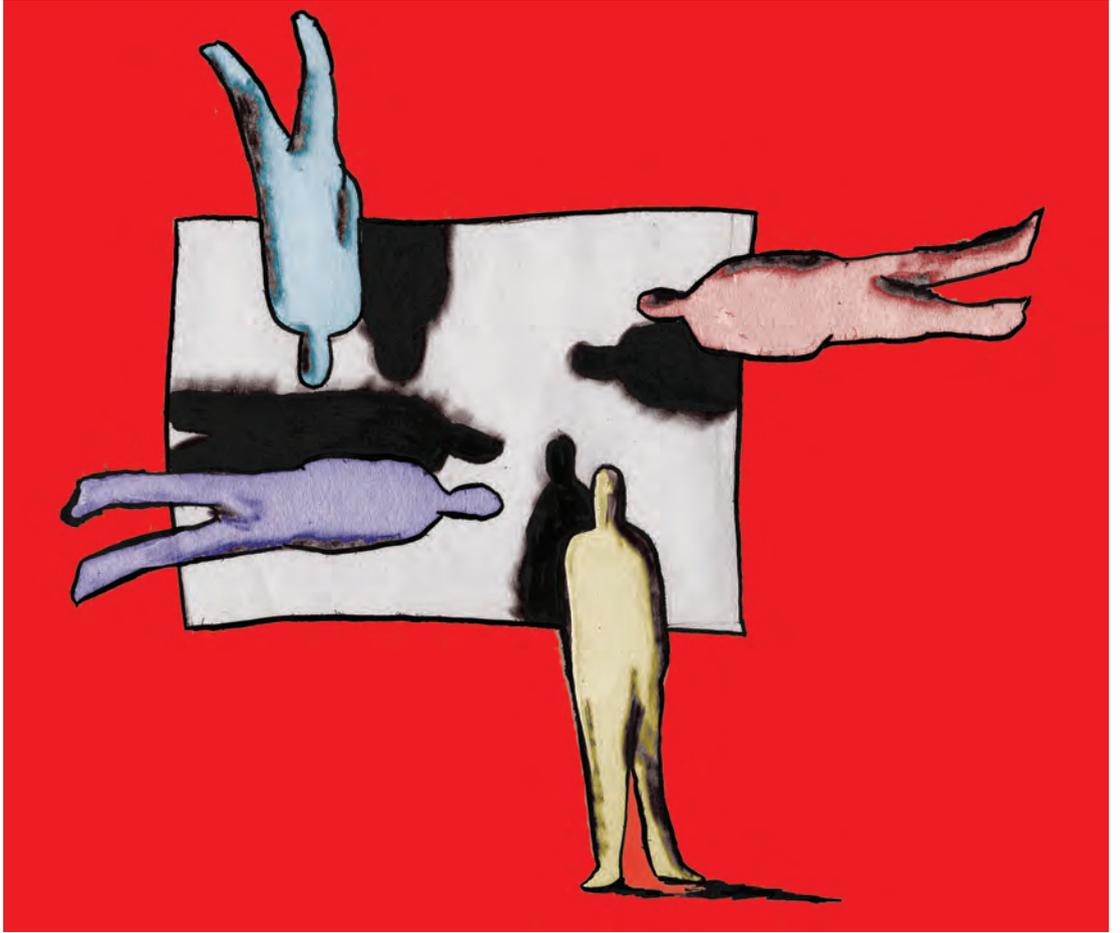
Christian Democracy, Constitutional Structure and the Welfare State," *American Journal of Sociology*, 99 (3): 711-749.

Korpi, Walter, y Joakim Palme. 2003. New politics and class politics in the context of austerity and globalization. *American Political Science Review* 97 (3): 447-58.

OCDE. 2011. *Divided We Stand. Why Inequalities Keep Rising*. París: OCDE.

Przeworski, Adam. 1985. *Capitalism and Social Democracy*. Paris: Cambridge University Press.

Waldfoegel, Jane. 2013. *Britain's War on Poverty*. Nueva York: Russel Sage Foundation.



SOCIALDEMOCRACIA Y CIUDADANOS: ¿NOS ATREVEMOS A MÁS JUSTICIA SOCIAL?¹

PATRICK DIAMOND

Los socialdemócratas necesitan comprender cómo está cambiando el mundo: las «réplicas de la crisis», desde 2008, han dificultado el funcionamiento de programas socialdemócratas en aras de la igualdad y la justicia social en toda Europa. En primer lugar, las réplicas actuales de la crisis, no sólo tienen su origen en el propio colapso financiero, sino que se producen también debido a otras tendencias estructurales a largo plazo, relacionadas con la demografía, la esperanza de vida, la globalización y la forma cambiante de la economía productiva en el mundo occidental (Sapir, 2014). Estas tendencias son comunes a todos los Estados miembros de la UE, independientemente de sus diferentes fases de desarrollo económico. En algunos aspectos, dichas tendencias se han visto exacerbadas por las sacudidas globales de 2008-09, como ha sostenido André Sapir, quien ha subrayado, en particular, el desplazamiento global del poder económico fuera de Europa y del resto del mundo desarrollado, tal y como demuestra la notable resistencia de las economías asiáticas emergentes.

Las consecuencias de tales sacudidas para el crecimiento y las consecuencias de la crisis financiera en el gasto público han complicado el afrontar los desafíos sociales y económicos a largo plazo. Durante la primera fase de la crisis, muchos gobiernos europeos se esforzaron por aplicar medidas urgentes para abordarla y tuvieron que lidiar con los efectos colaterales de las mismas en la deuda soberana. Después, las medidas de austeridad fiscal que también se concibieron apresuradamente han tenido un impacto negativo significativo. El peligro es que, en esta etapa de recortes, los regímenes de bienestar existentes se congelen a medida que los gobiernos se esfuerzan por tranquilizar a los ciudadanos y proteger a la gente de las consecuencias adversas de la crisis. Sin embargo, es precisamente en este momento cuando resulta más necesaria una reforma, no sólo con el fin de gestionar las nuevas presiones financieras, sino también para conseguir que los Estados del Bienestar sean más resistentes en el futuro y evitar que la crisis perjudique aún más las oportunidades de vida de los menos favorecidos de la sociedad.

Las réplicas de la crisis también han vuelto a situar la desigualdad social y económica en el centro de la agenda de las políticas públicas. En el libro *The Spirit Level*, Richard Wilkinson y Kate Pickett demuestran que las sociedades desiguales se comportan peor en una serie de im-

portantes indicadores sociales, incluyendo las tasas de delincuencia, salud pública, los logros educativos, el equilibrio entre el trabajo y la vida privada o el bienestar personal, entre otros. El trabajo de Thomas Picketty ha demostrado que la tasa de retorno sobre el capital excede el crecimiento de los salarios en las economías capitalistas, lo que conduce a un aumento de la desigualdad a largo plazo. Por supuesto, el debate sobre la desigualdad se ha extendido más allá del foco tradicional sobre la desigualdad económica y la relación entre la parte superior e inferior en la distribución. Un nuevo objeto de atención tiene que ver con el estancamiento de “la sufrida clase media” y el descenso de su nivel de vida, creado por la globalización y por presiones internas como las reformas desregulatorias del mercado de trabajo emprendidas con el objetivo de elevar las tasas de empleo. La cuestión de la desigualdad no puede separarse del debate más amplio sobre la naturaleza del capitalismo en Occidente, que ha llevado a la reactivación del interés por la economía social de mercado coordinada alemana y por los éxitos de la socialdemocracia nórdica, orientada a la esfera global por su capacidad de combinar eficiencia y equidad.

El último argumento se refiere a la capacidad de la Unión Europea de presentarse como un actor estratégico bien posicionado para hacer frente a los efectos secundarios de las réplicas de la crisis y para ayudar a la economía y los regímenes de bienestar de Europa a recuperar su estabilidad y su buena salud. Esta visión optimista del potencial de la UE subestima la medida en que la propia UE ha acentuado la magnitud de los desafíos sociales a los que se enfrenta Europa, principalmente a través de las dinámicas del mercado interior (Sage et al., 2014). Tanto la ampliación de la UE como el mercado único han perjudicado las oportunidades laborales de los trabajadores poco cualificados y han influido en la erosión de la normativa laboral. Otra cuestión relevante es si el marco de política establecido por la UE, con su énfasis en la disciplina fiscal, la competitividad nacional y las reformas del mercado de trabajo, han aumentado las dinámicas de competencia de suma cero entre los Estados miembros. Si, antes de la crisis, los expertos en política social se imaginaban que la pertenencia a la UE contribuiría a una dinámica positiva de “carrera al alza” entre los Estados de Bienestar nacionales, el verdadero impacto de la crisis ha sido exacerbar la divergencia económica y social en Europa, porque los Estados miembros tienen márgenes de maniobra muy diversos y, por lo tanto, plantean remedios diferentes a los desafíos de la crisis. Como resultado, la ética de la solidaridad entre los Estados miembros se ha visto debilitada, poniendo en tela de juicio la legitimidad básica de la propia UE. Maurizio Ferrera ha analizado la forma en que los Estados de Bienestar nacionales de la UE operan tanto dentro de un “espacio económico europeo” claramente definido, como dentro de un “espacio social europeo” más impreciso, si bien sus parámetros podrían reforzarse a partir de ahora, en particular cuando comienzan a aplicarse las nuevas disposiciones sociales del Tratado de Lisboa.

Como consecuencia de estos cambios, existe un creciente déficit de justicia social en toda Europa:

- En la mayoría de los Estados miembros ya no existe el pleno empleo. En Alemania, el desempleo nunca ha sido más alto desde los últimos días de la República de Weimar.

En Francia, el desempleo ha permanecido en torno al 10% durante la mayor parte de las dos últimas décadas, y más de la cuarta parte de los jóvenes tiene dificultades para encontrar trabajo. Incluso en los países con alto nivel de empleo, como los Países Bajos, Suecia y el Reino Unido, persisten graves problemas de inactividad durante la etapa de vida laboral activa como muestra, en particular, el número de demandantes de prestaciones por enfermedad e invalidez.

- En la actualidad, la protección frente a los riesgos sociales es parcial. Los sistemas de aseguramiento social sirvieron para asegurar con mayor o menor éxito frente a los riesgos durante la industrialización del siglo XIX (desempleo, enfermedad, lesiones laborales y pobreza durante la vejez), aunque en algunos países las familias asumían, por ejemplo, la plena responsabilidad de protección de los jóvenes. En cambio, los Estados del Bienestar europeos han experimentado mayores dificultades para proteger a los ciudadanos ante los nuevos riesgos sociales de la vida moderna (la paternidad monoparental, la ruptura de relaciones, la enfermedad mental, la extrema fragilidad y las situaciones de dependencia en la vejez).
- La equidad intergeneracional se ha roto. La pobreza en la vejez es un problema limitado a los nuevos Estados miembros, mientras que la situación de los pensionistas es relativamente buena en el resto. Sin embargo, la pobreza infantil es un problema grave en varios países europeos. En otros, el desempleo afecta especialmente a los jóvenes.
- La calidad de los servicios públicos en muchos países de la Europa continental está empezando a deteriorarse después de años de restricciones del gasto público, causadas por un crecimiento más lento. Muchos Estados miembros cuentan con una dotación de infraestructuras de alta calidad construidas en una etapa de dinamismo económico, pero la situación empeorará si persisten el crecimiento lento y el descenso en los ingresos de las haciendas públicas.
- El sistema de relaciones laborales que fue diseñado para garantizar un trato justo en el trabajo ya no protege a los débiles contra los poderosos. Algunos grupos están bien protegidos gracias al diálogo social, los sindicatos fuertes, los convenios colectivos y los derechos de los trabajadores legalmente exigibles, pero se trata de grupos privilegiados, porque no representan a la mayoría de la población activa ni a los excluidos de la misma. Existe una creciente brecha entre los *insiders* y *outsiders* de los mercados de trabajo europeos.
- Muchos europeos están a favor de una sociedad que tiende a rechazar las desigualdades, aunque los partidos políticos difieren sobre el grado de desigualdad que encuentran tolerable. De hecho, las desigualdades están aumentando en la mayoría de los Estados miembros de la UE, como consecuencia de la mejora en los ingresos de quienes ocupan los niveles superiores y una menor actividad laboral de los que ocupan los inferiores. Existe un debate político sobre la importancia de las crecientes desigualdades en los niveles de ingresos y la riqueza. Sin embargo, hoy estamos más lejos que

hace una generación de alcanzar la aspiración colectiva de que “todos los niños deben tener las mismas oportunidades en la vida”; y las desventajas de la herencia social están más asumidas (Esping-Andersen, 1999, Sage et al., 2014).

Ni la igualdad de resultados “pura” ni la meritocracia “radical”

La justicia social y la igualdad han sido los ideales que han estimulado a la socialdemocracia europea durante gran parte del siglo pasado. Reflejan el compromiso básico del centro-izquierda con la libertad sustantiva, es decir, no sólo el acceso a las libertades básicas y la posibilidad de autodeterminación, sino también la capacidad de ejercer la autonomía individual a través de las oportunidades y la seguridad que ofrece un Estado activo y facilitador. El papel del Estado no es actuar como una barrera a la libertad, sino permitir y mejorar tal libertad personal. No obstante, a pesar de su evidente repercusión política, la justicia social y la igualdad son conceptos ambiguos y controvertidos, que disfrutaron de distintos niveles de aceptación dentro de las sociedades europeas y entre las mismas. En concreto, la igualdad ha sido criticada por constituir una “nivelación a la baja” a través de una redistribución indiscriminada y de tipos confiscatorios en el impuesto de la renta. Por ello, muchos socialdemócratas han querido destacar su compromiso con la justicia social. El teórico político David Miller (1994) ha identificado cuatro dimensiones preeminentes de la justicia social:

- La igualdad de ciudadanía: todo ciudadano tiene derecho a los derechos civiles, políticos y sociales, incluidos los medios para ejercerlos con eficacia.
- El mínimo social: todos los ciudadanos deben tener acceso a recursos que satisfagan adecuadamente sus necesidades esenciales y les permitan vivir una vida segura y digna en la sociedad actual.
- La igualdad de oportunidades: las oportunidades de vida de los individuos, especialmente en cuanto a su acceso a puestos de trabajo y a la educación, deben depender de su propia motivación y aptitudes, y no de rasgos diferenciales irrelevantes como el género, la clase o la etnicidad.
- La distribución justa: los recursos que no forman parte de lo que sería necesario para lograr la igualdad de ciudadanía o del mínimo social pueden distribuirse de manera desigual, pero su reparto debe basarse en criterios legítimos como el esfuerzo o el riesgo que uno haya podido asumir y no en función de las rentas derivadas del capital o la riqueza que no se haya ganado.

El propósito de Miller era identificar los principios básicos que los ciudadanos usan para juzgar si sus sociedades son justas o injustas. Por supuesto, se podría argumentar que la lista de Miller es deficiente o al menos inadecuada. El principio de igualdad de oportunidades no tiene en cuenta explícitamente las desigualdades intergeneracionales cada vez más importantes, en particular a la luz del cambio climático y su impacto en las generaciones futuras, así como la redistribución de facto a favor de los mayores y los jubilados. Al mismo tiempo, la concepción de la justicia social de Miller se formula en términos de derechos individuales. Miller dice re-

lativamente poco sobre la reciprocidad y la responsabilidad cívica, las obligaciones y deberes mutuos que unen a las comunidades políticas. Otra laguna en su explicación está relacionada con el poder: cualquier explicación persuasiva de la justicia social debe plasmar la importancia de conceder a los individuos el poder de determinar sus propias vidas, en lugar de estar limitados por la casualidad o el nacimiento.

Sin duda, el enfoque de Miller ofrece un punto de partida interesante y fructífero para el debate sobre el objetivo central de la socialdemocracia. Sin embargo, elaborar conceptos abstractos de justicia social resulta claramente inadecuado. Tal y como ha señalado Peter Taylor-Gooby (2012), es necesario entender la complejidad de las actitudes de los ciudadanos, cómo se puede usar la opinión pública por parte de la política pública y también dónde deberían cuestionar los partidos políticos las actitudes de los votantes. La evidencia sugiere que en general los ciudadanos no conciben la justicia social en términos de grandes teorías, sino que tiende a relacionar sus ideas sobre la justicia con acontecimientos vitales, contextos y detalles específicos (Mulgan, 2005). Esto constituye un aviso importante para los políticos; deben vincular sus valores a objetivos políticos concretos y tangibles, antes que a principios teóricos intangibles, si quieren captar la imaginación de la gente. El papel de la teoría política es ayudar a formular las narrativas y discursos sobre la justicia social, en los que puedan inspirarse posteriormente los políticos.

Las actitudes importan, sobre todo porque la literatura indica que un aspecto importante de la cultura del bienestar de un país está constituido por la forma en que sus ciudadanos perciben la desigualdad, la pobreza y la distribución de los ingresos (Lepianka, Van Oorschot y Gelissen, 2009). Estas percepciones moldean tanto la legitimidad percibida de programas particulares de bienestar, como la forma y diseño general del Estado de Bienestar. Hay que hacer una distinción importante entre países donde se atribuye la pobreza al comportamiento irresponsable de los pobres (en particular Estados Unidos) y aquellos otros donde la explicación de la prevalencia de la pobreza se basa sobre todo en argumentos estructurales (especialmente los países de la Europa continental y nórdica) (Lepianka, Van Oorschot y Gelissen, 2009). Conviene destacar que las actitudes públicas subyacentes tienen implicaciones para la viabilidad y legitimidad de los programas de política social, así como para la capacidad de los partidos socialdemócratas europeos de formular sus agendas en términos de principios de justicia social duraderos (Taylor-Gooby, 2012).

Las actitudes son inherentemente complejas: por ejemplo, los resultados de la encuesta más reciente sobre actitudes sociales en Reino Unido muestran que las actitudes de los ciudadanos hacia la pobreza y hacia los más pobres se han endurecido desde la década de 1980, a pesar de la elección de un gobierno laborista comprometido con la erradicación de la pobreza. Así, si en 1989 el 51% de la población respaldaba las políticas de redistribución de ingresos de los ricos a los pobres, este porcentaje había caído al 36% en 2010, aunque el 78% sigue preocupado por la magnitud de la desigualdad de riqueza en el país. Algunos comentaristas sostienen que la disminución del apoyo a políticas de lucha contra la pobreza refleja la falta de voluntad de los líderes políticos socialdemócratas en Gran Bretaña de hacer una defensa más explícita de la redistribución y de un Estado de Bienestar integral. Sin embargo, los politólogos

han cuestionado esto proponiendo un llamado “efecto termostato”: los votantes apoyarán a un partido que promete corregir problemas actuales como el aumento de la desigualdad, pero una vez que dicho partido haya entrado en el poder e implementado esas políticas, el apoyo a la redistribución e impuestos más altos disminuirá inevitablemente.

No obstante, es importante hacer hincapié en que, mientras que las percepciones de los ciudadanos pueden ayudar a la formulación de políticas, los gobiernos también tienen el poder de influir en las percepciones para mejorar la legitimidad de sus políticas. Los partidos políticos no son los beneficiarios pasivos de los cambios subyacentes en la opinión pública, sino que tienen la capacidad de enmarcar y moldear las actitudes y percepciones de los votantes. El núcleo central de la política no está predeterminado, sino que puede ser cuestionado y remodelado por referencia a aspectos ideológicos y programáticos claramente definidos. Los partidos deben tratar activamente de alterar el estado de ánimo público, en vez de permanecer constreñidos por su intuición particular sobre lo que aceptarán o no los votantes.

Esta preocupación por las actitudes públicas ha centrado cada vez más la atención en los procesos de formación de la percepción entre los ciudadanos, en particular el papel de los medios de comunicación. Asimismo, conviene no subestimar la importancia de influencias y redes sociales más amplias en la formación de actitudes y valores, al igual que el papel de las ideas en la formulación de las agendas públicas. Sería un error suponer que los intereses importan más que las ideas, “porque los intereses que persiguen los individuos tienen que ser articulados como ideas antes de que puedan ser perseguidos como intereses” (Gamble, 2009: 142). A menudo, las ideas son mejores armas en la lucha por definir el discurso dominante y la concepción del “sentido común” político capaz de desplazar el eje de la política de manera irreversible en una dirección socialdemócrata. Indiscutiblemente, las ideas importan; el renacimiento de la política de centro-izquierda en Europa no podrá llevarse a cabo sin una renovación fundamental y profunda de las ideas.

Actitudes y valores públicos

La forma en que los partidos y gobiernos socialdemócratas europeos apelan a la justicia social tiene importantes implicaciones para su prominencia electoral y su éxito en el gobierno. Las diversas dimensiones de la justicia social reflejan, en mayor o menor medida, entendimientos intuitivos de justicia y deseos; por definición, ayudan a fundamentar la política de centro-izquierda en una concepción más amplia del bien común. Claramente, la política de justicia social tiene por delante tres desafíos (Taylor-Gooby, 2012).

El primer reto está relacionado con la importancia de construir reciprocidad en el sistema de bienestar. Preocupa el alcance de la desigualdad de ingresos y existe un amplio apoyo a la redistribución de los ricos a los pobres. Las necesidades de la infancia son valoradas especialmente, mientras se espera que los adultos sanos hagan una contribución justa, bien a través del trabajo remunerado en el mercado laboral o mediante su participación en el cuidado de las personas en situación de dependencia. Hay fuertes evidencias de que los ciudadanos euro-

peos favorecen la “participación” en actividades socialmente valoradas y son intolerantes con el “fenómeno de los gorriones (free-riding)” del Estado de Bienestar. Esto sugeriría que el público respaldará medidas de apoyo a los ciudadanos para la obtención de trabajo (como las políticas de cuidado infantil gratuito y políticas activas de empleo), y para abordar la adecuación de las remuneraciones (por ejemplo, medidas para reducir la brecha salarial entre hombres y mujeres).

El segundo punto se refiere a la importancia de que la ciudadanía confíe en los gobiernos y los políticos. Aunque en la mayoría de los Estados miembros de la UE, los ciudadanos se inclinan por apoyar la redistribución, el escepticismo es mayor acerca de si los gobiernos nacionales tienen la capacidad de llevar a cabo una redistribución justa y legítimamente. Un tema que se ha visto exacerbado por la crisis financiera de 2008 afecta a los programas de reforma tributaria para reprimir la evasión fiscal y el impago de impuestos. La evidencia sugiere que un esfuerzo convincente para penalizar la evasión y el impago de impuestos contribuiría de manera decisiva a restaurar la confianza pública en las capacidades del Estado. Esto también indica que los socialdemócratas que dependen de instituciones colectivas para alcanzar sus objetivos no pueden permitirse dejar que el Estado y los políticos caigan en descrédito público. La confianza política y la justicia social están inextricablemente entrelazadas y el centro-izquierda tiene que ayudar a mejorar la calidad y la transparencia del debate público.

El tercer desafío consiste en utilizar instrumentos políticos para ayudar a transformar las actitudes y opiniones de los ciudadanos. Es un error asentir simplemente con la opinión pública, participando en una “competencia a la baja (*race to the bottom*) en los impuestos sobre la renta y de sociedades; pues tal y como pone de manifiesto Taylor-Gooby, en realidad esto podría servir para que las actitudes ciudadanas se endurecieran en una dirección negativa. Al mismo tiempo, los partidos de centro-izquierda deben guiar las actitudes del público, no simplemente seguirlos. No hay nada inexorable en las tendencias de la sociedad, como la individualización y la creciente diversidad, que invalidarían las políticas de justicia social o destruirían las bases de la acción colectiva. Es importante que los partidos socialdemócratas asuman la responsabilidad y demuestren que pueden reformular las agendas públicas.

Estos tres desafíos son relevantes para los grandes debates de la política de bienestar contemporánea, sobre todo el futuro del universalismo: uno de los pilares fundamentales de la justicia social en Europa desde la Segunda Guerra Mundial ha sido un Estado de Bienestar universal (Esping-Andersen, 1999). En muchos países europeos, los gobiernos de centro-derecha han tratado de cuestionar la sostenibilidad del universalismo a raíz de la crisis financiera mundial, utilizando varios argumentos para justificar los recortes del universalismo (Horton, 2011). El primero es la necesidad de reducir los déficits públicos y, por lo tanto, reducir la cobertura de los principales programas sociales, como las prestaciones familiares y las pensiones universales. El segundo está quizás más basado en principios. Sugiere que la universalidad implica la transferencia de recursos de los pobres a los ricos y que dedicar los recursos a los más pobres es la mejor manera de ayudar a los más necesitados. Es difícil justificar la imposición de tributos sobre quienes tienen ingresos bajos simplemente para pagar prestaciones universales a aquellos con mayores ingresos.

Sin embargo, los partidos de centro-izquierda en Europa deberían plantear reservas a las opiniones de la derecha ideológica sobre el universalismo y el Estado de Bienestar. De hecho, y como bien ha señalado Richard Tittmuss, cuanto más focalizada es la provisión de bienestar, menos probable es que los servicios sean de la más alta calidad. Los países donde la focalización es mayor tienden a caracterizarse por un menor gasto general en el Estado de Bienestar como porcentaje de los ingresos nacionales (Horton, 2011). Tales argumentos ocultan una conocida afirmación ideológica por parte de la derecha, a saber, que todas las formas de provisión estatal crean dependencia y que el propósito del Estado debería ser mantener el gasto y los niveles impositivos lo más bajos posible.

Esto se opone diametralmente a la filosofía socialdemócrata: el Estado de Bienestar nunca se ha ligado a la caridad o la filantropía, sino a la idea de compartir riesgos y recursos: la adquisición de servicios y seguros a través del Estado debería abarcar a toda la población y no sólo a los pobres (Taylor-Gooby, 2012). Al mismo tiempo, la socialdemocracia nórdica en particular, siempre ha considerado el bienestar como parte integrante de un modelo de capitalismo sostenible: el bienestar es una fuente de creación de riqueza, no sólo una sangría de recursos. Esto sintetiza la sinergia básica entre eficiencia económica y justicia social: por ejemplo, asegurar que las mujeres con talento y altamente cualificadas tengan acceso al mercado de trabajo implica una cobertura universal para el cuidado de los niños, de alta calidad y asequible para todas las familias. Ésta es una base moral más sustantiva para el Estado de Bienestar que la afirmación de que aquellos con mayores ingresos deberían apoyar medidas para reducir la desigualdad que genera desorden y fractura social. Dicha tesis estaba en el corazón de *The Spirit Level* (Wilkinson y Pickett, 2009), pero el argumento subraya la medida en que el universalismo beneficia *directamente* a toda la sociedad en su conjunto.

La defensa del universalismo implica proteger los intereses a largo plazo de los más pobres, así como llegar a los votantes de clase media. Un Estado de Bienestar verdaderamente mayoritario puede ayudar a satisfacer las aspiraciones de los votantes de ingresos medios y altos y prevenir al mismo tiempo la pobreza en los hogares de bajos ingresos. Es importante seguir desafiando los argumentos ideológicos contra el universalismo, entablando una batalla de ideas no sólo sobre el futuro del Estado de Bienestar, sino también sobre el papel del Estado en un mundo en rápido cambio.

También es imperioso defender el universalismo en la sociedad actual, dada la aparición de nuevos riesgos sociales, la creciente desigualdad salarial y de ingresos y el deseo de redistribución a lo largo de la vida (Taylor-Gooby, 2012). Esto ayudaría a aliviar las transiciones en el ciclo vital y facilitaría elecciones individuales que mejoren la autonomía personal a partir de la preocupación por el aprendizaje a lo largo de toda la vida –que es una dimensión crucial de la justicia social–. Merece la pena reflexionar sobre cómo pueden informar las actitudes de los ciudadanos en Europa sobre la mejor manera de llevar a cabo la agenda de justicia social y del universalismo del bienestar:

- Los socialdemócratas no sólo deben preocuparse por la justicia social, sino también por el dinamismo económico. El apoyo a estrategias eficaces para contrarrestar la pobreza

y la desigualdad es más fuerte cuando se confía en un crecimiento económico mantenido en el tiempo. Es posible reconciliar justicia social y dinamismo económico, aunque es importante ser consciente de los potenciales necesarios compromisos.

- Los mecanismos redistributivos tradicionales son necesarios, pero es posible que haya que modificarlos a la luz del cambio estructural. Por ejemplo, la fiscalidad progresiva tiene un papel importante en la redistribución de recursos de ricos a pobres, pero no debe comprometer las necesidades económicas o la creación de empleo.
- Si bien la política se centra legítimamente en las necesidades de los pobres y excluidos de larga duración, es importante preocuparse por las transiciones, en particular por el papel de los mercados de trabajo de transición para permitir a las personas salir de la pobreza. Se debe otorgar gran importancia a las estrategias de activación del mercado laboral, ya que la participación activa refuerza el apoyo al Estado de bienestar.
- Las políticas diseñadas para ayudar a los más pobres deben centrarse también en la pobreza en el trabajo, incrementando el apoyo financiero a los cuidadores y asegurando que existe una estructura adecuada de salarios mínimos en los Estados miembros de la UE. La reducción de la pobreza infantil debe seguir ocupando un lugar central en la agenda de justicia social de los partidos de centro-izquierda en Europa.
- Las políticas que benefician a grupos más acomodados son importantes en la medida que contribuyan a consolidar su compromiso con el universalismo en el Estado de Bienestar.
- Las políticas sensibles al género son cruciales, no sólo para seguir mejorando la posición económica de las mujeres, sino también para proporcionar un mayor apoyo a los padres y las familias jóvenes. Revelar las diferencias salariales entre hombres y mujeres ayudará a combatir la brecha salarial por razón de sexo, con el respaldo de una potente legislación contra la discriminación.
- Hay que incorporar adecuadamente a los miembros más acaudalados de la sociedad y los asalariados con altos ingresos a las obligaciones y deberes de ciudadanía. La responsabilidad social debe ejercerse en la "cima" de la sociedad, no sólo entre los más excluidos. La crisis financiera parece haber abierto más espacio para una acción radical sobre las remuneraciones y los impuestos.
- Por último, la política en los Estados-nación debe ir acompañada de acción a nivel de la UE. La Europa social tiene un importante papel que desempeñar, alentando a los Estados miembros a comparar sus progresos con indicadores clave, como la reducción de la pobreza infantil; a compartir las mejores prácticas para resolver los desafíos más difíciles, como el desempleo de larga duración; y a desarrollar nuevos mecanismos como los fondos estructurales para mitigar el impacto de la exclusión social en las regiones más afectadas de la UE. Europa debe ser un motor para una mayor solidaridad y justicia social; el referéndum británico sobre la futura pertenencia a la UE ha demostrado las consecuencias negativas de no abordar la creciente desigualdad y polarización de manera eficaz.

Aunque hay una variedad de ideas a las que los partidos de centro-izquierda pueden recurrir, los socialdemócratas deben centrarse en desarrollar una nueva política de justicia social en toda Europa. Es esencial articular un relato de las diversas dimensiones de la justicia social con una evaluación informada de la naturaleza subyacente de la opinión pública. Las investigaciones recientes sobre la pobreza y la desigualdad han tendido a centrarse en las actitudes, en lugar de examinar qué impulsa y motiva tales actitudes particulares. Las comparaciones transnacionales sirven para ilustrar importantes tendencias y patrones subyacentes, al tiempo que destacan cómo se podrían replantear cuestiones y temas concretos para apoyar los objetivos de la socialdemocracia en un mundo cada vez más complejo. Es importante evaluar las claves subyacentes de la opinión pública para construir un nuevo consenso por la justicia social en Europa. Si los socialdemócratas articulan ideas audaces que tengan en cuenta sentimientos públicos intuitivos, pueden reformar tanto las instituciones como los intereses, sentando las bases para nuevas coaliciones electorales mayoritarias. La respuesta, como ya observó el ex líder del SPD, Willy Brandt, no es abandonar los valores tradicionales, sino “atreverse a más democracia social”.

Independientemente de las ideas que la democracia social articule a nivel nacional, hay que afrontar no sólo el creciente desafío a los Estados-nación y la debilidad fundamental de proseguir un “camino nacional hacia el socialismo”, sino también la creciente reacción contra la política supranacional, especialmente a nivel de Europa. Por tanto, continúa siendo crucial esta dialéctica entre la política estatal y el internacionalismo liberal.

NOTA

¹ El texto original en inglés ha sido traducido por Angustias Hombrado.

BIBLIOGRAFÍA

Blyth, M. *Austerity: The History of a Dangerous Idea*, Oxford: Oxford University Press, 2011.

Carlin, W. ‘A Progressive Economic Strategy’, Londres: Policy Network, 2013.

Crouch, C. *The Strange Non-Death of Neo-Liberalism*, Cambridge: Polity, 2011.

Gamble, A. ‘Social Justice in a Shrinking World’, en O. Cramme y P. Diamond, *Social Justice in a Global Age*, Cambridge: Polity, 2009.

Jenson, J y Saint-Martin, D. ‘New Routes to Social Cohesion? Citizenship and the Social Investment State’, *Canadian Journal of Sociology/Cahiers canadiens de sociologie*, Volumen 28, (1), pp. 77-99, 2003.

Lepianka, D. Van Oorschot, W. y Gelissen, J. ‘Popular explanations of poverty: A critical discussion of empirical research’, *Journal of Social Policy* Volumen 3 (38), pp. 421-438, 2009.

Miller, D. *Principles of Social Justice*, Cambridge, Mass: Harvard University Press, 1994.

Mulgan, G. 'Anti-Politics', *The Guardian*, 7th May 2005.

Piketti, T. *The Capital in the Twenty-First Century*, 2014.

Rodrik, D. 'Why Do More Open Economies Have Bigger Governments', *The Journal of Political Economy*, Volumen 106 (5), pp. 997-1032, 1998.

Sage et. al., D. *The Social Reality of Europe After the Crisis*, Londres: Rowman & Littlefield, 2014.

Sapir, A. 'Still the Right Agenda for Europe? The Sapir Report Ten Years On', *Journal of Common Market Studies*, Volumen 52, pp. 57-73, 2014.

Taylor-Gooby, P. (ed.), *New Paradigms in Public Policy*, Oxford: Oxford University Press, 2013.

Tsoukalis, L. *In Defence of Europe: Can the European Project Be Saved?*, Oxford: Oxford University Press, 2014.

Wilkinson, R. Pickett, K. *The Spirit Level: Why More Equal Societies Almost Always Do Better*, Londres: Allen Lane, 2009.

Wren, A. *The Political Economy of the Service Transition*, Oxford: Oxford University Press, 2013.



INMIGRACIÓN Y DIVERSIDAD ÉTNICA, RETOS CLAVE PARA LA SOCIALDEMOCRACIA

FRANCISCO JAVIER MORENO FUENTES

Los partidos socialdemócratas europeos han experimentado un significativo deterioro de sus resultados electorales a lo largo de la última década. Pese a los matices que esta afirmación requiere a la hora de conceptualizar la situación específica de cada país, la tendencia general apunta a una pérdida sustancial de apoyos entre votantes de clase media y trabajadora, la base electoral tradicional de estos partidos. El análisis de esta tendencia requiere tomar en consideración una pluralidad de dimensiones, varias de las cuales aparecen directa o indirectamente relacionadas con la migración internacional y los efectos de la misma percibidos por algunos sectores de la población de las sociedades receptoras.

Como desarrollaremos en las siguientes páginas, estas cuestiones interpelan directamente al marco cognitivo y al sistema de valores socialdemócratas, situando el fenómeno migratorio en una posición central en la reflexión acerca del futuro de la socialdemocracia en Europa.¹

“Globalización” y flujos migratorios

Una de las principales víctimas de la crisis económica iniciada en 2007 en EEUU y que llegó a cuestionar la propia existencia de la

zona Euro, ha sido la visión positiva de la globalización, que en buena medida había prevalecido hasta ese momento en el mundo desarrollado. La idea de que la apertura de los mercados a la libre circulación de bienes, servicios y capitales funciona como un juego de suma positiva, beneficiando tanto a los países en desarrollo como al mundo desarrollado, ha sido gradualmente sustituida por la percepción de que el sistema económico global funciona como un juego de suma cero en el que las sociedades occidentales han de competir con los países en desarrollo tanto por los mercados para sus productos y servicios (con el riesgo de enfrentarse a situaciones de *dumping* social y medioambiental), como por los insumos básicos para sus sociedades y sistemas productivos (materias primas, energía, alimentos, etc.). Esta transformación en la percepción de la globalización ha desestabilizado a los partidos socialdemócratas europeos que a partir la década de los 80 habían abrazado el libre comercio y promovido la visión positiva de la integración de los mercados globales.

La crisis del empleo sufrida por las sociedades desarrolladas, en buena medida consecuencia de lo que se ha venido en llamar

la “cuarta revolución industrial”, ha contribuido a reforzar la percepción de que nos encontramos ante una “nueva normalidad”, reflejo del nuevo equilibrio en la producción y distribución de riqueza a nivel global. El traslado de un número creciente de empleos (inicialmente puestos de trabajo de baja cualificación vinculados a las manufacturas, pero cada vez más también de otras tareas de mayor valor añadido) a países con menores costes de producción ha reforzado esta visión del empleo como un recurso escaso más.

La libre circulación de personas (el cuarto elemento que, en teoría, hubiese debido completar el modelo de la globalización liberal), nunca fue, de hecho, política e institucionalmente reconocida como una situación deseable por los gobiernos de los países desarrollados. Pese a esto, los importantes movimientos de población que se produjeron como efecto secundario de la creciente internacionalización de las economías (con millones de trabajadores inmigrantes llegados a Europa para ocupar los nichos de empleo no deseados por los trabajadores autóctonos), convirtieron a las poblaciones de origen inmigrante en uno de los efectos más visibles de la creciente integración de los mercados europeos en la economía global, situando con ello al fenómeno de la inmigración en un lugar prominente de la agenda pública y finalmente política de estas sociedades.

Los partidos socialdemócratas europeos, conscientes del impacto positivo que la inmigración tiene sobre la economía de los países receptores, han tendido a mantener una actitud favorable hacia dichos flujos (siempre desde una lógica utilitarista que promovía el control de los mismos en beneficio de la sociedad y del sistema productivo del país de

acogida), al tiempo que situaban la garantía de derechos para las poblaciones de origen inmigrante en un lugar más prominente de sus programas que otras formaciones políticas. En esta coyuntura, las actitudes de creciente rechazo hacia la inmigración entre determinados sectores de la población autóctona han supuesto un mayor coste en términos de apoyo electoral para estos partidos.

La llamada “crisis de los refugiados”, experimentada en los últimos años, aunque de una naturaleza esencialmente distinta (vinculada a la desestabilización de una serie de países en la periferia de la zona de influencia europea), comparte importantes aspectos con los flujos migratorios clásicos, y ha hecho aún más evidente la creciente interconexión de las sociedades contemporáneas a nivel global, visibilizando las crecientes dificultades experimentadas por los Estados europeos para controlar de manera efectiva sus fronteras (Castles, 2004).

Aquí, de nuevo, los partidos socialdemócratas se han visto particularmente interpelados, al tener que responder a las demandas de crecientes sectores de las poblaciones autóctonas que, desde una lógica del “sentido común”, muestran de forma cada vez más asertiva su renuencia hacia la presencia de extranjeros por los supuestos impactos negativos derivados de la misma, independientemente de la falta de evidencia empírica que valide dichas percepciones (Peri, 2014; Dustmann y Fratini, 2013; Rutter y Latorre, 2009). La disyuntiva estriba aquí en cómo responder a dichas actitudes negativas hacia la inmigración sin traicionar elementos básicos del programa socialdemócrata, fundamentado tanto en la creencia en los aspectos positivos que para las sociedades de acogi-

da tiene la inmigración, como en el apoyo a principios y valores humanitarios que postulan el derecho de las personas a huir de la guerra, la persecución, o la pobreza y la obligación ética de las democracias liberales de acoger y proteger a estas personas y de ofrecerles un espacio en el que desarrollar sus vidas de forma plena.

De este modo, los partidos socialdemócratas han visto tensionadas algunas de las premisas básicas sobre las que se construían los apoyos de determinados sectores de la población, crecientemente hostiles tanto a la globalización de la economía, como a la llegada de inmigrantes y refugiados.

Diversidad étnica e “integración” de poblaciones de origen inmigrante

Desde la segunda mitad del siglo pasado, las sociedades europeas abordaron de manera claramente diferenciada los retos derivados de una creciente diversidad étnica consecuencia del asentamiento de poblaciones de origen inmigrante. Siguiendo sus propias experiencias históricas de gestión de la diversidad interna, vinculadas a su constitución como Estados-nación, los diferentes enfoques aplicados por los países europeos pueden situarse en un continuo de modelos típico-ideales que iría desde la “asimilación”, hasta el “multiculturalismo”. Así, en un extremo, el paradigma “asimilacionista” entendía que el logro de la igualdad de derechos y oportunidades de la población extranjera debería estar condicionado a su adaptación cultural y aceptación de los principios y prácticas normativas de la sociedad receptora. El resultado final de este proceso debería ser el mayor grado posible de homogeneidad cultural de la comunidad nacional,

estructurada en torno a la cosmovisión y los valores de la sociedad receptora. El modelo “multiculturalista”, por el contrario, aspiraba a que los inmigrantes se incorporasen a la sociedad receptora (fundamentalmente a través de su inclusión en el mercado de trabajo, la vivienda, el sistema educativo, etc.) en condiciones de igualdad de derechos y oportunidades con la población autóctona, sin que esto supusiese que para ello debieran renunciar a su propia identidad (cultural, religiosa, lingüística, etc.), ni a las prácticas y costumbres de su comunidad de origen. El resultado final de este proceso debería ser una sociedad plural en términos culturales y étnicos, en la que las distintas comunidades coexistiesen formando una sociedad diversa.

Ambos modelos ideales presentaban importantes contradicciones que se pueden resumir en la llamada “paradoja del reconocimiento” (De Zwart, 2005). Según este planteamiento, tanto la estrategia de reconocer las identidades culturales y étnicas de ciertos grupos, como la de negarse de plano a hacerlo, conllevaría repercusiones negativas para el objetivo último de dichas políticas, la “integración” de la población de origen inmigrante. Aunque representen modelos abstractos (Bertosi et al., 2012), siempre modificados por las prácticas reales aplicadas sobre el terreno, esas “filosofías de integración” (Favell, 1998) han ejercido una influencia muy real sobre las políticas públicas, y de modo especial sobre las visiones compartidas por las sociedades de acogida acerca de lo que constituiría una “integración” exitosa.

En Francia, país que representa el modelo “asimilacionista” por antonomasia, también llamado modelo “republicano”, existe

constancia de que una parte significativa de las poblaciones de origen inmigrante se encuentran en una situación particularmente vulnerable en términos de su integración socioeconómica. Aunque con frecuencia se ha señalado a la existencia de barreras culturales y lingüísticas para explicar los peores resultados de la “primera generación” de inmigrantes, lógicamente estos factores no funcionan a la hora de dar cuenta de los pobres resultados de los grupos ya nacidos y socializados en Francia (lo que comúnmente se denomina “segundas”, e incluso “terceras”, generaciones) (Wieviorka, 2009). La carencia de instrumentos estadísticos adecuados para medir con precisión la magnitud de dichas desigualdades, consecuencia de los obstáculos planteados por el modelo republicano a la generación de información estadística acerca de las comunidades de origen inmigrante (es ilegal preguntar por la etnicidad o la religión de las personas), habría contribuido a ocultar las dificultades de acceso efectivo a los derechos, así como las prácticas discriminatorias sufridas por determinados grupos (particularmente aquellos de origen árabe y subsahariano) en ese país (Simon, 2015). Así, en lugar de abordar dichas desigualdades y sus consecuencias, el debate social y político sobre la inmigración y la diversidad en Francia ha girado fundamentalmente en torno a aspectos identitarios y/o culturales (el papel y la presencia del Islam en una sociedad marcadamente secularizada, el uso del velo islámico en el espacio público, etc.).

El Partido Socialista francés ha actuado tradicionalmente como un firme defensor del modelo republicano (aún a costa de no prestar suficiente atención a las profundas desigualdades socio-económicas que afectaban

a las poblaciones de origen inmigrante, o a la escasa visibilidad social y la débil representatividad política de estos colectivos). Esto no le ha ahorrado, sin embargo, la acusación de mantener una actitud de pasividad, o incluso de connivencia con las tendencias “comunitaristas” de determinados grupos de origen inmigrante (en referencia a la propensión hacia el repliegue en la cultura y la religión de origen, particularmente entre los musulmanes, percibida como una amenaza para la cohesión de la sociedad francesa).

En aquellos países que abrazaron el modelo “multiculturalista”, como el Reino Unido, Suecia o los Países Bajos, la aplicación de políticas específicas para grupos de origen inmigrante (definidos como “grupos étnicos minoritarios”) orientadas a reconocer política e institucionalmente la existencia de dichas comunidades y a reducir las desigualdades que les afectan, resultó, en cierto sentido, contraproducente. El riesgo de compartimentalización de estos grupos como consecuencia de su reconocimiento oficial y de la aplicación de programas específicos dirigidos a ellos implicaba enfatizar las diferencias, incrementando así el riesgo potencial de segregación respecto al resto de la sociedad. Esto incrementaba, a su vez, el riesgo de estigmatización de estos colectivos entre determinados sectores de la población autóctona.

Los partidos socialdemócratas fueron firmes defensores de los enfoques “multiculturalistas” en los países en los que se adoptó este modelo, de modo que se encontraron también en primera línea de fuego cuando las críticas a este modelo arreciaron, generalmente promovidas por partidos conservadores y/o por formaciones políticas de extre-

ma derecha que hicieron del tema del “fracaso de la integración de los inmigrantes” uno de sus ejes centrales de movilización.

En la práctica, todos los modelos de gestión de la diversidad han ofrecido resultados ambiguos en sus objetivos de “integración” para las opiniones públicas de las sociedades de acogida. Esto es en buena medida así, al adquirir particular visibilidad aquellos casos de fracaso relativo (en resultados educativos, integración laboral, etc.), anomia (jóvenes de origen inmigrante asociados a prácticas delictivas, conflictos por usos diferenciados del espacio público, altercados y revueltas en barrios de alta concentración de población de origen inmigrante, etc.), o directamente de alienación respecto a los valores de la sociedad receptora (radicalización islamista y su manifestación más extrema en forma de terrorismo yihadista). Ante estas situaciones, la relativamente exitosa “integración” de la gran mayoría de las poblaciones de origen inmigrante en los diferentes ámbitos de la vida cotidiana de sus sociedades de acogida, se convierte en prácticamente invisible, eclipsada por los titulares mediáticos y los eslóganes políticos que hablan del “fracaso del multiculturalismo” (como la Canciller alemana Angela Merkel afirmó en 2010, siendo secundada poco después por el Primer Ministro británico David Cameron), o de los profundos problemas del “modelo francés de integración” (señalados por Nicolas Sarkozy en torno a las mismas fechas).

Los fallos, sin duda existentes, en los procesos de “integración” de las poblaciones de origen inmigrante son, en buena medida, atribuibles a las limitaciones de las políticas públicas que deberían facilitarlas (particularmente desde el sistema educativo, pero tam-

bién los servicios sociales, o la sanidad), así como a la existencia de prácticas discriminatorias que perpetúan las desigualdades en el acceso a los ámbitos socio-económicos principales en los que se debería ejercitar dicha “integración” (el mercado laboral, el de la vivienda, o en la esfera de la representación socio-cultural). Los partidos socialdemócratas tienen en la “integración” de los inmigrantes un complejo reto, consistente en desmontar los mecanismos de “inversión de la carga de la prueba” que responsabilizan a los inmigrantes por los fracasos de las sociedades de acogida en incorporarles, identificando los componentes estructurales que dificultan dicho proceso y planteando soluciones en forma de regulación y de reformas en las políticas públicas afectadas. Estas iniciativas de lucha contra la desigualdad deben además ser desarrolladas en un entorno en el que amplios sectores de la población autóctona han sido atraídos por mensajes de rechazo a la inmigración que identifican a estos colectivos como el origen de una multiplicidad de problemas que afectan a las sociedades contemporáneas (desde el desempleo al terrorismo, pasando por la criminalidad, o el deterioro de los servicios públicos).

Populismos y movilización anti-inmigración

A lo largo de las últimas décadas se han ido produciendo una serie de transformaciones en la esfera política de los países europeos que han reducido gradualmente la importancia del tradicional eje izquierda-derecha, facilitando la emergencia de otros clivajes hacia los que se habrían ido desplazando los conflictos de intereses y las articulaciones y movilizaciones socio-políticas en las sociedades europeas.

El primero de estos cambios, vinculado al creciente papel de los valores post-materiales en los posicionamientos normativos e ideológicos de los ciudadanos (ecologismo, pacifismo, etc.), fue atribuido, ya en la década de los 70, a las transformaciones en la estructura social derivadas del incremento general de la renta y del nivel educativo de la población (Inglehart y Welzer, 2005).

A partir de la década de los 80, la creciente movilización de colectivos sociales que hasta la fecha habían ocupado posiciones periféricas o habían sufrido discriminación (mujeres, minorías étnicas o sexuales, etc.), situó las “políticas de identidad” y las “políticas de presencia” (Phillips, 1998) en un espacio central de la arena política, contribuyendo con ello a una mayor dilución de la tradicional política de clase (Hobsbawm, 1996).

Podemos identificar un tercer momento clave en el debilitamiento del eje tradicional izquierda-derecha, vinculado al crecimiento de partidos populistas durante la última década. La crisis económica sufrida por los países europeos aceleró la visibilidad e influencia de fuerzas políticas caracterizadas por su naturaleza demagógica (plantean respuestas simples a problemas extremadamente complejos) y anti-elitista (aspiran a establecer el principal eje de conflictividad ideológica entre “élite” y “pueblo”, en un supuesto eje de conflicto arriba-abajo), así como por sus posicionamientos contrarios a la integración europea y a la globalización (Mudde, 2004). La receptividad de las diferentes sociedades europeas a la penetración de formaciones populistas ha dependido de las características específicas de estas sociedades, de su historia social y

política en las décadas precedentes y, particularmente, de su posicionamiento en el eje deudores-acreedores que ha fracturado a los países de la Unión Europea desde que la crisis económica y financiera golpease al continente europeo.

Los países del sur de Europa, más gravemente afectados por la crisis (significativo incremento de la desigualdad, altísimos niveles de desempleo, elevada precariedad laboral y aplicación de estrictas políticas de consolidación fiscal para afrontar su deuda y déficit público), se han mostrado más receptivos al surgimiento de partidos populistas de “izquierda”. Este tipo de formaciones han planteado su programa ideológico básico en torno a la dicotomía “casta” (élite corrupta, entregada a la defensa de los intereses del capital) “gente” (“pueblo” honesto y trabajador que ha pagado las consecuencias de la crisis provocada por el comportamiento depredador de las élites), capitalizando con ello las frustraciones de amplias capas de las clases medias y trabajadoras duramente golpeadas por la crisis.

En los países del centro y norte de Europa, menos afectados por la crisis, el malestar ciudadano ha sido capitalizado por formaciones populistas de derechas con un programa ideológico estructurado en torno a la dicotomía “dentro” (de la comunidad nacional y/o étnica) “fuera” (el “diferente”, por extranjero, o por no pertenecer a la comunidad étnica). Estos partidos han movilizad o sentimientos nacionalistas, xenófobos y de rechazo hacia la integración europea de sectores de las clases medias y trabajadoras que se sienten vulnerables y frustradas ante los cambios acarreados por la globalización y el desarrollo tecnológico y que

creen en riesgo el bienestar alcanzado por sus sociedades (Rico y Anduiza, 2017). Los partidos nacionalistas y xenófobos no son, por supuesto, ninguna novedad en una Europa que los sufrió en altas dosis durante el pasado siglo, pero tras el fin de la segunda guerra mundial habían pasado a ocupar un lugar relativamente marginal, lastrados por la memoria de los horrores provocados por ellos en las décadas de los 20 y 30 (Bornschieer, 2010).

Buena parte de los apoyos electorales perdidos por los partidos socialdemócratas en la última década han ido hacia ambos extremos del espectro populista. En el contexto del presente artículo, particular atención merecen aquellos antiguos votantes socialdemócratas (o de partidos de izquierdas en general) que han pasado a apoyar a formaciones populistas de derechas, generalmente por su capacidad para activar las actitudes de rechazo a la inmigración en esos votantes.

El análisis de este debilitamiento en el apoyo a partidos socialdemócratas ha diferenciado dos perfiles de votantes clave. Por un lado, los votantes de clase media con mayor nivel educativo y más próximos a postulados liberales (receptivos a la defensa de valores post-materiales, favorables a políticas que garanticen derechos individuales, así como a la aplicación de “políticas de identidad” que protejan a las minorías, con actitudes más positivas hacia la globalización de la que en buena medida se benefician tanto económica como culturalmente). Por otro, los votantes de clase obrera tradicional apegados a valores “comunitarios de izquierda” (preocupados por la defensa de los derechos laborales de los trabajadores,

poco receptivos a consideraciones acerca del medio ambiente, o los derechos de las minorías y reacios ante la globalización de la que no confían beneficiarse) (Elchardus, 2011). El declive de la identidad de clase experimentado a lo largo de las últimas décadas habría planteado a los partidos socialdemócratas el dilema de tratar de mantener la fidelidad de ambos electorados, intentando hilvanar complejos equilibrios programáticos de difícil articulación, o bien tirando la toalla y optando por responder fundamentalmente a las demandas de uno de esos grupos, aún a riesgo de perder una parte sustancial del apoyo del otro. En esa tesitura los partidos socialdemócratas europeos se habrían acercado a sus votantes moderados de clase media, facilitando con ello el desplazamiento de sus electores de clase obrera hacia la abstención, o hacia partidos populistas de izquierdas (si estas formaciones sintonizaban mejor con su rechazo de la globalización capitalista), o de derechas (si se sentían más atraídos por la agenda de seguridad e identidad propuesta por estas formaciones).

Así, los partidos populistas de derechas movilizaron tanto las ansiedades frente a los flujos migratorios, como la frustración ante la percepción de fracaso de los modelos de “integración” antes señalados (Modest y de Koning, 2016), proponiendo el repliegue sobre la identidad nacional, así como el cierre de las fronteras para proteger al “pueblo” de la amenaza del extranjero que genera inseguridad (delincuencia, terrorismo) y trata de apropiarse de los recursos escasos (vivienda, servicios públicos, empleos) que “legítimamente” pertenecen a los miembros de la “comunidad nacional”.

El Estado de Bienestar en cuestión

El Estado de Bienestar constituye uno de los ámbitos de actuación más cuestionados desde sectores contrarios a la intervención pública en la economía y la sociedad. Es también uno de los espacios en los que se concentran los discursos contrarios a la inmigración. Como ámbito de política central en el programa socialdemócrata, las discusiones acerca de su naturaleza y funcionamiento representan una dimensión clave para el futuro de estas formaciones políticas en las sociedades europeas.

La crisis económica, iniciada hace casi una década, facilitó el surgimiento de un poderoso discurso que enfatizaba la necesidad de reducir el gasto público y expiar los “excesos” de gasto a través de la aplicación de estrictas medidas de austeridad. Las políticas de consolidación fiscal, aplicadas con particular rigor en el ámbito del bienestar, fueron la consecuencia directa de estos planteamientos.

Desde posiciones críticas con la presencia de inmigrantes en las sociedades europeas se planteaba que el Estado de Bienestar es, a la vez, víctima e inductor del fenómeno migratorio. A partir de una serie de controvertidas afirmaciones no avaladas por evidencia empírica contrastada, pero con un fuerte impacto político potencial (de nuevo, desde planteamientos del “sentido común”), esos enfoques han tratado de capitalizar las actitudes de sospecha hacia la inmigración, vinculándola con los problemas del Estado de Bienestar. Así, se plantea que el sistema de protección social actuaría como factor de atracción de flujos migratorios no deseados, al incluir los potenciales migrantes las prestaciones sociales que esperarían recibir en la sociedad de acogida en sus consideraciones

previas a iniciar el proyecto migratorio. Esta idea, válida como hipótesis de investigación, no ha sido confirmada por ningún estudio de los realizados entre inmigrantes con objeto de dilucidar las motivaciones y consideraciones que guiaron su iniciativa migratoria. Contrariamente a lo que sucede con la disponibilidad de empleos (aspecto determinante en la decisión de emigrar), el acceso a prestaciones sociales en el país de acogida no aparece entre las principales razones esgrimidas por los migrantes para explicar su decisión de abandonar su país de origen.

Se ha argumentado también que la inmigración “sobrecarga” unos sistemas de protección social que estarían, además, expuestos al “abuso” por parte de estos colectivos. De nuevo, y tomando en consideración que la casuística sobre esta cuestión puede ser amplísima por las particularidades de cada esquema de protección social en cada país, así como por la pluralidad de perfiles de las poblaciones de origen inmigrante y más allá de los ejemplos anecdóticos sobre los que puedan construirse los argumentos populistas anti-inmigración, los estudios realizados acerca de estas cuestiones no avalan estos planteamientos. Así, el uso del Estado de Bienestar por las poblaciones de origen inmigrante tiende a ser menor que el de las personas autóctonas de igual nivel socio-económico (Moreno Fuentes y Bruquetas Callejo, 2011). Igualmente, los estudios sobre el balance fiscal de la inmigración muestran que estos grupos son contribuyentes netos durante las primeras fases de su asentamiento en la sociedad de acogida, pasando a tener un impacto generalmente neutro cuando su perfil demográfico converge con el de la población autóctona (Dustmann y Fratini, 2013; OCDE, 2013; Chojnicki et al., 2010;).

El tema del acceso de las poblaciones de origen inmigrante al Estado de Bienestar ha dado también pie a una discusión acerca de los límites de la solidaridad en sociedades crecientemente heterogéneas, en lo que podríamos denominar el debate sobre el “chauvinismo del bienestar”. De acuerdo con este planteamiento, la legitimidad para acceder a las prestaciones del Estado de Bienestar por parte de la población de origen inmigrante sería cuestionada por amplios sectores de la población autóctona, en tanto que los inmigrantes no formarían parte de la “comunidad nacional” hacia la que muchos de ellos creen que deberían dirigirse los esfuerzos de solidaridad (Freeman, 2009; Fox, 2004). Los estudios que plantean que en determinadas sociedades, como la norteamericana, la diversidad étnica contribuiría a debilitar la cohesión social y, con ello, la disponibilidad de los ciudadanos a financiar sistemas de protección social y redistribución de la renta (Putnam, 2007), no han sido validados en estudios comparados en países europeos, destacándose la importancia de los equilibrios institucionales en el seno de cada sistema de protección social como elemento clave a la hora de dilucidar el potencial impacto de la diversidad étnica sobre el apoyo ciudadano al Estado de Bienestar (Van der Waal et al., 2013; Kesler and Bloemraad, 2010).

Los partidos socialdemócratas no pueden pasar por alto, sin embargo, que una parte de sus tradicionales votantes de clase obrera creen encontrarse en un contexto de competencia con las poblaciones de origen inmigrante por recursos del bienestar escasos, inmigrantes a los que con frecuencia culpan del deterioro de dichos sistemas de protección social (Legrain, 2011). Más allá de tratar de mostrarles el error en el que incurrir

en su búsqueda de “chivos expiatorios”, la socialdemocracia debe abordar los problemas que sufre un Estado de Bienestar sometido a un grave tensionamiento derivado de los “Nuevos Riesgos Sociales” a los que ha de hacer frente con recursos presupuestarios menguantes (del Pino y Rubio, 2016).

La “excepcionalidad” española

España es uno de los pocos países europeos en los que el populismo anti-inmigración no ha cristalizado en un partido político con representación nacional. El hecho de que los datos sobre actitudes hacia la inmigración sitúen a la sociedad española en un relativo buen lugar en el contexto europeo (Cebolla y González, 2016) no significa que estemos definitivamente “vacunados” contra el populismo xenófobo, sino que, hasta la fecha, y por circunstancias coyunturales específicas de la sociedad española, el malestar ciudadano (con la crisis económica y sus consecuencias, así como con la percepción de mal funcionamiento de las instituciones, la globalización, etc.) ha sido canalizado en otras direcciones. Los “empresarios políticos” del populismo de “izquierdas” (en todo el país) y del populismo nacionalista (en el caso particular de Cataluña) han aprovechado la “ventana de oportunidad” planteada por la crisis para atraerse el apoyo de las clases medias y trabajadoras frustradas en sus expectativas de mejora vital para ellos mismos (en el caso de los jóvenes) y para sus hijos o nietos (en el caso de personas de mayor edad), reduciendo con ello indirectamente el espacio para el desarrollo de partidos populistas anti-inmigración. Existen, lógicamente, otros factores concomitantes (la naturaleza relativamente reciente del asentamiento de poblaciones inmigrantes en España, la es-

casa habilidad desplegada por este tipo de organizaciones para atraer la atención de los medios y configurar la opinión pública, la debilidad de su liderazgo, etc.) que deben ser tomados también en consideración para dar cuenta de la práctica ausencia de este tipo de formaciones en nuestro país.

El hecho de que no exista un “modelo de integración” homogéneo para el conjunto del país (las competencias sobre esta materia están en manos de las Comunidades Autónomas, que han configurado un mapa heterogéneo de modelos de “integración”) (Zapata y Pinyol, 2008), o políticas públicas explícitas de “multiculturalidad” que puedan ser estigmatizadas, por estar proporcionando un trato diferenciado a las poblaciones de origen inmigrante, no impide que surjan discursos que denuncien el “trato preferente” proporcionado a los inmigrantes, particularmente en el ámbito de las políticas de bienestar. Así, los partidos de izquierdas han experimentado ya considerables tensiones con una parte de sus bases, tentadas por discursos xenófobos en determinados municipios con porcentajes significativos de población de origen inmigrante (Astor, 2016; Escandell y Ceobanu, 2009). Cambios significativos en la coyuntura socio-política, combinados con modificaciones en las estrategias de los partidos anti-inmigración, podrían dar pie en el futuro al surgimiento de formaciones populistas de derechas que utilicen esa baza para atraer a tradicionales votantes de izquierdas desencantados.

Migraciones y futuro de la socialdemocracia

La experiencia de los partidos socialdemócratas europeos en relación a la emergencia de formaciones populistas anti-inmigración

y al trasvase de votantes que pasaron a apoyar a estos partidos, constituyen un terreno fértil del que extraer conclusiones aplicables a países donde este tipo de partidos aún no se han establecido.

La inmigración está aquí para quedarse, y en los próximos años seguirán llegando flujos de inmigrantes y refugiados a Europa en busca de oportunidades de futuro de las que carecen en sus países de origen. Las sociedades europeas se encuentran a las puertas de un proceso de decrecimiento demográfico y de acentuado envejecimiento poblacional que hará necesarios dichos flujos. El hecho de que un buen número de sectores del mercado laboral necesiten de esta mano de obra no significa, sin embargo, que la población europea se vaya a mostrar unánimemente favorable a este proceso.

De lo anterior se deduce que va a ser necesario que los partidos socialdemócratas elaboren un discurso complejo y matizado que sea capaz de responder a las necesidades de la economía, sin ignorar por ello las ansiedades de una parte no despreciable de la población (algunos de los cuales fueron votantes suyos en el pasado y podrían no volver a serlo en el futuro por su rechazo a la inmigración y su disgusto con las políticas de “integración” que perciben como fallidas y de las que hacen responsables a los partidos socialdemócratas).

No se debe ignorar ni estigmatizar la ansiedad que atenaza a buen número de ciudadanos que focalizan en la inmigración su rechazo a un orden de cosas (globalización, cambio tecnológico, etc.) que trastoca sus vidas, que no alcanzan a comprender plenamente y que creen escapa a su control. La transformación en ciernes en nuestras so-

ciedades es profunda, y el retorno al crecimiento económico (aunque se produjera de manera razonablemente sostenida) no diluirá por sí solo dichas ansiedades ya que su base va más allá de la dimensión estrictamente económica (Glavey, 2017).

Los partidos socialdemócratas no deben banalizar la importancia del surgimiento de formaciones políticas que movilicen las actitudes anti-inmigrantes de una parte de la población, ni tampoco pensar que la división del voto a la derecha derivada del surgimiento de este tipo de partidos pudiera resultar electoralmente rentable en el corto plazo. El desplazamiento del debate hacia los argumentos planteados por este tipo de formaciones termina reconfigurando el conjunto del escenario político, normalizando la xenofobia y arrinconando a los partidos que tratan de mostrar una imagen compleja de la realidad migratoria y de su impacto en la sociedad receptora.

De igual modo, los partidos socialdemócratas no pueden, lógicamente, incorporar elementos de la narrativa anti-inmigrante con objeto de tratar de retener a algunos de esos antiguos votantes tentados por dichos discursos. Ignorar los problemas que puedan derivarse de la inmigración tampoco es una opción si se aspira a evitar la imagen de partidos desconectados de la realidad de los votantes de clase trabajadora que conviven con las poblaciones de origen inmigrante en el territorio. Internalizar y reconocer públicamente dichos problemas allá donde surjan, sin por ello secundar los discursos de "identidad y seguridad" propuestos por los partidos populistas de derechas, constituye el difícil equilibrio a alcanzar por los partidos progresistas (Ravik, 2013).

La clave está en incardinar la defensa de los aspectos positivos derivados de la inmigración con un discurso de blindaje de los derechos sociales y de reforzamiento del Estado de Bienestar desde una lógica de igualdad de todos los ciudadanos. La educación y el mercado de trabajo constituyen dos de los mecanismos de integración más potentes para las poblaciones de origen inmigrante. La propuesta política socialdemócrata debe incidir de manera particular en estas dimensiones, de modo que los inmigrantes vean respondidas sus reclamaciones de igualdad, al tiempo que el conjunto de la población pueda ser consciente de la aportación positiva de la migración a su sociedad de acogida.

El reconocimiento y la protección de las minorías deben ir acompañados de un discurso en el que se enfatizan los espacios comunes que articulan una sociedad cohesionada en su diversidad. El respeto a la identidad debe venir acompañado de un marcado énfasis en los aspectos compartidos, evitando la "esencialización" de la diferencia, y permitiendo así a las personas de origen inmigrante sentirse respetadas, sin quedar por ello encasilladas en una adscripción étnica impuesta desde el exterior (Jurado, 2011). En la construcción de una narrativa de nacionalismo inclusivo que reconozca la diversidad de nuestras sociedades (Antonsich et al., 2017), promulgue la igualdad de derechos y defienda el Estado de bienestar reside la compleja fórmula que debería permitir a los partidos socialdemócratas salir reforzados de los retos planteados por la creciente diversidad generada por la inmigración.

NOTA

¹ Este artículo ha sido redactado durante el desarrollo del proyecto PRASINIE (*Políticas de regulación del acceso a la sanidad de los inmigrantes irregulares en España*, Plan Nacional de I+D, CSO2013-44717-R).

BIBLIOGRAFÍA

Antonsich, M., Mavroudi, E. y Mihelj, S. (2017). Building inclusive nations in the age of migration. *Identities* 24(2): 156-176.

Astor, A. (2016). Social Position and Place-Protective Action in a New Immigration Context: Understanding Anti-Mosque Campaigns in Catalonia. *International Migration Review* 50(1): 95-132.

Bertossi, C., Duyvendak, J. and Schain, M. (2012). The Problems with National Models of Integration: A Franco-Dutch comparison, *Special Edition Comparative European Politics*, 10 (3).

Castles, S. (2004). Why Migration Policies Fail. *Ethnic and Racial Studies* 27(2): 205-227.

Cebolla Boado, H. y González Ferrer, A. (2016). ¿Ha podido más la crisis o la convivencia? Sobre las actitudes de los españoles ante la inmigración. Madrid: Fundación Alternativas, Documento de trabajo 191/2016.

Bornschier, S. (2010). *Cleavage Politics and the Populist Right: The New Cultural Conflict in Western Europe*. Philadelphia: Temple University Press.

Chojnicki, X., Defoort, C., Drapier, C., Ragot, L. y Rapoport, H. (2010). *Migrations et protection sociale : Étude sur les liens et les impacts de court et long terme*. Paris: DREES-MiRe. https://docs.google.com/viewerng/viewer?url=http://droit.univ-lille2.fr/uploads/media/Rapport_Drees_EQUIPPE_V3_02.pdf

Dustmann, C. y Frattini, T. (2013). *The Fiscal Effects of Immigration to the UK*. London: Centre for Research and Analysis of Migration, Department of Economics, University College London. http://www.creammigration.org/publ_uploads/CDP_22_13.pdf

Elchardus, M. (2011). *An electorate set free: culture, symbolism and social democracy, in Exploring the cultural challenges to social democracy*. London: Policy Network.

Escandell, X., y Ceobanu, A. (2009). When contact with immigrants matters: threat, interethnic attitudes and foreigner exclusionism in Spain's Comunidades Autonomas. *Ethnic and Racial Studies* 32(1): 44-69.

Favell, A. (1998). *Philosophies of Integration. Immigration and the Ideal of Citizenship in France and Britain*. London: Macmillan.

Fox, C. (2004). The Changing Color of Welfare? How Whites' Attitudes Toward Latinos Influence Support for the Welfare State. *American Journal of Sociology* 110: 580-625.

Glavey, M. (2017). *New Migration Realities. Inclusive Narratives*, Policy Network, London 2011.

Hobsbawm, E. (1996). "Identity Politics and the Left". 1996 Trust Lecture. Barry Amiel and Norman Melburn Trust. <http://banmarchive.org.uk/articles/1996%20annual%20lecture.htm>

Jurado, E. (2011). *Progressive multiculturalism: a social democratic response to cultural diversity?*, in *Exploring the cultural challenges to social democracy*. London: Policy Network.

Kesler, C. y Bloemraad, I. (2010). Does Immigration Erode Social Capital? The Conditional Effects of Immigration-Generated Diversity on Trust, Membership, and Political Participation Across 19 Countries. *Canadian Journal of Political Science* 43(2): 319–347.

Inglehart, R. y Welzel, C. (2005), *Modernization, Cultural Change and Democracy: The Human Development Sequence*, New York: Cambridge University Press.

Legrain, P. (2011). Progressives should embrace diversity, in *Exploring the cultural challenges to social democracy*. London: Policy Network.

Modest, W. y de Koning, A. (2016). Anxious politics in the European city. *Patterns of Prejudice*, 50(2): 97-108.

Moreno Fuentes, F.J. y Bruquetas Callejo, M. (2011). *Inmigración y Estado de bienestar en España*. Barcelona: Colección de Estudios Sociales de 'La Caixa' nº 31.

Mudde, C. (2004). The Populist Zeitgeist, *Government and Opposition* 39(4): 541–563.

OCDE (2013). *Perspectives des migrations internationales 2013. L'impact fiscal de l'immigration dans les pays de l'OCDE*. Paris : OCDE.

Peri, G. (2014). Do immigrant workers depress the wages of native workers? IZA Working Papers. <https://wol.iza.org/articles/do-immigrant-workers-depress-the-wages-of-native-workers/long>

Phillips, A. (1998). *The Politics of Presence*. Oxford: Oxford U. Press.

del Pino Matute, E. y Rubio Lara, M. J. (2016). *Los Estados de Bienestar en la encrucijada: políticas sociales en perspectiva comparada*. Madrid: Tecnos.

Putnam, R. (2007). E Pluribus Unum: Diversity and Community in the Twenty-first century. *Scandinavian Political Studies* 30 (2): 137–174.

Ravik Jupskås, A. (2013). The electoral rise of populism in the Nordic countries. London: Policy Network. http://www.policy-network.net/pno_detail.aspx?ID=4326&title=The-electoral-rise-of-populism-in-the-Nordic-countries

Rico, G. y Anduiza, E. (2017). Economic Correlates of Populist Attitudes: An Analysis of Nine European Countries in the Wake of the Great Recession http://158.109.137.58/wp5/wp-content/uploads/2016/10/livewhat_pop_v6_all_nf.pdf

Rutter, J. y Latorre, M. (2009). *Social housing allocation and immigrant communities*. London: Equality and Human Rights Commission. http://www.better-housing.org.uk/sites/default/files/consultations/responses/4_social_housing_allocation_and_immigrant_communities.pdf

Simon, P. (2015). L'intégration segmentée : citoyenneté, mixité et mobilité sociale, *Cahiers Français*, 385, 1-7.

De Zwart, F. (2005). The dilemma of recognition: administrative categories and cultural diversity. *Theory and Society*, 34, 137-169.

Van der Waal, J., De Koster, W. y Van Oorschot, W. (2013). Three Worlds of Welfare Chauvinism? How Welfare Regimes Affect Support for Distributing Welfare to Immigrants in Europe. *Journal of Comparative Policy Analysis: Research and Practice* 15(2): 164–181.

Wieviorka, M. (2009). Naissance et déclin du débat sur le multiculturalisme, in Michel Seymour, *La Reconnaissance dans tous ses états*. Montréal: Edition Québec Amérique.

Zapata-Barrero, R. y Pinyol, G. (eds.) (2008). *Los gestores del proceso de inmigración. Actores y redes de actores en España y Europa*. Barcelona: CIDOB.



SOCIALDEMOCRACIA, ESTADO DE BIENESTAR Y EFICIENCIA ECONÓMICA

FRANCISCO BLANCO ÁNGEL

Uno de los elementos definitorios de la socialdemocracia es el reconocimiento a “lo público” de un importante papel en la economía. Mercados regulados, normativas laborales y medioambientales precisas y la garantía pública de determinados servicios, tales como la sanidad y la educación, son rasgos esenciales de la socialdemocracia. Esta apuesta por la búsqueda de soluciones colectivas, basadas en la colaboración entre los ciudadanos, como forma de superar las carencias del mercado y de la iniciativa privada, tiene su plasmación institucional en la defensa de un Estado con amplias atribuciones y capacidades que incluyen, por supuesto, los servicios y garantías característicos del Estado de Bienestar.

En contraposición, los partidos conservadores y neoliberales han subrayado con frecuencia las debilidades del Estado de Bienestar, especialmente en aquellas ocasiones en las que, ya sea como consecuencia de las crisis económicas o del auge de la globalización, éste se ha enfrentado a mayores dificultades.

Pero ¿qué respuestas se nos ofrecen desde la ciencia económica? ¿Es sostenible el Estado de Bienestar? ¿O, por el contrario, tal

y como suelen afirmar sus detractores, supone un gasto excesivo que genera desincentivos y lastra el desarrollo económico?

En este artículo se recogen algunos argumentos con los que sostener que, aunque pueda resultar sorprendente, la mayor parte del conjunto de normas y programas que constituyen el Estado de Bienestar pueden ser justificados, no sólo por razones de justicia social, sino como instrumentos adecuados con los que aumentar la eficiencia y la estabilidad económica. En consecuencia, lejos de resultar un impedimento para el desarrollo económico, el Estado de Bienestar contribuye a mejorar la competitividad, demostrando que tal y como Beveridge afirmó: *“la seguridad puede ser compatible con la libertad, el espíritu de iniciativa y el sentido de responsabilidad de cada individuo para desarrollar su propia vida”*.

La Teoría de los Fallos del Mercado

La teoría económica más ampliamente aceptada para justificar la intervención pública en la economía es la basada en los fallos del mercado. Como es bien sabido, esta teoría considera, en primer lugar, una situación en la que el Estado tiene un papel mini-

mo, limitado a proporcionar un marco legal en el que las relaciones humanas se establecerían de una manera libre y competitiva. En una situación así, y bajo determinadas circunstancias, se supone que el interés de cada individuo, la mano invisible de Adam Smith, permitiría alcanzar el bien común; en términos más académicos: un punto de eficiencia económica, o de optimalidad paretiana, en el que las relaciones marginales de sustitución, de transformación, los precios y los costes marginales se igualen, conforme a los fundamentos de la Economía del Bienestar. Sin embargo, para que ese sistema ideal realmente funcione, es necesario que se den ciertas condiciones previas que habitualmente no se cumplen, lo que justificaría la intervención del Estado con el objetivo de restaurar la eficiencia.

Como veremos a continuación, algunos de los fallos del mercado más habituales, como la ausencia de competencia o de información suficiente, la existencia de externalidades o de bienes públicos, limitan considerablemente la capacidad de la iniciativa privada para proporcionar de una manera eficiente y en ausencia de algún tipo de intervención estatal algunos de los principales servicios del Estado de Bienestar.

Ausencia de competencia

Una de las principales “fracturas” del paradigma liberal es, sin duda, la ausencia de competencia o, dicho de otra manera, la existencia de monopolios y oligopolios que aprovechan su poder de mercado para elevar los precios por encima del coste marginal, llevando así al mercado a una situación de ineficiencia en la que la cantidad producida sería inferior a la óptima.

Las prácticas monopolistas suponen en general un obstáculo al desarrollo económico y un perjuicio para los consumidores, pero pueden suponer también un problema a la hora de asegurar la provisión eficiente de determinados servicios públicos como la sanidad. Existen determinados comportamientos en el mercado sanitario susceptibles de reducir la competencia. Por ejemplo: los hospitales privados pueden funcionar como un monopolio dentro de su ámbito geográfico debido a la existencia de mercados reducidos que sólo permiten un oferente. En otras ocasiones puede haber barreras de entrada para ejercer la medicina que impidan la libre competencia, como determinadas formas de colegiación obligatoria, o comportamientos monopolísticos en el sector farmacéutico amparados por el sistema de patentes. En todos estos casos es precisa la regulación pública para evitar posiciones de dominio que conduzcan a la fijación de precios abusivos. Sin embargo, como veremos más adelante, existen otros fallos en el mercado sanitario difícilmente superables mediante la regulación que aconsejan incluso su provisión pública.

Es importante resaltar que el objetivo de la legislación antimonopolio no es proteger a las empresas de la competencia, por dura que ésta pueda resultar, sino de aquellas conductas abusivas que buscan precisamente destruir dicha competencia en perjuicio de la libertad de empresa y de los propios consumidores. Al igual que en el *Estado de Naturaleza* de Hobbes, la libertad económica absoluta es susceptible de acabar convirtiéndose en dominación de unos sobre otros, a menos que exista algún tipo de contrapeso que garantice el equilibrio entre los distintos agentes económicos. La única institución con el poder y la

legitimidad suficiente para desempeñar esta tarea es precisamente el Estado.

Efectos externos

La existencia de externalidades supone otro relevante fallo del mercado, lo que le impide prestar de manera eficiente algunos de los principales servicios públicos. Los efectos externos o externalidades aparecen cuando los costes o beneficios derivados de la actividad económica no recaen únicamente sobre quien la realiza sino que perjudican o benefician también a otras personas, tal y como ocurre, por ejemplo, con la contaminación industrial. La actividad productiva genera costes externos; en este caso un perjuicio medioambiental que, al contrario que los costes asociados al pago de los salarios y las materias primas, no es soportado por el empresario sino por la sociedad en su conjunto.

Desde un punto de vista económico, la presencia de externalidades implica que la cantidad producida no será la óptima, ya que los productores sólo tendrán en cuenta los costes y beneficios que recaen sobre sí mismos, por lo que el coste marginal social no se igualará con los precios marginales y la ecuación básica de la Economía del Bienestar no podrá satisfacerse. Tal y como apuntó Coase (1960), la ausencia de derechos de propiedad definidos sobre algunos elementos como el aire o los océanos, es una de las principales razones que impiden a los individuos alcanzar por sí mismos una solución eficiente. Solo el Estado, mediante la regulación o mediante el establecimiento de impuestos correctores que "internalicen" los costes sociales, podría restaurar la eficiencia.

A la inversa, el Estado tiene también la posibilidad de incentivar determinadas ac-

tividades que produzcan externalidades positivas mediante subvenciones, haciéndolas así más atractivas para los productores y fomentando un aumento de la oferta acorde con sus beneficios sociales.

La existencia de importantes externalidades positivas es una de las razones que justifica la provisión pública de muchos bienes y servicios preferentes, como la educación o la sanidad, característicos del Estado de Bienestar. Es evidente que el acceso a unos servicios sanitarios adecuados no afecta únicamente a la calidad de vida y al bienestar individual sino que beneficia también al crecimiento y el bienestar de toda la sociedad. La medicina preventiva, los programas de salud pública y la educación sanitaria permiten reducir los costes de los tratamientos médicos posteriores y, además, redundan en una mayor productividad, reducen los días de trabajo perdidos por enfermedad y alargan la vida laboral.

De la misma manera, la educación no sólo permite a los individuos mejorar sus conocimientos, su productividad y, en consecuencia, sus salarios sino que tiene efectos positivos en la competitividad del sistema productivo nacional. Desde el trabajo seminal de Denison (1962), otros autores han contrastado la importancia de la educación y la inversión en capital humano en el desarrollo económico (Mankiw, Romer y Weil, 1992), abriendo la puerta a la intervención pública como única forma de garantizar la igualdad de oportunidades en el acceso a la educación y, con ello, una gestión eficiente de los "recursos humanos" en beneficio de la colectividad. Un argumento que ha sido reforzado por los modelos de crecimiento endógeno propuestos por Romer (1986 y 1990) y otros autores posteriores que, al es-

tar basados en las externalidades positivas y la incompleta apropiabilidad del conocimiento por parte de quienes lo generan, han contribuido a legitimar a la inversión pública en educación e investigación como un instrumento adecuado con el que acelerar el desarrollo económico.

Información imperfecta

Uno de los fallos del mercado más relevante tiene su origen en la falta de información. Para que un mercado pueda funcionar eficientemente es imprescindible que tanto las personas como las empresas dispongan de la información necesaria para tomar sus decisiones de consumo e inversión. En algunos casos, el mercado puede proporcionar esta información a cambio de un precio, como hacen por ejemplo las sociedades de tasación. Pero en otros casos es necesaria la intervención pública, regulando, por ejemplo, el etiquetado de los alimentos y de otros productos de consumo o incluso proporcionando directamente la información cuando ésta tenga las características propias de un bien público.

En relación con los servicios del Estado de Bienestar, la falta de información es probablemente la principal justificación de algunos de sus más importantes programas, como la sanidad o el seguro de desempleo, en los que la necesidad de evaluar adecuadamente los riesgos juega un papel esencial.

En el mercado de seguros, la asimetría en la información puede dar lugar a problemas de *selección adversa*, que acaben reduciendo o incluso eliminando la oferta. La información de que dispone una persona, acerca de su propia salud o de sus posibilidades de quedarse sin empleo, es frecuentemente muy superior a la que puede adquirir una compa-

ña aseguradora, incluso después de practicar una serie de costosas pruebas. Aunque la compañía impusiese la obligación de realizar un chequeo médico o analizase minuciosamente el historial académico y laboral de un individuo, siempre existirá determinada información relevante a la hora de evaluar el riesgo de incurrir en la contingencia cubierta de la que solamente dispondrá el propio asegurado. Sólo éste conocerá, por ejemplo, si práctica algún deporte de riesgo, si mantiene hábitos poco saludables o si las relaciones con sus jefes se han deteriorado considerablemente en los últimos tiempos, aumentando por lo tanto sus posibilidades de ser despedido. Por lo tanto, la compañía de seguros no podrá evaluar con exactitud el riesgo asociado a cada cliente y calculará el importe de sus primas en función del riesgo medio de la población, cobrando el mismo precio a clientes con distinto riesgo.

En esas circunstancias es previsible que los clientes de riesgo elevado tiendan a asegurarse en mayor proporción que aquellos con un riesgo más bajo, ya que el beneficio esperado de adquirir una póliza es mayor en su caso. Pero este comportamiento hace que el importe medio de las indemnizaciones se incremente, superando las previsiones iniciales y obligando a una subida de las primas. Como respuesta a esa subida del precio, más asegurados de bajo riesgo renunciarán a contratar una póliza y abandonarán el mercado, dando a su vez lugar a un nuevo aumento de las indemnizaciones y del precio de las pólizas.

Se entraría, por lo tanto, en un proceso imparable de *selección adversa*, por el cual sólo los individuos con un riesgo superior a la media encontrarían incentivos para ase-

gurarse, mientras que las personas de bajo riesgo o escasos recursos serían progresivamente expulsadas.

En estos casos, el Estado podría intervenir imponiendo, por ejemplo, el aseguramiento obligatorio de todos los individuos en una única institución que, amparándose en la capacidad tributaria del Estado, ajustaría el precio de las pólizas en función del coste de las indemnizaciones o de los servicios prestados. Esta es precisamente la filosofía que subsiste en muchos programas públicos de seguros sociales.

En el caso de la sanidad existen problemas de información añadidos. Es normal que los profesionales de la sanidad tengan mucha mejor información que sus pacientes en relación con la naturaleza de la enfermedad y la manera más adecuada de tratarla. Esta asimetría en la información puede ocasionar que los pacientes tengan dificultades para valorar la calidad de los servicios médicos que adquieren y se dejen llevar por otro tipo de indicadores externos como el prestigio de las instituciones médicas o las comodidades materiales del centro. Esto puede llevar a la provisión de servicios médicos costosos y muy aparentes, pero de poca calidad desde un punto de vista estrictamente clínico.

Por otra parte, la asimetría en la información puede dar lugar a un problema de "demanda inducida" en la medida en que profesionales poco escrupulosos intenten beneficiarse del desconocimiento del paciente recomendando, por ejemplo, pruebas diagnósticas o tratamientos innecesarios y costosos como forma de maximizar su beneficio. La provisión pública de servicios médicos permite acabar con este tipo de problemas, ya que el sistema retributivo de los emplea-

dos públicos hace que los incentivos para inducir a los pacientes a demandar servicios innecesarios desaparezcan. La regulación de protocolos de actuación o el establecimiento de responsabilidades legales, también pueden contribuir a prevenir estas situaciones.

La evidencia nos demuestra que, allí donde la sanidad pública juega un papel marginal, muchos individuos quedan excluidos de los seguros médicos privados o se ven obligados a hacer frente a cuantiosos gastos cuando enferman. El caso de los Estados Unidos es bastante elocuente a este respecto. En este país la asistencia sanitaria pública se presta fundamentalmente a través de dos programas, el Medicaid y el Medicare, que proporcionan servicios sanitarios a determinados colectivos desfavorecidos de bajos ingresos y a los mayores de 65 años. Por lo tanto, la cobertura sanitaria de la población por debajo de los 65 años depende prácticamente en exclusiva de los seguros privados. De acuerdo con los datos del Census Bureau, en 2010, 50 millones de norteamericanos, en torno al 16.3% de la población, carecían de cobertura médica y más de 10 millones de personas vivían bajo el umbral de la pobreza, como consecuencia de los gastos sanitarios. Sin embargo, gracias en gran medida a las reformas introducidas por la administración Obama, es decir, gracias a la intervención pública, en 2016 el porcentaje de población sin cobertura sanitaria se había reducido al 8,8%.

Bienes públicos

Aunque, de acuerdo con la teoría de la mano invisible, el mercado debería proporcionar en cantidad suficiente todos los bienes y servicios demandados por los individuos,

esto no siempre sucede. Existen determinados bienes, como el alumbrado público o la defensa nacional, cuya producción no es rentable para el sector privado. Son los llamados bienes públicos, o bienes de consumo colectivo, y su provisión sólo puede ser garantizada por el Estado.

La razón por la que el mercado no puede proveer de bienes públicos de forma rentable está en las peculiares características de este tipo de bienes descritas por Samuelson (1954). En primer lugar, se trata de bienes de consumo no rival. Es decir, el consumo por parte de una persona de un bien público no imposibilita el consumo del mismo bien por parte de otras personas. Pero la principal característica de los bienes públicos es la imposibilidad de excluir de su consumo a aquellas personas que no están dispuestas a participar en su financiación. Debido a estas características, es previsible que la mayor parte de los individuos intenten disfrutar de los bienes públicos como “usuarios gratuitos”, dejando que los demás se ocupen de sufragarlos y haciendo que su provisión privada resulte prácticamente imposible. Únicamente la capacidad coactiva del Estado para cobrar impuestos puede hacer que todas las personas que se beneficien de un bien público soporten también una parte de su coste; justificando por lo tanto la intervención estatal como único modo de garantizar la provisión de los bienes públicos que la sociedad necesita.

Aunque gran parte de las infraestructuras y de otros servicios prestados por el Estado tienen características propias de los bienes públicos, en general no podemos catalogar a los servicios propios del Estado de Bienestar como bienes públicos puros, ya que, en su inmensa mayoría, se trata de servicios

de consumo rival de los que resulta sencillo excluir a aquellos que no estén dispuestos a pagar su precio. Existen en cualquier caso importantes excepciones. Algunos servicios sanitarios tienen características de bien público: las medidas de salud pública, como el saneamiento del agua, los controles de calidad de los productos alimentarios, la erradicación de enfermedades contagiosas o el control de epidemias, así como determinadas políticas informativas, tales como la educación sexual o la información nutricional, benefician al conjunto de la población de una manera no excluyente. En estos casos es necesario que el Estado intervenga proporcionando este tipo de servicios ya que, de otro modo, el mercado ofertaría una cantidad muy inferior a la eficiente.

Los límites de la intervención pública

A pesar de todas las reflexiones anteriores, debemos considerar que la acción del Estado suele suponer una restricción a la libertad de los individuos, ya que habitualmente se ejecuta sobre la base de sus especiales prerrogativas o potestades. Por esa razón, la intervención pública sólo se justifica en la medida en que resulte la única forma posible de superar las carencias del mercado.

Sin embargo, esto no siempre se cumple. “La Teoría de los Fallos del Sector Público”, formulada inicialmente por Wolf (1979), describe una serie de circunstancias por las que la intervención estatal no siempre garantiza que seamos capaces de alcanzar una situación superior desde el punto de vista de la eficiencia, ya que el Sector Público tiene sus propias limitaciones, relacionadas por ejemplo con su estructura burocrática o los procesos de toma colectiva de decisiones,

que hacen que en ocasiones no pueda ofrecer una solución mejor.

En general, podemos decir que los fallos y limitaciones del Sector Público se derivan de las dificultades con las que se encuentra para dar respuesta a dos cuestiones fundamentales: qué entendemos por expresiones tales como “voluntad popular”, “demanda social” o “interés general”, en ausencia de un mecanismo de agregación de preferencias como el mercado; y qué incentivos y controles debemos establecer para garantizar que los agentes del sector público, es decir, los políticos y los funcionarios, actúen siempre y en todo momento en beneficio de dicho “interés general”.

Como ya hemos comentado con anterioridad, uno de los grandes “hallazgos” de Adam Smith fue ser capaz de explicar cómo a través del mercado y del sistema de precios, los intereses y preferencias individuales podían ser canalizados para alcanzar la eficiencia económica. En ausencia de los fallos de mercado ya descritos, la libertad individual, el egoísmo de cada uno, resultarían compatibles con un sistema productivo en el que la oferta se orientase a la satisfacción de las necesidades individuales de una manera eficiente, aunque no necesariamente equitativa.

Sin embargo, cuando no hay un mercado es necesario articular algún otro mecanismo de agregación de las preferencias individuales que nos permita definir la “voluntad colectiva” y orientar conforme a la misma la intervención económica del Estado. Dicho de otra manera, si el Estado ha de proporcionar bienes o servicios a la sociedad, es necesario establecer los criterios que nos permitan decidir qué bienes y a qué precio deben ser producidos.

En un Estado democrático, esto se consigue a través de un proceso político en el que los partidos “ofertan” sus programas de una manera “competitiva” y los ciudadanos eligen mediante el voto aquel que más se adecúa a sus preferencias, explicitando así, de manera análoga al mercado, una “demanda social”.

Sin embargo, como ya demostró Arrow (1951) con su célebre “Teorema de la Imposibilidad”, y todos somos capaces de intuir, la democracia no es perfecta y las políticas públicas encuentran bastantes limitaciones para reflejar fielmente la voluntad popular o, en términos más académicos, las preferencias de los ciudadanos. En primer lugar, porque no podemos concebir el Estado como un *planificador omnisciente* que tenga a su disposición toda la información necesaria para resolver los problemas a los que se enfrenta. Pero, además, porque el Estado tampoco es el *dictador benevolente*, dotado de una voluntad única y bien intencionada, orientada exclusivamente hacia el bien común que, en demasiadas ocasiones, la teoría económica normativa presupone. Incluso en la democracia más perfecta, la inmensa mayoría de las decisiones políticas no se adoptan por votación directa de todos los ciudadanos. Salvo en casos excepcionales, como un referéndum, lo más frecuente es que entre los votantes y la toma colectiva de decisiones se interponga un conjunto de instituciones y agencias gubernamentales con amplia capacidad de gestión. La voluntad del Estado suele ser en realidad la de los políticos y funcionarios que lo representan, la cual no ha de estar necesariamente guiada únicamente por principios altruistas, ni siquiera en el supuesto de que fuese posible alcanzar una definición satisfactoria de lo que en cada momento entendemos por “bien común”.

En consecuencia, más allá de planteamientos ideológicos y de acuerdo con los argumentos desarrollados por la teoría económica, la intervención pública debe limitarse a aquellos supuestos en los que se muestra como una solución eficiente a los fallos del mercado.

En la práctica, y hablando estrictamente en términos de eficiencia, existen ejemplos de cómo es posible limitar la intervención estatal a lo estrictamente necesario, obteniendo resultados equivalentes o superiores a la provisión pública. La razón es que, en realidad, existen pocos bienes públicos puros y es frecuente encontrarnos con bienes que teniendo características propias de los bienes públicos no pueden calificarse estrictamente como tales. Por ejemplo, aunque en principio podemos considerar una carretera como un bien público, se pueden establecer peajes que impidan su disfrute gratuito y que obliguen a los usuarios a participar en su financiación. De la misma manera, las señales luminosas de un faro o las emisiones de televisión en abierto pueden sustituirse por señales cifradas disponibles únicamente para aquellos que estén dispuestos a pagar por ellas. Por lo tanto, la tecnología, los derechos de propiedad intelectual o las patentes pueden facilitar la exclusión de aquellos consumidores reacios a pagar por los bienes públicos, animándolos a participar en su financiación. En estos casos no sería necesaria la provisión pública de estos bienes y la intervención estatal podría limitarse a asegurar el funcionamiento eficaz de esta clase de mecanismos. Sin embargo, ya hemos visto que, en otras ocasiones, tal y como ocurre por ejemplo con las prestaciones sanitarias o los seguros sociales, la provisión pública puede resultar indispensable.

Por otra parte, tal y como apuntó Ostrom (1990), hay ocasiones en las que la comunidad puede organizarse sin necesidad de intervención estatal para preservar y gestionar de una manera eficiente y sostenible determinados bienes comunales. Sin embargo, las aportaciones de Ostrom no constituyen una alternativa generalizable a la intervención estatal o a la provisión pública de determinados bienes y servicios. En primer lugar, porque sus planteamientos se circunscriben en gran medida a un fallo del mercado (la ausencia de derechos de propiedad definidos) que puede resultar relevante a la hora de justificar la intervención estatal en determinados asuntos como el cambio climático o la preservación del medio ambiente y los recursos naturales, pero que resulta anecdótico a la hora de justificar la provisión de los servicios básicos del Estado de Bienestar como la sanidad, la educación o los seguros sociales. Además, porque los modelos de gestión comunitaria descritos por Ostrom no dejan de ser una aproximación informal a la propia acción colectiva ejecutada por el Estado y dependen para ser efectivos, al igual que este, de su capacidad de coacción. Por lo tanto, la diferencia entre los modelos de gestión comunitaria y la intervención pública tiene más que ver con la escala a la que se aborda el problema o con el grado de formalización institucional, que con la propia naturaleza de acción colectiva subyacente. Sin embargo, dicha "informalidad", lejos de ser un beneficio, puede resultar un serio inconveniente cuando se trata de garantizar el acceso generalizado a unos servicios públicos de calidad.

Podemos decir, en resumen, que la teoría económica ha asumido, al igual que la so-

cialdemocracia, que la iniciativa individual, la competencia y la libertad son importantes para crear y disfrutar de la riqueza y que el mercado tiene un papel fundamental en la asignación de los factores productivos. Pero

también que la cooperación y la equidad, impulsados por la acción de un instrumento al servicio de la sociedad, es decir, por el Estado tienen un enorme valor económico y no sólo ético o moral.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrow, K. (1951): *Social Choice and Individual Values*, John Wiley & Sons, New York.
- Census Bureau, United States (several years): *Income, Poverty, and Health Insurance Coverage in the United States*.
- Coase, R. (1960): "The Problem of Social Cost", *Journal of Law and Economics*, 3.
- Denison, E. F. (1962): *The Sources of Economic Growth in the United States and the Alternatives Before Us*. New York: Committee for Economic Development.
- Mankiw, N. G., D. Romer y D. N. Weil. (1992): "A Contribution to the Empirics of Economic Growth", *Quarterly Journal of Economics* 107: 407-37.
- Olson, M. (1965): *The Logic of Collective Action*. Harvard U. Press, Cambridge, Massachusetts.
- Ostrom, E. (1990): *Governing the Commons. The Evolution of Institutions for Collective Action*. Cambridge University Press. Cambridge.
- Pigou, A. (1920): *The Economics of Welfare*, Macmillan and Co., London.
- Romer, P.M. (1986): "Increasing returns and long-run growth", *Journal of Political Economy*, vol. 94, nº 5, pp. 1002-1037.
- Romer, P.M. (1990): "Endogenous technological change", *Journal of Political Economy*, vol. 98, nº 5, pp. S71-S102.
- Samuelson, P. (1954): "The Pure Theory of Public Expenditure", *The Review of Economics and Statistics*, Vol. 36, No. 4, pp. 387-389.
- Solow, R. M. 1957. Technical Change and the Aggregate Production Function. *Review of Economics and Statistics* 39: 312-20.
- Schultz, T.W. (1961): "Education and Economic Growth" en N.B. Henry (ed.): *Social forces Influencing American Education*. University of Chicago Press, Chicago.
- Wicksell, K. (1896): "A New Principle of Just Taxation" En Richard A. Musgrave and Alan Peacock, eds., *Classics in the Theory of Public Finance*. Londres, Macmillan, 1958.
- Wolf, C. Jr. (1979): "A Theory of Nonmarket Failure: Framework for Implementation Analysis." *Journal of Law and Economics* 22, April, 107-39.



POLÍTICAS DE EMPLEO EN CLAVE SOCIALDEMÓCRATA

MARÍA LUZ RODRÍGUEZ FERNÁNDEZ

¿Dónde ha estado la socialdemocracia en esta crisis?

Al iniciar esta reflexión de los retos de la socialdemocracia en materia de empleo, la primera imagen que me viene a la cabeza es la de la película de Ken Loach *Yo, Daniel Blake*. No sé si la han visto. Si no lo han hecho, me permito recomendarla. Yo, cuando esa tarde salí del cine, pensé “cuánto hemos fallado”, “cómo les hemos fallado”. Y estaba pensando en la socialdemocracia. Luego pensé en el *Brexit*, en la victoria de *Trump*, en el ascenso de la extrema derecha en muchos países de Europa. Y en que quizá todo eso suceda, al menos en parte, porque “les hemos fallado”.

Hemos vivido una crisis económica sin precedentes, donde todas las certezas del pasado se cayeron para muchas personas. Se cayeron los empleos. Se cayeron los salarios. Se cayó la forma de vida razonable y segura que permitían esos empleos y esos salarios. A base de recortes del gasto social en sanidad y en educación, se cayeron las expectativas de tener cubiertas necesidades tan básicas como la debida protección frente la enfermedad y la buena educación

de nuestros hijos. A base de recortes en las prestaciones por desempleo y en las políticas activas de empleo, se cayó en la pobreza, en muchos casos en el estigma social y en la falta de esperanza de volver a encontrar un puesto de trabajo. Apenas funciona ya el ascensor social y nada nos garantiza que nuestros hijos vayan a vivir mejor que nosotros.

Esto es lo que ha sucedido. Se han caído las certezas de miles, de millones de personas. La vieja idea de *Beveridge* de garantizar a los ciudadanos la “seguridad de la cuna a la tumba” se ha desvanecido en el tiempo. Y hay que reconocer que no siempre hemos sabido estar a la altura de las circunstancias. Al contrario, a veces incluso hemos colaborado para poner en práctica las políticas que han hecho caer las certezas y la seguridad de nuestros ciudadanos. Al menos en Europa, donde quizá lo peor no haya sido que gobiernos socialdemócratas hayan ejecutado las políticas de austeridad –siempre, es verdad, bajo la amenaza de ser intervenidos (España es un buen ejemplo de ello)–, sino que no haya habido una voz y una política alternativa a esa forma de afrontar la crisis. La voz de la socialdemo-

cracia europea apenas si se ha escuchado. Y no ha habido en verdad una construcción política alternativa a la austeridad. Incluso el sindicalismo europeo ha tenido problemas, dado que dentro de la Confederación Europea de Sindicatos conviven diferentes culturas sindicales y modos de entender cómo había que reaccionar frente a las políticas de consolidación fiscal. Aún así, al menos el sindicalismo europeo logró convocar una jornada europea de acción y solidaridad el 14 de noviembre de 2012.

Es bien probable que este comportamiento por parte de la socialdemocracia haya provocado desafección ciudadana, ira y desesperanza. Y que esa desafección, esa ira y esa desesperanza de los que siempre fueron los nuestros hayan sido canalizadas hacia otras opciones políticas, algunas tan deleznable como las que representa *Trump* o la extrema derecha europea. Hemos sido –y espero que se entienda bien lo que quiero decir– demasiado responsables. Hemos dado la sensación de que, ante la crisis, éramos casi iguales que nuestros adversarios políticos. *Chantal Mouffe* ha hablado, y creo que con mucha propiedad, de los efectos del “consenso en el centro”, aludiendo a que nuestras políticas –sobre todo las económicas– se han vuelto tan parecidas a las de los neoliberales, que los votantes no pueden elegir entre políticas significativamente diferentes. Y quizá lo peor. Hemos perdido credibilidad. Porque, cuando llegamos al gobierno, lo hacemos con un proyecto de país en clave socialdemócrata, donde priman las ideas de igualdad, democracia y justicia social y, luego, cuando la economía “nos aprieta”, actuamos muchas veces en otra dirección.

Bien, es el momento de ponerse a trabajar para que todo esto pueda cambiar. La socialdemocracia no ha muerto. Pensemos que el mayor periodo de bienestar en la historia de la humanidad ha venido de la mano de políticas socialdemócratas. Sin embargo, es verdad que ahora debemos reiniciarnos –por utilizar una terminología muy de moda–.

¿Cómo reiniciarnos? La importancia de las palabras: para la socialdemocracia lo importante debe ser el desarrollo económico y no el crecimiento

Para empezar, es claro que no podemos abrazar el mismo concepto de crecimiento económico que tienen los neoliberales. En *La idea de la justicia*, Amartya Sen, Premio Nobel de Economía en 1998, enseña que medir la riqueza por décimas o puntos de PIB no nos dice nada sobre la clase de vida que conseguimos vivir ni tampoco de la libertad que tenemos para elegir entre diferentes estilos o modos de vida. Es el impacto del crecimiento económico en la vida y la libertad de las personas lo que realmente debe importarnos. De ahí que hablemos de desarrollo económico, y no de crecimiento económico, y que ello no sea sólo una cuestión puramente nominal. Detrás de este cambio de nombre están cuestiones tan esenciales como la sostenibilidad medioambiental del modelo económico o la propia sostenibilidad social. Si se crece y se genera pobreza. Si se crece y se genera desigualdad. Entonces no hay desarrollo económico real. O al menos no hay el desarrollo económico que debería abanderar la socialdemocracia. Porque ese

desarrollo económico beneficia a unos pocos, pero perjudica a grandes capas de la sociedad.

España puede ser un ejemplo de ello. En lo que va de este año, 2017, nuestro PIB ha crecido un 3,1%. Hemos crecido más que Alemania (2,1), más que el Reino Unido (1,5), más que Francia (1,8) o más incluso que la media de la zona euro (2,3)¹. Y, sin embargo, el riesgo de pobreza de la población ha subido hasta el 22,3% y hasta el 28,9% el riesgo de pobreza de los menores de 16 años. Lo que significa que, en un país que crece por encima del 3%, 3 de cada 10 niños y niñas viven en una situación de extrema dificultad. Dos datos más de este modelo de crecimiento. El 14,1% de los trabajadores son pobres y cerca del 49% de las personas en situación de desempleo están también en riesgo de pobreza².

Es a esto a lo que me refiero cuando hablo de que la socialdemocracia no puede compartir el mismo concepto de crecimiento económico que los neoliberales. Crecer más del 3%, cuando más del 20% de la población está en situación de debilidad, no puede ser un logro para la socialdemocracia. El crecimiento de la riqueza no es un fin en sí mismo. O la riqueza se distribuye de forma que se combata la pobreza y se limite la desigualdad o no es el crecimiento que nos interesa como sociedad. Desarrollo económico tiene que significar cohesión social y mayor igualdad.

Buena parte de esa pobreza y de esa desigualdad tienen que ver con el empleo, que no deja de ser el principal medio de vida de la gran mayoría de la sociedad. Un empleo que se ha devaluado en extremo. Primero porque ha perdido la centralidad que tuvo

en el pasado. La centralidad política y la centralidad económica. Y, en segundo lugar, porque la pérdida de derechos ha sido tan intensa durante la crisis que prácticamente se ha convertido en una *commodity*, contraviniendo el principio de que el trabajo no es una mercancía que reza en la Declaración de Filadelfia de 1944 de la OIT. Empleos precarios, de bajos salarios, en malas condiciones de salubridad y con escasa igualdad de género son hoy moneda de cambio en buena parte del mundo.

También en España, donde, como veremos después, uno de cada cuatro trabajadores tienen un contrato temporal y el 90% de los nuevos contratos de trabajo son temporales y de muy corta duración³. Donde el salario más frecuente no alcanza los 17.000 euros anuales y una parte importante de la población trabajadora gana menos del salario mínimo interprofesional⁴. Donde con el crecimiento económico ha llegado el crecimiento de los accidentes de trabajo⁵. Donde las mujeres, en fin, siguen teniendo peores empleos, peores salarios y peores pensiones que los hombres⁶.

Todo esto lo ha provocado la crisis económica, pero también –y sobre todo– las políticas que se han impuesto para salir de ella. Un estudio de la OIT revela que el 75% de las reformas estructurales realizadas en los últimos años en los mercados de trabajo de los diferentes países han consistido básicamente en reducir la protección social de los trabajadores, teniendo un escaso impacto en la reducción del paro o en el propio crecimiento económico⁷.

Y la pregunta que debemos hacernos frente a ello es: ¿dónde ha estado la socialdemocracia? Lo sabemos. En muchos casos

implementando alguna de esas reformas laborales. Y es ahí donde quizá perdió más credibilidad, porque el bienestar en el trabajo sigue siendo esencial para la vida de las gentes. Este es el motivo por el cual la reivindicación del trabajo decente o del trabajo de calidad, como decimos en Europa, debe volver a ser el centro de la agenda política de la socialdemocracia. Un trabajo estable, con un salario digno, realizado en condiciones de seguridad para la vida y la salud y en igualdad para mujeres y hombres debe ser la reivindicación que la socialdemocracia lance a lo largo del mundo.

Con todas las dificultades –y así hay que advertirlo de partida– que ello va a conllevar. Si hay un mundo en completa y compleja evolución, ese es el mundo del trabajo. Al lado de los problemas clásicos como el desempleo, la precariedad, la pobreza laboral o la desigualdad, que en lugar de desaparecer se han agravado, emergen nuevos problemas derivados de la cada vez más intensa digitalización de la economía y de la producción. Hoy se duda –y con fundamento serio–, que en un futuro próximo se necesite la misma cantidad de empleo para producir riqueza o, por el contrario, la robotización de los procesos productivos no haga que el empleo humano sea residual. Se duda, también, sobre cuál deba ser la formación que deban tener los trabajadores para afrontar los desafíos tecnológicos y que muchos de ellos no terminen siendo marginados de este proceso por su falta de adaptación. Se duda de conceptos tan clásicos como el tiempo y el lugar de trabajo, dado que las nuevas tecnologías permiten trabajar en todo tiempo y lugar. Ello puede ayudar a combinar la vida profesional

y personal, pero también convertirse en un vehículo de pura explotación. Se duda incluso de cuáles serán las figuras que representen el trabajo asalariado, dado que los autónomos parecen llamados a ser los grandes protagonistas de la era de la *gig economy* y de la “uberización”. Se duda en fin si, con estos cambios tan profundos en la forma de producir y trabajar, fórmulas clásicas como la sindicalización, la negociación colectiva o la propia Seguridad Social, podrán resistir o habrán de ser reinventadas para que no mueran.

No son problemas abstractos. Afectan directa y diariamente al trabajo y a la vida de millones de trabajadores en todo el mundo. De modo que, o la socialdemocracia es capaz de tener una respuesta para satisfacer las expectativas y las esperanzas de empleo decente o de calidad de todos ellos, y especialmente de los más jóvenes, o puede estar condenada a la decadencia. Los socialdemócratas fueron hijos de los movimientos de los trabajadores y supieron interpretar y realizar sus sueños. Eso les dio la hegemonía política. Si quieren recuperarla, deben volver a hacerlo.

Recuperar la centralidad del trabajo y dejar de tratarlo como una mercancía

A pesar de que no sabemos lo que nos deparará el futuro digital, el empleo sigue representando hoy la principal fuente de rentas de la mayor parte de la ciudadanía. De ahí que mi primera propuesta sea recuperar la centralidad del trabajo en el discurso y la práctica política de la socialdemocracia. El trabajo fue durante mucho

tiempo el centro de la vida económica, social y política. Hoy ha perdido esa centralidad. Nadie se imaginaría hoy que una constitución pudiera definir un país como una república fundada en el trabajo, tal como todavía hace la Constitución italiana de 1948. El peso que tienen las rentas del trabajo en el crecimiento económico ha ido cayendo. Según los últimos datos, la remuneración de los asalariados representa un 47% del PIB⁸, habiendo cedido dos puntos en favor de las rentas empresariales en una sola década. Todos los partidos políticos se preocupan por el empleo (la verdad es que luego, en la práctica, unos más que otros), pero ninguno de ellos se reclama ya como la voz política de los trabajadores.

Y, sin embargo, el trabajo sigue siendo uno de los elementos capitales en las vidas de la gente. De él obtiene el sustento la mayoría de la población; sigue siendo el vehículo más potente de participación social; y la forma primaria de acceso a los derechos sociales. Así que, una primera forma de recuperar el enlace emocional entre la socialdemocracia y los problemas de la población bien podría ser reclamar que el trabajo vuelva a ser, si no el centro, sí uno de los elementos centrales de la agenda política, económica y social. Miremos más el trabajo de la gente –el que tiene, el que no tiene, el que quiere– porque de ese modo conoceremos más a la propia gente. Y quizá así se logren ahuyentar algunos fantasmas políticos como el populismo o el renacimiento del fascismo que hoy recorren el mundo.

Mi segunda propuesta tiene que ver con la idea de que “el trabajo no es una mercancía”. A diferencia de lo que sucede con un coche, una casa o cualquier otro objeto

de compra y venta en el mercado, el trabajo no puede desmembrarse de la persona del trabajador. Con el trabajo físico o intelectual que se realiza y es objeto del contrato de trabajo va intrínsecamente unida una persona. Por eso el trabajo no puede tratarse como una mercancía cuyo precio de compra y venta depende sin más de las leyes del mercado, porque en alguna medida se podría estar vendiendo y comprando a precios de mercado la propia persona del trabajador. Para que ello no suceda, están las normas laborales, que tienen como principal misión limitar el puro juego de la oferta y la demanda como modo de ajustar el precio que paga un empleador por la actividad física o intelectual que desarrolla un trabajador.

No siempre ha habido normas laborales. Durante la mayor parte del siglo XIX, el trabajo fue, en efecto, pura *commodity* sometida al devenir de las fuerzas del mercado. Leer a Dickens ilustra sobradamente las consecuencias de ello. Más tarde, las legislaciones laborales, los convenios colectivos, el reconocimiento de los derechos laborales como derechos fundamentales “decomodificaron” el trabajo, restringiendo (aunque no eliminando) la operatividad de la oferta y la demanda en la fijación del precio del mismo. Hoy, tras años de demandas de desregulación, flexibilidad, austeridad, etc., el valor de las normas laborales y los derechos sociales está fuertemente en declive y el trabajo está convirtiéndose o a punto de convertirse de nuevo en una *commodity*. El propio fundamento del Derecho del Trabajo parece haberse alterado. De ser un Derecho con una función compensadora de la desigual fuerza o poder de trabajadores y

empresarios en la relación de trabajo, ha pasado a fortalecer el ejercicio del poder empresarial; de buscar la igualdad ha pasado a buscar la productividad. Pues bien, basta mirar alrededor para darse cuenta de las bolsas de desigualdad, precariedad, pobreza, etc., que nos rodean. Por eso, reivindicar el valor profundamente civilizador de las normas laborales, y su carácter compensador debe ser otra de las claves del proyecto de reconstrucción de la hegemonía socialdemócrata.

El método también importa: es necesario un debate sereno sobre cómo crear buenos empleos para todos

Por paradójico que parezca, tomo prestado este título de un Informe que recientemente ha aparecido en el Reino Unido. Se trata del conocido como *Taylor Review*⁹ y acaba de ser publicitado con el nombre y el objetivo de lograr *Good Work For All*. Me voy a referir después a alguna de sus propuestas, pero adelanto ya que, como todos los documentos de esta clase, ha recibido elogios y críticas, pero ahora me interesa destacar no tanto su contenido o sus debilidades y fortalezas, sino el método elegido para abordar una remodelación del mercado de trabajo. Según datos de *Eurostat*¹⁰, el Reino Unido tiene una tasa de desempleo del 4,8% y una tasa de temporalidad en el empleo del 5,6%, datos ambos aparentemente envidiables. Sin embargo, los británicos no se dan por satisfechos con estos resultados y han decidido encargar una reflexión a un grupo de expertos que les guíe para operar después en sede política los cambios que

conduzcan a conseguir “buenos empleos”. Este es para mí el principal valor del *Taylor Review*: la conciencia colectiva de que es necesaria una reflexión serena sobre cómo modificar las claves del mercado de trabajo con el objetivo de mejorar la calidad del empleo que produce.

Creo, sinceramente, que una reflexión de estas características es necesaria en nuestro propio país. España está creando empleo, eso es innegable. Aunque todavía no hemos alcanzado los 20,6 millones de ocupados que teníamos cuando dio comienzo la crisis, desde el primer trimestre de 2014 se han creado más de 1,8 millones de empleos, más de medio millón de ellos solo en el último año. Pero, como dije antes, nos asola la temporalidad. Estamos creciendo por encima del 3%, y todo parece indicar que los beneficios empresariales están recuperándose. Pero más del 40% de los trabajadores declara ingresos por debajo de los 12.000 euros anuales,¹¹ y el coste salarial sigue disminuyendo¹².

Semejantes datos de temporalidad y salarios no sólo conforman un modelo de mercado de trabajo de escasa calidad, sino el propio modelo de sociedad. No es sólo el trabajo que tienes, sino la sociedad en la que vives lo que depende del empleo. ¿Qué país estamos construyendo para nosotros y nuestros hijos con contratos de trabajo de corta duración y salarios que apenas cubren las necesidades más básicas de las personas? ¿Qué modelo de Estado de Bienestar y pensiones podemos sustentar sobre estas mismas bases? ¿La educación, la sanidad, la cultura, la ciencia, el progreso tecnológico o la propia confianza en las instituciones políticas pueden avanzar y

arraigar entre una población empobrecida y con trabajos con fecha de caducidad? Más allá de las discrepancias partidarias perfectamente legítimas y de las diferencias entre los intereses de trabajadores y empresarios, legítimas también, creo que puede estarse de acuerdo en que el modelo de empleo que tenemos en este momento en nuestro país no es el mejor y que el modelo de sociedad que puede construirse a través del mismo tampoco.

Sucede, sin embargo, que, en lugar de iniciar una reflexión serena sobre cómo acometer los cambios necesarios, los actores políticos y sociales juegan a la complacencia o a la confrontación o a mirar al pasado, sin entablar una deliberación seria sobre el mercado de trabajo que queremos ahora y en el futuro. De modo que una llamada a la reflexión sobre el modelo de empleo y de relaciones laborales que deseamos para nuestra sociedad deba ser una prioridad para la socialdemocracia. Con dos premisas. La primera es no adoptar una lógica revanchista; la segunda reconocer que no siempre el diálogo social funciona.

La pérdida de derechos laborales ha sido, lo he dicho ya, muy intensa durante la crisis, por lo que se corre el riesgo de diseñar una estrategia en el terreno de las políticas laborales que se centre en la recuperación de los derechos perdidos. Sin embargo, los cambios en el mundo del trabajo que están por venir parecen de tanta intensidad que va a ser necesaria mucha creatividad para idear nuevos derechos y garantías acordes con los nuevos tiempos. Pondré un ejemplo. El derecho a la desconexión digital está presente en todos los debates sobre el trabajo digital. Frente a

ello no puede responderse, creo, con una estrategia que pase por recuperar rigideces en el cómputo de la jornada de trabajo. Lo que propongo, pues, es mirar al futuro mucho más que al pasado en el diseño de las políticas de empleo. Teniendo en cuenta, y ésta es la segunda premisa, que el diálogo social no siempre depara los frutos que se esperan de él. Es verdad que las políticas que tienen su origen en un acuerdo de diálogo social poseen un plus de legitimidad y que es deseable que las decisiones políticas incorporen los intereses de aquellos a los que van dirigidos. Pero también lo es que, en no pocas ocasiones, congeniar los intereses de trabajadores y empresarios en una mesa de diálogo social es tan difícil que, o no se logra, o el resultado logrado es realmente laxo en cuanto a las medidas a adoptar. De ahí que piense que la reflexión serena que se necesita para recrear las reglas del empleo y del trabajo del futuro deba hacerse primero por expertos y luego por políticos y actores sociales.

Por eso me parece encomiable el esfuerzo hecho en el Reino Unido con el encargo y la elaboración del *Taylor Review*. Para empezar, han identificado los grandes retos a que se enfrenta el mundo del trabajo en ese país: el pobre crecimiento de los salarios, la baja productividad, la creación de puestos de trabajos acordes con los niveles de educación y cualificación profesional de la fuerza de trabajo, la eclosión de nuevos modelos de negocio, especialmente las plataformas digitales, y el avance de la digitalización/automatización y los efectos que tendrá sobre el volumen y la configuración del empleo. Es-

toy convencida de que esos son también en mayor o menor medida los desafíos de nuestro propio mercado de trabajo y, por tanto, los ámbitos en donde se espera una respuesta certera de las políticas de empleo de la socialdemocracia.

Más audaz es aún el enfoque con el que quieren abordar dichos retos: la calidad del empleo. Entre las propuestas del *Taylor Review* pueden leerse dos verdaderamente interesantes y novedosas. La primera, dirigida al Gobierno, es que, junto con la cantidad de empleos que puedan crearse, se ingenie un sistema que mida y publicite la calidad del empleo. La segunda, también dirigida al Gobierno, que consiste en nombrar un responsable político dentro del mismo, encargado de la calidad del empleo. Es verdad que no es fácil medir la calidad del empleo. También lo es que es un concepto un tanto subjetivo, porque lo que puede ser calidad para algunos puede no serlo para otros. Tener un salario elevado puede ser símbolo de buen empleo para una parte de la población, mientras que para otra puede serlo disponer de más tiempo libre para el cuidado de la familia o el disfrute del ocio. Aún así, el *Taylor Review* marca una serie de ámbitos y variables que bien pudiéramos hacer nuestros: los salarios, la seguridad en el empleo, la educación y la formación profesional, las condiciones de trabajo, incluida la salud y la seguridad en el mismo, la conciliación de la vida profesional y privada y la consulta, participación y representación colectivas. Yo añadiría a ellos la igualdad de mujeres y hombres en el acceso, la permanencia y las oportunidades en el trabajo para completar un cuadro que perfectamente podría servirnos de re-

ferencia para empezar a idear propuestas acordes con los valores básicos de la socialdemocracia.

Algunas propuestas básicas

Algunas están ya desgranadas en el texto: guiarse por el desarrollo económico, y no por el crecimiento; recuperar la centralidad del trabajo, y no concebirlo como una mercancía; mirar al futuro en la construcción de garantías y derechos laborales, y no al pasado; y promover un proceso de reflexión seria y serena entre expertos, políticos y actores sociales sobre cuál es el modelo de empleo y relaciones laborales que queremos para nosotros y nuestros hijos. Los ámbitos prioritarios también se han marcado ya: salarios, productividad, educación y formación y efectos del progreso de la tecnología sobre el empleo y las relaciones laborales. Así como el punto de mira u objetivo central: la calidad del empleo. Ahora detallaré alguna medida más al respecto.

Pero antes de empezar quiero hacer una última propuesta básica, que de alguna manera es un homenaje a una socialdemócrata ejemplar, Carme Chacón. En un discurso muy conocido Carme dijo “si decimos izquierda, hacemos izquierda”, apelando a la coherencia entre el pensamiento y la práctica política socialdemócratas. Pues bien, creo que ser coherentes entre las propuestas que se realizan y las políticas que se ponen en marcha es fundamental para ganar credibilidad. De forma que la frivolidad política en la elaboración del programa de acción socialdemócrata debe estar fuera de lugar.

En un mundo marcado por el avance de la tecnología, la educación y la formación a lo largo de la vida son esenciales para que los trabajadores no pierdan la carrera frente a las máquinas. Diseñar y financiar, como merecen las políticas de educación y formación, son elementos clave para la igualdad de oportunidades en el acceso al empleo. Especialmente importante es la segunda, hoy varada por la falta de inversión en políticas activas de empleo y un diseño que no se corresponde en absoluto con las necesidades de trabajadores y de empresas. Más inversión y mejor construcción institucional de las políticas activas de empleo es, pues, una tarea inaplazable.

Creo que nadie sabe con seguridad cuántos empleos van a perderse a consecuencia del avance de la digitalización y la robótica, pero sí que caminamos hacia un mundo con menos empleos. Ello hace que deba pensarse en otros criterios para el reparto de la riqueza, al menos en tanto dure la transición hacia el nuevo modelo económico, donde es seguro que se vaya a producir el paro tecnológico del que hablara *Keynes*. De ahí que el debate sobre la renta básica o la renta mínima o, incluso, una protección por desempleo universal deba formar parte del ideario socialdemócrata.

Deben mejorarse los salarios. No es el único componente de la calidad del empleo, pero es esencial para la calidad de vida. Instituciones como el salario mínimo y la negociación colectiva son capitales para ello. Es necesario un incremento sustancial del salario mínimo interprofesional y una reformulación de las reglas que disciplinan la negociación colectiva, con la vista puesta

en un mejor equilibrio de poder en el desarrollo de las negociaciones. Deben también reformularse las vías de financiación de las organizaciones sindicales y empresariales, para terminar con el descrédito y la debilidad derivados de la sospecha sobre otras vías de financiación no demasiado ortodoxas. Contar con organizaciones sindicales y empresariales creíbles y fortalecidas es otro de los elementos imprescindibles para el buen funcionamiento del Estado Social y, por tanto, para el ideario laboral socialdemócrata.

La igualdad de género y la sostenibilidad medioambiental deben estar en el centro del modelo. El acceso y permanencia de las mujeres al trabajo en condiciones de igualdad debe ser prioritario, además de cambiar el enfoque de las políticas de conciliación de la vida profesional y privada, que deben estar regidas por el principio de corresponsabilidad de ambos sexos en la asunción de las tareas de cuidados. De su lado, el desarrollo económico y la creación de empleo no pueden significar un daño irreparable al medio ambiente, por lo que hay que encontrar la manera de cohesionar ambas esferas, descartar el productivismo y dar un impulso más allá de la retórica a la economía y los empleos verdes.

Los nuevos derechos de los trabajadores en un mundo digital deben tener el espacio que les corresponde en el relato y las políticas socialdemócratas. El teletrabajo, la desconexión digital, la protección de la intimidad y el secreto de las comunicaciones o la soberanía sobre los datos que se vierten en las redes sociales serán (son ya hoy) temas fundamentales de las relaciones laborales de la cuarta revolución industrial.

El avance de la *platform economy* puede hacer que haya una explosión de trabajadores autónomos o fórmulas de contratación diferentes a la propia del trabajo asalariado. Ello puede significar que los nuevos operadores laborales estén al margen de las normas laborales y de la protección social. De ahí que quizá haya que reformular el concepto de “trabajador” y/o empezar a pensar en cómo extender (y financiar) la protección social más allá del estatus jurídi-

co que tenga la persona que desarrolla una actividad laboral.

Un último apunte: la globalización hace ineficaces las respuestas nacionales a los problemas globales. La socialdemocracia siempre fue internacionalista. Hoy más que nunca se necesita construir una respuesta laboral global de matriz socialdemócrata. La negociación del pilar social europeo puede ser una buena oportunidad.

NOTAS

¹ Datos sobre crecimiento de PIB disponibles en <https://www.datosmacro.com/pib> (acceso 11/10/2017).

² Datos de la Encuesta de Condiciones de Vida 2016, disponibles en http://www.ine.es/prensa/ecv_2016.pdf (acceso 11/10/2017).

³ Según datos EPA del 2º Trimestre de 2017, nuestra tasa de temporalidad es del 26,9%. Disponibles en <http://www.ine.es/daco/daco42/daco4211/epa0217.pdf> (acceso 11/10/2017).

⁴ Datos de la Encuesta Anual de Estructura salarial 2015, disponibles en http://www.ine.es/prensa/ees_2015.pdf (acceso 11/10/2017).

⁵ En el último año el número total de accidentes de trabajo se ha incrementado un 3,7%, con un incremento del 2,1% de los accidentes de trabajo mortales. Datos del Instituto Nacional de Seguridad e Higiene en el Trabajo disponibles en <http://www.oect.es/Observatorio/3%20Sinistralidad%20laboral%20en%20cifras/Informes%20interanuales/Ficheros/AvanceSinistralidadLboraJulio2016Junio2017.pdf> (acceso 11/10/2017).

⁶ El salario medio anual femenino representa el 77% del masculino, lo que sitúa la brecha salarial en el 23% (http://www.ine.es/prensa/ees_2015.pdf, acceso 11/10/2017). De su lado, la pensión media de las mujeres representa el 63% de la de los hombres, lo que sitúa la brecha en pensiones en el 37% (http://www.seg-social.es/Internet_1/Estadistica/Est/Pensiones_y_pensionistas/HistoricoEstadisticas/pen17/PenCo17/Penx,re%20y%20cla%2017/index.htm, acceso 11/10/2017).

⁷ Disponible en http://www.ilo.org/global/about-the-ilo/newsroom/news/WCMS_383897/lang-es/index.htm (acceso 11/10/2017).

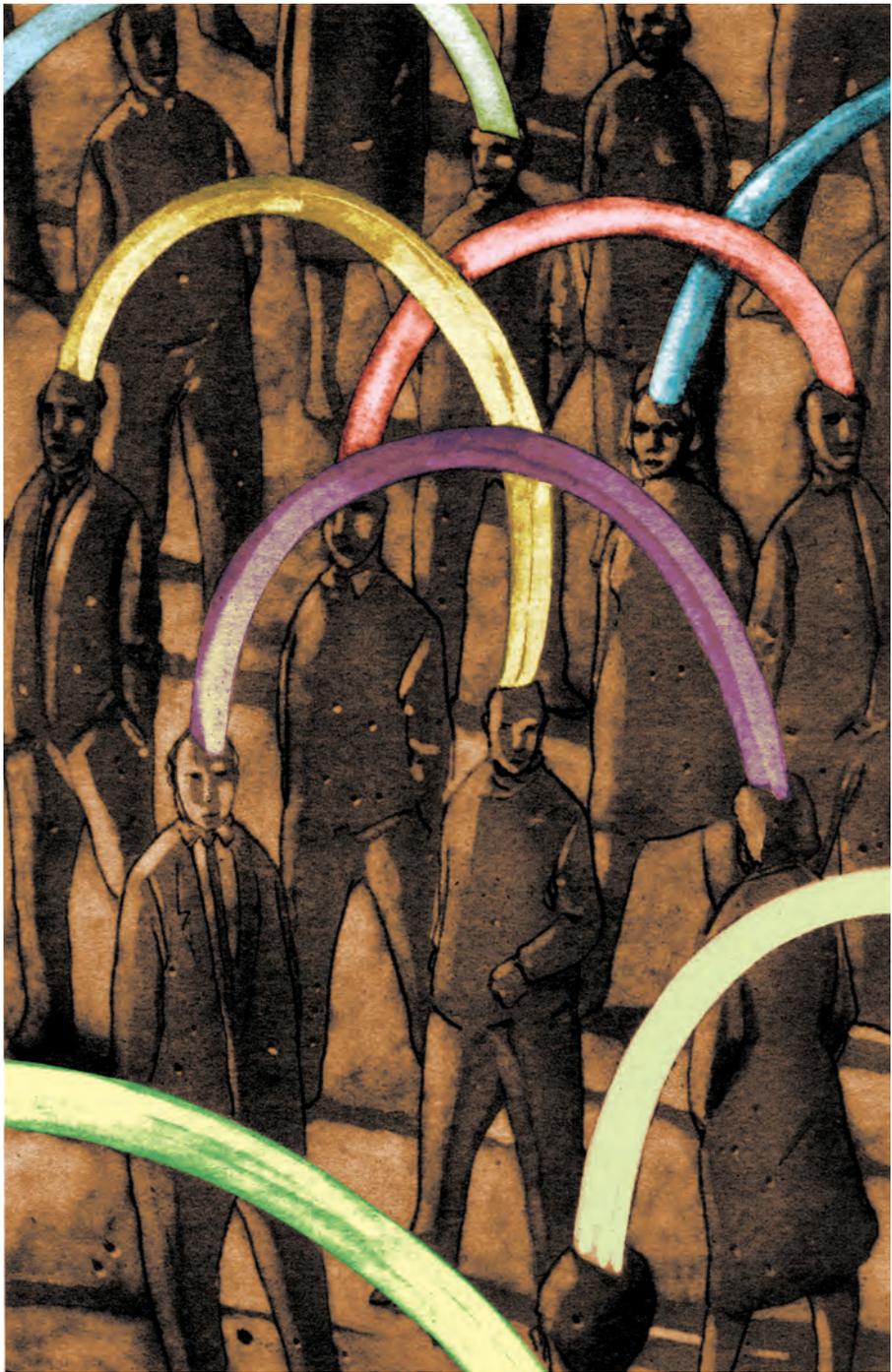
⁸ Datos disponibles en http://ec.europa.eu/eurostat/statistics-explained/index.php/Annual_national_accounts_-_evolution_of_the_income_components_of_GDP (acceso 11/10/2017).

⁹ Disponible en https://www.gov.uk/government/uploads/system/uploads/attachment_data/file/627671/good-work-taylor-review-modern-working-practices-rg.pdf (acceso 11/10/2017).

¹⁰ Disponibles en <http://ec.europa.eu/eurostat/data/database> (acceso 11/10/2017).

¹¹ Datos disponibles en http://www.agenciatributaria.es/AEAT/Contenidos_Comunes/La_Agencia_Tributaria/Estadisticas/Publicaciones/sites/irpf/2015/jrubik6eaaf6bee08c8e1291865ecfa26eded-14f91fe19.html (acceso 11/10/2017).

¹² Un -0,4% solo en el último trimestre, según últimos datos de la Contabilidad Nacional, disponibles en <http://www.ine.es/prensa/cntr0217.pdf> (acceso 11/10/2017).



LA GARANTÍA DE INGRESOS EN LA AGENDA SOCIALDEMÓCRATA

BORJA BARRAGUÉ

Si el Atlético de Madrid es el “pupas” del fútbol, el discurso socialdemócrata es el “pupas” de la teoría política. Como ocurre con los fans del Atlético, aquí en España los hinchas de la socialdemocracia últimamente andan melancólicos, con la permanente sensación de que van a perder las siguientes elecciones y Pablo Iglesias les va a quitar las mejores ideas (sin pagar además la cláusula de rescisión).

Sin embargo, habrá más de un lector que piense que esta comparación tenía sentido hace, digamos, diez años; pero ya no. Con el Cholo Simeone, el Atlético ha encontrado un proyecto futbolístico que ilusiona a los aficionados y que le ha llevado a jugar dos finales de la Champions League. A la socialdemocracia no le ha ido tan bien en los últimos años. Seguramente, sospecha nuestro lector, porque no ha encontrado un proyecto político que ilusione a sus (potenciales) votantes. Este artículo defiende que nuestro lector tiene bastante razón.

El argumento se desarrolla en tres fases. En el primer apartado analizo la noción de la justicia social dominante en la socialdemocracia: la idea de crecer primero y (re)distribuir después. En la segunda sección de-

fiendo que esta noción adolece de una serie de problemas que aconsejan su revisión. El último apartado esboza algunas ideas para ese proyecto político ilusionante, donde la reforma del sistema de rentas mínimas ocupa un lugar destacado.

La justicia social como crecer primero y (re)distribuir después

Supón, querido lector, que trabajas en una ONG y una de tus tareas es hacer encuestas a pie de calle. Un día tu jefe te pide que salgas a la calle a preguntar a la gente cómo de acuerdo está con la afirmación de que “Todo el mundo debería tener garantizado, como un derecho, lo suficiente para no pasar hambre”. Dos semanas y bastantes kilómetros en las suelas de tus zapatillas después, vuelves al despacho de tu jefe con las respuestas, que se resumen en que (1) una mayoría muy cualificada de la muestra está muy de acuerdo con la afirmación y (2) los resultados son independientes del sexo, origen y nivel de ingresos de los encuestados—de hecho apenas hay diferencias entre los porcentajes de los barrios más rico y más pobre que visitaste, lo que te sorprendió un poco—. Cuando ves publicado el informe de

tu jefe con el análisis de los datos, una de las conclusiones afirma que “La mayoría de los encuestados piensa que una de las funciones del Estado de Bienestar es erradicar o al menos mitigar la pobreza”.

Supongamos además que eso fuera así. Es decir, que fuera verdad que en 2017 la mayoría de madrileños o españoles están muy de acuerdo con la idea de que el Estado debería garantizar a todos los ciudadanos, como un derecho, los recursos necesarios para hacer tres comidas al día. Incluso si esto fuera así, existen muchas formas en que el Estado podría tratar de satisfacer esa demanda. Una opción sería satisfacerla de forma directa implantando un programa inspirado en los *food stamps* de Estados Unidos. Otra sería hacerlo de forma indirecta, adoptando una serie de medidas que favorezcan el crecimiento económico, porque según algunos economistas los beneficios que van a parar a las manos de los más ricos terminan por filtrarse (*trickle-down*) hasta los más pobres. Si queremos mejorar la vida de los pobres, mejoremos primero la de los ricos.

Como se ve, estar de acuerdo en los objetivos no garantiza estarlo en los medios para alcanzarlos. La estrategia preferida por los socialdemócratas para alcanzar sus objetivos tradicionales –pleno empleo, reducción de las desigualdades y erradicación de la pobreza– se resume en el eslogan de “crecer primero y distribuir después”. La verdad es que como eslogan resulta un poco críptico. Me explico.

Hagamos un poco historia. Durante los años de la Guerra Fría parecía haber dos de casi todo. Dos estaciones espaciales internacionales, dos genios del ajedrez como

Fischer y Spassky, dos teléfonos rojos que activaban el infierno nuclear y... claro, dos concepciones de la justicia social o distributiva: la igualdad de resultados y la igualdad de oportunidades. La primera jugaba en el bando soviético y la segunda en el bando occidental. ¿Por qué? Porque se asumió que la noción marxiana de la justicia social según la cual cada uno ha de aportar al PIB de su país de acuerdo con sus talentos productivos y ha de recibir en función de sus necesidades exigía igualar al final de la carrera, y no tanto cuando estamos en los tacos de salida.

La noción del bando occidental exige algo muy distinto, porque se limita a garantizar que nadie sale cinco metros por delante pero tampoco cinco por detrás del resto de competidores. ¿Por qué? Porque según la teoría económica, igualar resultados genera incentivos perversos en el comportamiento de los agentes. Haciendo balance de la Guerra Fría, la URSS se impuso a EEUU en algunos campeonatos de gimnasia artística, ajedrez y poco más, así que no es de extrañar que la noción de la justicia social que acabó imponiéndose como la más correcta fuera la occidental. O sea, la justicia social como igualdad de oportunidades.

Como ocurre con otros principios morales como la libertad –donde podemos distinguir una vertiente positiva y una negativa– o la justicia –no es lo mismo la justicia correctiva que la distributiva–, decir que uno defiende la igualdad de oportunidades, así sin más, es escasamente informativo, porque existen diversas versiones. En su versión más popular, la igualdad de oportunidades se resume en igualdad en el punto de salida (igualdad *ex ante* o de oportunidades) y *laissez faire* a

partir de ahí (desigualdad *ex post* o de resultados). La visión más popular de la igualdad de oportunidades nos exige que igualemos en la línea de salida de la carrera, de forma que se excluya toda discriminación contraria a la igualdad ante la ley, como las basadas en el sexo o la raza. Habiendo igualado así en la salida, es justo que unos corredores lleguen antes y otros después, porque no todo el mundo tiene las mismas preferencias ni la misma capacidad de trabajo. Que unos corredores lleguen antes que otros es justo, porque las diferencias en la línea de llegada son el reflejo de nuestros gustos o nuestro esfuerzo.

En el plano institucional, la igualdad de oportunidades se hace operativa a través de una división del trabajo entre mercados y Estado, de forma que los primeros se encargan de la producción y el segundo de la distribución. ¿Por qué? Porque salvo que queramos acabar teniendo gimnastas y ajedrecistas buenísimos, pero los supermercados vacíos, no podemos prescindir de las señales que envían los mercados. Una vez los mercados han hecho la tarta lo más grande posible (eficiencia), el Estado se asegura de que los resultados no sean tan desiguales que alguien ni siquiera alcance la meta (igualdad).

Ésta es la noción que encontramos en la idea de crecer primero y distribuir después. Llenemos primero los supermercados y ya veremos luego cuál es el esfuerzo redistributivo que tiene que hacer el Estado. ¿Pero cómo se hace esto? Es decir, ¿cómo garantiza el Estado que todo el mundo pueda hacer tres comidas al día?

El Estado de Bienestar que se construye después de la segunda guerra mundial es una máquina gigante de impuestos y transfe-

rencias. Justificado sobre el principio de que tenemos buenas razones para igualar a los agentes en el punto de salida, el gobierno recauda primero impuestos y después ofrece una serie de servicios y transferencias. Los impuestos a veces obedecen al principio de capacidad económica –y entonces incorporan una lógica redistributiva, como ocurre con el IRPF–, y a veces no –como ocurre con el IVA, que obedece al principio de proporcionalidad y no de progresividad–. Con las transferencias ocurre algo similar: a veces atienden al principio de universalidad –y entonces tienen un impacto fuertemente redistributivo, como ocurre con las rentas mínimas– y otras no –atienden más bien al principio de contribución previa, como ocurre con las pensiones.

El vínculo entre la teoría política del igualitarismo socialdemócrata inspirado en la teoría de la justicia de John Rawls y las políticas del Estado de Bienestar ha sido tan estrecho que hay quien ha llegado a hablar del liberalismo igualitario como “liberalismo de Estado de Bienestar”¹. Sin embargo este vínculo no está hoy tan claro como lo estaba hace, digamos, 20 años. Ya no está tan claro que la implantación del igualitarismo socialdemócrata nos conduzca al Estado de Bienestar que, en lo esencial, concentra su actividad en la corrección *ex post* de los resultados distributivos del mercado. En la siguiente sección discuto por qué “ya no está tan claro” ese vínculo.

Problemas de crecer primero para (re)distribuir después

El principal motivo del debilitamiento del vínculo es el desgaste o los problemas que, desde hace algún tiempo, arrastra la concep-

ción de la justicia social en la que descansa el proyecto socialdemócrata. Repasaré los tres que me parecen más importantes: (1) la idea de crecer primero para distribuir después es una noción de la justicia antipática (con razón) para mucha gente de izquierdas porque estigmatiza a los beneficiarios del *welfare*; (2) es una idea antipática porque admite como justas muchas desigualdades *ex ante* que una persona progresista considera (con razón) injustas; y (3) es una noción problemática porque desde hace algunos años se ha parado.

La versión socialdemócrata de la justicia social es antipática porque estigmatiza a los más vulnerables

Supón, querido lector, que dos meses después de hacer el trabajo de campo, tu jefe de la ONG te despide. Como no llevabas mucho tiempo en la empresa, tu prestación contributiva de desempleo es más bien escasa. Así que poco tiempo después de quedarte sin trabajo, te quedas también sin ninguna fuente de ingresos. ¿Qué hacen los Estados de Bienestar para asegurar que puedas hacer tres comidas al día?

Los Estados de Bienestar han instituido esa solidaridad mediante programas de garantía de ingresos que suelen recibir el nombre de rentas mínimas de inserción. La regulación de estos dispositivos de garantía de ingresos suele contemplar la prestación como un derecho subjetivo siempre que se cumplan una serie de requisitos, típicamente constituir una unidad de convivencia, no disponer de recursos, tener más de veintitantos años y no tener alguna otra prestación². En inglés esta serie de requisitos se conoce como *means-test*, porque el objetivo principal es demostrar que se es suficientemente

pobre como para recibir la ayuda del Estado. Una de las filósofas políticas contemporáneas más interesantes, Elizabeth Anderson, es muy crítica con las rentas mínimas precisamente porque incorporan este test de recursos. La objeción de Anderson es más o menos así³.

Recuerda, lector, que habías perdido el trabajo y la prestación contributiva de paro. Tu única opción es solicitar una renta mínima. Pues bien, casi todos los programas de garantía de ingresos incorporan la idea de que los (potenciales) beneficiarios de una renta mínima han de observar ciertas normas de comportamiento, por lo general vinculadas a la formación y búsqueda de empleo, si quieren recibir la prestación. Esto es tanto como que el gobierno enviara una carta a los potenciales beneficiarios de estos programas aproximadamente en los siguientes términos:

“Queridos ciudadanos discapacitados: vuestros talentos y habilidades productivas son tan enormemente defectuosos que difícilmente vais a obtener nunca una renta en el mercado laboral. Para compensar esos defectos, nosotros, la gente que hemos nacido como Dios manda, no como vosotros, os daremos unos recursos extra de forma que no tengáis que mendigar por las calles.

A los que no sois defectuosos pero sois tontos: es una pena, pero resulta que el resto de ciudadanos no le vemos ninguna utilidad a lo que hacéis, así que estáis fuera del sistema productivo. No tenéis ningún talento que merezca un reconocimiento económico. Así que nosotros, los que sí sabemos

hacer cosas que merecen la pena, os daremos unos recursos extra para que no tengáis que andar mendigando por las calles”.

En efecto, casi todos los programas de garantía de ingresos de casi todos los países de la OCDE asumen que es mejor enseñar a pescar que dar directamente el pescado. Lo digo de otra forma: las rentas mínimas incorporan la asunción de que, moralmente, es preferible salir de la pobreza mediante un dinero ganado “con el sudor de nuestra frente” que a través de una prestación del Estado de Bienestar. Tener un empleo, sea como abogado en Garrigues o repartiendo pizzas en una *scooter*, es bueno para nosotros y por tanto hay que reducir al máximo los periodos en que una persona depende del *welfare*.

El problema de esto es que incorpora un tono moralizante en el discurso que tiene un mal encaje con una teoría política como el igualitarismo socialdemócrata, que ha hecho de la pobreza una de sus preocupaciones centrales. Cobrar una renta mínima significa haber pasado el test de recursos. Que es tanto como levantar la mano delante de toda la comunidad y decir en voz alta “*Sí señores, he fracasado en la vida. Soy pobre y necesito la ayuda del Estado para salir adelante*”. Ésta es la razón por la que la gente suele sentirse estigmatizada cuando recibe una renta mínima. Una teoría política igualitaria ha de expresar igual respeto y preocupación por todos los ciudadanos, en especial por aquellos grupos sociales más desaventajados. Aunque sea un poco largo, merece la pena recordar aquí lo que decía Richard Titmuss acerca de que “una de las razones de carácter histórico para la adopción de este principio [de universalidad] fue

el objetivo de hacer los servicios del bienestar accesibles y disponibles a toda la población de una forma tal que los usuarios no se vieran envueltos en situaciones que lleven aparejada la pérdida de estatus social, dignidad o respeto por uno mismo. No debería existir ninguna sensación de inferioridad, pobreza, vergüenza ni estigma implicada en el empleo de un servicio público; tampoco la sensación de que uno es o se está convirtiendo en una «carga pública»”⁴.

La versión socialdemócrata de la justicia es antipática porque admite muchas desigualdades *ex ante*

Decía antes que el vínculo entre la filosofía del liberalismo rawlsiano y el Estado de Bienestar es tan grande que algunos se han referido a aquél como “liberalismo de Estado de Bienestar”. Sin embargo no faltan razones para recelar de este vínculo. La mayoría de las políticas del Estado de Bienestar se dirigen a corregir la dispersión en las rentas de mercado (o rentas primarias). Tomando como dadas esas desigualdades, los Estados de Bienestar intervienen en el proceso de distribución transformando las rentas primarias en rentas secundarias mediante cuatro instrumentos: (1) impuestos, (2) transferencias en efectivo y en especie, (3) cotizaciones sociales y (4) otras transferencias corrientes. El Estado de Bienestar se ha ceñido a la redistribución fiscal, es decir, a corregir *ex post* las desigualdades a través de los impuestos y las transferencias. ¿Por qué el igualitarismo socialdemócrata se ciñe a esta redistribución *post factum*? Por tres razones, una de las cuales tiene que ver con el desarrollo de la teoría económica y las otras dos con cambios en la teoría política de la socialdemocracia.

La primera razón es que la teoría económica moderna ha establecido que el mercado es una institución que asigna de forma razonablemente eficaz los recursos o, como mínimo, más eficientemente que el planificador central omnisciente. Si queremos que todos tengan un pedazo de tarta más bien generoso, no queda otra que confiar la primera fase de la distribución, la de las rentas primarias, al mercado. Por muy socialdemócrata que uno sea.

Las otras dos razones tienen que ver con la evolución de la agenda socialdemócrata. La primera es que, como ha observado entre otros G. Esping-Andersen, los socialdemócratas han transformado uno de sus principales objetivos, de forma que, si en sus orígenes aspiraban a socializar el capital (los medios de producción, el *stock*), ahora aspiran a socializar las rentas (los flujos)⁵. La otra es que los socialdemócratas han pasado de pelear por unas condiciones de trabajo dignas para todos, a defender el empleo para todos. Si queremos que todos tengan un pedazo de tarta más bien generoso, no queda otra que renunciar a draconianas regulaciones del gobierno que introducen inseguridad jurídica en los mercados de capital y excesivas rigideces en los mercados de trabajo. Por muy socialdemócrata que uno sea.

¿Hay algo de malo en esos tres cambios? Seguramente sí. Centrarse en la corrección *ex post* de los resultados más desiguales del mercado implica limitarse a actuar sobre los efectos de la desigualdad, en lugar de sobre sus causas. De la mano de estos cambios, la socialdemocracia se ha convertido en una teoría política sobre la *distribución*, olvidándose de la *producción*. Si todo lo que hacemos es redistribuir flujos desde quienes

tienen *stock* hacia quienes no lo tienen, entonces estamos renunciando a intervenir sobre las causas que hacen necesaria la intervención correctora *ex post*. Suponiendo incluso que una redistribución fiscal potente pudiera igualar las rentas entre quienes ofertan y quienes demandan capital humano en el mercado de trabajo, esto aún dejaría intactas las jerarquías económicas de nuestras sociedades modernas. Pero es que además eso es mucho suponer, porque existen dos fenómenos económicos que, al aumentar la dispersión en las rentas primarias, están dificultando la tarea posdistributiva de los Estados de bienestar.

El primero es la polarización laboral. Comenzando en la década de 1980, el desarrollo tecnológico y los procesos de automatización están provocando el fenómeno ya bien conocido de la polarización del empleo. Dicho brevemente, la polarización se resume en dos cosas: un declive de las ocupaciones que se sitúan en la parte central de la distribución salarial y un aumento de las ocupaciones en los extremos. Es decir, un aumento de las ocupaciones relacionadas con puestos técnicos, profesionales y de dirección (alta cualificación) y el sector de los servicios (baja cualificación), y una disminución de los trabajos manuales, sean cualificados o no.

El segundo es lo que podríamos llamar "el retorno del capital". Una de las ideas centrales que encontramos en *El Capital en el siglo XXI* de T. Piketty es que, desde comienzos de la década de 1970, no sólo se ha producido un cambio en la distribución de los frutos (crecimiento) que genera el capitalismo, sino que se ha producido un cambio en el propio sistema y estamos volviendo a un capitalismo

de rentistas⁷. Que la fracción de los beneficios que va a parar al extremo superior de la distribución ha aumentado en los últimos 30 o 40 años es un hecho bien documentado. Pero a diferencia de lo que pensábamos hasta ahora, nos dice Piketty, no todo se debe al incremento de la dispersión en las rentas salariales provocado por el cambio tecnológico –no todo es *SBTC models*–, sino que parte de esa creciente concentración se debe a las rentas del capital. Su conclusión es que salvo que se tomen medidas –y Piketty piensa sobre todo en medidas de política tributaria–, veremos un futuro dominado por una clase de rentistas como los que desfilan en las novelas de Balzac o Jane Austen, con un crecimiento anémico y unas desigualdades salarial y patrimonial crecientes. Esto para un socialdemócrata es un problema porque un contexto de bajo crecimiento y alta desigualdad patrimonial es el idóneo para la aparición de lo que podríamos llamar el “Escenario Día de la Marmota”: un escenario en el que lo ocurrido en el pasado –la riqueza acumulada por las generaciones pasadas– tiende a reproducirse una y otra vez en el presente porque el ascensor social se para.

La versión socialdemócrata de la justicia es problemática porque se ha parado

Acabo de decir que el eventual retorno de un capitalismo de rentistas es un problema para un socialdemócrata, porque detiene el ascensor social. Habrá más de un lector que piense que esto, o bien es correr demasiado en el argumento, o bien es una afirmación bastante crítica (o ambas cosas). Me explico.

La igualdad de oportunidades es la concepción más popular de la igualdad. Tan-

to que incluso un líder conservador como Mariano Rajoy declaró no hace mucho que “*uno de los objetivos de cualquier Gobierno es que haya igualdad de oportunidades*”⁸. Ahora bien, ese consenso seguramente es ilusorio, porque existen diversas nociones de la igualdad de oportunidades⁹.

La noción conservadora es una concepción meramente formal que rechaza las discriminaciones basadas en el sexo o la raza, pero permite que nuestras oportunidades se vean injustamente afectadas por factores que no elegimos, como nuestra clase social. La noción socialdemócrata, por el contrario, sí exige para su realización un cierto grado de movilidad social; no basta la mera no-discriminación por motivos de sexo, raza, etc. ¿Pero qué sabemos sobre cómo ha estado funcionando esta noción socialdemócrata de la igualdad en la práctica?

Antes del estallido de la crisis de 2008, la movilidad social en España se caracterizaba por una pauta de flujo constante¹⁰, donde la movilidad social se concentraba en las clases medias¹¹. Para la gente en la tradición weberiana, esto confirma a las clases medias como no-clases sin cierre social y con una fluida entrada y salida de miembros. *So far, so good*. El problema es que, después de 2008, el ascensor social no sólo se ha parado, sino que se ha convertido en un descensor social. En un estudio de 2016, Martínez Celorrio y Marín Saldo encuentran un 40% de descenso social entre los adultos catalanes (entre 25 y 64 años), cuando se incluye el desempleo como categoría de descenso¹². Otro 25% es inmóvil, reproduciendo la posición social de su padre, y el 35% restante ha experimentado ascenso social. A pesar de que, dado su gran volumen absolu-

to, el riesgo de descenso social está bastante extendido entre toda la población, Martínez-Celorio y Marín Saldo destacan que las clases obreras han sido las más castigadas tanto por la devaluación salarial como por el descenso social (un 35% vivió el descenso, un 47% permaneció inmóvil y el 18% restante ascendió). La crisis ha convertido el mítico ascensor social español que conocíamos antes de 2008 en un descensor, sobre todo para las clases obreras. La crisis ha averiado muchas cosas en España. Y parece que la noción socialdemócrata de la igualdad de oportunidades es una de ellas.

El papel de las rentas mínimas en un proyecto socialdemócrata ilusionante

Recuerda, querido lector, que cuando sa- liste a la calle a preguntar a los ciudadanos de Madrid cómo de acuerdo estaban con la afirmación de que todo el mundo debería tener lo suficiente para no pasar hambre, una mayoría muy cualificada de la muestra afirmaba estar muy de acuerdo con la idea. Y ello con independencia de que vivieran en un barrio rico o en uno pobre. Esto último te sorprendió un poco, pero cuando llegaste a casa y le hablaste de estos resultados a tu pareja, aún recuerdas uno de sus comentarios: *"Pues no sé de qué extrañas, Lola, yo creo que hay bastante consenso acerca de que la pobreza, al menos en su versión más dura, es incompatible con la dignidad humana. Pero éste es un argumento humanitario, no igualitario, ojo..."*

En efecto, una posición muy extendida, incluso entre quienes se preocupan por las cuestiones sociales, es la que podríamos llamar *"lo que importa es la pobreza, no*

la desigualdad". De acuerdo con este argumento, la pobreza importa porque tiene verdaderas malas consecuencias. En *Scarcity*, un libro fantástico que explota las sinergias entre la economía y la psicología, Senil Mullainathan (economista) y Eldar Shafir (psicólogo) explican por qué los pobres a menudo toman decisiones que parecen absurdas, cuando no una tomadura de pelo –la famosa pantalla de plasma–, para quienes financian los programas del bienestar con sus impuestos¹³. Un hecho a tener en cuenta en el mundo real, nos dicen Mullainathan y Shafir, es que existe una "psicología distintiva" de la escasez material. La pobreza, la preocupación urgente por el dinero cuando éste nos falta, acorta significativamente el horizonte temporal del cerebro, generando visiones de tipo túnel donde la capacidad de hacer planes más allá del corto plazo queda prácticamente anulada. La dificultad de salir de la pobreza se debe a que ésta genera mecanismos (mentales) que la retroalimentan.

Assumiendo que (1) la pobreza importa porque tiene malas consecuencias y (2) existe un cierto consenso, al menos entre la gente de izquierda, acerca de que deberíamos hacer algo para erradicarla, la socialdemocracia impulsó la implantación de programas tendentes a proveer de un mínimo de subsistencia e inserción social a los ciudadanos en situaciones de exclusión social y económica. En España esta provisión se hace operativa a través de los programas autonómicos de rentas mínimas. ¿Hay algún problema con esta "última red de seguridad" contra la pobreza?

Aunque nosotros como sociedad queramos eliminar la pobreza, el reto es, nos

insisten los economistas, diseñar programas que incrementen los ingresos del grupo social más vulnerable sin mermar sus incentivos para trabajar. Quizá por ello en Europa se observa desde hace algunos años un giro hacia una mayor vinculación de las rentas mínimas al empleo, en una estrategia que algunos han denominado “lo primero es trabajar” (*work first*)¹⁴. Este modelo de *workfare* o inclusión activa se propone como objetivo acabar con la dependencia, de forma que el empleo sustituya cuanto antes al *welfare*. Esto tiene al menos dos problemas.

Primero, asume que todas las personas son empleables. La filosofía del *workfare* incorpora una visión de la pobreza que responsabiliza al individuo tanto de su situación de necesidad como de su reincorporación al mercado laboral. Y, segundo, asume que una vez nos han enseñado a pescar –porque dar la caña es mejor que dar directamente el pescado–, en el estanque siempre habrá peces. Digo que es un problema, ojo, no porque crea que el desarrollo tecnológico va a provocar la práctica desaparición del empleo asalariado, el desmantelamiento del bienestar y varios otros Armageddons. No. Digo que me parece un problema porque lo que sí creo es que la polarización de los mercados laborales –fruto, esto sí, del desarrollo tecnológico fundamentalmente– está alterando la demanda de habilidades laborales, vaciando el centro de la “distribución” –los empleos que requieren unas habilidades medias y pagan un sueldo medio–. ¿Qué hacemos con esta gente a la que el cambio tecnológico le ha pillado con el pie cambiado?

La socialdemocracia en los últimos años ha puesto el énfasis en prestaciones mone-

tarias informadas por el principio del *workfare*. Esto es coherente con su visión de la justicia social como compensar o redistribuir *ex post*, desde quienes tienen hacia quienes no tienen habilidades o talentos que encuentren una demanda en el mercado de trabajo. Pero como ha advertido, entre otros muchos otros, James Heckman, esta asistencia suele ser muy poco eficiente –tiene retornos muy bajos– porque llega demasiado tarde¹⁵. Si queremos recalibrar nuestro *welfare* y hacerlo más eficaz, no deberíamos limitarnos a actuar sobre las consecuencias de la exclusión social y económica, sino que deberíamos hacerlo también sobre sus causas. Dicho de otra forma: deberíamos distribuir *ex ante* (o predistribuir) además de hacerlo *ex post* (o posdistribuir). ¿Pero cómo se hace esto?

Existen dos grandes tipos de recursos susceptibles de predistribución: los recursos internos y los externos. Los recursos internos son nuestros talentos y habilidades. Si queremos evitar que una parte de nuestra población se quede atrás como consecuencia del desarrollo tecnológico, lo que debemos hacer es invertir en educación. Y si además queremos hacerlo de la forma más eficiente posible, cuanto antes, mejor. Limitarnos a una política de rentas mínimas que *compensa* la pérdida de los ingresos provenientes del trabajo es seguramente llegar demasiado tarde, cuando el problema ya no tiene solución y todo lo que podemos hacer es paliar sus consecuencias.

Los recursos externos están compuestos por el conjunto del capital productivo y la riqueza que las instituciones públicas pueden razonablemente distribuir. Como en el caso de los recursos internos, aquí la idea

es también que intervenir para corregir la desigualdad en las rentas secundarias es llegar demasiado tarde, cuando todo lo que podemos hacer es corregir las consecuencias del aumento de la desigualdad generado por factores como el cambio tecnológico, la polarización o “el retorno del capital”. Si queremos actuar sobre la dispersión en las rentas de mercado tenemos dos vías. La primera consiste en introducir regulación en los mercados (sobre todo el laboral) orientada directamente a reducir la desigualdad –salarios mínimo interprofesionales, etcétera–. La otra es alterar la estructura de propiedad del capital productivo, porque si nos limitamos a intervenir *ex post* podemos aspirar, como mucho, a redu-

cir las desigualdades económicas, pero no las desigualdades de poder.

No querría terminar sin una última advertencia. Es posible que en la Utopía Predistributiva no existiera ningún programa de bienestar posdistributivo, porque con una predistribución fuerte no existiría la necesidad de “rescatar” *ex post* a nadie. Pero dado que no vivimos en esa utopía, quienes pensamos que la agenda socialdemócrata no sólo tiene un amplio espacio para acoger políticas que contengan elementos predistributivos, sino que además ganaría mucho atractivo con ellas, haríamos bien en dejar claro que las guarderías deberían complementar a las rentas mínimas de inserción, no sustituirlas.

NOTAS

¹ James Sterba (1988): *How to Make People Just: A practical Reconciliation of Alternative Conceptions of Justice*, Lanham: Rowman & Littlefield.

² La regulación de la renta mínima de inserción del País Vasco, con diferencia el dispositivo de garantía de ingresos más importante de España, puede consultarse aquí (vid. en especial el art. 16): <https://www.euskadi.eus/bopv2/datos/2008/12/0807235a.pdf> (consultado por última vez el 10/10/2017).

³ Elizabeth Anderson (1999): “What’s the Point of Equality”, *Ethics* 109 (2), pp. 287-337.

⁴ Richard Titmuss (2006): “Universalism versus Selection”, en C. Pierson y F.G. Castles (eds.), *The Welfare State*, Cambridge: Cambridge University Press.

⁵ GØsta Esping-Andersen (2009): *The Incomplete Revolution: Adapting Welfare States to Women’s New Roles*, Cambridge: Polity Press.

⁶ Vid. Richard Krouse y Michael McPherson (1988): “Capitalism, «Property-Owning Democracy», and the Welfare State”, en A. Gutman (ed.), *Democracy and the Welfare State*, Princeton: Princeton University Press, pp. 79-106.

⁷ Piketty, Thomas (2014): *El Capital en el siglo veintiuno*, Madrid: Fondo de Cultura Económica.

⁸ La entrevista puede consultarse enlazando desde https://politica.elpais.com/politica/2013/12/08/actualidad/1386520536_280805.html (última visita 10/10/2017).

⁹ A los interesados en esto les recomiendo la excelente entrada de la Stanford Encyclopedia of Philosophy, elaborada por Dick Arneson: <https://plato.stanford.edu/entries/equal-opportunity/#ForEquOpp>

¹⁰ Julio Carabaña (2004): "Educación y movilidad social", en V. Navarro (dir.), *El Estado de bienestar en España*, Madrid: Tecnos, pp. 246-288.

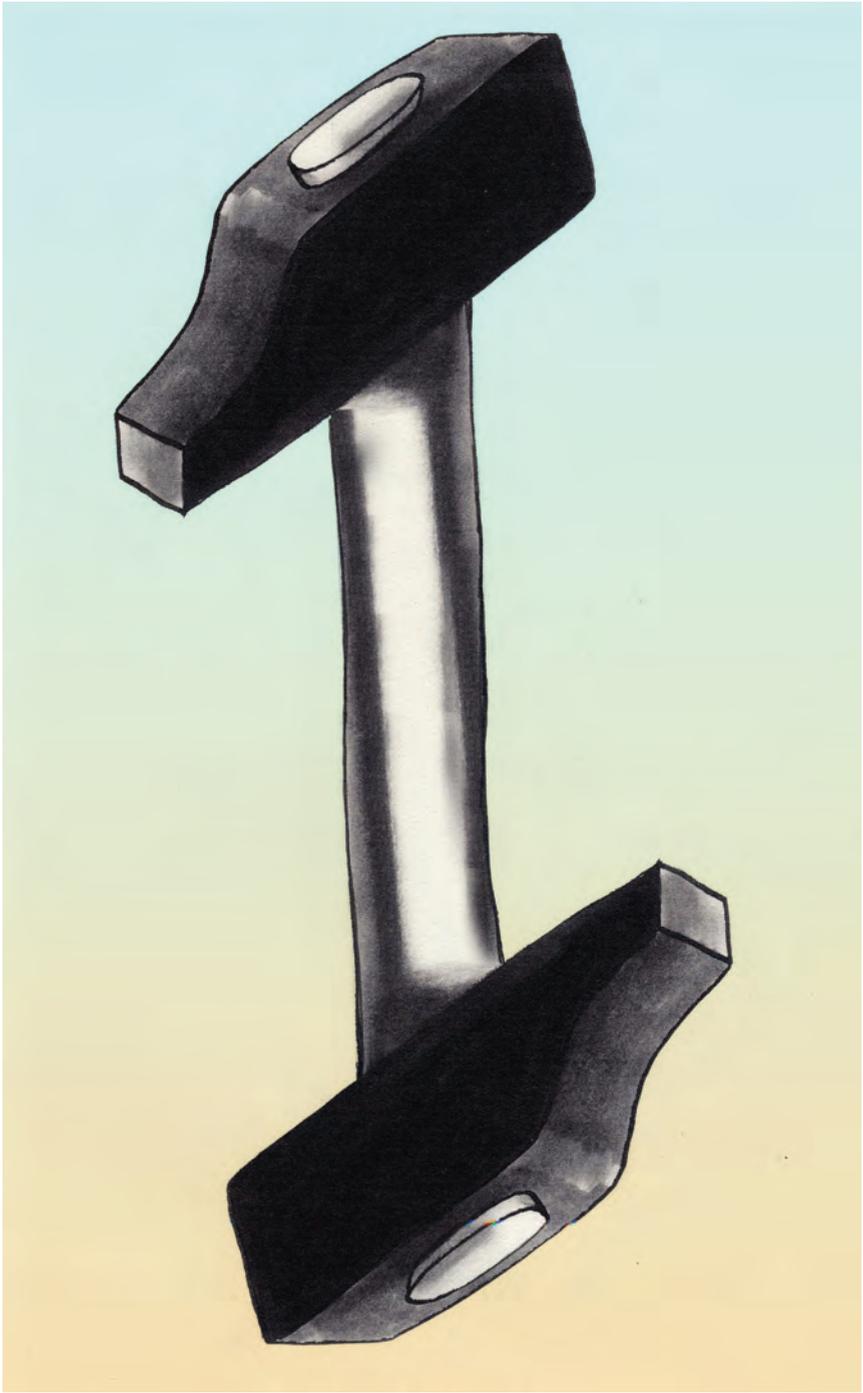
¹¹ Xavier Martínez-Celorio y Antoni Marín Saldo, "Educación y movilidad social en España", en *Informe España 2012*, Madrid: Fundación Encuentro.

¹² Xavier Martínez-Celorio y Antoni Marín Saldo (2016): *Crisis, descens social i xarxes de confiança*, Barcelona: Fundació Bofill.

¹³ Sendhil Mullainathan y Eldar Shafir (2013): *Scarcity: The New Science of Having Less and How It Defines Our Lives*, Nueva York: Times Books, Henry Holt and Company.

¹⁴ Ivar Lødemel y Heather Trickey (2000): "A new contract for social assistance", en I. Lødemel y H. Trickey (eds.), *"An offer you can't refuse": Workfare in international perspective*, Bristol: Polity Press, pp. 1-41.

¹⁵ James J. Heckman (2012): "Promoting Social Mobility", *Boston Review*, disponible en <http://bostonreview.net/forum/promoting-social-mobility-james-heckman> (última consulta 10/10/2017).



EN DEFENSA DEL ESTADO DE BIENESTAR

PATXI LÓPEZ

Hablar de socialdemocracia y Estado de Bienestar suena los últimos años, a veces, como cosa del pasado, como añoranza de una opción perdida. Hablar de ideales políticos, de propuestas que reivindican valores como elementos para fundar la convivencia ciudadana parece un anacronismo. Aparentemente hemos abandonado el debate de las ideas para crear una discusión sobre las cosas. Los números y las estadísticas se han adueñado del debate público. Frente a los datos, las ideas tienen que retirarse, como si fueran buenos deseos infantiles que no pueden modificar la realidad que se impone por sí misma, como las tormentas de verano. La gestión pública parece como el arte de intuir por dónde camina la realidad, para que todo lo demás se adecúe a ello. Como si la realidad tuviera vida propia ajena a la voluntad humana. A la política le quedaría, por tanto, adelantarse a este devenir objetivo de las cosas y hacerlo saber a los ciudadanos para que adopten las medidas para minimizar los daños. Y en este discurso aparece la economía como un enorme argumento que tiene vida por sí mismo y frente al que no podemos más que aceptar su marcha imparable.

La economía ha adoptado el rol que la naturaleza tenía para las sociedades primitivas: algo externo a la voluntad de las personas y que se impone con sus propias leyes. A la gente sólo le queda tratar de adivinar sus movimientos para adaptarse como mejor podían

Yo quiero, en este sentido, reivindicar el triunfo del hombre sobre el estado de naturaleza. La autonomía de las sociedades sobre las leyes físicas. Y quiero reivindicar la economía como una actividad humana, plenamente humana y, por tanto, sujeta a las decisiones colectivas y supeditada a los intereses generales de la sociedad.

Todo lo que hacemos los humanos está sujeto a nuestra voluntad. La economía es algo que hacemos las personas; no es algo que sucede de forma independiente.

Lo que quiero decir es que los que reivindican la total autonomía de la economía lo que realmente han conseguido es usurpar la capacidad de decisión de la sociedad en su conjunto para dejar las decisiones en manos de unos pocos. La economía no tiene voluntad. No adopta decisiones, sino que funciona como la suma de decisiones de personas o de empresas, que viene a ser

lo mismo, que tienen poder sobre elementos fundamentales de la economía. Las manos invisibles de Adam Smith tienen dueños. Dueños que no quieren estar sujetos a las decisiones colectivas de las sociedades democráticas.

Si la esencia de la democracia es decidir de forma colectiva las cuestiones que afectan a nuestra vida, el poner la economía fuera del ámbito de las decisiones políticas está creando un grave quebranto de la democracia misma. Si uno de los elementos que mayor incidencia tiene en la vida social, en nuestra calidad de vida, en nuestras opciones de decidir de forma autónoma nuestra propia vida no está sujeto a la decisión colectiva, hemos hurtado a la democracia una de sus bases más importantes.

El argumento de los hechos es siempre el argumento de los fuertes

Decía Bobbio que profundizar en la democracia quiere decir decidir más gente sobre más temas que nos incumben.

Las democracias occidentales hemos recorrido a lo largo del siglo XIX y el XX un largo camino, sumando personas a las decisiones colectivas; de los propietarios iniciales pasamos a integrar todos los hombres, y muy tardíamente, demasiado tardíamente, hemos integrado a la otra mitad: a las mujeres. Pero aún nos queda esa herida democrática de los ciudadanos demediados, de los ciudadanos que tienen las mismas responsabilidades pero que no tienen aún los mismos derechos: los colectivos de emigrantes que trabajan en nuestras sociedades europeas. Pero sí podemos decir que la historia de las democracias occidentales es un caminar incesante en am-

pliar el número de personas que participan en las decisiones colectivas.

Pero en la otra faceta que plantea Bobbio, es decir, decidir sobre más cosas que nos afectan a todos, estos últimos 30 años han sido de un claro y drástico retroceso. Se nos ha dicho una y otra vez que la economía tiene sus propias leyes y que la política no las puede restringir sin poner en grave riesgo el progreso. Y se nos ha pedido a la gente renunciar al control ciudadano de algo que condiciona de forma sustancial nuestras opciones de vida.

Durante los últimos 30 años, estas tesis han sido difundidas de forma masiva y han logrado ser asumidas por mucha gente como verdades autodemostradas. Se han aplicado políticas desreguladoras que han dejado las manos libres a los poderes económicos. Hemos caído en la tentación de Fausto vendiendo nuestra alma a la economía. Pero es hora ya de hacer balance. Comprobar a qué nos han conducido estos 30 años de alegría neoliberal. Porque la verdad abrumadora es que las sociedades democráticas occidentales estamos peor que hace 30 años. La desigualdad en la distribución de la riqueza está adquiriendo niveles insoportables en amplios colectivos. Paul Krugman considera que EEUU ha vuelto a niveles de desigualdad y concentración de renta similares a la muy injusta década de los años 20. Los datos estadísticos de PIB global no pueden ocultar que el progreso ha sido costado por la marginación y miseria de muchos. Wilkinson y Pickett nos advierten de que *“Los problemas de los países ricos no son la consecuencia de que estas sociedades no sean lo suficientemente ricas, sino que las diferencias materiales entre las personas, dentro de*

cada sociedad, son excesivamente grandes. Lo importante es qué posición ocupamos en relación con los demás, dentro de nuestra propia sociedad”.

Las sociedades actuales son sociedades fragmentadas, con ciudadanos organizados en grupos de intereses y la inmensa mayoría vagando en solitario por la vida. La crisis que estamos sufriendo en la actualidad no es fundamentalmente una crisis económica. Es un fracaso de un modelo social determinado. Es el fracaso de una ideología que ha fraccionado las sociedades modernas, que ha roto la solidaridad ciudadana y ha dejado al individuo aislado. Es el ejemplo claro de que, si dejamos sin control a los poderes económicos, crean desigualdad, división social y terminan poniendo en riesgo todo el sistema. Estos últimos 30 años han sido un incremento constante de desigualdad, han invertido la tendencia de los 40 años anteriores en los que se iba limitando la pobreza, en los que las clases populares estaban accediendo al bienestar común. Se han creado nuevos espacios de marginación y pobreza que, a finales de los 70, nos parecían desterrados para siempre.

Las clases medias que hoy disfrutan de bienestar han decidido, en gran medida, romper con su propio pasado. Han cortado el puente de la movilidad social después de haberla cruzado. Reivindican su ascenso social únicamente a su mérito personal, olvidando que son el producto de la solidaridad del Estado de Bienestar. La situación de las clases medias actuales es el resultado de una larga historia de solidaridad y construcción de estructuras públicas para garantizar la igualdad de oportunidades. Son el resultado de los sistemas de pensiones que han

permitido que los hijos pudieran estudiar en vez de trabajar para mantener a sus padres. Son el resultado de los servicios públicos de enseñanza que han garantizado a todos igualdad de acceso al conocimiento. Son el resultado de los sistemas de salud universales que han proporcionado seguridad ante la vida permitiendo poder invertir recursos en el propio proyecto de vida. Las clases medias actuales son la demostración más contundente del triunfo del Estado de Bienestar. Pero el Estado de Bienestar no surgió sólo por generación espontánea; fue el resultado de decisiones colectivas. Fueron acuerdos políticos generalizados que optaron por definir un modelo social de progreso compartido. El Estado de Bienestar es un modelo social que pone al servicio de la gente los recursos públicos y la economía. Y pide a cambio a todos colaboración y esfuerzo.

Y debiera darnos vergüenza tener que recordar que el Estado de Bienestar con sus servicios públicos e igualdad de oportunidades no generó pobreza, como algunos nos quieren hacer creer en la actualidad, ocultando el pasado. Ha sido el sistema que mayor nivel de progreso y para más gente ha proporcionado en toda la historia conocida. Esa es la verdad: no hay época histórica en la que mayor número de pobres han dejado de serlo. No hay época histórica en la que las personas han tenido mayor igualdad de oportunidades. Pero en algún momento de los ochenta hemos permitido dinamitarlo corriendo detrás de un sueño para ricos. Rorty nos dice que *“Es como, si en algún momento alrededor de 1980, la gente de los hijos que se abrió pasado a lo largo de la gran depresión hasta llegar a los barrios residenciales, hubieran decido demoler ese puente después*

de haberla cruzado. Decidieron que aunque la movilidad social había sido apropiada para la generación de sus padres, ya no se consentiría a próxima generación". La esperanza en mejorar en el futuro se ha quebrado: somos la primera generación que cree que nuestros hijos vivirán peor que nosotros. Tenemos amplios colectivos de jóvenes que creen que su futuro ha sido arrebatado por la generación de sus padres y que no tiene ninguna opción en el progreso.

¿Qué nos ha pasado estos años? Fausto al darse cuenta de su error no pudo recuperar su alma, pero nosotros sí podemos. Yo planteo reivindicar la capacidad de la ciudadanía para decidir su propio futuro colectivo. Las realidades sociales no son hechos materiales como los montes, son el resultado de decisiones políticas. La realidad social actual se puede y se debe cambiar y los socialdemócratas no renunciamos a ello. Por eso planteo la necesidad de que la ciudadanía coja con sus manos la decisión de construir su propio destino. Estoy planteando más democracia. Estoy planteando una democracia de la gente frente la gestión pública de las cosas. Los acuerdos públicos no deciden cosas; deciden vidas de los ciudadanos. Queremos decidir cómo queremos ser y no resignarnos a gestionar lo que, fuerzas ajenas a la voluntad ciudadana, nos dejan ser. La política es el ámbito privilegiado donde la ciudadanía puede recuperar el control de las fuerzas económicas que están actuando al margen de todo control. La política es el lugar donde podemos plantear que la economía debe ser una actividad para generar riqueza colectiva. Me parece que es hora de renovar el gran pacto ciudadano entre personas, instituciones y agentes económicos

con objetivos colectivos claros. Nos hacen falta instituciones democráticas y sociedades unidas y fuertes. Como dice Zygmunt Bauman el Estado de Bienestar es la última encarnación de la idea de comunidad. Después de los desastres causados por los nacionalismos que definieron la pertenencia por elementos identitarios, el Estado de Bienestar ha sabido crear una sociedad en la que las personas se sentían miembros de la misma aventura. Pertenecientes a un "Nosotros" solidario que creaba progreso y aportaba confianza en el futuro. Hoy, en la medida en que estamos desmontando el Estado de Bienestar, los servicios públicos y la garantía de la igualdad de oportunidad dejan de ser una responsabilidad colectiva, nos encontramos con personas que se convierten en individuos aislados; ya no tienen razones para sentirse solidarios entre sí. No hay tareas colectivas que unan los esfuerzos de todos. Es hora de impulsar los valores sociales del esfuerzo compartido, la solidaridad interna y la confianza en el futuro.

¿Alguien cree que los millones de obreros y empleados que en los años 50 y 60 levantaron Europa estaban preocupados y ocupados en cómo defraudar los servicios públicos o en cómo hacer fraude en sus empresas? No. Han sido los años en los que más personas han aceptado el esfuerzo como un valor positivo. Han sido los años donde más se ha valorado el esfuerzo personal bien hecho. Nunca las clases humildes han estado tan orgullosas de su trabajo. El neoliberalismo sólo nos ha traído la ostentación obscena de la riqueza lograda sin esfuerzo. Nos dicen que es la hora de la responsabilidad individual. Que el Estado no tiene que resolver nuestros problemas. Esta afirmación bien sonante

parte de una ficción social. Tendría sentido si todas las personas nos encontráramos al inicio de nuestra vida en igualdad de oportunidades. Si todos iniciáramos la carrera de la vida desde el mismo punto de partida. Al individuo que está sujeto a la tiranía de la necesidad, que no tiene margen para competir en igualdad con otro, no podemos pedirle la misma responsabilidad, pero sí podemos pedirle el mismo esfuerzo. Sólo una sociedad solidaria y unas instituciones públicas pueden garantizar, a todos, la posibilidad de progresar. Pero es un pacto de corresponsabilidad en dos direcciones: de todos con todos. Lo que debe definir las relaciones sociales no es tanto la responsabilidad individual como la corresponsabilidad de todos. Una sociedad solidaria no es una sociedad de vagos, se basa en la ética del esfuerzo personal pero la responsabilidad es compartida. El dejar exclusivamente en manos de la responsabilidad individual las posibilidades de cada uno es iniciar una cacería inmoral en la que sólo los más fuertes y crueles se quedan con la pieza. Si quitamos el Estado, si renunciamos a los servicios públicos, no surge, como nuevo amanecer, una sociedad vigorosa: quedan a un lado, en la penumbra que no queremos ver, los ciudadanos abandonados a su suerte que no consiguen salir de pobreza, y, en el centro, una contienda sin normas de todos contra todos. Pero, además, desde el fondo, surge un nuevo Estado provisto, esta vez, de policías, de jueces y de videocámaras para poner control en el desconcierto. Resumiendo lo que he dicho, planteo que los europeos debiéramos iniciar una regeneración de las democracias y de la política. Recuperar al ámbito del debate público todas las cosas que nos incumben.

Tener el valor de definir qué sociedad queremos para nosotros y nuestros hijos y adoptar las decisiones para lograrlo.

Los socialdemócratas debemos perder los complejos acumulados. Debemos entender la gestión pública como el espacio para la reforma y el cambio social. Debemos abandonar la resignación de gestionar la *res pública* sólo como el medio de minimizar los daños.

Sabemos que el neoliberalismo ha fracasado. Sabemos que una sociedad dividida no puede ser solidaria. Sabemos que si no logramos definir tareas colectivas no es posible que los ciudadanos se sumen a la solidaridad común. Sabemos también que ya no estamos en los cincuenta ni en los sesenta. Que tenemos nuevos y diferentes problemas: la demografía, el impacto de la globalidad. Pero sabemos, sobre todo, que la sostenibilidad del Estado de Bienestar no es sólo, ni sustancialmente, cuestión de números: es cuestión de decisión colectiva. Si decidimos que queremos, podemos mantenerlo. Deberemos hacer las reformas necesarias, algunas dolorosas, pero sabremos para qué hacemos los esfuerzos. La decisión no es si hay dinero o no. La cuestión no es si queremos desmontar el Estado de Bienestar o no. La decisión que debemos adoptar es si queremos una sociedad en la que las personas puedan tener igual dignidad. Si queremos vivir en una sociedad donde el mero hecho de nacer en una determinada familia suponga una condena perpetua a la pobreza o no. Y sí, para eso hace falta trabajar. Y trabajar mucho. Y sí, para eso queremos ciudadanos laboriosos capaces de hacer esfuerzos hoy para garantizar progreso mañana. Y sí, tenemos que depurar los servicios públicos de las per-

versiones que han ido acumulando. Tenemos que hacerlas más eficientes. Tenemos que lograr recuperar la confianza ciudadana en la administración pública. La ciudadanía debe poder ser controlador y ser juez de su buen funcionamiento. Debemos abrir las ventanas de la administración, para que no se puedan enquistar privilegios bajo el lenguaje de la burocracia. La administración pública debe ser la mano que distribuye la solidaridad común y debe hacer de forma transparente y equitativa. Sí. Todo eso lo tenemos que hacer para que el Estado de Bienestar sea sostenible. Los socialdemócratas no queremos ser los que reparten la pobreza, queremos progresar, pero queremos progresar juntos. Queremos libertad pero queremos libertad para todos. Queremos oportunidades de futuro, pero queremos igualdad de oportunidades para todos.

La quiebra del futuro

*Y dime Zabalita,
¿Cuándo se jodió el Perú?*

Hoy, un enorme malestar ciudadano habita en las sociedades europeas, especialmente en el sur. Un malestar profundo que denuncia a las instituciones políticas su incumplimiento de la promesa de un futuro mejor. El malestar que está provocando un incremento peligro de populismos de diferente signo acusa al Estado democrático de no ofrecer ningún futuro a sus vidas. Frente a esta acusación hay dos respuestas, una desde la posición neoliberal: *“Esto nos pasa porque los socialistas y su Estado de Bienestar os han hecho como niños irresponsables. Nos pasa porque los socialistas han amordazado la libertad económica y del*

mercado creando pobreza para todos. Con nosotros vamos a recuperar la libertad del mercado, vamos a romper las mordazas del mercado laboral. Vamos a dejar libre a la economía para que crezca con sus propias leyes. Y a vosotros os decimos que ya sois mayorcitos, que cada uno se tiene que hacer responsable de su propia vida, que hay que esforzarse por luchar por propio futuro. Nadie os lo va a impedir. Vosotros vais a decidir vuestra vida. El Estado de Bienestar sólo roba el esfuerzo de los más laboriosos y usurpa el beneficio de los que han hecho mayor esfuerzo que otros y esto impide que la economía crezca.”

Desde algunos sectores de la socialdemocracia la respuesta es vergonzante; *“Nos habría gustado cumplir la promesa, pero no hemos podido. Hay fuerzas que no controlamos. Es que la economía. Es que la economía...”*. Otros van aún más lejos y proponen que para evitar la frustración social debemos limitar las promesas desde la política. Que hay que educar en el realismo a la ciudadanía y sólo prometer aquello que podemos cumplir. Yo no comparto ninguna de las dos respuestas. Tenemos que analizar cómo hemos llegado a esto. Cómo hemos llegado a la quiebra de la legitimidad y a la quiebra material del Estado de Bienestar. Los socialistas, en general, ponemos mucho énfasis en que el único responsable del malestar es el recorte drástico de los servicios públicos por la derecha neoliberal. Y es verdad, el recorte de servicios públicos es el último acto de una obra que han ido poniendo en escena durante muchos años, pero no es la causa. La destrucción del Estado de Bienestar comenzó mucho antes, comenzó en los primeros ochenta. Cuando un idiota puso en

una pizarra la frase *“Es la economía, estúpido”* comenzamos a cruzar la frontera. Los socialistas tendemos a identificar el Estado de Bienestar con los servicios públicos, y en general, la gente piensa lo mismo. Si preguntamos a alguien ¿Para usted qué es el Estado de Bienestar? Seguramente nos responderá; *“El Estado de Bienestar son la educación pública, la sanidad, las pensiones el subsidio de desempleo”*. Y, sin embargo, lo sustancial del Estado de Bienestar es el pacto ciudadano con el Capital. El Estado de Bienestar surge desde el terror que se generó con la gran depresión americana, la revolución rusa y las fascismo y nazismo europeos que provocaron dos guerras mundiales. Las crisis brutales del capitalismo y la ferocidad de las revueltas obreras obligaron a repensar el modelo social y el económico. Y surge el pacto entre la ciudadanía y el capital sobre los siguientes ejes:

- a. El reconocimiento de la propiedad privada y el libre mercado.
- b. La fiscalidad progresiva.
- c. El reconocimiento de la negociación colectiva.
- d. La puesta en marcha de servicios públicos de educación, salud y pensiones.

Se reconoce la propiedad privada pero se le ponen límites. Se reconoce el libre mercado pero se le regula y, además, el Estado se reserva la participación en la economía por interés general. Dicho de forma sencilla; los que más ganan tienen que entregar parte de su beneficio al Estado para que sea distribuido entre los que menos tienen. Esos son los impuestos progresivos. Y de este trato surgen los servicios públicos. El derecho de

negociación colectiva logró que los salarios fueran decentes y el Estado tenía iniciativa económica. Con estas premisas surgió un Estado con capacidad para tomar decisiones estratégicas de cada país y con iniciativa para participar de forma activa en la economía. Los *“Treinta Gloriosos”* fueron años de una fiscalidad realmente progresiva. Hoy suena a escarnio, cuando oímos hablar a los neoliberales de impuestos expropiatorios cuando se plantea subir más del 50% el tipo marginal más alto. La media de esos años estaba por encima del 70%. Si planteamos el beneficio como el producto colectivo del esfuerzo del capital, de los trabajadores y directivos, la primera cuestión, antes incluso de hablar de impuestos es cómo se reparte el beneficio. Porque la fundamental distribución se hace a través de los salarios y el beneficio del capital. Pero todo esto se vino abajo hace ya tiempo

La batalla en la opinión pública

“El enemigo de la verdad, no es la mentira, son las creencias; con las mentiras se puede razonar, pero las creencias no aceptan ningún razonamiento.”

Esa generación que había dinamitado los puentes por los que habían accedido al Bienestar, junto con los ricos de siempre, se juntaron en batallones neoliberales y rompieron el pacto social del Estado de Bienestar. Y rompieron el pacto social, no atacando directamente al sistema, sino planteando una batalla en la opinión pública. Tenían que inculcar ideas, aparentemente simples muy auto-explicativas para luego proceder en serio su labor de derrumbe del sistema del Estado de Bienestar.

Falacia 1: "Es la economía, estúpido".

Y muchos desde la izquierda lo creyeron. Esa frase es una catástrofe para nosotros, no sólo por lo que dice sino por quién lo dice. Los neoliberales lograron su gran victoria cuando personas de la izquierda asumieron sus principios. Esa frase maldita es el resumen perfecto del credo neoliberal: la política es una cosa y la economía es otra cosa que va por su cuenta. El gran error es haber aceptado que la economía marchara sin control de la política, porque todo debate sobre la economía queda fuera del control ciudadano. Es la historia del lobo que se viste con piel de cordero. Es la historia de cómo la ideología se disfraza de falsos argumentos, para evadir el debate público. Pero no nos podemos engañar por más tiempo. Los argumentos económicos son en realidad argumentos de una ideología. Lo que proclama una y otra vez la derecha no es economía, no. Es ideología. Contra toda evidencia, contra toda realidad, en Europa la derecha sigue aplicando medidas que nos llevan a la ruina y a la recesión, porque lo que plantean no son medidas económicas, son artículos de fe. Sacar a la economía fuera de política es arrancar de las manos de la ciudadanía las decisiones de su propio futuro. Es hora de cambiar, de llamar a cada cosa por su nombre; es hora de decir que la economía nos pertenece, porque decide nuestro futuro, condiciona las vidas de todos. La economía nos pertenece igual que nos pertenece la libertad, igual que nos pertenecen las instituciones que gestionan la convivencia de todos. Es hora de llamar de nuevo a la política para que ocupe su lugar en el escenario, es hora de llamar también a la ciudadanía para hacer una nueva con-

cordia con la política. Para creer de nuevo en la democracia. Hace doscientos años una frase simple hizo caer gobiernos, puso en marcha revoluciones, fue por todo el mundo levantando uno a uno a todas las personas, para decirle: te rompemos las cadenas que te unen a la servidumbre, anulamos la sumisión a otras personas, te hacemos ciudadano. Hace doscientos años un puñado de personas se atrevió a decir "Todos nacemos iguales" y cambió el mundo. No pensaron en la economía, no pensaron qué dirían los mercados. Se juntaron y dijeron "todos nacemos iguales", hicieron una afirmación moral, sobre sí mismos y los demás. Proclamaron un principio ético sobre el que construir la sociedad. Porque la esencia de la política son los valores que definen la convivencia. Y la izquierda se ha olvidado demasiadas veces de esta verdad. Lo que hizo juntar a un puñado de personas en Filadelfia, lo que les dio el valor necesario a los miembros de la Asamblea Nacional, que aprobaron la noche del 4 de agosto de 1789 los Derechos Humanos, lo que impulsó el año 1931 a los progresistas españoles a aprobar por primera vez el voto universal para todos, incluyendo a las mujeres en la categoría de los ciudadanos, fue la defensa de valores, incluso en contra de todo cálculo material. Y yo quiero reivindicar la ética y los valores morales como las guías de la política progresista. Porque la igualdad es un principio moral, pero es también un sueño, una guía permanente de la política progresista. Alguno podrá decir que la igualdad es un sueño. De acuerdo, pero ha sido el sueño que más ha hecho cambiar el mundo. Ha sido el sueño que más voluntades ha sabido unir. Ha sido el sueño que más fuerza ha dado

a los humildes. Y la igualdad sigue siendo el sueño que nunca vamos a abandonar los progresistas.

Falacia 2: "Cada persona es dueño y responsable de su vida, no puede estar siempre pendiente de que el Estado le resuelva sus problemas".

"El Estado de Bienestar ha hecho de los ciudadanos unos niños irresponsables. Unos seres que renunciar a construir su vida, a luchar por su futuro y están permanentemente pidiendo soluciones al Gobierno. Han olvidado la iniciativa, el esfuerzo personal, que es lo único que produce progreso y riqueza". Se olvidan de un pequeño detalle, eso podría ser verdad si al nacer todas las personas estuvieran en las mismas condiciones. Si todos tuvieran las mismas oportunidades y la única diferencia fuera el mayor o menor esfuerzo de cada uno. Coger al hijo de Trump y a otro hijo de un obrero en paro y decirles que se busquen la vida, que su futuro sólo depende de su esfuerzo personal, es un dislate. Si yo tuviera el control de todos los elementos que condicionan mi vida podría ser verdad. Pero yo no he escogido en qué familia nacer, que es el primer gran condicionante de las personas. Los millones de trabajadores que han sido despedidos durante la crisis no tienen ningún control sobre las empresas. No tienen ninguna responsabilidad por quedarse sin trabajo. El esfuerzo es un valor especialmente practicado por las familias humildes, bastante más que por los ricos, por cierto. Los hijos de los pobres saben desde niños que no compiten en igualdad de oportunidades, que tienen que hacer un mayor esfuerzo que sus compañeros de buena familia para

lograr los mismos objetivos vitales. Decir que el futuro de cada uno sólo depende del esfuerzo personal, es dar carta blanca a los ricos y a sus hijos y condenar a la eterna pobreza a los que no han tenido la fortuna de nacer en una cuna con dinero.

Falacia 3: "El Estado es un parásito. El dinero está mejor en nuestros bolsillos".

"El Estado son un montón de burócratas que juegan con el dinero de la gente. Son personas que no producen nada, que se apropian del esfuerzo de la gente que trabaja, seguro que usted conoce a funcionarios que cobran por no hacer nada. El Estado es una máquina de gastar dinero para nada. Es hora de poner fin al "Gran Gobierno". Queremos un gobierno pequeño, que no nos quite nuestro dinero y nos deje disfrutar del beneficio de nuestro trabajo. Cada ciudadano sabe mucho mejor que el Estado cómo gastar su dinero".

Son los argumentos de los ricos a los que no les hace falta el Estado. Cuando dicen que nuestro dinero está mejor en nuestros bolsillos, se olvidan de que mucha gente no tiene nada en sus bolsillos para gastar. Son los bolsillos llenos los que se niegan a ser solidarios. Los neoliberales identifican el Estado con un parásito derrochador que vive a cuenta de los demás. Nosotros vamos a decir que la función del Estado no es gastar sino repartir. Vamos a pensar que el Estado es un administrador colectivo que cobra más a los que más tienen y luego reparte entre todos. Coge una parte para servicios generales, como policía, ejército justicia, etc. Otra parte lo dedica a invertir para asegurar progreso futuro, hace ca-

rrerteras, puertos, centros de investigación etc. Y otra parte la distribuye para lograr que todos sin distinción tengan las mismas oportunidades ante la vida. Pongamos un ejemplo; una familia humilde con tres hijos en el que sólo trabaja una persona con un sueldo de 20.000 euros al año. En España se gasta una media aproximada de 2.500 euros por persona al año en educación pública y sanidad. Esa familia está recibiendo servicios públicos por un valor de 12.500 euros, sólo en estos dos servicios. Si esta familia se quedara con el dinero en su bolsillo por mucha imaginación que pusiera en el gasto, no podría pagar la educación de sus hijos, no podría pagar hospitales privados para su familia, no podría contratar planes de pensiones. El dinero de los ricos es el que está bien en los bolsillos de sus dueños, lo que hace el Estado de Bienestar es sacar un poco de esos bolsillos llenos y repartirlos en los bolsillos vacíos.

Falacia 4: "El Estado no crea empleo, son los empresarios lo que lo crean".

Rajoy dijo con arrogancia *"Si me preguntan cuántos puestos de trabajo voy a crear desde el gobierno, mi respuesta es ninguno. Las empresas son las que los crean"*.

Es una gran mentira. Para que un empresario contrate un trabajador, antes se han tenido que hacer muchísimas cosas. Y no las ha hecho él, las ha hecho el Estado. Si es un ingeniero lo que pretende contratar, el Estado ha invertido en esa persona, al menos 23 años de educación con un coste superior a 200.000 euros. Pero sólo es una parte. El Estado garantiza la seguridad jurídica para las normas que regulan

el mercado hagan posible el funcionamiento de la economía. Ha invertido mucho en infraestructuras. Pero además definiendo que el Estado sea emprendedor, que tenga iniciativa económica. Iniciativas que algunas tienen carácter general como los centros de investigación y el impulso de la innovación en las empresas, en las que la Administración debe colaborar. Pero, además, debe adoptar decisiones estratégicas para impulsar nuevos nichos de mercado, en los que a corto plazo ninguna empresa va a invertir. O ayudar a nuevos proyectos emprendedores con aportación de capital riesgo, y, además, poner los mecanismos para aportar capital, desde instituciones públicas, para que las empresas puedan invertir y modernizarse. Al final resulta que el Estado ha tenido mucho más que ver con la contratación de ese ingeniero que el empresario mismo: el empresario firma un contrato que cierra un largo trabajo colectivo, en el que al final participa el empresario.

¿Cómo hemos llegado a esto?

Nosotros, parafraseando a Zabalita en sus conversaciones en la catedral debiéramos responder: *"El Estado de Bienestar se jodió cuando comenzamos a creer todas estas afirmaciones falsas. Cuando los aceptamos como verdades reveladas"*. Perdimos la defensa del Estado de Bienestar en la batalla de la opinión pública que nos fueron ganando los neoliberales. Y comenzaron primero a desmontar la fiscalidad progresiva. Se redujeron de forma sustancial los impuestos a los tramos altos y a las rentas de capital. Se aumentaron de forma progresiva e imparable, aún no ha terminado esa tendencia, los impuestos indirectos que gravan

casi exclusivamente las rentas de trabajo. Y su último y demoledor ataque ha sido destrozar la regulación del mercado laboral. El resultado han sido los sueldos de miseria, la precariedad y la explotación laboral. Es lo que ha creado este enorme malestar ciudadano. A toda una generación de jóvenes que se han visto sin ningún futuro, lo que ha destrozado su proyecto vital ha sido el derrumbamiento del mercado laboral, no los recortes de los servicios públicos. La primera y más importante distribución social se hace a través de salarios. Lo que pone en marcha la escalera de la movilidad social es la posibilidad de progresar en el mundo laboral. La quiebra del Estado de Bienestar en su núcleo duro, (el pacto ciudadano con el capital con un mercado laboral regulado) se produce antes que los recortes de los servicios públicos. Es algo que en la izquierda no debiéramos olvidar; la redistribución a través de servicios públicos y pensiones no puede suplir la quiebra de la distribución primaria a través de salarios. Pero es que además, con la reducción de ingresos, por la caída de salarios y el gran endeudamiento causado por la crisis, nos ha dejado un Estado en los huesos, sin recursos suficientes para hacer frente la redistribución, sumando un déficit a otro.

¿Qué podemos hacer?

Estamos en una situación en la que parece no haber salida. Yo creo que sí la hay. Creo que podemos avanzar si retomamos los valores "duros" del pacto del Estado de Bienestar y los adecuamos al siglo XXI. Creo que, de forma resumida, son los siguientes:

- a. Recuperar el poder de la política sobre la economía, especialmente sobre el capital financiero y el especulador.
- b. Forzar un nuevo pacto ciudadano con el capital, recuperando la negociación colectiva
- c. Poner el capital a trabajar, haciendo que la especulación no sea rentable
- d. Poner en marcha un Estado emprendedor que tenga iniciativa económica y modernice el país poniendo en marcha nuevas ideas.
- e. Invertir en futuro con un gran esfuerzo nacional en apoyo de la investigación y la innovación.

Es verdad que hoy, muchas de estas iniciativas no las podemos hacer solos, que el ámbito de los Estados no es suficiente. Que se tiene que plantear al menos, a nivel europeo. Pero eso no es razón para no intentarlo.

Extracto del libro *La izquierda necesaria*

OESTE MENDEBALDEA



Weg

IZQUIERDAS VASCAS. REPASO ACELERADO A UNA DILATADA TRAYECTORIA

ANTONIO RIVERA

Si planteáramos como pasatiempo un acertijo acerca de cuál es el personaje que en la trayectoria de las izquierdas vascas del último siglo y medio más importancia ha tenido y más influjo ha establecido sobre su conjunto, quizás se podría concluir que ese es Indalecio Prieto. Empezar una pequeña historia sobre el discurrir de esa cultura política en nuestro país con un nombre propio, seguro que es simplificar mucho, pero es también una manera de ordenar el relato y el conocimiento. Podríamos empezar diciendo que las grandes sensibilidades que hoy apreciamos en esas izquierdas vascas tienen todas sus propias historias, que en todos los casos remiten a figuras más o menos reconocibles. Así, si Prieto representa perfectamente una izquierda constructiva y moderada, la que llamamos socialdemócrata, su otrora competidor Perezagua lo sería de la izquierda comunista, quizás el doctor Isaac Puente nos sirviera para identificar a la libertaria y no se me ocurre ningún nombre propio mejor para presidir la tradición republicana, también en algunos casos de izquierdas, que el del empresario Horacio Echevarrieta. Por su parte, Elías Gallastegui, en su compleja personalidad y transcurrir, podría ser

la enseña de un pensamiento avanzado, a veces izquierdista, gobernado por una mirada sobre todo nacionalista vasca; eso que hace medio siglo se especializó al nacer la llamada izquierda *abertzale*.

Vemos, pues, dos detalles en el arranque. El primero, que no hablamos, no es posible, de una izquierda, sino de las izquierdas; diríamos lo mismo si estuviéramos haciéndolo de las derechas. Y el segundo, que situamos lejos, en el primer tercio del siglo XX, a esos personajes singulares que vienen a representar esa pluralidad de pareceres.

Gentes de ideas avanzadas

He estado dudando acerca de la oportunidad de acudir a una única narración cronológica (diacrónica), más clásica, o a otra que historizara la trayectoria de cada corriente o subfamilia. He optado por la primera, aunque los problemas empiezan pronto, con el principio. ¿Cuándo empezamos a hablar de izquierdas en el lugar? Quizás con la Ilustración misma, en tanto que las derechas arrancaron cuando debieron enfrentarse a ésta y modular sus respuestas para una competición de ideas que les resultaba casi por completo inédita. Sé

que es mucho remontarse, pero fueron caballeros como el alavés Valentín de Foronda o señoras como la marquesa de Montehermoso, y sus réplicas en los otros territorios, los que abrieron un camino que en los años de confrontación con los primeros carlistas siguieron Miguel Antonio Zumalacárregui (el hermano de Tomás), Joaquín M^e Ferrer, Manuel Aróstegui, el general Álava, Manuel Ezequiel Echevarría, el sacerdote Pedro Tercero, Juan Antonio Yandiola, Martín de los Heros, Pedro Lemonauria o Ascensio Ignacio Altuna. Algunos llegaron a ser importantes y ocuparon ministerios y otras dignidades, otros sólo fueron progresistas en una etapa de su vida. En todo caso, a buena parte de ellos les caracterizó su apego por la nueva realidad constitucional y su afán por nivelar el conjunto del país, aunque los más perennes alcanzaron el ecuador fuerista del XIX y se hicieron furibundos partidarios de las viejas excepciones y ventajas.

De ese tenor y en los sucesivos decenios de la centuria fueron otros tantos como ellos; no muchos, porque la mayoría del país y de sus grandes personajes se caracterizaron hasta bien tarde por su profundo reaccionarismo (o, como mucho, por ser acomodaticios moderados, de los que aquí se denominaron fueristas o, con bastante generosidad, liberales fueristas). Pero los hubo relativamente avanzados y bien partidarios del progreso, sólo fuera por la ventajosa comparativa que resultaba de acercarlos a los muchos tradicionalistas: el riojano alavés Saturnino Olózaga, el alcalde vitoriano Luis de Ajuria... En el ecuador del XIX la unanimidad fuerista barió por completo el pensamiento igualador y progresista. En su casi totalidad se refugiaron en la masonería o en pequeños grupos

más o menos intelectuales. Cuando llegó la "revolución" de 1868, ya identificados como republicanos, alcanzaron alguna relevancia en las capitales, a pesar de estar rodeados por un mar de tradicionalismo. Era el grupito vitoriano del que hablaba Pérez Galdós en el episodio nacional "España sin rey" (Pedro Martínez de la Hidalga y los jóvenes Ricardo Becerro de Bengoa, los diversos Herrán, los Arrese y otros posteriores como Apraiz), el núcleo federalista que animaban algunos como Cosme Echevarrieta, Bernabé Larrinaga o Manuel Echevarría Torre en Bilbao (luego Pascual Leguina), o los republicanos guipuzcoanos de Tolosa, Irún y Eibar (Justo M^e Zavala, Blas Irazusta, Felipe Iriategui, Manuel Ezcurdia, Vicente Aguirre, Celestino Echevarría, Inocencio Ortiz de Zarate y José Cruz Echeverría) que firmaron el 23 de junio de 1869, junto con los otros vascos, un pacto federal de claro aroma pimargaliano. A éstos del "pacto de Eibar" hay que sumar los donostiarras José Brunet, Bernardino Tejedor, Manuel Matheu, José M^e Aristizábal, Antonio Arruti, León Guerdain, Manuel Zubillaga y Agustín Múgica, entre otros.

En su mayoría, estos republicanos eran buenos burgueses, partidarios del liberalismo a todos los efectos (también del económico), pero implicados tanto en una concepción política avanzada para el país –identificada en la referencia a una República de densa carga semántica– como en una mirada social que no abandonara al numeroso elemento popular y pronto proletario al ostracismo de la subordinación y la miseria tan propias del capitalismo industrialista que pronto se establecería en algunas comarcas vascas. El republicanismo, a pesar de estar refugiado en algunas pocas capitales y loca-

lidades urbanas, tuvo una gran importancia política, electoral y, consiguientemente, institucional. Fue la primera fuerza durante años en los ayuntamientos capitalinos –alrededor de una cuarta parte de los concejales vascos fueron de esa obediencia entre 1891 y 1922–, y si no logró hacerse con algunas alcaldías fue porque éstas las nombraba el gobierno de turno, al margen de las mayorías. Del mismo modo, tampoco consiguió superar fácilmente las trabas que ponía el régimen de la Restauración para conseguir actas electorales para el Congreso de los Diputados, pero la elección continuada de elementos como Becerro de Bengoa u Horacio Echevarrieta son buena muestra de su fortaleza (o adaptabilidad, también) en distritos como Vitoria o Bilbao. Por lo demás, el republicanismo fue también en el País Vasco un movimiento heterogéneo. Siempre estuvo dividido en facciones locales y sus múltiples expresiones, más que responder a definiciones políticas expresas, tenían que ver con la obediencia a sus muchos líderes y a las evoluciones de estos (Pi y Margall, Salmerón, Zorrilla; luego Lerroux y otros). Además, presentaba una doble cara, de “republicanismo señor” y de “republicanismo plebeyo”, siendo en ese sentido muy transversal e interclasista, lo que a veces lo fortaleció como opción, pero otras lo debilitaron extraordinariamente.

Del sindicalismo clasista a la política republicana

El republicanismo representa el tiempo previo a la abierta confrontación de clases. Esa y éstas llegaron de la mano de una industrialización intensiva localizada en el curso bajo del Nervión y en unas pocas lo-

calidades vascas. Las explotaciones mineras y pronto las fábricas metalúrgicas y todas las otras actividades modernas que trajeron consigo alteraron el anterior paisaje de menestrales y artesanos que convivían subordinada y pacíficamente con los comerciantes y fabricantes urbanos. Enseguida, los dueños de las minas se convirtieron en “capitanes de la industria”, dando lugar a una reducida nómina de apellidos cruzados y exageradamente enriquecidos, como muestran algunos escenarios vascos (Las Arenas, Neguri, Ategorrieta, La Senda o las calles principales de los ensanches de las capitales). Esas explotaciones necesitaron reclutar miles de trabajadores, muchos de ellos venidos del campo y de otras regiones, que trabajaron y vivieron durante décadas en condiciones muy precarias y duras.

Las dos clases antagónicas facilitaron la implantación de un discurso político que hacía causa de ello y de su necesaria superación por la vía de la futura igualdad social. De entre las posibles (socialismo marxista, socialismo libertario, republicanismo de izquierdas, catolicismo social, obrerismo regionalista...), en el País Vasco prosperó la primera de ellas, de la mano sobre todo de Facundo Perezagua. Este era un metalúrgico de origen toledano que se trasladó a Vizcaya en 1885 con la idea de organizar a los trabajadores bajo la disciplina del recién creado PSOE. De la mano de algunos socialistas autóctonos, como el zapatero José Solano, lo consiguió pronto con los mineros, aunque los obreros fabriles se le resistieron un tanto. Con una política de abierta confrontación de clases, un marxismo bastante tosco copiado del francés Jules Guesde y una sucesiva beligerancia, primero con los republicanos

y enseguida con los nacionalistas vascos, el socialismo se instituyó en el espacio entre Bilbao y la desembocadura del Nervión como la representación política y social del nuevo proletariado. A partir de episodios épicos, como la huelga minera de 1890, iniciadora de un ciclo que llegó hasta 1910, los socialistas establecieron una fórmula que cerró el paso a otros discursos alternativos, como el de los anarquistas, también presentes en la Vizcaya del cambio de siglos. La política socialista de Perezagua era muy extremista en sus postulados y formas, pasando de la violencia verbal a la física y a la amenaza de la recurrente "invasión" desde las minas a la ya burguesa Bilbao. Un socialismo impregnado desde los inicios —¿hasta hoy?— de cultura sindical, dispuesto para amenazar, conseguir una parte considerable de las demandas y volver a su sitio, pero incapaz así de plantearse la política como un combate por la hegemonía, por la conquista del todo. Un socialismo, también, exageradamente clasista, aplicado a las demandas, necesidades y universo obrero, ciego ante la presencia de espacios intermedios en una sociedad en absoluto dicotómica y ajeno a problemáticas que no fueran las estrictamente sindicales o proletarias: el cambio de régimen político, el debate territorial, el clericalismo, la democracia...

Pero esa mirada cambió pronto. Ya antes de 1910, la alianza de las derechas vizcaínas en torno a los privilegios de la religión católica y de su iglesia animaron su reflejo reactivo en la opinión progresista. A contramano de los acuerdos congresuales, los socialistas vizcaínos (y vascos) establecieron acuerdos electorales y unidades de acción con los republicanos, vituperados tradicio-

nalmente en sus medios por no responder a los dictados de clase ("políticos burgueses"), ni a las estrategias aislacionistas del PSOE. Los sucesos de 1909 (la repercusión española de la Semana Trágica barcelonesa) y el debate en torno a Maura desembocaron definitivamente en un acuerdo electoral republicano-socialista que duró media docena de años. Además de llevar por vez primera a las Cortes a un socialista (Pablo Iglesias), la Conjunción denotó una cierta "modernización" del socialismo español, quizás más producto de las influencias europeas que del devenir propio. No era el caso de Vizcaya, donde a pesar de la naturaleza pétrea de su discurso y acción originales (los de Perezagua), la propia potencialidad del socialismo local y las condiciones del entorno (unas derechas muy presentes, pero también una tradición liberal y republicana en lugares como Bilbao, Eibar y algún otro núcleo urbano) habían diversificado las voces internas. Además de Perezagua había socialistas como Tomás Meabe o el doctor Madinabeitia, como los eibarreses Amuátegui o Toribio Echevarría, como Felipe Carretero o Indalecio Prieto.

Este último estuvo a punto de dejar a un lado su carrera política en 1911, pero Madinabeitia le forzó a no renunciar a su candidatura a las elecciones provinciales. Su choque con Perezagua en 1915 era el que enfrentaba al socialismo inicial con el nuevo, al clasismo tradicional con ese modernizado, a la lucha sin tregua entre las dos clases enfrentadas con la convicción de que el cambio social precisaba de la alianza con otros grupos progresistas, de la estrategia política y de una concepción no instrumental de la democracia. Quien con más entusiasmo

e inteligencia teorizó ese salto a lo que hoy conocemos por socialismo democrático o socialdemocracia fue el revisionista alemán Eduard Bernstein. Su caso es notable porque perdió el pulso en su partido, el SPD, contra Kautsky, más dogmático en la teoría, pero fue su planteamiento el que a la postre se impuso. Su éxito era exponente de los muchos cambios habidos. Fuera de los sindicatos y partidos de ese o de cualquier otro tenor, el primer capitalismo y el liberalismo político que diseccionaran y criticaran Marx y Engels habían cambiado notablemente; también el Estado y su condición inicial de “consejo de administración del Capital”. Una democracia más real se imponía lentamente en el marco de la emergente sociedad de masas del nuevo siglo XX. Dentro de las organizaciones obreras, éstas se fortalecían y, a la vez, se profesionalizaban y burocratizaban, dando lugar a una élite que desconfiaba en la práctica de la retórica revolucionaria tradicional. Bernstein no hizo sino aunar implacablemente la práctica política real con el análisis teórico, aportando en consecuencia una mirada al presente y a las posibilidades de cambio radicalmente distinta de las de los padres fundadores del socialismo decimonónico.

Lo mismo pasó aquí. El socialismo vizcaíno en los prolegómenos de la Primera Gran Guerra no era el alemán, pero tenía un buen número de concejales y representaba a un espectro creciente de obreros. Además, sus sindicatos estaban cada vez mejor organizados –comenzando por autonomizarse del propio PSOE– y se estructuraban verticalmente a la vez que lo hacía la economía capitalista. Las federaciones vizcaínas de obreros metalúrgicos o mineros, representa-

das en las negociaciones con los empresarios por una reducida élite sindical y capaces de ser obedecidas por miles de obreros a cada paso, eran una realidad indiscutible. En ese marco de incremento de poder de los socialistas y de asunción de mayores responsabilidades colectivas, parejo de la modernización acelerada de la industria vizcaína y vasca, Prieto representó la novedad. No se reclamaba marxista y sí “socialista a fuer de liberal”. Se reivindicaba político más de realidades que de teorías. Establecía una unanimidad aplastante en torno a su persona, que expulsaba enseguida a los que disentían. Defendía la democracia como objetivo, como escenario ineludible de una competición política que llevara a una sociedad más libre e igualitaria. Asumía como urgencia ineludible la necesidad de cambiar el régimen político, identificado a partir de aquí con la República, y de subordinar a ello las políticas de alianzas. Era consciente de que el éxito del socialismo que representaba se soportaba a un tiempo en su capacidad para presionar y en la respetabilidad que emanara tanto de él como de su partido. Por último, estaba dispuesto a ganar y a sacar adelante unos valores universales, y no a resignarse a representar a una clase, a su parcela de poder y a sus preceptos particulares. En esa apuesta tenía que ser introducido por los republicanos para, a continuación, tomando prestado parte de su discurso, hacerse con una posición hegemónica entre la ciudadanía de ideas avanzadas. Su oronda humanidad tenía que equivaler a la anchura del espacio sociopolítico al que representaba.

Prieto se hizo con el distrito de Bilbao tras salir de la cárcel, ya electo, a consecuencia de la huelga general de agosto de 1917; la

misma que enseñó al republicano Echevarrieta que su tiempo político había terminado. Controló el acta de diputado hasta llegar la dictadura de Primo de Rivera y, luego, tras el advenimiento de la República, repitió hasta la llegada de otra dictadura, la de Franco. Su figura se proyectó más allá del socialismo regional y, con sus muchos aciertos y sus muchos errores, fue capaz de ser protagonista, él y el socialismo vasco, de los grandes momentos de la historia del país: la citada huelga de 1917, su elección parlamentaria en 1918, su condición de portavoz de facto de la Minoría socialista en las Cortes, su posicionamiento realista en el emergente debate territorial, su equilibrio estratégico ante las acometidas de las izquierdas más extremas, su papel en las grandes crisis de final del sistema (el rey, Marruecos...); luego, ya en la dictadura de Primo de Rivera, su digna y clarividente defensa de la democracia y de la República (frente al acomodamiento del luego "revolucionario" Largo Caballero), su disposición a derribar la Monarquía por todos los medios, su presencia "personal" en el Pacto de San Sebastián de 1930... No cabe ninguna duda de que el socialismo vasco fue al completo prietista, incluso cuando no estaban de acuerdo con él en asuntos concretos (vg. Toribio Echevarría y el doctor Madina-beitia en el debate territorial). En esa trayectoria, aquel socialismo se integró en el *statu quo* local, como demostró la llegada a la alcaldía de Bilbao de Rufino Laiseica, en 1920.

Pero la política de apaciguamiento y control de Prieto, aun resultando exitosa, coincidió en el tiempo con los momentos más críticos del régimen restauracionista en España y con la crisis del sistema mundial que siguió a la Primera Gran Guerra y a la Revolución

rusa de 1917. Todo se volvió extremo. Las derechas se convirtieron en cada vez menos liberales y más autoritarias; las izquierdas se fraccionaron; y quedaron, a un lado los templados, y a otro, los revolucionarios. La industriosa Vizcaya, con sus miles de obreros y su tradición de combate social, se convirtió en escenario propicio para la emergencia de grupos extremos. Los libertarios dieron vida a una CNT del Norte que vivió en estos "años rojos" sus momentos de esplendor, hasta agrupar a más de doce mil afiliados y amenazar la tradicional hegemonía socialista en sitios como Vitoria o en sectores laborales de la Margen Izquierda. En esta época destacó Galo Díez. Pero, a la vez, del propio PSOE surgió la replicante escisión comunista (se produjo en todos los partidos socialistas del mundo). Como ocurría con la CNT, aquí contaron con espacio porque la moderación prietista y la presión de la crisis socioeconómica del final de la guerra dejaba campo libre para un discurso de combate que aspirara incluso, como en Rusia, a acabar con la clase opositora. Perezagua estuvo en aquella sesión del congreso socialista de abril de 1921 de la ruptura. Pero, a pesar de su popularidad, el hombre clave del primer comunismo vasco fue Óscar Pérez Solís, una personalidad compleja que recorrería todas y cada una de las ideologías políticas de entonces, sin excepción, de izquierda a derecha, para acabar sus días (1951) en el catolicismo falangista. Junto a él, a caballo entre el pistolero clasista y la agitación sindical, encontramos a personajes de alguna relevancia futura, como Leandro Carro, José Bullejos o Jesús Hernández, ministro de Educación y Bellas Artes en la guerra civil. Los otros grandes referentes del comunismo

vasco desarrollarían su actividad en los siguientes años: Astigarrabía, Larrañaga, Ormazábal y Dolores Ibárruri. Los “años rojos” fueron en diferentes localidades vascas de una violencia extrema, no menor en proporción que la catalana, y sirvieron para dar asiento a esa izquierda radical, ya fuera comunista o anarquista. La Segunda República profundizaría en ese dibujo: una socialdemocracia hegemónica en ese espacio, pero núcleos locales a su izquierda muy activos y capaces de alterar la situación.

En ese mismo escenario de tensión y de crisis del sistema apareció por vez primera un nacionalismo de simpatías (e incluso inclinaciones) izquierdistas. Entre 1910 y 1912 se había vivido el fracaso de un intento de articular un nacionalismo vasco no aranista, laico, social, de progreso, republicano, federal y no necesariamente antiespañolista. El médico Francisco Ulacia, Guiard, Landeta, Escauriaza y otros lo representaron. Ahora se trataba de otra cosa: escindido el PNV, quienes se quedaron entonces con ese nombre, con Elías Gallastegui a la cabeza, ensayaron algunas respuestas sociales para atraerse a una juventud obrera nacionalista en zonas fabriles, como Baracaldo, que se radicalizaba por momentos. Sus coqueteos con los comunistas de Pérez Solís —aquella defensa que hizo Gallastegui de su “heroísmo” en el ataque policial a la Casa del Pueblo: “Fiesta de sangre”, tituló— no llegaron a más, porque eran sobre todo nacionalistas radicalizados, pero sí que marcó un punto de partida donde esas dos ideologías se encontraban por motivos diversos: su común odio a los socialistas de Prieto, su interés por desestabilizar el sistema o las ventajas tácticas que encontraban en acercarse al postu-

lado contrario. El futuro reportaría grandes posibilidades a esa mezcla doctrinal.

Además de todos estos, no los olvidemos, los muy diversos republicanos seguían teniendo gran importancia en esas urbes, más incluso que los propios socialistas. Nombres como los guipuzcoanos Jamar, Gascue o Goitia están asociados desde pronto a una mirada autonomista del país, intermedia entre el nacionalismo vasco de pulsiones anti-españolas y separatistas, y el pragmatismo sin duda jacobino de Prieto y los suyos. A ellos se les sumaron pronto los que constituyen la generación que tomó protagonismo en el debate autonomista de la República: los Aldasoro, Madariaga, Luis de Castro, Ernesto Ercoreca y otros. Pero, también, entre los republicanos los había muy críticos con ese precoz autonomismo, como Fernández Dans en Álava (y luego la figura del exmonárquico Gabriel Martínez de Aragón y sus hijos) o los presidentes de la Sociedad “El Sitio” Vicente Fatrás y Mariano Tejero, por no citar a los republicanos radicales de Lerroux, en su mayoría abiertamente contrarios a cualquier solución descentralizadora. La división republicana encontraba en lo territorial otro punto de discrepancia, como había ocurrido desde el siglo XIX.

La oportunidad republicana

La Segunda República constituyó una oportunidad múltiple. En lo que nos afecta aquí supuso sobre todo la extensión y asentamiento de esas diversas culturas de las izquierdas. Más allá de la extremosidad final de la República y de su dificultad para seguir siendo un escenario democrático, lo cierto es que las izquierdas vascas (como las españolas) no habían disfrutado de un lustro

seguido de libertades ciudadanas y, mucho menos, de responsabilidades institucionales. Ahora, aunque el país seguía siendo profundamente reaccionario, con la inicial alianza estatutista entre nacionalistas y tradicionalistas, los republicanos avanzados, y con ellos los socialistas, gobernaron las tres diputaciones (ahora Gestoras provinciales: presididas por Olarte y Trecu en Álava y Guipúzcoa, y los socialistas Laiseca y Salinas en Vizcaya y Navarra) y las ciudades vasconavarras (Sasiáin, González de Zárata y Ercoreca, y Ansó y luego Garbayo en Pamplona). Desde esas posiciones, y desde los determinantes gobiernos civiles, esas izquierdas trataron de hacer diversas cosas. Por ejemplo, asentar un sistema legal y legitimado de relaciones laborales, donde se encontraron aquí también con la beligerancia de la CNT y la resistencia de algunas patronales; “republicanizar” un posible Estatuto de autonomía, siguiendo ahí la pauta marcada nuevamente por Prieto; abrir brecha con resoluciones laicistas en un territorio profundamente católico, lo que desestabilizó notablemente el día a día; preservar la “pax republicana”, acosada por diversos flancos, aun a riesgo de incrementar la violencia en las calles; o desarrollar políticas intensivas que propiciarán un salto histórico en las condiciones de vida ciudadanas (vg. construcción de escuelas, obras públicas, centros de atención sanitaria, protección social, etcétera). Todo ello, otra vez, en un escenario de crisis múltiple: al menos, el que por la parte económica procedía del crack del 29 y por la parte política de la confrontación a vida o muerte entre las democracias liberales, los estados fascistas y la Unión Soviética (y su influencia internacional a través de la disciplina de la Komintern).

La experiencia republicana tuvo de todo para las izquierdas. Empezó con grandes éxitos electorales, inéditos y rotundos, hasta ser suficientes como para derribar una prolongada monarquía. El cambio de hegemonía a favor de los republicanos –opción que pasaron a elegir notorios monárquicos en todas partes– se dejó ver desde el segundo semestre de 1930 y, con claridad, en abril del 31. Eibar se aprestó a proclamar la República. Pero aquella fiesta popular, pacífica en sus formas y revolucionaria en sus efectos, fue complicándose a medida que las izquierdas tuvieron que gestionar las instituciones y enfrentarse con las potentes derechas católicas de nacionalistas vascos y tradicionalistas. En el otro lado, la CNT (y a veces los comunistas) pretendió imprimir al proceso una celeridad imposible. Conflictos sociales como el de los pescadores gallegos de Trintxerpe acabaron en un baño de sangre: junto al reloj de Ategorrieta, siete obreros cayeron muertos por una guardia civil mandada por el gobernador republicano Aldasoro, abogado defensor de los anarquistas, mayoritarios en el sector, aunque en ese instante el “liberado” de “La Unión Marítima” de Pasajes era el comunista Astigarrabía. Como puede verse, la relación entre las izquierdas fue entonces de harta complejidad. Los sindicatos socialistas, con la ventaja del poder, controlaron a duras penas la situación en Vizcaya, hostigados por una creciente Solidaridad de Obreros Vascos, pero en lugares como San Sebastián o Vitoria cenetistas y comunistas les arrebataron el dominio sobre las masas trabajadoras. La violencia interna a esas izquierdas es clara, como lo fue la que enfrentó a todo ese conglomerado con los nacionalistas vascos, a veces aliados de los

carlistas, pero otras de los comunistas para volver a desplazar a los "prietistas".

Para complicarlo más, por fin cuajó un nacionalismo de izquierdas bajo las siglas de Acción Nacionalista Vasca, un partido con una evolución extraña en esos años. Nació en 1930 como una pequeña entidad colaboradora de las izquierdas republicanas más que del nacionalismo, de base urbana y con penetración en núcleos profesionales y de clase media, sobre todo en Bilbao y Baracaldo. Pero en 1936 modificó su programa afirmándose confusamente estatista, tanto en su objetivo territorial (la independencia respecto de España) como en el económico, optando por una nacionalización de los medios de producción y una retórica anticapitalista. La guerra contribuiría otra vez a profundizar en esa deriva. Por su parte, el republicanismo se debatió en su heterogeneidad: el republicanismo "señor" fue viendo cómo la experiencia republicana se radicalizaba, engordando la reacción de la derecha y achicando la entidad de un centro equilibrador; el republicanismo "plebeyo" se fue desplazando hacia los grupos de la izquierda. Al finalizar el trayecto ya casi no había republicanos, por más que todos los fueran. La guerra civil y el franquismo acabaron definitivamente con esa compleja cultura política y la evocación actual republicana poco tiene que ver con aquella trayectoria, por más que se diga lo contrario o se sostenga en visiones deformadas del pasado. La intentona revolucionaria de 1934, de gran repercusión en algunas comarcas vascas y con clara implicación de Prieto, constituyó un hito decisivo en esa peligrosa evolución.

El fracaso del golpe de Estado de julio del 36 dio paso a una guerra civil. La contabili-

dad de los batallones nos sirve de fotografía de situación en ese instante: once socialistas, nueve de Juventudes Socialistas Unificadas (a caballo entre socialistas y comunistas), ocho comunistas, siete de la CNT, seis republicanos y cuatro de Acción Nacionalista Vasca. El PNV reclutó hasta veinticinco, dedicados a hacer la guerra en su territorio y, también, a impedir cualquier atisbo de revolución social. Sus relaciones con la CNT fueron muy malas y los anarquistas, como excepción en el conjunto del país, no participaron en las instituciones vascas una vez iniciada la guerra. Esa es una de las dos características más destacadas de la contienda en Euskadi: no hubo revolución. La otra es la creación de un gobierno de concentración encabezado por el nacionalista Aguirre, ya con el Estatuto de septiembre de 1936, que integró a socialistas, republicanos, comunistas y ANV. Una convivencia que marcó el inmediato futuro. El PNV se proyectó como indiscutiblemente hegemónico en el lugar, una vez "desaparecido" uno de los tres vértices del triángulo político vasco, el que conformaban las diversas derechas, ahora simplemente enemigas. El otro vértice, el republicano y de izquierdas, a punto estuvo de desvanecerse en esa hegemonía. La sugestiva personalidad de Aguirre atrapó a los consejeros republicanos, convirtiéndoles en apéndices de su política gubernamental. Algo de ello pasó con los comunistas, donde Astigarrabía fue desplazado por el tándem provisional que formaban el navarro Jesús Monzón y Ramón Ormazábal, y obligado a dimitir del gobierno por "aguirrismo". Y ni siquiera se salvaron de esa seducción los socialistas: el consejero Santiago Aznar se enfrentaría al mismísimo Prieto ya en el exilio,

defendiendo la “política nacional vasca” del Lehendakari, y a Juan de Gracia su muerte en 1941 en París le evitó identificarse en la misma deriva. El consejero de ANV, Nárdiz, tampoco supuso ningún problema. Fuera de ese universo gubernamental sólo quedaron los anarquistas de la CNT.

Cuarenta años de dictadura

No extrañará entonces la tentación nacional de Aguirre una vez acabada la guerra y comenzado el largo exilio. Su pretensión de que las fuerzas no nacionalistas renunciaran a la vinculación a sus respectivas organizaciones españolas forzó a Prieto a poner pie en pared, consciente de que el equilibrio que mantuvo durante la contienda con Aguirre ahora podía truncarse. Después de muchas vicisitudes, el pacto de Bayona de 1945 restituyó una precaria paz entre las fuerzas políticas vascas en el exilio (incluida la CNT “colaboracionista”, la de Chiapuso, Armesto y Liquiniano).

La dictadura de Franco no fue la de Primo de Rivera. Las diferencias son enormes y tienen que ver con el tiempo. El tiempo que duraron una y otra, y los tiempos tan diferentes en que se produjeron: de deriva autoritaria la primera, pero de brutalidad sin límites los comienzos de la segunda, característica de los años treinta y cuarenta en toda Europa. El septenio del militar jerezano suspendió las libertades ciudadanas y la competición política al uso, pero no se caracterizó por un celo represivo extremo. Los socialistas llegaron incluso a colaborar con sus instituciones, muy a pesar de Prieto (Largo Caballero en el Consejo de Estado, concejales corporativos, comités paritarios, etcétera), los republicanos siguieron celebrando sus aniversarios

en la intimidad de sus casinos abiertos y los nacionalistas se dedicaron al canto y a los deportes, sobre todo al montañismo, en su estrategia de “dar la espalda a la tormenta” (aunque algunos de sus correligionarios catalanes fueron más audaces). Sólo los libertarios y los comunistas resultaron sañudamente perseguidos. Pero la de Franco se instituyó para arrasar con la política anterior a la guerra. Partidos y sindicatos, y todo tipo de entidades ajenas al régimen, fueron pronto ilegalizadas, y sus miembros duramente reprimidos con el asesinato, la cárcel, la deportación o el exilio. Algunas culturas políticas no sobrevivieron a ello, como los republicanos u otros minoritarios como ANV. Sindicatos y partidos se acomodaron como pudieron a una clandestinidad inédita. En realidad, quienes mejor resistieron fueron los comunistas, combinando en el tiempo estrategias antagónicas: de combate abierto y violento contra el régimen, alentando los maquis (con los anarquistas y otros elementos), pero luego, desde 1956, con una propuesta de reconciliación nacional que conllevaba cada vez más la disidencia expuesta ante este, haciendo demostración de fuerza con la posibilidad que le propiciaba su participación en el sindicalismo oficial o en otros medios.

Los grupos tradicionales de las izquierdas pensaron que estaban en una repetición de situaciones anteriores. Erraron y lo pagaron. Los sindicatos no podían actuar en un sistema represivo mantenido en el tiempo: los trabajadores, por fuerza, acabarían acomodando sus estrategias a lo existente. Primero obtuvieron algunos éxitos en convocatorias de huelga conjunta, nacionales, con el respaldo del propio gobierno vasco

en el exilio. Así ocurrió en 1947 y 1951, mezclando enganches políticos, denuncia internacional y reacción contra lo deteriorado de las condiciones de vida. Pero el tiempo les fue consumiendo y durante los años cincuenta la resistencia se fue difuminando. Los anarquistas quedaron reducidos a la nada y condenados al silencio del exilio interior después de numerosos comités desarticulados. Los socialistas no sufrieron menos, pero su cultura política estaba más arraigada, sobre todo en las márgenes del Nervión o en localidades como Eibar. Con todo, justo les sirvió para mantener un hilo de conexión en el tiempo que sólo engordaba con ocasión de alguna protesta obrera. El partido vivía roto entre el interior y el exterior, y sobreviviendo a tanta presión. En ese escenario brilla la doble identidad del vitoriano Antonio Amat (y "Guridi", "El Ciclista" y tantos nombres) que, cual *Pimpinela Escarlata* (o conspirador Avinareta), camuflaba tras sus cotidianas excursiones étlicas una ardua tarea de reconstrucción del PSOE, de Asturias a Madrid o Cataluña, captando en el camino a gentes de la valía del escritor y siquiatra Luis Martín Santos. Su caída en 1958 devolvió el protagonismo a los vizcaínos, en esa línea que iba del *manco* Juan Iglesias a los sindicalistas Redondo o *Lalo* López, con un contumaz Ramón Rubial dentro y fuera (de la cárcel). Como bien vio Rossana Rossanda, cuando entrevistó a Amat en 1962, representaba un tipo intermedio de militante, tan distante del doctrinarismo inoperante de los exiliados como de las inmediatas nuevas generaciones de activistas de los sesenta.

Porque la dictadura fue tan larga que dio tiempo incluso a que con ella se transformara el país. España se industrializó y urbani-

zó por completo, una tendencia en la que el País Vasco llevaba alguna ventaja. Eso significa también que se proletarizó y modernizó. Una nueva clase obrera, con otra mirada y otros problemas, y en otro contexto mundial, surgió de esa transformación durante la década de los sesenta. Su presencia se hizo patente en el resurgir de una demanda sociolaboral, desde 1958 a 1960 y 1962, de ahí a "la-más-larga-huelga-de-la-dictadura", aquella de Bandas de Echévarri de finales del 66 y casi medio año del 67, que sólo pudo acabar con los destierros y detenciones del Estado de excepción declarado, hasta enlazar con la sucesión de conflictos al comenzar los setenta. Las nuevas clientelas de una renovada izquierda las constituía una clase obrera sin anclajes ni tradición, en buena medida llegada otra vez del campo y ajena en parte a los postulados más ideológicos. El pragmatismo de lo posible se impuso de diferentes maneras. La más boyante consistió en aprovechar el propio marco sindical del régimen para fortalecerse desde dentro, obteniendo cargos de representación electiva (enlaces y jurados de la CNS), dando el paso de representar a los trabajadores y animando las reivindicaciones de estos. En última instancia, ya muy especializada, desplegando una organización clandestina sindical. Fue la estrategia de los comunistas, en la que coincidieron con una izquierda que provenía de los postulados sociales del cristianismo (HOAC y JOC), pero sobre todo con muchos trabajadores sin filiación que en estas iniciáticas experiencias iban moldeando su ideología y adscripción políticas. El resultado de todo ello, las comisiones obreras (¿1957 o 1962?) que acabaron siendo las Comisiones Obreras (CC.OO.)

en 1967, convirtió a esa imprecisa entidad en la mayor amenaza para la continuidad del régimen. A la vez, la manera de hacer, lo que permitían las circunstancias –asambleas, representación precaria e inestable, coordinación muy básica y desde la base, líderes surgidos desde abajo...-, instituyó la democracia directa casi como procedimiento natural y deseable, sin ni siquiera tener que reflexionar sobre los peligros de la representación delegada. El autonomismo de clase se estableció aquí “gracias” a la dictadura y sus límites. El desborde conflictual del primer lustro de los setenta fue su momento de esplendor y la larga huelga que desembocó en la tragedia del 3 de marzo de 1976 en Vitoria su máximo exponente.

En ese marco tan distinto del europeo occidental, curiosamente era también el Partido Comunista el más fuerte dentro de la constelación de grupos de las izquierdas. Se había beneficiado de su tutela de las comisiones obreras (con minúsculas o mayúsculas) y de su apuesta por una actuación a pecho descubierto, buscando los resquicios de libertad y acción que se dejaba la propia dictadura. A la vez, en competencia con los viejos y con algún nuevo grupo (como el Felipe del donostiarra Recalde), captó elementos capaces a través de una organización eficaz y muy disciplinada. También, todo hay que decirlo, siempre aparentó ser más de lo que era, pero por momentos pareciera que todo lo que se movía era el PCE. Al menos así pensaba la policía política del régimen durante años. Y, a semejanza otra vez del tan diferente escenario internacional, surgió por aquel entonces la llamada Nueva Izquierda, una constelación de grupos y siglas “más allá del PCE”, críticos con su ortodoxa tra-

yectoria, vista desde la competencia entre la URSS y China (los maoístas) o desde la histórica heterodoxia interna de los bolcheviques (los trotskistas); también había pintorescos ortodoxos comunistas que de tanto serlo no podían ser del PCE y se reclamaban de sus diversos congresos. Nunca sabremos si eran muchos, pero sí que se movían extraordinariamente. Además, más importante aún, eran “nueva” izquierda porque venían a cuestionar de manera muy libertaria un precepto básico del marxismo, el que atañía al sujeto histórico: para ellos ya no empezaba y acababa en la clase obrera y en la centralidad de su actuación sociosindical, sino que esta se prolongaba hacia nuevos territorios vinculados a otra nueva generación de derechos (a la diferencia: de género, de elección, de nación, de modelo de desarrollo, de identidad varia) y se identificaba con una ciudadanía multiforme y de muchas y complejas preocupaciones. Por encima de lo estéril de sus peleas internas, fue lo más positivo de su aportación: su capacidad de traducir políticamente en lo cotidiano aquella profunda crisis cultural que asociamos definitivamente con el 68 (aunque venía de antes).

Ahí, precisamente, encontramos la otra gran novedad en la remodelación del mundo de la izquierda vasca durante la dictadura. Históricamente, por razones diversas que no caben aquí, las izquierdas vascas y el nacionalismo vasco habían transcurrido enfrentados; eran agua y aceite. Sólo los comunistas habían entablado alguna relación de complicidad, a veces para enfrentarse a algún competidor común (siempre Prieto), a veces para ser seducidos y pasar de lo táctico a lo profundo (como les pasó a algunos de los guipuzcoanos). En el otro lado, el na-

cionalista, sólo alguna radicalización en ese ámbito había permitido simpatizar sobre la base de ponerlo en cuestión todo: España como estado y España como *statu quo* socioeconómico (los jóvenes abertzales en momentos críticos). La guerra les había vuelto a acercar, pero los primeros veinte años de dictadura les había juntado a todos (y con ellos sus argumentos: todos se iban nacionalizando). El contexto internacional –esa defensa de la diferencia, en este caso territorial– animó con el tiempo, una vez desvanecida la inicial reticencia anticomunista de ese mundo, la posibilidad de que por fin nacionalismo y socialismo se encontraran. Para eso se inventó un nuevo sujeto histórico local, el llamado Pueblo Trabajador Vasco (PTV), que sintetizaba desde la nada unas trayectorias históricas que no le respaldaban. Pero sí que lo hacía, otra vez, la coctelera mundial, esa que mezclaba marxismo, Nueva Izquierda, anticolonialismo, seducción por el activismo y la violencia, un sentido trascendente y martirial de la política, prestigio recobrado del discurso nacionalista, etcétera. El resultado fue ETA, una realidad de la que se ha discutido si su componente responde a un nacionalismo que se radicaliza en sentido revolucionario (e izquierdista) o, alternativamente, a un izquierdismo revolucionario que encuentra argumento de penetración en el discurso nacional. Posiblemente sea una mezcla de todo, aunque en los momentos críticos haya prevalecido siempre la razón territorial (nacionalista) por encima de la social. Pero no cabe duda de que ETA se instaló pronto en el espectro político de las izquierdas vascas y que ha ejercido históricamente una gran influencia en la articulación de esa cultura política. Su parte más

negativa es la que deviene de la centralidad que acabó confiriendo al activismo violento y definitivamente al terrorismo, así como el endiosamiento del argumento etnicista. Algunas izquierdas vascas, pero también españolas, las que pasaban por ser las más aguerridas, se vieron seducidas por su discurso y acción. Otras, contemporizadoras al pronto –las urgencias del antifranquismo no daban para disquisiciones–, acabaron con los años convertidas, no ya en competidoras políticas, sino en blancos a eliminar. Es una historia conocida (y sufrida).

Cuarenta años de democracia

Aunque muy condicionado y distorsionado por la continuidad e intensidad del terrorismo y por la febril actividad de su microsociedad de apoyo, el escenario de estas últimas cuatro décadas es el de la competición política abierta, básicamente electoral, pero no sólo. Los primeros cambios vinieron determinados por esa novedad en la actuación política. El tipo de organización, acción y liderazgo del tardofranquismo, por razones obvias, se soportaba en unos procedimientos bien distintos de los de la naciente democracia. El carisma del líder obrero subido en un bidón y arengando a los trabajadores, votando a mano alzada y viviendo en una movilización casi continua era sustituida por la rutinaria y gris eficacia de un liberado sindical, un concejal de pueblo o un afiliado, informándose con libertad en una sociedad abierta, confrontando sus ideas con otros en espacios reglados, votando cada cierto tiempo en la confianza del secreto y derivando lo esencial de la vida política de la calle a las instituciones. Muchos no lo pudieron soportar y vieron en ello un cambio que, a pesar

de sus bondades, desvanecía la épica anterior y reducía la realidad a las posibilidades de la política y no al sueño de la revolución al completo. Antonio Amat, por ejemplo, puso fin a su vida a finales de 1979, carcomido por la enfermedad y por una realidad que no podía hacer suya. Otros convirtieron ese inevitable cambio en argumento para impugnar la nueva democracia, haciendo pasar sus dificultades por expresión genuina de su esencia, todavía dictatorial. Preferían disponer armas y bagajes (nunca mejor dicho) al servicio de un proyecto político particular y exclusivo, y en ese camino sobraba cualquier democracia. Fue la estrategia del mundo de ETA frente a las nuevas instituciones y la nueva política democrática. En definitiva, el argumento del terrorismo.

Las elecciones descubrieron la realidad de una sociedad en cuya existencia no habían reparado los activistas de izquierdas del final del franquismo e incluso de los inicios de la Transición. Cuando todos los ciudadanos se aplicaron a votar en libertad, los entregados militantes descubrieron que tenían menos seguidores de los previstos. Y, al revés, algunos casi desaparecidos en los años anteriores se beneficiaron de lógicas convergentes: algo de memoria histórica republicana que acababa en sus papeletas, el peso de la eterna obsesión por la respetabilidad, la seguridad que ello proporcionaba e incluso la elección ciudadana por un cambio sólido, pero no demasiado profundo. El PCE y los principales "partidinis" de la extrema izquierda (aquí: EMK, LKI, ORT, PTE, OIC y nacionalistas como EE, ESB o ESEI, entre otros) representan lo primero; el PSE lo segundo. De manera que a las primeras de cambio se estableció un partido socialis-

ta vasco federado al PSOE como referencia fundamental de la izquierda en la política local. La presidencia de Rubial en el órgano preautonómico, el Consejo General Vasco, da cuenta de ello, igual que la presencia de la nueva generación socialista en las consejerías (Maturana, Aguiriano, Benegas, también el viejo Juan Iglesias; luego los Jáuregui, Buesa o Múgica Herzog).

Pero pronto la convulsa política vasca de los ochenta del siglo XX propició la conformación de una fuerza que mantuviera esa tensión y que rentabilizara sobre el terreno la acción de ETA. Herri Batasuna, creada en abril de 1978 como coalición de pequeños partidos del extremismo nacionalista, enseguida se puso a la par electoral de los socialistas, ganando continuo terreno social por su capacidad para vampirizar los sucesivos movimientos reivindicativos (ecologista, feminista, vecinal, antirrepresivo...). Por detrás, otro de los sectores de aquel nacionalismo izquierdista, el representado en EIA y enseguida en Euskadiko Ezkerra, se fue conformando como una opción más de calidad que de cantidad, sin amenazar nunca la hegemonía de socialistas y *abertzales* en los respectivos mundos (no comunidades) que se iban consolidando: el espacio vascoespañolista y el etnicista vasco. Euskadiko Ezkerra no operó como intermedio entre ambos espacios, sino que procedió a su propia evolución hasta asumir la nueva realidad democrática e integrarse finalmente, en 1993, en el Partido Socialista de Euskadi.

Ese esquema, con algunas variantes, ha sido el dominante en estos años hasta que la crisis del sistema se hizo patente con el llamado Movimiento 15-M surgido en 2011. Su impacto en la política vasca quizás haya

que verlo a dos niveles distintos, aunque en buena parte convergentes. De un lado tenemos la emergencia de una opción política y electoral que capitaliza aquel movimiento. Podemos empezó a presentarse a elecciones desde 2014 y sus resultados en el País Vasco han sido extraordinariamente positivos. Sin embargo, la diferencia que ejercen los electores entre comicios “lejanos” (españoles y europeos) y locales –su éxito es claro en los primeros, pero muy matizado en los segundos– muestra cómo se trata más de un refugio de voto demandando cambios en un sistema político obsoleto que de una opción que proporcione seguridad en la gestión de los asuntos públicos de verdad (la educación, la sanidad, la hacienda...). Expresa más, también, una pulsión generacional que cuestiona casi al completo lo hecho por sus mayores, acudiendo a una retórica innovadora a la vez que populista, con lo mejor de lo nuevo y con lo más rancio de lo conocido. En todo caso, y al margen de su futuro político como tal formación, sí que ha trastocado los equilibrios anteriores, de manera que la posición de los socialistas se ha visto muy erosionada y rebajada a un nivel nunca antes conocido. La fotografía provisional de hoy, entonces, muestra un PSE muy debilitado, pero en las instituciones vascas (de la mano del PNV), y otras dos fuerzas de izquierda, HB y Podemos, muy nutridas en votos, pero fuera de ellas. Sin duda, un equilibrio muy inestable que augura futuros cambios, aunque no sea tan fácil aventurar en qué dirección.

Un futuro incierto

Después de más de siglo y medio de geometría política izquierda(s)-derecha(s)

algunos dudan de que semejante dicotomía siga siendo apropiada para identificar la confrontación de hoy. Con todo, lo dejamos aquí, sí que ha permitido hasta ahora identificar en la primera parte del par determinadas continuidades. Algunas de estas tienen que ver con el tipo de sociedad que ha sido la vasca desde finales del siglo XIX. Básicamente dos factores (o tres) las determinan: Euskadi ha sido una región tempranamente industrializada (en comparación con el resto de España), progresivamente urbanizada y moderna, y condenada a convivir con una problemática de tipo nacional. Ello explica las dimensiones de las fuerzas políticas capaces de representar tanto una clase obrera industrial organizada como unas clases medias profesionales. En su día se distribuyeron en partes cambiantes entre un republicanismo y un socialismo templados y pragmáticos, y un nacionalismo vasco de ese mismo tenor. Las contradicciones típicas de ese tipo de sociedad industrial y urbana favorecieron la presencia continua de grupos extremistas en la izquierda, de origen marxista (leninista) o libertario. Finalmente, la llamada cuestión nacional, siempre presente, podría propiciar un cuerpo social preocupado a la vez por lo territorial y por lo social. Esto último sucedió tarde, sólo hace medio siglo, pero con extraordinarias repercusiones sociales y políticas. La *foto finish* de 2018 no se reconoce demasiado en esa descripción. La crisis del sistema nacido en la Transición a la democracia ha alterado las proporciones de representación, las importancias y las expectativas de futuro de cada subfamilia de las izquierdas vascas. Nada es lo que fue y es pronto para saber si el terremoto es sólo provisional. Aunque no lo parece.

EL RELATO DE LA VIOLENCIA EN EL PAÍS VASCO A TRAVÉS DE LA MÚSICA¹

DAVID MOTA ZURDO

“Nadie es inocente, todos terroristas”

Eskorbuto, Eskizofrenia, 1984

De cómo viví los conciertos de rock contestatario y otras experiencias

Hace relativamente poco tiempo, mantuve una conversación interesantísima con un amigo de la universidad. Después de un cruce de valoraciones sobre política y nuestra difícil situación laboral, acabamos hablando, como siempre, de nuestras investigaciones. Él está inmerso en una macro-investigación sobre el impacto que a todos los niveles ha tenido el terrorismo, especialmente el de ETA, en nuestra sociedad. Le transmití, elogiando su trabajo –no por adulación, sino por admiración hacia sus avances– que me parecía que este era el momento idóneo para construir un relato científico de la historia de ETA, porque ya había una vía abierta en los excelentes y ecuánimes trabajos, y, sobre todo, porque llevamos más de un lustro sin la violencia de la banda terrorista y parece que ya no existe esa autocensura de años pretéritos en los que había cosas que en lo relativo a este tema no se podían decir porque podían conllevar drásticas consecuencias².

Con respecto a mí, le informé de que llevaba varios años investigando el papel que había jugado la música *underground*, en concreto el Rock Radikal Vasco (RRV), en la ecuación que, bajo mi punto de vista, explica la cultura de violencia que durante las décadas de 1980 a la del 2000 vivimos muchos de nosotros, sobre todo, los más jóvenes³. A mi parecer, sin la música no se entiende que un sector tan amplio de la juventud vasca estuviera tan politizada y polarizada. Una buena parte de ella era, si no simpatizante de la *izquierda abertzale*, al menos cercana a su discurso, y, otra, la mayoritaria –fundamentalmente en las ciudades– era huidiza, porque o bien había decidido alejarse de los ambientes *underground*, debido al control (in)directo que ejercieron organizaciones juveniles de corte nacionalista radical como Jarrai, Haika o Segi, que, sin duda, fagocitaron la celebración de todo tipo de conciertos alternativos al ubicarlos

dentro de su territorio (*gaztetxes*, bares, fiestas populares, etc.), o bien porque se había situado en las antípodas musicales e ideológicas, incluso en una posición neutral y pasiva, considerando lo alternativo, lo moderno, en definitiva, lo *underground*, música política violenta y contra-productiva para el modelo de sociedad en el que creían.

En realidad, este tipo de música contestataria contribuyó a la retroalimentación del discurso nacionalista vasco radical, aunque se pueda (y deba) señalar que hubo grupos musicales que distaron, y mucho, de esta intención. Pero, se situaran en una u otra órbita política, sus canciones tuvieron un alto contenido violento, provocativo e hiriente. Arremetiendo de igual manera contra el Estado democrático y sus instituciones como contra las tradiciones, porque lo que estaba de moda era ser rebelde antisistema –que en determinados momentos significó situarse (in) conscientemente en la órbita de Herri Batasuna, coalición política autodenominada a sí misma como tal– y decir cosas como que había que “machacar al clero, matar a la policía. Toda esa puta gente no son más que porquería”, como señaló Cicatriz en “Desobediencia” (1986)⁴; o, como cantó RIP en “Odio a mi patria” (1987), tener bien claro que había que vivir con “una idea fiel, dar por culo a España y al rey”⁵. En muchas ocasiones, incluso, su discurso letrístico se caracterizó por la situación de confrontación y la búsqueda de la diferenciación, indicando, como justificación, que una suerte de “invasores” eran los causantes de los problemas de la sociedad vasca y ellos, y nadie más, eran los que dificultaban la autodeterminación del pueblo vasco. Así lo manifestó el grupo navarro Piperrak en “Okupados” (1995):

hay pueblos en este puto mundo que viven todavía bajo la ocupación de gobiernos imperialistas que utilizan el miedo y la opresión. ¿Cuándo coño se van a enterar de que se ha acabado la Edad Media? ¿Cuándo coño se van a enterar de que existe el derecho a la libertad? Ocupados. Oprimidos. Torturados. Por el Gobierno español. Por el Gobierno de esta puta nación⁶.

Desde finales de la década de 1980 hasta bien entrados los 2000, estos contenidos fueron radicalizándose hasta el punto de contribuir a la creación de un permanente estado de tensión, repleto de nerviosismo, angustia, inculpa y miedo en un sector de la juventud.

En efecto, muchos de estos grupos contribuyeron al abigarrado clima político que se vivió hasta hace relativamente poco tiempo en el País Vasco. Fueron una pieza más del puzle socio-político y cultural, como lo fueron las personas que optaron por la pasividad ante la violencia, relegando sus posicionamientos a la seguridad de sus hogares mientras sobrellevaban su vida ante la censura impuesta a sangre y fuego por la mano de hierro del terrorismo; o como lo fueron las personas que al igual que yo participaron de este tipo de conciertos músico-políticos sin saber muy bien el porqué, llevados más por el componente musical que por la reivindicación política. En mi caso, lo hice empujado más por la transgresión adolescente que por cualquier tipo de interés de ser participante activo en unos rituales que muy a menudo iban acompañados de altas dosis de reivindicaciones nacionales, muestra de banderas (y quema de otras) y de denuncias de subyugación imperialista.

No quise formar parte de esa juventud de la que habla Edurne Portela al señalar que escuchábamos una música –el RRV– que “defendía la lucha armada” y que “en sus conciertos coreábamos, aunque no nos lo creyéramos *gora ETA militarra*”⁷. Pero, indirectamente lo hice y participé en esos ambientes, aunque jamás me posicionara políticamente, ni gritara ese tipo de lemas, porque, simplemente, no los entendía. Por aquel entonces había decidido omitir todas estas cuestiones, aunque a veces resultara muy complicado ignorarlo porque el escenario era utilizado para bombardearnos con consignas políticas en las que se criticaba al Estado y a la policía, se alababa la lucha de los “compañeros” del EZLN y se animaba al pueblo palestino a que continuara su lucha. En aquellos años, no me interesaba la política, o, mejor dicho, no me gustaba cómo se hacía la política y cómo se malograban sus posibilidades. Llamadme iluso, pero, sólo quería disfrutar de la música, sacar toda mi rabia y centrar mi mirada en un escenario poblado de baffles, amplificadores, micrófonos e instrumentos, disfrutando de la actuación de unos artistas que habían decidido unirse para dar lugar a lo que, para mí, era un evento único.

Y es que considero que los conciertos de rock son ceremonias solemnes en las que público y artista interactúan, se conectan y disfrutan mutuamente, esté uno arriba en el escenario o debajo como espectador. Estoy convencido de que se llega a un estado de catarsis, de liberación, muy especial, o, al menos, así lo sentía. Sí, lo sé, quizá mi actitud de adolescente fue propia de la edad de la inocencia, incluso pueril. La verdad siempre he sido un poco de esa manera. Sin embargo, ahora soy consciente de que todo aquello tuvo sus riesgos, porque en aquellos conciertos se unía, por un lado, el mero hecho de gozar con la música de determinadas bandas, y, por otro, el uso político que se podía dar a ese evento y a las letras de los grupos musicales que participaban en él, aprovechando esa relación simbiótica entre espectador y artista que he mencionado. Muchas veces quien impulsaba un concierto lo hacía conscientemente con el objetivo de obtener algún rédito económico, como era colgar el cartelito de *sold out*, de no hay entradas. Pero también político, porque sus promotores, sobre todo si eran colectivos cercanos a algún partido o movimiento social, podían decidir instrumentalizarlo subliminal o abiertamente para lograr diferentes fines: afianzar ciertas ideas, limpiar su imagen, conectar con la juventud, denunciar alguna medida tomada por el gobierno de turno o apoyar alguna iniciativa ecologista.

Aunque no me gustaría ser tildado de *conspiranoico*, no me cabe duda de que detrás de cada concierto público, incluso privado, y de cada fiesta alternativa hubo algún tipo de intención política, al menos en los que yo estuve. Sería una tremenda hipocresía negar a día de hoy que diferentes organizaciones de indistinto signo político llevaron a cabo este tipo de iniciativas con las finalidades mencionadas durante los 80, los 90 y los 2000⁸. Personalmente, he reflexionado mucho sobre aquellos años y todavía no entiendo cómo no pude verlo. Los conciertos estaban instrumentalizándose en mi cara, sin ambages, sin dobles juegos, sin disimulos y sin utilizar refinados métodos de persuasión y yo no era consciente de ello. Me mantenía impasible ante el hecho claro, real, constatable de que mis grupos favoritos estuvieran poniendo su música al servicio de una causa política, cuando después era plenamente consciente de que el rock, el punk, el hardcore habían nacido para luchar contra el *establishment* llevara éste corbata o vistiera camiseta panadera⁹.

Lógicamente, así, con un terreno abonado por jóvenes simpatizantes y otros tantos indiferentes como yo, entiendo que la *izquierda abertzale* invirtiera su tiempo y su dinero en este tipo de eventos, porque qué mejor manera para algunos de sus fines que captar a la juventud vasca mediante eventos en los que se podía reforzar el sentimiento de unidad y pertenencia a una comunidad nacionalista vasca radical que, según su perspectiva, estaba siendo constantemente ultrajada por el Estado español y sus aparatos represivos. El periodista Sergio del Molino ha sido muy elocuente en este sentido, transmitiéndonos cómo experimentó su primer concierto de Barricada cuando todavía él era un adolescente indignado e incomprendido: “si te gustaba esa música estabas de vuelta de todo, sabías quiénes eran los opresores y quiénes los oprimidos, entre los que te contabas, y era todo muy serio y había mucha rabia y no se podía tolerar la frivolidad de emocionarse”¹⁰.

La experiencia personal que hasta aquí he relatado sirve, creo, para entender el porqué del considerable apoyo que tuvo siempre la música *underground* en el País Vasco, incluso en el resto del Estado donde se convirtió en un referente. No fue, como he señalado, una música exclusivamente de los simpatizantes de la *izquierda abertzale*. Hubo muchas personas como yo, desorientadas, cuyo objetivo fue disfrutar de un tipo de música alternativa que no se escuchaba en las radios. Pero, no dejo de pensar en ¿por qué lo hice? ¿cómo pude estar tan ciego? ¿cómo pude contribuir a una causa que no era la mía? ¿cómo canté canciones tan hirientes sin pararme a pensar en las personas que sufrían esos ataques?

Todas las justificaciones que pueda dar jamás restarán mi porción de responsabilidad. ¿Hice todo lo que debía, quise o pude para defender mi postura? ¿fue mi miedo e indiferencia a sentirme excluido del resto de la comunidad una decisión egoísta que contribuyó al sufrimiento de otros? No, no hice todo lo que debía y, sí, si fue una decisión egoísta y contribuí a reproducir inconscientemente el sufrimiento. Por todo ello me responsabilizo. No obstante, participé en las actividades que he mencionado sin ninguna intencionalidad. No lo hice ni por perversión, ni por maldad, ni por tener intereses contrapuestos. Pero, he de admitir que consentí, que miré hacia otro lado y lo hice por conformidad, por comodidad y por dejadez. Me acostumbé al mal cotidiano de la violencia, a un tipo de música y ambiente en el que las víctimas de los atentados terroristas no existían, mientras que, frente a mí, se rendía homenaje a quienes habían sido los perpetradores de estas acciones. Estuve ahí, pero no me di cuenta de que de esa manera estaba contribuyendo al clima de sufrimiento, malestar y radicalidad.

¿Su indiferencia fue la ignorancia? Violencia y terrorismo en la música rock vasca

Hay que ver, qué divertido es vivir rodeados de Guardia Civil, lo bonito que es pasear por la ciudad controlados por un municipal. Es algo espectacular cuando ves al beltza machacar, que excitante es ir a un bar y que te saque a hostias la nacional ¡Ay qué bien! ¡Qué alegría! me ha parado la policía como casi todos los días.

Soziedad Alkoholika “Ya güelen”, 1993.

Cuando estoy en casa viendo el telediario espero escuchar la noticia de otro atentado para saber que vivo y reírme del Estado. No sentimos pena por teneros bajo tierra.

M.C.D. "Ruido de sables", 1987.

Ahora entiendo las canciones de muchos de estos grupos como productos que salieron al mercado en un contexto dominado por la violencia y la radicalidad, el de los años de plomo, el del terror, el de la sinrazón y el de los asesinatos por motivaciones políticas¹¹. Sí, fueron el reflejo de lo que sucedía en las calles, pero, estos grupos optaron por elaborar letras que directa o indirectamente apoyaban esa radicalidad y esa violencia, aunque el miedo estuviera presente en cada esquina y los grupos musicales fueran un excelente altavoz para poder decir de algún modo "¡basta ya!" e incluso tener algún tipo de consideración con esa parte de la sociedad que sufría los abusos y los atropellos del terrorismo. Teniendo en cuenta los confusos momentos que se vivieron durante mucho tiempo en el País Vasco, en los que la violencia del terrorismo de ETA y la fuerte represión policial fueron algo cotidiano, resulta comprensible que hubiera grupos que se posicionaran claramente dentro de la corriente de *izquierda abertzale*, máxime, cuando, en aquellos momentos, ETA contaba con muchas simpatías en las calles¹².

Pero, respecto a los que no se significaron, los que decidieron mirar para otro lado mientras continuaban formando parte de esa cultura radical, sólo cabe preguntarse ¿por qué? ¿por qué lo hicieron? Me gustaría pensar que fue así porque existió cierto reparo en el seno de las bandas musicales a expresarse en según qué términos o que, simplemente, ni querían, ni tenían por qué pronunciarse. Pero también, miedo¹³. Miedo a no ser programados sistemáticamente en los festivales. Miedo a perder la única (o la principal) forma que conocían de ganarse la vida. Miedo a verse alejados de los escenarios *ad aeternum*. Y miedo a ser estigmatizados por cierta clase política que les podía relegar a la marginación. Me desagradaría pensar, sin embargo, que fue por indiferencia, por esa búsqueda de aislarse de la realidad y evitar ser testigos directos del sufrimiento. Me dolería mucho que así fuera porque habrían sido parte implicada en la retroalimentación del sufrimiento, la siembra del rencor y la propagación del miedo, pero, me temo que al igual que me ocurrió a mí, así fue.

Sin descartar todas estas opciones, me gustaría centrarme sólo en una: en el ¿por qué? Dejando al margen a quienes continuaron trabajando en *la sala de máquinas* ideológica de la *izquierda abertzale*, elaborando canciones como parte de su cobertura de apoyos, creo que los grupos que no se pronunciaron, los que se dejaron arrastrar por los "buenos tiempos" de la música contestataria y a los que podríamos denominar como "neutrales", se escudaron en el slogan de que los mensajes contundentes y crudamente desconsiderados se habían puesto de moda. Según su versión era lo que tenían que hacer, pues era el momento de subirse al carro de lo comercial, aunque fuese el de la violencia, o de verse abocados al ostracismo. No lo hubieran hecho, empero, si no hubiera habido un público fiel que consumiera este tipo de música, acudiera a sus conciertos y comprara su *merchandising*, en

una mezcla extraña de crestas de colores, banderas de todo tipo, chupas de cuero, slogans políticos y demás simbología¹⁴.

Estos grupos “neutrales”, incluso se refugiaron en la soflama del ejercicio de su libertad de expresión. Pero, ¿acaso lo que hicieron no fue ganar dinero a costa de un importante público, no exclusivo, que apoyaba los métodos políticos violentos y que demandaba ese tipo de música? En efecto, las ventas fueron las que marcaron las pautas, pues les resultaba más lucrativo elaborar letras descarnadas en euskera y castellano, aunque ello supusiera construir una imagen de la sociedad vasca incomprensible, contradictoria, enfrentada e insensible, que tener algún tipo de consideración, por mínima que fuera, no ya con las víctimas de las acciones terroristas, sino con el común de una sociedad vasca atemorizada.

Al menos al inicio, no tuvieron ningún gesto en este sentido, aunque eso fuera cambiando en el siglo XXI. Lamentablemente, sucedió lo contrario: muchos grupos elaboraron composiciones que ensalzaron a militantes de ETA y la organización¹⁵. Dedicaron canciones a explicar las condiciones en las que algunos *etarras* habían perdido la vida, como queda reflejado, por ejemplo, en las canciones “Hernani 15-VI-84” (1985) de Kortatu, en la que se honra la memoria de los militantes de ETA Agustín Arregui y Juan Luis Elorriaga, carbonizados tras el lanzamiento de una granada por la Guardia Civil al piso en el que estaban atrincherados¹⁶; “Eztanda” (2001) de Utikan cuyas estrofas son claramente partidarias del uso de la violencia y del terrorismo como arma política: “y el mejor homenaje que les podemos hacer es coger su hacha y continuar. Vuestra muerte no ha sido en vano, ha sido un paso para liberar al pueblo”¹⁷; “Gaur” (2000) de Etzakit que enumera por su nombre de pila a diferentes militantes muertos de ETA (*Kattu* Oñederra, José Antonio Lasa y José Ignacio Zabala –asesinados por el GAL–), “mártires” caídos en la batalla por la independencia¹⁸; “Hoge!” (2010) y “Sonidero” (2010) de Esne Beltza, que recuerdan al miembro de ETA Jon Anza, mencionándosele junto a *Kubati* (Antton López Ruíz, asesino de Yoyes, condenado 1.210 años de cárcel, de los que cumplió 26 de prisión por su participación en 13 asesinatos consumados y 16 frustrados) y personajes históricos revolucionarios latinoamericanos, que, por aquello de equiparar luchas y seguir modelos, forman parte de la simbología de la *izquierda abertzale*: Simón Bolívar, Emiliano Zapata, Che Guevara, Salvador Allende y Hugo Chávez¹⁹; y, por último, “Zehaztasuna eta zuhurtasuna” (2005) de Oliba Gorriak, cuya letra describe el día a día de un *etarra*:

Las siete y media, te has levantado de la cama sudando, lleno de sudor. Estás nervioso, las manos temblando, la parabellum encima. Dando la cara en la clandestinidad: Bietan Jarrai, Bietan Jarrai. [...] A ti tampoco te gusta el deber, pero es el único camino. Tienes que matar para seguir viviendo, directo hacia el objetivo [...]. Recuerdas a tu padre asesinado, recuerdas el hermano torturado, recuerdas tu pueblo aplastado, ¡apunta y dispara!²⁰.

Con todo, se debe admitir que estas interpretaciones musicales tampoco es que fueran tan novedosas, pues la presencia de ETA en las canciones vascas se había producido con anterioridad. Ya en los primeros discos del cantautor vascofrancés Michel Labèguerie (1961), se incluyó un significativo “Gudari euskaldunaren kantua (Canto del gudari vasco)”, que pese a crearse

con otros referentes, los de la Guerra Civil y el exilio, acabó transformándose en uno de los himnos de las nuevas generaciones nacionalistas vascas radicales²¹. Durante los 70 se elaboraron letras en las que de manera implícita y pormenorizada se explicaban las circunstancias en las que se había producido la muerte de algunos militantes de ETA, los nuevos *gudaris*. La canción “Txabi Etxebarrieta” de Imanol Larzábal es un ejemplo paradigmático. En ella se denuncia la muerte del miembro de ETA Txabi Etxebarrieta, el primer *etarra* que cometió un asesinato, en un enfrentamiento con una pareja de la Guardia Civil: “Hace un tiempo, en mitad de la calle, en el centro de Benta Handi han asesinado a nuestro camarada Xabier. ¿Y cómo es que vivimos en ese letargo cotidiano? ¿Cómo es que vivimos tan tranquilos? Esa otra gente que oprime a nuestro pueblo mañana matará a otro”²².

Manifestaciones similares se observan en la canción y disco homónimo “Gure lagunei” (1978) del cantautor *donostiarra* Urko. En la portada de este elepé no sólo aparecen las figuras del dirigente de ETA político-militar Eduardo Moreno Bergareche, *Pertur*, y Bernardo Bidaola, sino que dedica esta canción a los polimilis Juan Paredes Manot, *Txiki*, y Ángel Otaegi, con frases como las siguientes²³:

El 27 de septiembre quedará grabado indeleblemente en el corazón de los patriotas. Vosotros con vuestra justicia, matasteis a nuestros compañeros [...] no habrá paz aquí hasta que los nuestros vuelvan al hogar. Vaciad las cárceles de España [...]. No habrá paz aquí hasta que Euskadi sea libre [...] a aquellos que desprecian nuestra cultura y odian a nuestros hombres. [...] el grito de la libertad jamás se separará en la garganta de los luchadores vascos. Libertad, Libertad. Palabra maldita para el opresor, para el que vive de la explotación. Pero palabra entrañable para el patriota vasco [...] Patria o muerte. Euskadi o muerte²⁴.

Asimismo, resulta sumamente interesante señalar a aquellos grupos musicales que han utilizado textos de militantes de ETA para elaborar sus letras o que directamente son la traslación directa de los mismos. Por ejemplo, según ha señalado Joseba Martín, el grupo Skunk publicó en 1999 “Herbestaldia”, una canción cuya letra estaba basada en unos textos de la *etarra* Idoia López Riaño (*La Tigresa*), autora de 23 asesinatos entre 1984 y 1986 y condenada a 2000 años de prisión, que hablaban de su exilio en Argelia y de su estancia en las cárceles francesas: “el tiempo del exilio se hace muy largo, pero el corazón me dice que llegará la libertad”²⁵.

¿Pero cuándo cambio, si es que lo hizo, esta situación? ¿cuándo empezaron a surgir voces discordantes, incluso, valientes que decidieron plantar cara a este tipo de relatos? Parece ser que se produjo a raíz del periodo de “socialización del sufrimiento (1995-2010)” y, sobre todo, tras ese punto de inflexión que supuso para toda la sociedad el asesinato de Miguel Ángel Blanco en 1997, en el que la gente salió a las calles para mostrar su repulsa contra la violencia y el terror²⁶. Ahora bien, esto no quiere decir que fueran muchas las canciones críticas con las acciones de ETA, ni que sustituyeran a las otras, pues siguieron, como se puede observar en las fechas de las canciones anteriormente extractadas, elaborándose canciones favorables a ETA. Con ciertas reservas, se podría decir que convivieron, aunque se deba señalar que la aplastante maquinaria de los grupos musicales que crearon canciones favorables a

la *izquierda abertzale* fueron un muro enorme que aisló las escasas iniciativas que hubo en tal sentido. Y es que los grupos musicales más significativos, más comerciales, con más seguidores, más mediáticos y, por tanto, con más público, continuaron elaborando el mismo contenido.

El filósofo Aurelio Arteta señaló en *El mal consentido* que “la única manera de prevenir todas estas inclinaciones a la abstención que nos manchan con el abuso colectivo es impulsar una crítica permanente frente al propio grupo, su cultura, sus estereotipos”²⁷. En efecto, en nuestro caso la crítica hacia quienes constantemente creaban el mismo contenido pudo ser una buena manera de poner freno a ciertas dinámicas. Sin embargo, tardó en llegar, sobre todo, porque en la música vasca ha resultado complicado tocar ciertas temáticas. Canciones críticas con el mundo de *la izquierda abertzale* ha habido desde finales de la década de 1980 con Eskorbuto y su canción “Haciendo Bobadas”, crítica mordaz a Herri Batasuna, y, en los 90, con Hertzainak y su “Drogak AEKn”, descripción irónica sobre el proceso de nacionalización impulsado por la mencionada coalición de izquierda nacionalista a través de diferentes colectivos²⁸:

Estoy mosqueado, y ahora no es por la pasma. Los vascos del A.E.K. me han aburrido. Con el batua y el pacharán. Ir todos los días a clase y los colegas en la calle. Y me siento extranjero... ¿A quien pasar el canuto? ¿A quien contar la última movida de la calle? ¿Para qué? No entienden. Nunca han vivido en la calle. Y todavía no han roto los esquemas de siempre: Dios, Fueros y el voto a H.B. Ahora tengo los nervios destrozados. Tengo que aprender ¿Versos y trikiritixas? ¿Debo esforzarme tanto para ser vasco?²⁹.

A finales de los 90, también hubo grupos que se posicionaron contra este relato impulsado desde los sectores más radicales de la *izquierda abertzale*. Normalmente, quienes lo hicieron fueron grupos de ideología anarquista, contrarios a toda la clase política, incluida la *izquierda abertzale*. Los navarros Asto Pituaak fueron muy claros al respecto en “Altrabuces y consuegras” (1999):

Ni vascos, ni navarros, ni europeos, somos anarcopunks. Rompe el gentilicio que te ata, rompe el gentilicio que te separa, haciendo una opresión de la cultura, del concepto de nación una tortura. Siento nauseas al ver tu bandera, porque sé lo que representa. Necesitas de un territorio delimitando el etnocentrismo, necesitas de un gueto de mierda para implantar la independencia, pero dime, ¿dónde está el cambio?, si no te cuestionas del poder la existencia³⁰.

Sin embargo, para encontrar referencias en contra de ETA o sus organizaciones juveniles y metodologías, como la práctica de la *Kale Borroka*, hay que bucear mucho, porque hay alusiones muy escuetas y, sobre todo, se encuentran en letras de grupos muy marginales³¹. Tal es el caso de los bilbaínos Kinkinela, situados en la misma órbita ideológica que Asto Pituaak³². En 2004, publicaron “Indigesto por la paz”, canción en la que mostraron su incompreensión hacia las acciones terroristas de ETA. Se trata de un testimonio, como he señalado, extraño y anecdótico en la música punk-rock vasca:

Unos dicen que llevan aquí millones de años, no dejan de repetir: esto es sólo para vascos. Los otros lloran y protestan, con ellos está el poder, mentiras informativas, intentando convencer. Todos mienten en la solución [...] pero a nadie le interesa

cuál es tu opinión. Y ahora sólo faltaba ETA para acabar de joder, mucha bomba, poco cerebro, la muerte ya no les deja ver³³.

Dentro de esta onda musical, también se podría destacar, de algún modo, la canción “Fuimos ikastoleros” (2008) de Lendakaris Muertos. Ésta puede ser interpretable en clave de humor negro, pero, considero que es muy sugerente para comprender el clima de *comodificación* al terror y la violencia vivido en el País Vasco³⁴:

¿Dónde se esconden las pistolas? En los pupitres de las ikastolas. Qué tiempos aquellos desfilando por el patio. Prácticas de tiro, kale borroka en el gimnasio. En el viaje de estudios nos llevaron hasta Libia. Para aprender los fundamentos de la lucha de guerrillas. Todo el que tenía RH negativo cuando llegaban las notas le daban un positivo. Algunos profesores desaparecían, uno nunca volvió, “se les cayó por la escalera” [...] Fuimos ikastoleros. Borrachos de kalimotxo y de odio al español fuimos, somos y seremos siempre ikastoleros³⁵.

No obstante, el posibilismo, el ofrecimiento de caminos distintos al de la toma de las armas para la consecución de fines políticos, en definitiva, la propuesta de alternativas alejadas de la violencia ha llegado de grupos musicales cuya procedencia nada tiene que ver con el País Vasco, pese a tener una fuerte conexión con el territorio. En 1997, el conocido grupo valenciano de “rock de barra” Benito Kamelas publicó “Resiste”, una canción muy valiente por el marco cronológico y el contexto en el que se hizo: ETA acababa de asesinar a Miguel Ángel Blanco y ellos acababan de salir a la escena musical estatal, con la importancia que por aquel entonces tenían los circuitos alternativos musicales del País Vasco para grupos de este tipo. La canción “Resiste” es algo excepcional en la música rock que se sitúa en la órbita de la izquierda, pues, evidentemente grupos de extrema derecha como Estirpe Imperial tienen canciones contra ETA y el nacionalismo vasco, pero, también, muchas otras ensalzando la ideología neonazi. A continuación, reproduzco íntegramente la canción de Benito Kamelas, por ser una *rara avis* en la música *underground* de izquierdas y, sobre todo, por las referencias implícitas que hay al secuestro de Miguel Ángel Blanco:

Amanece de nuevo en Euskal Herria. El cielo teñido de rojo y de negra agonía. Han matado de nuevo, han vuelto a asesinar, han dejado en la calle su mensaje votar, a un pueblo al que someten a golpe de amonal. Ellos que asesinan sin más. Resiste. Euskal Herria, resiste. Y aunque la muerte te insiste. No te van a hacer callar. Le han dado un ultimátum a un pobre secuestrado. Si no hacen lo que pide, morirá a las cuatro. [...] El pueblo se levanta, se va a manifestar, pidiendo a gritos su libertad. Resiste. Euskal Herria resiste. [...] Coches de la Ertzaintza abajo en la avenida, circulan deprisa, la gente escondida, ha estallado una bomba en la comisaria, ha habido 6 muertos. 2 monjas heridas. Uno era un cartero, los 30 no tenía. Otras son 2 niñas, jugaban tan tranquilas. Otra era una abuela, andaba por rutina. Y 2 guardiaciviles, que no la veían. Resiste. Pide tu libertad. Tu vida. Manos unidas³⁶.

En el año 2000, el grupo sevillano Reincidentes publicó “Un pueblo”, canción que fue interpretada junto a Fermín Muguruza en euskera y castellano. Una composición que se publicó en una fecha clave: ETA acababa de romper la tregua acordada en el pacto de Lizarra de 1998, asesi-

nando al teniente-coronel Pedro Antonio Blanco, y Muguruza se había significado públicamente contra la utilización de la violencia de ETA, recibiendo críticas muy duras y amenazantes de los sectores juveniles radicales de la *izquierda abertzale* (Jarrai y Haika) que le tacharon de traidor³⁷. La participación de Muguruza en esta canción, que había elaborado canciones como la mencionada "Hernani 15-VI-84" y "Hotel Monbar", en la que había denunciado el asesinato a manos de los GAL de cuatro militantes de ETA, era sintomática, pues implicaba cierto cambio en su trayectoria musical y personal³⁸. Ciertamente es un artista que, pese a la polémica, ha vivido (y vive) de ese público y de esa ideología frente a la que se posicionó, pero ello no resta importancia a su posicionamiento frente al terrorismo. Así, puesto que la postura de Muguruza y esta canción podrían ser considerados el inicio de un periodo transicional que acabaría llevando a que ciertos sectores de la cultura vasca cercanos a la *izquierda abertzale* condenaran el –por ellos denominado– "uso de la violencia política", un eufemismo con el que han mantenido (y mantienen) una postura ciertamente ambigua, probablemente, por los problemas que pudo generarles una actitud abiertamente contraria a ETA, la canción "Un pueblo" resulta en algunos momentos igualmente confusa. De hecho, en ciertos tramos parece insinuarse cierto apoyo ideológico a quien ha estado utilizando el terror como vía para obtener sus fines. Según el extracto de la letra que se verá a continuación, se puede interpretar que ellos, como parte que apoya a un sector concreto de la sociedad vasca (el independentista), ven el camino que hasta el año 2000 ha marcado la *izquierda abertzale* como referente. Si bien, también puede que se esté haciendo referencia al intento de encontrar un punto de entendimiento entre dos partes que, según su criterio y relato, están enfrentadas desde la noche de los tiempos, al instar –entendemos que a ETA– a la renuncia a las armas en una de las estrofas: "no olvides que hay gente detrás. Que sois un norte para crear la otra alternativa [...] quizá no quede otra solución, callar las armas no es renunciar a ser un pueblo libre, a ser un pueblo más"³⁹.

Una asignatura pendiente

*¡Tanto dolor! Tan estéril como feroz.
¡Tanto dolor! Tan inútil como brutal.
¡Tanto dolor! Tan vano como atroz.
¡Tanto dolor! Tan yermo como cruel.
Valor para recordar horrores,
abrir los libros de historia,
dejar espacio en la memoria
Y grabar a besos sus nombres.*

Local 9 "Valor para recordar", 2016

En conclusión, en este breve artículo se ha pretendido dejar constancia de la espontaneidad con la que ETA y su entorno han aparecido explícitamente en la música *underground* vasca. En muchos casos, como hemos podido comprobar, la postura de algunos músicos vascos, señalados explícitamente en el texto, coinciden con los postulados de la *izquierda abertzale*, que considera a sus militantes como mártires libertadores y padres de la patria. Aunque la presencia de miem-

bros de ETA en las canciones de rock vasco haya continuado hasta hace relativamente poco tiempo, siendo una constante y recurso revisitado por grupos como Esne Beltza, estas posturas han ido perdiendo peso desde la década de 1990 y los 2000. Sin duda, a esto contribuyó, entre otras cosas, el descenso de los casos de tortura y el debate sobre el uso de la violencia que se abrió en el seno de la *izquierda abertzale* tras los asesinatos de Miguel Ángel Blanco y la T-4 de Barajas.

Como se ha podido ver, las canciones tratan sobre temas que tienen demasiadas aristas. Aunque se hayan rescatado algunas canciones en las que se hacen referencia a ETA, condenándose sus acciones, no hay una sola canción de un grupo vasco en la que se haga referencia explícita a las víctimas, a diferencia de los victimarios, de los que, como se ha visto, hay bastantes referencias. Por tanto, se puede constatar que en la música rock vasca hay cierta invisibilidad de las víctimas del terrorismo de ETA, a las que no se las ha prestado atención. Esto se debe a que estamos ante un tema tabú para el rock, a diferencia de los temas que si se han tratado desde distintas perspectivas como son aquellos que apoyan/criticar los modelos de construcción nacional, hablan sobre las vías para la normalización política e incluso los que condenan los actos terroristas. Desde el anuncio del cese definitivo de la actividad armada por parte de ETA en 2011 hasta la actualidad, ni un grupo musical vasco ha elaborado canción alguna en honor de las víctimas. Tampoco es que los homenajes a estas hayan sido multitudinarios, musicalmente hablando. Han sido pocos, la verdad. Como ejemplo, cabe mencionar la canción “Valor para recordar” (2016) del grupo valenciano Local 9, en cuya letra se nombran personas fallecidas en atentados de la banda armada⁴⁰. Se abre, así, un debate en la actualidad que es muy interesante ¿deben tener los grupos de rock vascos algún gesto musical en el que muestren empatía con quiénes han sufrido la violencia terrorista o aún es demasiado pronto para llevar a cabo iniciativas de este tipo?

NOTAS

¹ Agradezco a Gaizka Fernández y Jesús Casquete todas las sugerencias que me han realizado para mejorar este artículo, por lo que asumo toda la responsabilidad de aquellas recomendaciones que me hayan propuesto y yo no haya recogido. El presente artículo es tan sólo un somero acercamiento a la problemática de cómo la música anti-sistema ha contribuido (in)conscientemente a la cultura de violencia y radicalidad. Una cuestión en la que estoy trabajando y espero poder continuar haciéndolo en un futuro próximo. Por tanto, debido a que se trata de una primera aproximación, para su realización he optado por un tono más distendido, menos académico, mezclando mis experiencias personales con hipótesis contrastadas por la historiografía. Si ello, pudiera generarles algún tipo de confusión, les ruego que me disculpen.

² A continuación, se cita algunos ejemplos de bibliografía sobre la historia de ETA. Por supuesto, no está toda, sólo una escueta selección que he considerado significativa para este trabajo, pero, evidentemente, hay muchas más obras que deberían ser citadas y, por ello, me excuso. De Pablo (2017). Fernández (2016 y 2012). Id. y López Romo (2012), Casquete (2009), Mees (2003), Domínguez (2003, 1998a, 1998b), Jáuregui (2000), Mata (1993) y Llera (1993).

³ Sobre la historia del RRV véase: Amo (2016), Atutxa (2014), Sáenz del Castillo (2013), López Aguirre (2011), Sáenz de Viguera (2007) y Porrah (2006). Desde un enfoque cruzado Herreros y López (2013), Weston (2011), Kasmir (2000) y Lahusen (1993).

⁴ Cicatriz (1986): “Desobediencia”, *Inadaptados*, Oihuka, Min. 1:37-1:44.

⁵ Rip (1987): “Odio a mi patria”, *No te muevas*, Basati, Min. 0:40-0:44. En la letra original publicada en Basati se señalaba “vivo con una idea fiel dar por culo a ya sabéis quien”, para evitar que la letra fuera censurada. Sin embargo, en los conciertos se cantaba “dar por culo a España y al rey”.

⁶ Piperrak (1996): “Okupados”, *Los muertos de siempre*, Discos Suicidas. Min. 1:00-1:24.

⁷ Portela (2016: 17).

⁸ Sobre la vampirización de espacios alternativos desde la perspectiva musical véase: Mota (2017a, 2017b y 2016).

⁹ Lahusen (1993: 269 y ss.).

¹⁰ Del Molino (2017: pos. 793, edición digital).

¹¹ Terradillos (2016).

¹² Portela (2016: 18).

¹³ Acerca del miedo en la sociedad vasca: Llera y Leonisio (2017: 9-50).

¹⁴ Pascual (2015: 67, 91, 218 y 272 y ss).

¹⁵ Sí hubo, por ejemplo, gestos importantes por parte del underground español. La banda madrileña Def Con Dos, liderada por el polifacético César Strawberry, solicitó expresamente tocar con un enorme lazo azul en el escenario del Doctor Music Festival de Lleida en julio de 1997 para expresar su contundente repulsa al asesinato de Miguel Ángel Blanco. “Entrevista a Daniel Amelang, abogado defensor de los Titiriteros presente en el juicio de César Strawberry, realizada por David Mota y Gerard Escuer”, 10-09-2016. Véase también Villanueva (19-07-2016).

¹⁶ Kortatu: “Hernani 15-VI-84”, *Kortatu*, Oihuka, 1985. La canción de Kortatu narra cómo dos miembros de ETA militar resultaron muertos en la madrugada del 15 de junio de 1984 durante una operación llevada a cabo por la Guardia Civil en la localidad guipuzcoana de Hernani. Según el diario *El País* durante la madrugada se produjo un tiroteo entre la Benemérita y el comando de ETA afincado en Hernani, teniendo como consecuencias: el arresto del jefe de la célula terrorista Jesús María Zabarte Arregui (*El Carnicero de Mondragón*), detenido tras ser disparado en una de sus piernas, y la muerte de Agustín Arregui Perurena y Juan Luis Elorriaga quienes opusieron resistencia armada y se enzarzaron en un juego de fuego cruzado hasta que la policía decidió poner fin al asunto lanzando una granada dentro del piso de la familia Miner en el que se habían atrincherado que acabó provocando un incendio que se cobró sus vidas. Jesús María Zabarte Arregui fue el responsable de 20 atentados y 17 asesinatos. Condenado a 615 años de prisión. La canción comenzaba con ruidos de pisadas, de personas marchando al frente de guerra, y un punteo de bajo tocando las notas del Eusko Gudariak. Posteriormente, iba adquiriendo a mayor ritmo y velocidad hasta llegar a la letra, donde la actuación de la policía es definida como salvaje: “un horrible sueño, mi cuarto en llamas, una granada, todo lo incendiaba. Entre las llamas, yo disparaba, sombras verdes acechaban. Ahora lo recuerdo, asesinos a sueldo. Buena recompensa por un etarra muerto”. Gastaminza (16-6-1984) y Silva (19-5-2002). En Alonso, Domínguez y García Rey (2010: 275-451) se recogen los asesinatos en los que participó Jesús María Zabarte.

- ¹⁷ Martín (2013a: 271 y 2013b: 67-82).
- ¹⁸ Etzakit: "Gaur", *Goiz edo noiz?*, Triki, 2000
- ¹⁹ Esne Beltza (2010): "Hogeï" y "Sonidero", *Noa*, Baga-Biga. Sobre los asesinatos cometidos por Kubati véase Alonso, Domínguez y García Rey (2010: 492, 591 y 656).
- ²⁰ Oliba Gorriak (2005): "Zehaztasuna eta zuhurtasuna", *Ogi gogorrari hagin zorrotza!*, Musikehria. Sobre la vida diaria de los militantes de ETA véase: Domínguez (2002).
- ²¹ Fernández (2016: 155-159).
- ²² Larzábal, Imanol (1975): "Txabi Etxebarrieta". Sobre Txabi Etxebarrieta véase Casquete (2009: 267-295).
- ²³ Sobre Txiki y Otaegi véase Casquete (2012: 430-443). Fernández (14-5-2017). Id. (2-10-2014).
- ²⁴ Urko (1978): "Gure lagunei", *Gure lagunei*, Novola..
- ²⁵ Skunk (1999): "Herbestaldia", *Enbata*, Esan Ozenki. Martín (2013b: 274).
- ²⁶ López Romo (2015: 81 y ss). Sobre la socialización del sufrimiento como estrategia de ETA véase: Avilés (2010: 35 y ss). Llera (2016: 65 y ss).
- ²⁷ Arteta (2010: 237).
- ²⁸ Eskorbuto (1986): "Haciendo Bobadas", *Anti-Todo*, Discos Suicidas.
- ²⁹ Hertzainak (1991): "Drogak AEKn", *Okena*, Oihuka.
- ³⁰ Asto Pituak (1999): "Altrabuces y consuegras", *Para bien o para mal somos así*, La Royal Rekors.
- ³¹ Sobre la *Kale Borroka*, véase Ruíz de Olabuénaga (2005). Para entender la cultura previa que da lugar a ciertos espacios de sociabilidad y cultura posteriores en los que se gesta y reproduce la *kale borroka*: Dávila y Amézaga (2003-2004: 213-231).
- ³² Bullaín (2013: 465-506 y 2011).
- ³³ Kinkinela (2004): "Indigesto por la paz", *Kinkinela*, Little Bitch Records.
- ³⁴ En Portela (2016: 27) se señala al respecto: "una de las consecuencias más graves de la indiferencia es la normalización y aceptación de la violencia; es decir, el asumir que es normal que algunas personas, debido a sus cargos políticos, su ocupación profesional, su ideología y/o clase social, hayan sido o sean el objetivo de ETA y de sus colaboradores. También significa aceptar que, debido a sus vínculos con la izquierda abertzale, sospechosos de pertenecer al entramado de ETA sean torturados".
- ³⁵ Lendaris Muertos (2008): "Fuimos ikastoleros", *Vine, vi y me vendí*, Gor.
- ³⁶ Benito Kamelas (1997): "Resiste", *Qué más da*, Subterráneo Records.
- ³⁷ Guenaga, Aitor (11-04-2015). Respecto a Imanol véase: Gómez (7-02-2010). Juaristi (2017: 153-160).
- ³⁸ Kortatu (1986): "Hotel Monbar", *El Estado de las cosas*, Oihuka. Sobre Kortatu y Negu Gorriak, véase Herreros y López (2013: 134 y ss.).
- ³⁹ Reincidentes (2000): "Un pueblo", *Y ahora qué*, RCA Records.
- ⁴⁰ Local 9 (2016): "Valor para recordar", *Sinergia*, Local 9.

BIBLIOGRAFÍA

De Pablo, Santiago (2017): *Creadores de sombras: ETA y el nacionalismo vasco a través del cine*, Madrid: Tecnos.

Fernández, Gaizka (2016): *La voluntad del gudari. Génesis y metástasis de la violencia de ETA*, Madrid: Tecnos. Id. (2012): *Historia de una heterodoxia abertzale. ETA político-militar, EIA y Euskadiko Ezkerra (1974-1994)*, Leioa: UPV-EHU. Id. y López Romo, Raúl (2012): *Sangre, votos, manifestaciones: ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*, Madrid: Tecnos.

Casquete, Jesús (2009): *En el nombre de Euskal Herria. La religión política del nacionalismo vasco radical*, Madrid: Tecnos.

Mees, Ludger (2003): *Nationalism, Violence and Democracy: The Basque Clash of Identities*, New York: Palgrave MacMillan.

Domínguez, Florencio (2003): *Las raíces del miedo: Euskadi, una sociedad aterrorizada*, Madrid: Aguilar. Id. (1998): *ETA: estrategia organizativa y actuaciones 1978-1992*, Bilbao: UPV-EHU. Id. (1998): *De la negociación a la tregua: ¿el final de ETA?*, Madrid: Taurus.

Jáuregui, Gurutz (2000): "ETA, orígenes y evolución ideológica y política", en Elorza, Antonio (coord.): *La historia de ETA*, Madrid: Temas de Hoy, pp. 125-180 y ss.

Mata, José Manuel (1993): *El nacionalismo vasco radical: discurso, organización y expresiones*, Bilbao: UPV-EHU.

Llera, Francisco J. (1993): "ETA: From Secret Army to Social Movement-the Post Franco Schism of the Basque Nationalist Movement", *Terrorism and Political Violence*, vol. 5, pp. 106-134.

Amo, Ion Andoni del (2016): *Party & Borroka. Jóvenes, músicas y conflictos en Euskal Herria*, Tafalla: Txalaparta.

Atuxa, Ibai (2014): *Sabotajes de la cultura vasca. Acerca de la nación encima del canon y hacia una nación-otra bajo tachadura*, Valencia: Universitat de Valencia.

Sáenz del Castillo, Aritza (2013): "Jaungoikoak lehendakari babes dezala! Euskal Herriko rock erradikaleko erretorikaren interpretazio libertarioa", *Sancho el sabio* (36), pp. 117-139.

López Aguirre, Elena (2011): *Historia del Rock Vasco. Edozein Herriko Jaixetan*, Vitoria-Gasteiz: Aianai.

Sáenz de Viguera, Luis (2007): *Dena Ongi Dabil! ¡Todo va Dabuten! Tensión y heterogeneidad de la cultura radical vasca en el límite del Estado democrático (1978-...)*, Durham: ProQuest.

Porrah, Huan (2006): *Negación punk en Euskal Herria*, Tafalla: Txalaparta.

Herreros, Roberto y López, Isidro (2013): *El Estado de las cosas de Kortatu. Lucha, fiesta y guerra sucia*, Madrid: Lengua de Trapo.

Weston, Donna (2011): "Basque Pagan Metal: View to a Primordial Past", *European Journal of Cultural Studies*, vol. 14, 1, pp. 103-122.

Kasmir, Sharryn (2000): "From the Margins: Punk Rock and the Repositioning of Ethnicity and Gender in Basque Identity", en Douglass William (ed.): *Basque Cultural Studies*, Reno: University of Nevada, pp. 178-204.

Lahusen, Christian (1993): "The Aesthetic of Radicalism: The relationship between Punk and the Patriotic Nationalist Movement of the Basque Country", *Popular Music*, vol. 3, 12, pp. 263-280.

Portela, Edurne (2016): *El eco de los disparos. Cultura y memoria de la violencia*, Barcelona: Galaxia Gutenberg.

Mota, David (2016): "The future is now. De cómo se instrumentalizó el movimiento musical underground vasco en la década de 1980", *Grand Place*, 6, pp. 103-116. Id. (2017): "La música underground vasca en la década de los 90. La hegemonía del rock político y su eclipse a otras escenas musicales", *Vegueta. Anuario de la Facultad de Geografía e Historia*, 17, pp. 515-543. Id. (2017): *Los 40 Radikales. Un recorrido por la música contestataria vasca y otras escenas musicales estatales: origen, estabilización, dificultades (1980-2015)*, Bilbao: Ediciones Beta.

Del Molino, Sergio (2017): *La mirada de los peces*, Madrid: Random House, pos. 793 (edición digital)

Terradillos, Ana (2016): *Vivir después de matar: Los terroristas de ETA que dejaron las armas cuentan por primera vez su historia*, Madrid: Esfera de los Libros.

Llera, Francisco J. y Leonisio, Rafael (2017): "La estrategia del miedo. ETA y la espiral del silencio en la sociedad vasca", *Informe del centro memorial de las víctimas del terrorismo*, 1, pp. 9-50.

Pascual, Jakue (2015): *Movimiento de Resistencia. Años en Euskal Herria. Contexto, crisis y punk*, Tafalla: Txalaparta.

Villanueva, N.: "La Audiencia absuelve al cantante de Def Con Dos de enaltecimiento a ETA y a los GRAPO en Twitter", *ABC*, 19-07-2016. http://www.abc.es/cultura/abci-audiencia-absuelve-cantante-enaltecimiento-y-grapo-twitter-201607191235_noticia.html

Gastaminza, Genoveva: "Dos etarras muertos y otro detenido en un espectacular enfrentamiento con la Guardia Civil en Hernani", *El País*, 16-6-1984, https://elpais.com/diario/1984/06/16/espana/456184805_850215.html.

Silva, Lorenzo: "La ingratitud del joven Miner", *Crónica-ElMundo*, 344, 19-5-2002, <http://www.elmundo.es/cronica/2002/344/1021884822.html>.

Alonso, Rogelio; Domínguez, Florencio; García Rey, Marcos (2010): *Vidas rotas. Historia de los hombres, mujeres y niños víctimas de ETA*, Madrid: Espasa, pp. 275-451.

Martín, Joseba (2013): *El Rock de las noticias. La actualidad y sus canciones: de la tradición anglosajona al caso vasco*, Leioa: UPV-EHU, p. 271. Id. (2013): "Las noticias sobre ETA en la música vasca (1972-2012). El rock como documentación informativa", *Mediatika*, 14, pp. 67-82.

Domínguez, Florencio (2002): *Dentro de ETA. La vida diaria de los terroristas*, Madrid: Aguilar.

Casquete, Jesús (2012): "Gudari eguna", en Casquete, Jesús et al.: *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco*, Madrid: Tecnos, pp. 430-443.

Fernández Soldevilla, Gaizka: "Cacereños", *El Correo*, 14-5-2017. Id., "Vampirización de símbolos ¿Cómo se apropió HB de la conmemoración del fusilamiento de Txiki y Otaegi?", *La Tribuna del País Vasco*, 2-10-2014, en <http://latribunadelpaisvasco.com/not/1880/vampirizacion-de-simbolos-como-se-apropio-hb-de-la-conmemoracion-del-fusilamiento-de-lquo-txiki-rdquo-y-otaegi-/>.

López Romo, Raúl (2015): *Informe Foronda. Los efectos del terrorismo en la sociedad vasca*, Madrid: Catarata.

Avilés, Juan (2010): *El terrorismo en España: de ETA a Al Qaeda*, Madrid: Arco Libros.

Llera, Francisco J. (2016): *Las elecciones autonómicas en el País Vasco 1980-2012*, Madrid: CIS.

Arteta, Aurelio (2010): *El mal consentido. La complicidad del espectador indiferente*, Madrid: Alianza.

Ruiz de Olabuénaga, José Ignacio (2005): *Kale Borroka. Violencia juvenil vasca*, San Sebastián: Delta.

Dávila, Paulí y Amézaga, Josu (2003-2004): "Juventud, identidad y cultura: el rock radical vasco en la década de los 80", *Historia de la educación: revista interuniversitaria*, 22-23, pp. 213-231.

Bullain, Iñigo (2013): "Aproximación a la Violencia Política en el País Vasco. Perspectivas de una Justicia Restaurativa para Euskadi", *Oñati Socio-Legal Series*, 4 (3), pp. 465-506. Id. (2011): *Revolucionarismo patriótico. El Movimiento de Liberación Nacional Vasco: Origen, ideología, estrategia y organización*. Madrid: Tecnos, 2011.

Guenaga, Aitor: "Entrevista a Fermín Muguruza, músico: una manera de sobrevivir es seguir creando y siendo activistas", *eldiarionorte.es*, 11-04-2015, recurso disponible en: www.eldiario.es/norte/cultura/Kortatu-The_Clash-musica-ETABlack_is_Beltza_0_376212445.html.

Gómez, Javier: "Homenaje/El cantautor vasco maldito. Perseguido hasta en la tumba", *Crónica* (747), 7-02-2010, en www.elmundo.es/supementos/cronica/2010/747/1265497204.html.

Juaristi, Felipe (2017): "Imanol: unos años después", *Grand Place*, 7, pp. 153-160.

DEL 1 al 10 DE OCTUBRE: DE LA CONSULTA ILEGAL A LA PROCLAMACIÓN DE LA REPÚBLICA CATALANA

LUIS ROCA JUSMET

En Cataluña hemos vividos dos jornadas muy significativas. La primera, el domingo 1 de octubre, es la de la consulta ilegal convocada por la Generalitat, reprimida duramente por la Guardia Civil y la Policía Nacional. La segunda, el domingo 8 de octubre. El significado político de cada una es opuesto; son dos movilizaciones políticas de signo contrario. La primera es a favor del *procés*; y la segunda, en contra. Este significado es, ciertamente ambiguo en el primer caso. Lo es porque se ha conseguido agrupar a los que quieren un referéndum y a los que protestan por la prohibición. Pero el noventa por ciento de los que votaron lo hizo por el sí, y la misma campaña por el referéndum era una campaña por el sí. Lo cual quiere decir que los que fueron a votar diciendo que era una movilización política contra el PP se equivocaron; era un apoyo a la consulta y, por tanto, al *procés*. A partir de la manera como desarrolló la jornada, se desencadenaron una serie de efectos políticos que analizaré. La convocatoria de la manifestación del 8 de octubre tiene también que ver con ello: es un efecto. Lo que voy a hacer en este artículo es analizar el día D (el desarrollo de la consulta ilegal sobre la independencia) y sus efectos

durante una semana. Uno de ellos ha sido la movilización de 8 de octubre.

Entender lo que ha pasado el 1 de octubre en Cataluña requiere un determinado método que consiste en no quedarse en las imágenes de los hechos, sino en el proceso en que se insertan. Quedarse en las imágenes congeladas de los hechos es el error que genera todos los malentendidos. Pero en una sociedad como la que vivimos, en la que los *mass media* manipulan estas imágenes al servicio de un determinado relato es todavía más claro. Hay que añadir a todo ello las imágenes reales y falsas que circulan por internet para tener una idea de lo que ocurre en un contexto polémico.

El esfuerzo por decir cuáles son los hechos que ocurrieron. Esto ya es, de entrada, imposible, porque las informaciones son muchas y todas parciales. Pero lo intentaré.

La segunda cuestión es que, una vez realizada una descripción aproximada de los hechos, analizar como los inscribe el secesionismo en su propio relato y la legitimación de su apuesta final, que es la Declaración Unilateral de la República catalana independiente.

Quiero aclarar que el secesionismo es, bajo mi punto de vista, la culminación del pujolismo. Esto lo explicaré en el punto „Las causas“. He de decir que mi planteamiento sigue el análisis riguroso, preciso y profundo que hace Martin Alonso en los tres tomos de su libro *Cataluña: del éxito al éxtasis*¹.

La otra cuestión que quiero plantear es que en este análisis político intento ser objetivo, pero no neutro. Con esto quiero decir que intento explicar e interpretar los hechos de la manera más objetiva posible. Pero siempre se sitúan en un relato y este relato está condicionado por la perspectiva política de la izquierda democrática y reformista. Para mí la izquierda es, por definición, opuesta al nacionalismo. En este sentido me permito aconsejar la lectura de un libro de Félix Ovejero² y la magnífica conversación entre Miguel Candel y Salvador López Arnal³.

Se trata, por tanto, de situar lo que ocurrió el 1 de octubre en el proceso del que forma parte, es decir, de sus causas y efectos. Causas y efectos siempre complejos, por supuesto, y basado en la interacción de diversos factores condicionantes.

El contexto

Las élites político-culturales catalanas quieren un Estado y por esto piden un referéndum, porque no pueden declarar la independencia de manera unilateral. Saben que aceptar el referéndum es aceptar la soberanía de los catalanes y la posibilidad de la secesión. Saben que si se prohíbe, como no puede ser de otra manera en la situación actual, puede alimentar más la demanda del supuesto *derecho a decidir* (que no existe en ningún Estado ni cómo derecho político ni legal).

Hay, por supuesto, un movimiento popular de masas detrás de estas demandas.

Este movimiento se basa en varios sentimientos. Pasiones, que diría Spinoza. Uno es el de la indignación, basada en el odio al PP. Otro es el desprecio hacia todo lo español. La venganza de quién se considera agraviado y humillado. Luego la esperanza, basada en la ilusión de una República independiente que resolverá nuestros problemas cotidianos. Finalmente el narcisismo de las pequeñas diferencias, como diría Freud. Hay aquí algo de supremacista, de quién se considera superior. En este caso, por ser catalán. Pasiones muy ligadas a cualquier movimiento nacionalista. Un movimiento que parte de la interiorización de un relato que desde décadas han elaborado y difundido las élites político-culturales catalanas: Cataluña contra España. La Cataluña moderna contra la España rancia que nos coloniza culturalmente, que nos ocupa políticamente y nos explota económicamente. Un relato basado en falsedades y distorsiones. El movimiento tiene algo de totalitario porque es excluyente, porque acaba considerado „pueblo“ a quién se identifica con el relato.

Es la ideología hegemónica. Ahora, por puro mimetismo, una buena parte de los catalanes, aceptan el discurso cotidiano de los ideólogos nacionalistas. Se basa en mentiras.

Dice que se ha eliminado la autonomía, cuando han sido los parlamentarios secesionistas (que representan a un 47 % de los votantes y a una tercera parte de los catalanes) los que se han cargado las instituciones autonómicas aprobando, de manera opaca y acallando a la oposición, leyes contra la Constitución y el Estatuto de Autonomía

y han cerrado el Parlament. No se ha eliminado ningún derecho básico ni libertad fundamental. Todas las acciones van contra el referéndum. Así y todo, se está haciendo propaganda institucional y no-institucional por el referéndum-Sí. Lo digo junto, porque la campaña es la misma y la hacen los mismos. No hay Estado de excepción en Cataluña ni nada que se le parezca.

El PP es un partido liberal conservador. Bastante corrupto (como CDC, el partido que dirige el movimiento secesionista) y que respira nacionalismo español. Pero los argumentos que están dando para parar el referéndum no son desde el nacionalismo español, sino desde el Estado de derecho. Y la Constitución en la que se basa este Estado de derecho no es neofranquista, sino producto de una ruptura con el franquismo. La elaboraron liberales, democatacristianos, socialistas y comunistas. Bastante aceptable, aunque debe revisarse y mejorarse. El PP ha actuado tarde y bastante mal, pero no ha eliminado ni libertades ni derechos básicos en Cataluña. Y hay que apoyar al Estado de derecho frente a un referéndum ilegal y sin garantías democráticas mínimas que quiere imponer a los catalanes una ruptura con España de imprevisibles consecuencias.

La izquierda que se presenta como radical, la de Unidos Podemos y, todavía peor en Cataluña, En Comú Podem, es absolutamente miope. Como dice el viejo dirigente catalán de CCOO y del PCE-PSUC, Paco Frutos, están haciendo de „palanganeros“ del nacionalismo. Joan Coscubiela habló claro en el Parlament, pero sus colegas le llamaron al orden. El enemigo es el PP, le dijeron.

El Día D: 8 de octubre de 2017

La jueza del TSJC da la orden a los Mossos d'Esquadra, como policía judicial, de precintar los presuntos colegios electorales antes de las seis de la mañana. Los Mossos d'Esquadra pasean por los colegios electorales ocupados, toman nota, pero no intervienen. Parece ser que en más de 200 colegios electorales los Mossos piden la colaboración de la Policía Nacional y la Guardia Civil. El portavoz de la Generalitat, Jordi Turull lo niega, pero el delegado del Gobierno, Enric Millo, muestra los mensajes. Lo cierto es que a partir de entonces se moviliza la Policía Nacional y la Guardia Civil. La cuestión es que hay escuelas y otros centros públicos abiertos, muchos de ellos ocupados, en los que se empiezan a votar. Parece el juego del gato y el ratón. Las mesas electorales improvisadas, los servicios informáticos cortados durante el tiempo que tardan en arreglarlos... Se declara el censo universal, que quiere decir que cualquiera puede votar en cualquier sitio.

La verdad es que fue a votar mucha gente que no era independentista, que ni siquiera apoyaba la consulta. Fue consecuencia del error político de convocar a votar como expresión de una movilización política contra Rajoy. Los que convocaron en estos términos fueron Podem y los Comunes. Es el conglomerado del grupo parlamentario de Catalunya Si Que Pot, los Comuns, Ada Colau y su Barcelona en Comú. Podem, Iniciativa/Verds, Esquerra Unida i Alternativa. Doble error. El primero no entender que la responsabilidad de la deriva secesionista la tiene el nacionalismo catalán. La segunda es que ir a votar no es un acto de protesta política, sino

un apoyo al referéndum ilegal convocado para declarar la independencia de manera unilateral.

El ambiente se va caldeando. La PN y la GC entran para sacar a la gente que se resistía pacíficamente. Pero como decía el oficial de los Mossos d'Esquadra que fue entrevistado por Évole hace años para justificar el desalojo de los indignados de la Plaza Cataluña: la resistencia nunca es pacífica. Si se quiere desalojar hay que utilizar la violencia contra esta resistencia. Pero esta vez los Mossos tenían órdenes de no intervenir, porque sus mandos querían que se celebrara el referéndum.

¿Se pasaron los policías ? Sí, en muchos sitios. ¿Contra gente pacífica? No, siempre. En cierta forma, les tendieron una trampa. Los recibieron mal, con insultos en muchos casos. En otros los acorralaron. Lo cual no justifica la violencia que desplegaron en muchas ocasiones. Pero se ha magnificado esta violencia todo lo que se ha podido y se ha usado para criminalizar a las Fuerzas de Seguridad del Estado.

Han circulado por Internet imágenes verdaderas e imágenes falsas. La Generalitat habla de 900 heridos, cuando las cifras oficiales no llegan a 200.

Los efectos políticos: acción y reacción

Se denomina "espiral de acción-reacción-acción". ETA la adoptó en su IV Asamblea (1965), pero la estrategia es anterior y la han utilizado movimientos de diferente signo político, aunque todos antisistema. En pocas palabras, se trata de provocar a las FCSE: realizar

acciones ilegales que inciten una represión policial desproporcionada, que sufra la mayor cantidad de población posible. Cuanto peor, mejor. A poder ser con fotos impactantes que reflejen el sufrimiento de seres humanos con los que sea fácil empatizar, como está pasando ahora. De esa manera, se pone en marcha una espiral de imprevisiblemente trágicas consecuencias y se consigue indignar y exaltar a la ciudadanía, que pronto olvidará quién es el auténtico responsable del desaguado y le echará toda la culpa al Estado de turno. Transferencia de la culpabilidad, se llama el proceso. A esas alturas dará igual: la espiral ya habrá derivado en una tragedia... productiva. Veo las imágenes en la televisión y no puedo evitar pensar en quienes, desde sus cómodos y seguros despachos, cobrando astronómicos sueldos de dinero público, han diseñado la estrategia de acción-reacción para provocar un dolor que beneficie su particular causa política. Y en sus populistas compañeros de viaje, que están convencidos de que cualquier desastre es legítimo si debilita al Gobierno. También pienso en quienes, desde otros despachos oficiales, sesteando, han obviado las enseñanzas de la historia, cayendo en la trampa. Una tormenta perfecta.

Gaizka Fernández Soldevila

Valga esta introducción del joven y comprometido historiador vasco para referirnos a lo que se ha cocido a partir de aquí por los dirigentes secesionistas catalanes al servicio de su objetivo: la Declaración Unilateral de Independencia y la proclamación de una República catalana reconocida por la Unión

Europea. Seleccionar las fotos más significativas para el relato victimista y situarlas en el discurso nacionalista contra las fuerzas de ocupación españolas. El propósito es movilizar a partir de la denuncia de la violencia ejercida el 1-O contra las FSE, denunciándolas como fuerzas de ocupación y tener al máximo de masas movilizadas cuando declare unilateralmente la República catalana. TV3 es una fuente permanente de agitación y propaganda.

Los hechos se magnifican en sentido victimista, al servicio de la causa independentista. Hay que idealizar a los Mossos y criminalizar a las FSE.

Se convocan manifestaciones y, el martes 10, una „parada de país“ en las que se insta a los funcionarios a cerrar los centros sin servicios mínimos y sin descuento para los funcionarios. Se dan los resultados del pseudoreferéndum (sin mesas, sin censo, sin ordenadores, sin urnas homologadas) que ni los más incautos se pueden creer): un 41 % de votantes con un 90 % que dice sí. Que, aun suponiendo que fuera cierto, querría decir que el 36 % ha dicho sí. Hay que tener en cuenta que los que no aceptaban la consulta ilegal llamaban a no votar, no a decir no. La Generalitat tiene en sus manos la preciosa arma del relato del 1-O para predisponer a los países de la Comunidad europea en su favor. Rajoy ha caído en su trampa y le ha hecho un gran favor. Ada Colau llega a decir que la intervención de la Policía Nacional y la Guardia Civil el 8 de octubre fue un golpe de Estado. El colmo del delirio y de la impostura.

La acción ofensiva del secesionismo tiene una reacción. El discurso de Felipe VI, Jefe de Estado. El discurso del Rey no es concilia-

dor. Plantea que hay unos dirigentes políticos catalanes que se han saltado la línea roja y hay que pararlos. El discurso tranquiliza a los catalanes que no están por la independencia, y que tampoco entran en su juego. Recibe todas las críticas de los secesionistas y sus compañeros de viaje (Los Comunes y Unidos Podemos) porque dicen que toma partido y no es neutral, como si defender el Estado de derecho frente a un golpe de Estado institucional fuera parcial.

Está claro que la ofensiva la siguen llevando los secesionistas. Puigdemont, en un igualmente poco conciliador critica sin reservas al Jefe de Estado, planteando que va a seguir „la ley catalana“, es decir la Ley de transitoriedad, ampliamente cuestionada como un engendro jurídico bastante totalitario, y que después de dar a conocer los resultados del referéndum y dado que ha ganado el sí, se hará la Declaración Unilateral de Independencia. El cambio de varias entidades financieras y empresas importantes del domicilio social genera inquietud a la propia Generalitat sobre los efectos económicos que puede tener la DUI. Se intuyen, aunque no se explicitan, grietas en el Govern. Lo que está claro es que Puigdemont y sus fieles, la fanática Carme Forcadell y, sobre todo, la CUP está por la Declaración Unilateral de Independencia. El ex-Conseller de Ecoomia, Andreu Mas-Colell y el propio Mas han expresado sus dudas. Puigdemont se mantiene, pero se habla de DUI diferida, simbólica.

Parece que las cartas están echadas. Porque el gobierno parece también decidido a aplicar el artículo 155.

En Europa los secesionistas han ganado muchos puntos con el relato y las imágenes

del 8 de octubre. Pero los Estados europeos continúan defendiendo la legalidad democrática y, por tanto, al gobierno de Rajoy. Lo que sí han conseguido es una llamada a solucionar el problema, „no con violencia, sino con diálogo“.

El sábado 7 de octubre se convocan concentraciones en los ayuntamientos catalanes con banderas blancas llamando al diálogo. Estas concentraciones son apoyadas por los comunes y el PSC. Lo que ocurre es que la llamada al diálogo no deja de ser una ilusión.

El gobierno español quiere diálogo, pero volviendo a la legalidad y renunciando a la DUI. La Generalitat quiere dialogar sobre las condiciones de la ruptura. Está claro que el diálogo es imposible en estos momentos. De esta forma la llamada al diálogo es un espejismo.

La manifestación del 8 de octubre

La manifestación convocada el 8 de octubre, bajo el lema „tornar al seny“ (volver al sentido común) es, en parte, otra consecuencia de lo que pasó el 1 de octubre. Digo en parte, porque era una convocatoria pendiente de Societat Civil Catalana (SCC). En realidad, si el 1 de octubre era una movilización de apoyo al „procés“ (aunque los comuns quisieran darle otro sentido) la del 8 de octubre era todo lo contrario, por lo que la sitúo en esta dinámica de acción-reacción.

Societat Civil Catalana fue, desde el principio, una organización polémica. En parte por la campaña nacionalista de „los colores“, que quiere decir pintar negativamente todo lo que se opone. En parte porque su principal dirigente estaba muy vin-

culado a la derecha. Pero la presencia de Joaquim Coll como vice-presidente le daba otro aire. Coll era un estudioso del catalanismo, militante del PSC. En todo caso hay en su Junta Directiva, una vez los dos anteriores han desaparecido como figuras visibles, dos miembros del PSC. Uno, Xavier Marín, representante del ala interna Roj@s. El otro, Álex Ramos, responsable del área de Salut de Barcelona, es el portavoz de SCC. Al mismo tiempo Federalistas d'Esquerra, que había surgido como alternativa federalista crítica del nacionalismo, ha pasado a un papel puramente testimonial. Concordia Cívica, que surgió como alternativa en torno a la prestigiosa catedrática Teresa Freixas, tampoco se ha cuajado. Esto convierte en SCC en una organización transversal que podía ser paralela a l'Assemblea Nacional Catalana (ANC).

La manifestación es masiva. Más de 600.000 participantes si buscamos la vía media entre lo que dicen los convocantes (950.000) y lo que dice, con evidente ánimo de minimizar, la Policía Municipal (350.000). Viene gente de fuera de Cataluña, en autocares y trenes. Pero está claro que, tirando alto, los que llegan de fuera de Cataluña no pueden llegar ni al 5% de los manifestantes (12.000). Viene gente los barrios periféricos de Barcelona (aunque también de los medios y altos), del cinturón industrial y, menos de otras zonas de Tarragona y Lérida (o incluso del territorio comanche nacionalista, Girona.). La manifestación está llena de banderas españolas (aunque constitucionales), aunque hay muchas *senyeras* y banderas de la Unión Europea. Marginalmente, republicanas y „aguiluchos“. En cierta forma, parece un retorno de lo reprimido (que diría

Freud): la gente quiere expresar este imaginario españolista tanto tiempo también oculto. Viene a ser casi „una salida del armario“. Se pone de manifiesto esta fractura social de la sociedad catalana.

La sesión parlamentaria del 10 de octubre

La sesión parlamentaria del 10 de octubre es el definitivo efecto político de la consulta ilegal del 10 de octubre. El contexto es en parte desfavorable, porque van aumentando el número de empresas que hacen pública su voluntad de cambiar de domicilio social. También la manifestación del 8 de octubre, por mucho que la ningunee, da una medida de que existe una parte muy importante de la sociedad catalana que se movilizará en contra de cualquier declaración de Independencia. Pero, sobre todo, porque a pesar de la jugada del efecto 1 de octubre, ningún Estado europeo manifiesta ninguna voluntad de reconocimiento si el Parlament da el paso.

Puigdemont, President de la Generalitat, recibe muchas presiones. A nivel internacional, según parece, muchas personalidades le instan a que solicite una mediación antes de la DUI. Dentro del propio bloque soberanista existen contradicciones importantes. Por un lado, un sector importante de pesos pesados de PdeCat como Mas o Mas-Colell, muestran escepticismo respecto a la posibilidad de esta Catalunya independiente. Es posible que sectores de PdCat, parlamentarios de JxS, le dijeran a Puigdemont que no le apoyarían. Por otra parte, la presión de la mayoría de JxS y, sobre todo y de manera muy beligerante de la CUP de que hiciera una Declaración Unilateral de Independen-

cia, según lo formulado en la Ley de Transitoriedad, una vez se supiera el resultado del referéndum.

La declaración de Puigdemont es de una ambigüedad calculada. En primer lugar, declara la república catalana y, seguidamente la suspende para abrir un tiempo de diálogo. Pero es que, además, tampoco hay aprobación parlamentaria. Inés Arrimadas (Ciutadans) y Miquel Iceta (PSC) con recorridos y estilos diferentes, plantearán la misma alternativa: unas elecciones autonómicas anticipadas. Sobre la base, por supuesto, de una crítica clara al discurso de Puigdemont. Lluís Rabet, de Catalunya Sí Que Pot, mostrará una vez más su claudicación frente a la ofensiva secesionista. La CUP expresará su malestar de una forma inequívoca: acusa a Puigdemont de claudicación y de deslealtad. Posteriormente hay un acto, fuera de la sesión parlamentaria pero en el Parlament, en la que participarán los miembros de JxS (incluyendo al President, el Vicepresident Junqueras y la Presidenta del Parlament, Carme Forcadell) y Anna Gabriel, en representación de la CUP. En este documento se expresa el compromiso por hacer efectiva la República catalana. Quim Arrufat, en nombre de la CUP, dará una rueda de prensa en la que manifiestan su ruptura de JxS y su decisión de llevar la lucha a la calle.

Este es el final de estos diez días de alta tensión política en Cataluña. De la consulta ilegal (con una participación, calculada en términos más que cuestionables) en la que el 30 % de los catalanes votan por la DUI, a la proclamación de la República catalana. Aunque sea en diferido, es evidente que se ha declarado de una manera que se abre un horizonte de total incertidumbre. Con la falsa

expectativa de un diálogo posible que, a todas luces resultará imposible. Lo será porque el diálogo que quiere establecer Puigdemont es el de las condiciones de la Independencia. Y el que quiere establecer Rajoy. Presidente del Gobierno, es el de competencias y financiación. El supuesto mantra que solucionaría todo el conflicto catalán, según Pablo Iglesias y afines (incluida Ada Colau) es el de

un referéndum legal y pactado. Sin entrar en la idoneidad de esta apuesta (que no comparto) es evidente que ni uno ni otro lo aceptarían hoy como una solución. Puigdemont porque ya ha dado por buena la consulta ilegal y su colofón, la República catalana. Rajoy porque no osaría cuestionar (ni frente a su partido ni sus votantes) la Unidad de España.

NOTAS

- ¹ ALONSO, Martín *Del éxito al éxtasis 1. La génesis del problema social* Barcelona, El Viejo Topo, 2014
Del éxito al éxtasis 2. la intelectualidad del proceso Barcelona, El Viejo topo, 2015
Del éxito al éxtasis 3. Impostura, impunidad y desestimiento. Barcelona, El Viejo Topo, 2017.
- ² OVEJERO, Félix *La seducción de la frontera* Barcelona, Intervención cultural, 2016
- ³ CANDEL, Miguel, LÓPEZ ARNAL, Salvador *Derechos torcidos* Barceloan, El Viejo Topo, 2017

GERNIKA, DE CIUDAD MÁRTIR A SÍMBOLO DE LA PAZ: TREINTA AÑOS DE CONMEMORACIONES DEL BOMBARDEO, 1987-2017

JESÚS ALONSO CARBALLÉS

El 26 de abril de 1937 sigue marcado a fuego en la memoria de la población de la localidad de Gernika. Esa tarde, la Legión Cóndor bombardeó durante más de tres horas la villa foral, provocando un elevado número de muertos y heridos, la destrucción de más del ochenta por ciento de su casco urbano y el éxodo de centenares de personas que lo perdieron todo ese día¹. Ochenta años más tarde, la destrucción de la ciudad desde el aire sigue ocupando un lugar de excepción en la historia y en la memoria de la Guerra Civil, por numerosas razones que trascienden el propio acontecimiento. Su condición de símbolo de las libertades vascas, el desmentido de las autoridades franquistas, seguido de la polémica en torno a la autoría, la cuestión de las responsabilidades y la repercusión internacional de la obra maestra de Pablo Picasso, son algunos de los factores que han contribuido de forma determinante a la difusión y proyección de la destrucción de la villa foral y a su transformación en símbolo universal. Como apuntó Ludger Mees:

Gernika es probablemente el lugar de la memoria vasco *par excellence*. No existe ningún otro lugar, ni perso-

naje, ni símbolo en la memoria colectiva de los vascos que haya alcanzado una presencia tan importante como ha tenido y sigue teniendo esta pequeña población vizcaína ubicada a una distancia de unos 30 kilómetros de la capital, Bilbao².

Es sabido que el bombardeo y posterior ametrallamiento de los habitantes de la villa, más allá de los supuestos objetivos militares avanzados por los franquistas —el puente de Rentería y las fábricas de armamento quedaron intactos—, tenían como objetivo fundamental aterrorizar a la población civil y contribuir así a doblegar la resistencia republicana vasca y precipitar a la población hacia la resignación. A pesar de estos antecedentes o, quizás, precisamente por ellos, buena parte de la población civil de Gernika ha obrado de forma continuada para que la villa ocupe un lugar de excepción como símbolo universal de la paz.

El recuerdo individual del 26 de abril de 1937 ha estado siempre presente entre las personas que sufrieron directamente la destrucción de la ciudad y la muerte de sus familiares, pero su incorporación progre-

siva a la memoria colectiva de la sociedad vasca sólo pudo iniciarse tras la muerte del dictador y el desmontaje progresivo del mito franquista de la destrucción republicana de la localidad. Desde entonces, las conmemoraciones y los monumentos erigidos en la localidad han jugado un papel esencial en la consolidación y orientación de esa memoria colectiva a cuya evolución vamos a asomarnos en las páginas siguientes.



La dimensión colectiva del recuerdo de la destrucción de la ciudad comienza a gestarse en buena medida a mediados de los años ochenta en el marco del quincuagésimo aniversario del conflicto bélico. En abril de 1987 se produjo la primera gran conmemoración

institucional y popular del bombardeo. Previamente, a mediados de 1985, el Departamento de Cultura y Turismo del Gobierno Vasco había puesto en marcha un *Comité organizador de los actos conmemorativos del 50 aniversario del bombardeo de Guernica* con el objetivo de programar y organizar los eventos que iban a desarrollarse en dicha efeméride. Impulsado por el ejecutivo vasco e integrado además por un representante de cada una de las tres Diputaciones vascas y del Ayuntamiento de la villa foral, este comité puso de manifiesto desde los primeros intercambios de ideas la necesidad de apoyarse en dicha conmemoración en términos de proyección internacional de la sociedad vasca. Así aparecía recogido ese espíritu en las notas de la primera reunión de contacto mantenida en junio de 1985:

El 26 de abril de 1987 se cumplen 50 años del bombardeo de Guernica. El Gobierno Vasco y las Diputaciones Forales pretenden conmemorar el acontecimiento presentando a Guernica, corazón de Euskadi, como símbolo de paz y futuro. Para ello se pretende organizar una serie de actividades que realcen el aniversario y difundan a nivel mundial una imagen de Euskadi diferente a la que habitualmente se propaga³.

La última frase es particularmente reveladora del peso que tuvo el terrorismo que entonces asolaba Euskadi, en la configuración y orientación de la recuperación del pasado en clave de paz y de porvenir. Entre las propuestas planteadas informalmente en ese primer encuentro encabezaba la lista la realización de un “complejo monumen-

tal creado por Eduardo Chillida y Luis Peña Ganchegui conjuntamente”⁴. Posteriormente, en una reunión celebrada el 26 de febrero de 1986, se manifestó que el proyecto estaría a cargo exclusivamente de Chillida y se planteó claramente que el monumento debía constituirse como “un símbolo del avance de un pueblo hacia el progreso”⁵. El recuerdo del pasado se planteó entonces al servicio del futuro. También se avanzaron entonces diversas proposiciones de contenido cultural como la elaboración de un largometraje, la creación de una ópera, la actuación de diversas orquestas sinfónicas, incluida la Filarmónica de Berlín, además de la organización de unas jornadas sobre la paz a las cuales se invitaría al “máximo número posible de Premios Nobel de la Paz”. El documento preparatorio se cerraba, ya entonces, con la sugerencia del traslado temporal del “Guernica” a Euskadi en algún momento del año conmemorativo⁶.

Aunque, como es bien sabido, el cuadro no abandonaría el Casón de Buen Retiro, sí que se materializaron una parte significativa de estas propuestas encaminadas a ensalzar el cincuentenario del bombardeo. El teatro Arriaga de Bilbao fue el escenario elegido para el estreno de la ópera *Gernika* de Francisco Escudero García de Goizueta, el “Maestro Escudero”, el 25 de abril de 1987. La película *Lauxeta* del realizador José Antonio Zorrilla, se inspiró de la destrucción de la ciudad, centrandolo su objetivo en recuperar de forma sensible la trágica trayectoria de las víctimas de la guerra, incluida la del destacado poeta que daba el título a la cinta⁷. La víspera del aniversario del bombardeo, la localidad vivió un nuevo “bombardeo simbólico”, con el lanzamiento desde el cielo de

claveles sobre la localidad en una muestra de que la aviación debía servir para el acercamiento y la fraternidad entre los pueblos y no para la destrucción de la humanidad. También se organizó una “Mesa de historiadores”, en la que participaron, entre otros, Pierre Vilar, Herbert Southworth, Manuel Tuñón de Lara, Fernando García de Cortázar y Jokin Apalategi. En el cementerio se inauguró una pequeña lápida memorial y se organizó un pasacalle en homenaje a Picasso.

Paralelamente a las iniciativas de carácter institucional, la izquierda abertzale llevó adelante en ese cincuentenario un amplio programa de actividades impulsado por la Comisión *Gernika 37-87*, convirtiendo el aniversario en un marco privilegiado de sus reivindicaciones y proyecciones políticas a nivel internacional con la organización de una Convención internacional por la Paz y la Soberanía, y una amplia movilización popular animada por destacadas citas culturales, conciertos, conferencias y debates con un claro trasfondo político⁸.

Buena parte de las iniciativas organizadas en ese marco del cincuentenario se movieron entre la conmemoración solemne de las víctimas y el ambiente festivo y popular nacido de la posibilidad de recuperar colectivamente la memoria de los hechos.

El monumento de Chillida, una de las iniciativas institucionales que pretendía simbolizar “los valores de la paz, la tolerancia, la libertad y la fraternidad entre los pueblos”⁹, fue postergado y de forma simbólica tan sólo pudo ponerse entonces la primera piedra. En su lugar, el ayuntamiento impulsó la realización de una obra diseñada por el arquitecto municipal, Jesús Aldama, constituida por un cubo de piedra de dimensiones

modestas con un gran vano circular donde aparecía grabada la inscripción “Gernikako bonbaketan hildako oriomenez, 1937-1987 apirilak 26” (En homenaje a los muertos en el bombardeo de Gernika, 26 de abril, 1937-1987). Pese a su depurada sencillez, la ubicación en los jardines del Ferial, en el centro neurálgico de la localidad, contribuyó a que este monumento formara parte de los lugares destacados en las celebraciones conmemorativas del bombardeo a finales de los años ochenta y primeros noventa¹⁰.

El monumento de Chillida, *Gure aitaren etxea* (La casa de nuestro padre), fue finalmente inaugurado, un año más tarde, en 1988, en el contexto de la conmemoración del quincuagésimo primer aniversario. Chillida se inspiró directamente en un poema casi homónimo *Nire aitaren etxea* (La casa de mi padre), de 1963, en el que el poeta Gabriel Aresti exaltaba la defensa a ultranza del solar familiar. Realizada íntegramente en hormigón, la obra presenta unas dimensiones verdaderamente colosales. Los muros de la gran figura elíptica presentan un desarrollo exterior de más de 18 metros, poseen un espesor de 75 centímetros por una altura de casi 8 metros y un peso que supera las 180 toneladas. Para Chillida, su imponente escultura mitad casa, mitad barco, navegaba en dirección del árbol de la Casa de Juntas de Gernika, símbolo de las raíces del pueblo vasco y esperanza del futuro al haber sobrevivido al bombardeo. La gran apertura central polilobulada servía así como ventana y eje vertebrador de la obra al establecer una conexión directa con el árbol de Gernika¹¹. Hoy, lamentablemente, ese componente simbólico esencial, buscado con ahínco por Chillida, ha desaparecido por completo. Los

árboles del parque de los Pueblos de Europa se interponen entre ambos lugares e impiden cualquier contacto visual entre ellos, rompiendo así el vínculo íntimo entre los dos espacios memoriales. La inauguración del conjunto monumental se realizó en presencia del lehendakari José Antonio Ardanza, acompañado por la casi totalidad del ejecutivo vasco, además del embajador de la República Federal de Alemania en España, Guido Brunner, y de representantes de la República italiana. En su alocución, delante de un numeroso público que alcanzó el millar de personas, el lehendakari apeló a que el monumento se convirtiera en la “casa de la libertad y la paz de Gernika y de todo el mundo”¹², ratificando el objetivo del ejecutivo vasco de hacer de la villa foral un estandarte de paz en una sociedad que seguía sufriendo en sus propias carnes los azotes de la violencia. El propio alcalde de la localidad Juan Luis Zuzeta insistió en considerar la obra como “una ventana a la libertad y fraternidad de los vascos” en una clara lectura presentista usual en este tipo de ceremonias. El acto, en el que se descubrió la estela funeraria en honor de las víctimas ubicada en el interior del monumento, concluyó con la suelta de un centenar de palomas, recomfortando así el espacio y la conmemoración como símbolo de paz.

Un año después de la inauguración de la obra de Chillida, en 1989, el entonces Ministro de Cultura, el escritor Jorge Semprún, y el consejero de Cultura del Gobierno Vasco, Joseba Arregi, decidieron reforzar el simbolismo de la ciudad como espacio de paz con la compra de la obra de Henry Moore, *Large figure in a shelter* (Gran figura en un refugio). Creada entre 1985 y 1986,

la elección de esta gran escultura de bronce para su ubicación en la villa foral obedece a varios criterios, tanto temáticos como artísticos. Se trata de una composición semicircular marcada por sus amplios volúmenes curvilíneos que pueden ser contemplados como un gran caparazón del cual parece surgir una figura femenina, pero que puede ser también interpretada como una figura humana saliendo del refugio después del bombardeo. El embrión de una nueva vida después de la catástrofe. La obra fue instalada en Gernika el 7 de julio de 1990, en un acto conmemorativo que contó con la destacada presencia del lehendakari, José Antonio Ardanza, el ministro de Cultura, Jorge Semprún, el consejero de Cultura, Joseba Arregi, Sir Alan Bownes, director de la Fundación Henry Moore, y Joachim Becker, alcalde de Pforzheim, ciudad alemana que sufrió las

dramáticas consecuencias de un bombardeo aliado en febrero de 1945 y que había establecido un acuerdo de hermanamiento con Gernika en 1989. Ubicada a escasos metros de *Gure aitaren etxea*, el propio Chillida colaboró en la búsqueda del lugar idóneo para su instalación; ambas obras dialogan entre sí a favor de un mismo mensaje y una compartida visión esperanzadora de mirar hacia adelante después de la catástrofe.

Lejos de conformarse con este notable espacio memorial creado por las obras de Chillida y de Moore, la localidad de Gernika no ha cejado en su empeño de mantener vivo el recuerdo del bombardeo y de las víctimas de aquel 26 de abril de 1937. A mediados de los noventa, el entonces alcalde de Gernika, Eduardo Vallejo, impulsó la construcción de un *Mausoleo dedicado a las víctimas del bombardeo de Gernika* en el cementerio mu-



nicipal de Zallo, con el objetivo de dignificar y añadir solemnidad a una ceremonia oficial en recuerdo de las víctimas repartida hasta entonces por diferentes puntos de la ciudad. El mausoleo, configurado como un templete clásico, inspirado en los tradicionales humilladeros rurales, fue diseñado por el arquitecto Fernando Galdeano y Arana. La obra presenta dos alturas, la primera emerge sobre el camino del cementerio y hace las veces de atrio de entrada que cobija un altar realizado en mármol de Ereño sobre el cual aparecen escrita en letras metálicas la expresión latina PAX. En la base del frontón figura la leyenda "1937, APIRILAK 26" (26 de abril de 1937). Desde 1995, la cripta acoge un sarcófago con los escasos restos de las víctimas del bombardeo, de los refugiados y combatientes republicanos, que pudieron recuperarse tras los traslados y remodelaciones del cementerio¹³. Desde su construcción, este espacio se ha convertido en el escenario central de las ceremonias conmemorativas oficiales y ofrendas florales que tienen lugar cada 26 de abril, con la asistencia de destacados representantes de las instituciones vascas, asociaciones vecinales, grupos de memoria, las gentes de Gernika e invitados procedentes de diferentes lugares del mundo con lo que la localidad mantiene una estrecha relación (Pforzheim, Hiroshima, Nagasaki...).

Desde un punto de vista simbólico, este dispositivo memorial se vio reforzado con la recuperación e instalación en el muro próximo de dos destacados complementos: una losa memorial creada por Chillida en los años ochenta en recuerdo de los refugiados guipuzcoanos que murieron durante la guerra en la localidad y la campana de la iglesia de San Juan destruida en el bombardeo.

En ese mismo muro, aunque algunos metros antes, se instaló en el año 2008 una placa metálica en la que aparecen recogidos los más de 250 nombres de prisioneros republicanos fallecidos entre 1938 y 1940 en el Hospital Militar Penitenciario de prisioneros de guerra de Gernika. Recientemente, en junio de 2017, la Diputación de Gipuzkoa impulsó igualmente la instalación en ese mismo espacio de un monolito de acero que recuerda los nombres de 82 gudaris, 72 de ellos guipuzcoanos, muertos en combate y enterrados en una fosa común del cementerio. Este espacio memorial heterogéneo muestra de forma fehaciente la capacidad integradora de la dinámica memorial impulsada en Gernika, alejada de cualquier exclusivismo y capaz de dar cobijo también a la memoria de otras víctimas del conflicto.

Después de una década de iniciativas simbólicas y de un cincuentenario del bombardeo marcado por una gran participación institucional y una importante movilización ciudadana y popular, la celebración del sexagésimo aniversario en 1997 fue de carácter más modesto y local, aunque no por ella exenta de interés, al contrario. Fue precisamente en ese marco de la conmemoración del sexagésimo aniversario, cuando el presidente alemán, Roman Herzog, asumió entonces en nombre de su país y a través de una declaración solemne, la responsabilidad del ataque aéreo de la Legión Cóndor el 26 de abril de 1937 reconociendo "la culpa de los aviones alemanes" y solicitando perdón a los habitantes de Gernika. La iniciativa de tal reconocimiento había partido de la diputada de los Verdes Petra Kelly, que desde finales de los ochenta había batallado con denuedo para que

el Bundestag reconociera y pidiera disculpas por la participación del régimen nazi en la destrucción de la ciudad. La iniciativa fue enormemente valorada por las instituciones, la población de la localidad y, particularmente, por los supervivientes del bombardeo, como se puso de manifiesto en declaraciones y discursos pronunciados en los actos conmemorativos de ese sesenta aniversario. Sirva como ilustración un fragmento del discurso de respuesta al presidente alemán pronunciado por Luis Iriondo, sobreviviente del bombardeo de Gernika:

[...] Hoy tenemos otra visita. Otra vez llegan a nosotros gentes de otras tierras. Pero vienen de frente y con la mano tendida. Ya no hay unos arriba y otros abajo y por eso, aunque hablemos distintas lenguas, podemos entendernos. Y ahora, sí. Ahora podemos hacer lo que entonces no pudimos. Abrir nuestros brazos y decirles: Bienvenidos a Gernika, marchemos juntos en paz. Ongi etorriak¹⁴.

Desde un punto de vista simbólico, la conmemoración dio pie a que la localidad acogiera un nuevo monumento, también más modesto, obra del artista guipuzcoano Jon Iturrarte. Fuertemente influenciado por la cultura popular vasca y los mitos relacionados con el mundo agrícola, Iturrarte concibió su obra *Marimeta* (1997) inspirándose en la forma de una *meta* (almiar). La obra, realizada a partir de ladrillos, encarna el carácter popular de la creación artística y nace de la influencia en su obra del mundo antropológico y cultural vasco. Levantada por el artista *in situ*, en la plaza Iñigo López de Haro, fue inaugurada en presencia de It-

ziar Idoyaga, nieta de una superviviente del bombardeo. Una fotografía de su abuela fue introducida durante su realización en el interior de la escultura como símbolo de la *etxe-ko andre* (ama de casa) de la cultura vasca y como homenaje a los supervivientes de la tragedia ocurrida sesenta años antes. Este homenaje situaba la obra en el mismo eje memorial presente en las esculturas anteriores, al priorizar la figura del superviviente, la mirada hacia el futuro, la vida después de la tragedia, y la búsqueda de los valores de la paz frente a un recuerdo exclusivamente traumático de la destrucción de la localidad.

Esta orientación recibió un impulso institucional definitivo con el nacimiento y consolidación poco tiempo después del Museo de la Paz de Gernika - Gernikako Bakearen Museoa. Su embrión lo constituye el primigenio Museo de Gernika, abierto en abril de 1998 dedicado a la difusión de la historia local y del bombardeo de la localidad. Entre 1999 y 2002 se produjo una profunda reflexión sobre la orientación futura de la institución y fue entonces cuando se planteó la reconfiguración integral de la exposición para que exhibiera "contenidos y documentación dirigidos a promocionar y difundir la cultura de la Paz y la historia de Gernika-Lumo". Paralelamente se planteó la creación de un Centro de Documentación sobre el bombardeo de Gernika con el objetivo de recopilar toda la documentación que pudiera existir sobre el mismo. En un momento en el que la sociedad vasca parecía abocada a vivir de forma permanente condicionada por la violencia política, la fundación avanzó como objetivo prioritario la organización de "un programa de exposiciones con una particular dedicación a la difusión de la cultura de la Paz en



la sociedad vasca y especialmente entre su juventud”¹⁵. De nuevo el presente interfería en la mirada hacia el pasado para tratar de ganar la paz en el futuro.

Fruto de este esfuerzo colectivo a favor de la paz, Gernika fue galardonada en 2004 con el premio “Ciudades por la paz” de la Unesco por Europa, gracias a las iniciativas municipales en favor de la cohesión social que en Gernika se concretizaron en la dinámica de reconciliación con Alemania, el Centro de investigación por la Paz y transformación de conflictos (*Gernika gogoratuz*) y el citado Museo de la Paz.

En 2005, en el marco del sexagésimo octavo aniversario del trágico bombardeo se organizaron dos iniciativas que incidían directamente en esa idea de paz, reconciliación y superación de los conflictos. Buen ejemplo de ello fue la organización de la *Bakearen Bidea* (la Marcha de la Paz), compuesta por un grupo de caminantes vascos y alemanes cuyo objetivo fue recorrer los 2.000 km que separan Pforzeim y Gernika, como un ejemplo de paz y reconciliación entre los pueblos.

Ese mismo año, el artista australiano William Kelly realizó una instalación al caer la noche denominada *Plaza de fuego y luz*, conformada por una llama central del recuerdo y mil velas dispuestas de forma radial sobre el suelo de la Plaza de los Fueros, dibujando el círculo solar vasco. A pesar de su carácter efímero, la obra dejó profunda huella en la memoria de los vecinos de Gernika.

En 2007, el septuagésimo aniversario del bombardeo hizo de Gernika la capital mundial de la paz¹⁶. El acto central tuvo lugar a mediodía en la Casa de Juntas, donde se leyó en varias lenguas el manifiesto *Gernika por la Paz*, una apuesta “incondicional” por las vías “dialogadas” para lograr la paz tanto en el País Vasco como en “cada rincón del mundo”¹⁷. Además de la participación de las principales autoridades vascas, encabezadas por el lehendakari Juan José Ibarretxe, ese año los actos contaron con la destacada presencia del premio Nobel de la Paz *Adolfo Pérez Esquivel*, que recibió el premio Internacional *Gernika por la Paz y la Reconciliación*. Ibarretxe fue el encargado de inaugurar una exposición sobre el

bombardeo instalada en la Plaza de los Fueros, donde se exhibía un video que invitaba a un paseo virtual por medio de imágenes del pueblo antes y después del suceso que cambió su historia. En la exposición destacaban igualmente una *foto mosaico del cuadro Guernica* de Picasso, compuesto por imágenes de personas anónimas, y un árbol donde cada uno podía dejar su “deseo para un mundo mejor”. El Museo de la Paz, por su parte, acogió una destacada exposición de los bocetos preparatorios de Pablo Picasso en la elaboración de su *Guernica*, aunque el gran ausente siguió siendo el propio cuadro.

El septuagésimo quinto aniversario del ataque de la Legión Cóndor contra Gernika, en abril de 2012, estuvo marcado por la inauguración del monumento *Agonía de Fuego* del artista Néstor Basterretxea. La escultura de grandes dimensiones realizada en acero corten fue enclavada “exactamente” en el lugar en el que cayó la primera bomba aquel 26 de abril de 1937. La obra aparece marcada por la violencia de su diagonal y de sus formas lacerantes que parecen rasgar el cielo como hicieran 75 años antes las bombas lanzadas desde el cielo. La inauguración contó con la presencia del propio artista, el alcalde de Gernika, José María Gorroño, el embajador alemán, Reinhard Silberberg, y el lehendakari, Patxi López. En su alocución, éste último insistió entonces en que el recuerdo del bombardeo de Gernika no debía servir para “buscar en el pasado venganzas presentes, sino para construir un muro que, en el futuro, impida la violencia en nuestro suelo”¹⁸. Sus declaraciones aludían por supuesto a la guerra, pero era perceptible en filigrana la referencia a la violencia política ante el anuncio de ETA, apenas

unos meses antes, del cese definitivo de su actividad armada. Por primera vez, la efeméride del bombardeo tenía lugar en una Euskadi “plenamente libre, gracias al triunfo de la libertad y la democracia”, según su discurso. Por su parte el alcalde Gorroño tuvo una intervención más reivindicativa, al exigir el reconocimiento por parte del Gobierno central de la implicación del dictador en el bombardeo de la ciudad y demandó “sin más dilaciones” el traslado del *Guernica* de Picasso a la localidad. Dos demandas perennes que, por el momento, nadie parece querer asumir.

En el marco de ese septuagésimo quinto aniversario se representó por segundo año consecutivo el espectáculo *Gernika sutan*, una impresionante representación teatral y coral colectiva del bombardeo escenificada por las calles de la localidad y protagonizada por doscientos actores, vecinos de Gernika en su mayor parte, que contribuyen así a rememorar de forma dramática la tragedia sufrida por sus antepasados en 1937.

También fue en ese marco del septuagésimo quinto aniversario cuando un grupo de jóvenes de la localidad impulsó una plataforma de creación cultural denominado *Lobak* (Nietos) con el objetivo de abrirse un hueco en las dinámicas conmemorativas de sus mayores. Desde entonces, sus integrantes han puesto en marcha diversas creaciones artísticas (música, danza contemporánea, teatro, arte visual y documental, fotografía, poesía, pintura...) tomando como base el acontecimiento histórico, con el objetivo de aportar nuevas reflexiones y nuevos relatos sobre el mismo a la vez que incorporar a los jóvenes a las iniciativas memoriales. Los integrantes de *Lobak* han aportado nuevos dispositivos

simbólicos al ceremonial institucional al recuperar, por ejemplo, la sirena que anunció el bombardeo en 1937, que desde hace unos años vuelve a sonar de nuevo cada 26 de abril entre las 15 h 45 y las 15 h 49. Cuatro minutos en los que la villa entera se paraliza para sumergir por unos instantes a los vecinos en la angustia de aquellos instantes de 1937 sin olvidar el presente y otros horizontes marcados por la persistencia de la guerra y sus desastrosas consecuencias. En 2016, la sirena fue activada por una familia de refugiados sirios en un claro alegato contra la guerra y a favor de la acogida de los refugiados.

La conmemoración del octogésimo aniversario en 2017 ha heredado, en gran medida, el ceremonial instituido a lo largo de las conmemoraciones llevadas a cabo en los últimos treinta años. En estas tres décadas se ha ido configurando una dinámica, un ritual podríamos decir, de conmemoración colectiva que ha ido afianzándose con el paso del tiempo, sin dejar por ello de reinventarse o de incorporar nuevas dinámicas. La conmemoración aparece siempre marcada por una importante presencia y respaldo institucional, empezando por el propio lehendakari, miembros del ejecutivo y del Parlamento vascos, diputados forales, alcaldes..., pero en la que los habitantes de Gernika tienen igualmente un destacado papel, no sólo como espectadores sino como actores directos como pone de manifiesto el espectáculo popular *Gernika sutan* iniciado en 2011 y que se ha venido celebrando de forma alterna hasta hoy. La ofrenda floral y el responso en memoria de las víctimas del bombardeo en el mausoleo del cementerio de Zallo es, desde mediados de los años noventa, uno de los momentos más destacados de la con-

memoración. En 2017 fue presidido por el lehendakari Iñigo Urkullu y en él participaron representantes del Gobierno vasco, la Diputación Foral, las Juntas Generales de Bizkaia, el Gobierno alemán, una delegación de Nagasaki (Japón), la Fundación Ramón Rubial, entre otros, además de un nutrido público, entre el cual se encontraban algunos supervivientes de la tragedia. Antes del acto solemne en el cementerio, las campanas de Gernika repican, y desde hace unos años gime de nuevo la sirena, la misma que ya lo hiciera hace ochenta años a la misma hora que entonces, sumergiendo por unos instantes a la población de Gernika en una profunda desazón. El reconocimiento que la ciudad ofrece a través de los Premios por la Paz y la Reconciliación desde hace trece años a destacadas personalidades que han obrado en pos de la solución de los conflictos y de la paz es otro de los momentos fuertes de la conmemoración. En 2017 el premio fue concedido por partida doble a los negociadores del proceso que ha permitido vislumbrar de nuevo la paz en Colombia tras varias décadas de conflicto armado, el presidente de Colombia, Juan Manuel Santos, y el líder de las FARC, Rodrigo Londoño, "Timochenko", además del fotoperiodista Gervasio Sánchez, destacado cronista gráfico de los conflictos y de sus víctimas a lo largo y ancho de todo el planeta.

Tras décadas de reproches y distanciamiento, los lazos con Alemania y sus representantes institucionales han seguido afianzándose de forma progresiva desde que a finales de los noventa el presidente Herzog asumiera públicamente la responsabilidad de Alemania en la destrucción de la ciudad. En 2017, Dieprand von Richthofen, y

Karl-Benedikt von Moreau, sobrinos respectivos de Von Richthofen, jefe del Estado Mayor de la Legión Cóndor, y del piloto Von Moureau, acompañaron a las víctimas como ejemplo de compromiso a favor de la paz, la reconciliación y el entendimiento entre los pueblos. También se ha institucionalizado la ofrenda y el homenaje al periodista británico Georges L. Steer, que denunció la intervención alemana en el bombardeo de la villa foral en su crónica en el diario *The Times*, al pie del busto que la ciudad erigió a su memoria en 2006. En 2017 el alcalde José María Gorroño alabó el periodismo objetivo y recordó también al periodista belga Mathieu Corman, enviado del diario *Ce Soir* que informó en Francia del ataque aéreo sobre Gernika. También el alcalde de Gernika en 1937, José de Labauria, fue objeto de un homenaje con la inauguración de una calle con su nombre. Previamente, en el año 2012, la alcaldía de José María Gorroño también había impulsado la erección de un busto en memoria de su actuación durante el bombardeo y de la denuncia que hizo de la destrucción de la ciudad a través de la radio.

El lunes 24 de abril de 2017, la sala Elai Alai acogió un acto en el que se hizo entrega simbólicamente al Centro de Documentación del Museo de la Paz de los testimonios de supervivientes del bombardeo, que recogió mediante entrevistas el norteamericano William Smalwood, conocido como "Egurtxiki". Tanto el Museo de la Paz como el Centro de documentación han impulsado en estos últimos años diferentes encuentros, congresos y coloquios para dar a conocer aspectos de la guerra y del bombardeo, desconocidos o poco difundidos. Este 2017, Gernika acogió el 24 y 25 de abril un coloquio sobre "Los

bombardeos en Euskadi (1936-1937)", un encuentro que sirvió de altavoz para dar a conocer los numerosos bombardeos sufridos por la población vasca, una realidad desconocida o postergada por las dimensiones adquiridas por el propio bombardeo de la villa foral, que trata así de romper con el protagonismo exclusivo que ha tenido hasta fechas recientes el bombardeo de la villa foral. Finalmente, la novedad de este año vino de la mano del instituto Gogora que desplazó hasta la localidad la exposición itinerante "Plaza de la Memoria", una iniciativa que permitió mostrar grabaciones de testimonios de víctimas del franquismo, además de visionar proyecciones, promover debates y contribuir activamente al mural de mensajes sobre la paz.

Los supervivientes han ocupado siempre un espacio central indiscutible en todas las conmemoraciones, pero sin duda este año han alcanzado una mayor importancia ya que posiblemente estemos ante la última gran efeméride en la cual podamos contar con testimonios directos de los hechos, aunque sus relatos seguirán resonando en todas y cada una de las conmemoraciones futuras.

Gernika, que contaba ya con una fuerza simbólica excepcional antes del bombardeo, se ha convertido gracias a las destacadas iniciativas conmemorativas en estas últimas décadas, que aquí hemos evocado rápidamente, en el principal vector de la memoria de la guerra y de las víctimas del conflicto en Euskadi. En el plano simbólico y desde organismos institucionales no se ha impulsado sin embargo una memoria traumática y victimista, sino que se ha pretendido hacer de Gernika la punta de lanza de una dinámica memorial pacifista y solidaria con el objetivo de

contribuir a consolidar alternativas pacíficas al contexto de violencia política permanente en el que ha vivido la sociedad vasca hasta fechas recientes. No queremos decir con ello que no existan reivindicaciones políticas y sociales en relación con el bombardeo, al contrario. La exigencia del reconocimiento de responsabilidades al Gobierno español es una constante desde los años ochenta -como hemos visto el Gobierno alemán ya lo hizo en 1997¹⁹-, la demanda de compensaciones económicas por las pérdidas materiales y humanas ocasionadas también, sin olvidarnos de la permanente campaña “Guernica Gernikara” para que la obra maestra de Picasso se exponga en la ciudad. Pero esas

exigencias, que persisten hoy en día, apenas han influido en el carácter de buena parte de las iniciativas simbólicas y monumentales emprendidas en la localidad cuyo objetivo último ha sido siempre favorecer la paz y la reconciliación. De alguna forma, las dinámicas memoriales implementadas en la localidad constituyen un buen ejemplo de lo que Paul Ricoeur denominó una “política de la justa memoria”. Una política capaz de mantener vivo el recuerdo del bombardeo y de las víctimas por un lado y, al mismo tiempo, dejar abierta la puerta al ánimo de perdón. De ciudad mártir, Gernika ha pasado a convertirse en destacado faro a favor de la paz.

NOTAS

¹ La cuestión de las cifras de víctimas mortales del bombardeo de Gernika sigue abierta. José Ángel Etxaniz, Vicente del Palacio y el grupo de historia local Gernikazarra, que llevan décadas investigando el bombardeo y sus consecuencias, han recuperado en sus numerosos trabajos los nombres y apellidos de casi 160 víctimas mortales del ataque. Ellos mismos reconocen que es posible que el número de víctimas sea levemente superior, pero en cualquier caso no superaría los 200: “Memoria de bombas y niños”, El País, 22 abril de 2012. Por su parte, Xabier Irujo recupera en su último trabajo (Gernika, Crítica, 2017) las cifras que en su momento avanzó el Gobierno Vasco y que elevaba el número de víctimas mortales por encima de las 1600 personas y el número de heridos hasta casi 900.

² Mees (2007: 531).

³ Archivo Municipal de Gernika-Lumo (en adelante AMGL). Notas de la primera reunión de contacto celebrada el 28 de junio de 1985 por el comité embrionario redactadas por Miguel Bengoechea, Director de presupuestos del Gobierno Vasco, a Luis María Bandrés Unanue, Consejero de Cultura y Turismo del Gobierno Vasco, 1 de julio de 1985.

⁴ Tanto Eduardo Chillida como Luis Peña Ganchegui eran entonces destacadas figuras de la cultura vasca con una trayectoria reconocida a nivel internacional, como escultor y arquitecto respectivamente.

⁵ AMGL, Actas de la reunión del comité organizador del cincuentenario del bombardeo.

⁶ *La Gaceta del Norte*, 26 de abril de 1987.

⁷ *Lauxeta* (1987) de José Antonio Zorrilla. El País tituló su crónica “Una película antibélica conmemora el cincuentenario del bombardeo de Gernika”, 26 de abril de 1987.

⁸ *Egin*, 26 de abril de 1987.

⁹ AMGL, Convenio de acuerdo firmado entre el Consejero de Cultura del Gobierno Vasco, Luis María Bandrés Unanue, y el alcalde de Gernika, Juan Luis Zuzaeta Arrunategi, 26 de noviembre de 1986

¹⁰ *Aldaba*, nº 69, mayo-junio 1994.

¹¹ *El País*, 5 de noviembre de 1987.

¹² *El Correo Español* - El Pueblo Vasco, 27 de abril de 1988.

¹³ *Aldaba*, nº 74, marzo-abril 1995.

¹⁴ Texto escrito por Luis Iriondo y recogido por la asociación *Gernika Gogoratz* (Recordando Gernika) Pedagogía de la memoria http://www.bombardeodegernika.org/es/hist_vida.php [Fecha de consulta: 18 de mayo de 2016].

¹⁵ AMGL, Estatutos de la Fundación cultural “Gernikako Bakearen Museoa -Museo de la Paz de Gernika”, 2003.

¹⁶ *El País*, 26 de abril de 2007, “Gernika, capital mundial de la paz”.

¹⁷ *El Mundo* 27 de abril de 2007, “Guernica recuerda el 70 aniversario de los bombardeos con un espíritu de paz”.

¹⁸ *El Periódico*, 26 de abril de 2016.

¹⁹ *El País*, 28 de abril de 1997, “Alemania reconoce su culpa en el bombardeo de Gernika por la Legión Cóndor hace sesenta años”.

BIBLIOGRAFÍA

Irujo, Xabier (2017): *Gernika*. Barcelona: Crítica.

Mees, Ludger (2007): “Guernica/Gernika como símbolo”, en José Luis de la Granja, Santiago de Pablo y Ricardo Miralles (eds.): “La Guerra Civil en el País Vasco: un balance histórico”, *Historia Contemporánea*, II, nº 35, 529-557.

Reig Tapia, Alberto (1987): “Guernica como símbolo”, en Carmelo Garitaonandia y José Luis de la Granja (eds.): *La guerra civil en el País Vasco. 50 años después*. Bilbao: Universidad del País Vasco, 123-155.

Southworth, Herbert (1975): *La destrucción de Guernica. Periodismo, diplomacia, propaganda e historia*. París: Ruedo Ibérico.

PREMIO MARIO ONAINDIA A JOSEBA ARREGI

ANDONI UNZALU

Voy a comenzar recordando tres datos de su biografía: Joseba Arregi nace en la época de la dictadura, en una familia nacionalista, cuando los antifranquistas eran pocos y los nacionalistas poquísimos. Conoció la cárcel en Martutene. (Creo relevantes estos dos datos cuando en la actualidad hay mucho moderno jugando en la *play* haciendo revoluciones gratis total.) Y tercero: más tarde fue uno de los ciudadanos vascos amenazados por ETA, por no renunciar a la libertad.

Ayer un amigo común, Carlos Trevilla, cuando le dije que hoy te presentaba aquí, en la recepción del Premio Mario Onaindia, me comentó jocosamente: "así que vamos a tener un traidor presentando a otro traidor". Bueno, la verdad que estamos en la casa del Gran Traidor Mario Onaindia: fue condenado a muerte en el proceso de Burgos y murió en una habitación del hospital, custodiado por dos policías, para que los asesinos de ETA no se adelantaran a la enfermedad.

La biografía de Mario expresa y muestra como pocas los dramas de la política vasca. Porque es verdad que la política vasca siempre está sumida en el drama. No somos

capaces de abordar la política desde el sano aburrimiento de una sociedad democrática.

Pero volviendo a lo de traidor, me vas a permitir, Joseba, que haga un breve elogio de la traición.

Traidor es un blasón nefasto y odiado. Es un epíteto impuesto por el grupo al disidente, contra su voluntad, acarrea consigo el desprecio general y la pérdida de los derechos y protección del grupo. Es muy raro que alguien reivindique esta cualidad y, como Lope de Aguirre después del asesinato de Ursua, añada a su firma "Traidor", reconociendo con ello que ha roto toda lealtad con el grupo. Lo habitual es que la élite del grupo tilde de traidor al disidente, aunque éste no crea haber roto ninguna lealtad. Es un mecanismo muy antiguo y eficaz y busca siempre blindar a la élite autoritaria del grupo frente a cualquier crítica razonada, buscando, asimismo, aparentemente, una unidad sin fisuras frente al enemigo, pero consiguiendo en realidad un apoyo cerrado y acrítico al poder dentro del propio grupo. Es un mecanismo antiguo y eficaz, como digo, pero muy peligroso, ya que impone un precio tan alto a la crítica, que hace desistir a la mayoría en su deseo

de criticar o hacer nuevas propuestas, creando de esta manera restricciones muy serias a la libertad de opinión.

A pesar de que aparentemente hay un gran debate y posiciones enfrentadas de forma extrema, no es verdad que haya libertad de opinión ni debate razonado.

Precisamente, cuando se enconan las posiciones es cuando es más necesaria que nunca la crítica razonada que anule las razones absolutas haciendo menos crispado el debate.

Hoy estamos viendo, más que nunca, la ausencia del dirigente traidor, del dirigente político que es capaz de cambiar de opinión y pactar con el traidor del otro bando.

Pero quisiera hacer una diferencia entre traidor y converso:

El converso, esa figura tan amiga de los americanos, que anuncia en público su confesión, casi con el mismo rito que los autos de fe de la Edad Media, rompe con su pasado.

El converso dice: ese que veis no soy yo, es mi pasado, hoy soy diferente, soy otra persona.

Pero lo que en realidad busca es no asumir ninguna responsabilidad por su pasado; quiere una absolución gratis y total.

El traidor es diferente; nunca renuncia a su pasado ni a sus responsabilidades, pero es capaz de razonar su error. Es capaz de cambiar, bien porque se ha descubierto a sí mismo en el camino equivocado, o bien porque lo que cambia es el mundo.

El traidor siempre razona el cambio, lo argumenta y defiende su posición, aún a pesar de las críticas de la familia ideológica

que ha compartido, a pesar de la habitual condena al ostracismo.

Los traidores son los que hacen avanzar el pensamiento y el espacio público de la política y la convivencia. Si no fuera por ellos, viviríamos en guetos amurallados enfrentados entre sí.

Por eso, Joseba, cuando nos llaman traidores nosotros lo tomamos a modo de halago.

Voy a relatar el camino de la traición que en parte tú y yo hemos compartido

La gente de nuestra generación ha tenido que hacer una larga marcha hacia la democracia, (bueno, eso, los que lo han hecho). En la época de la dictadura conocí a personas antifranquistas, pero no a demócratas, que es otra cosa diferente.

El camino de la traición que algunos hemos recorrido va desde el mito a la razón, desde el totalitarismo a la democracia.

La razón, el esfuerzo de razonar las propias posiciones es el comienzo de la traición. A estas alturas ya sabemos que en la naturaleza humana no todo es racional, pero aun así, es la razón la que enseña estos espacios propios fuera de la razón.

Voy a intentar resumir los hitos más importantes de esa marcha desde nacionalismo, y en mi caso también desde totalitarismo marxista, hasta la defensa de la democracia.

Yo creo que uno de los primeros hitos es asumir el ser humano como un fin en sí mismo, como el único sujeto soberano posible.

No es un hito cualquiera, de hecho, el nacionalismo nunca conjuga el singular, la autonomía del yo.

El nacionalismo construye su pensamiento siempre utilizando plurales o nombres colectivos. El individuo no tiene sentido en sí mismo, sólo como parte del conjunto, como miembro de la comunidad de identidad que es lo que le da sentido.

El nacionalista siempre habla de "Nosotros", del "Pueblo" Pero también habla de "ELLOS" de los "Otros".

Se suele decir que el nacionalismo se construye con sentimientos, dando a esto, por supuesto, un valor positivo. El sentimiento es más verdadero que la razón fría.

Tú repites muchas veces que la naturaleza social de las personas se construye embriando, precisamente, la pulsión irracional de los sentimientos.

Pero yo diría más bien que el pensamiento nacionalista se construye con un esquema mental anterior a la razón y, sobre todo, como digo, anterior al descubrimiento de la persona. Eso que tan bien describió Benjamin Constant en *La libertad de los antiguos y de los modernos*.

Cuando dio esa conferencia no era consciente que esa forma de entender la libertad, como algo exclusivamente colectivo frente a otros colectivos, iba a volver con el nacionalismo.

El pensamiento mítico nacionalista se construye en base a conceptos binarios absolutos y enfrentados entre sí. El nosotros es el fundamento; pero sin "ellos", sin otros enfrentados a nosotros, no tiene sentido.

Y así construye su propio lenguaje, su propio esquema de interpretar la realidad, que por lo simple y binario tiene una enorme fuerza.

Por eso nos es tan difícil debatir de forma razonada con el nacionalismo, porque la base de su razonamiento no es racional: se fundamenta en afirmaciones absolutas del que se desprenden con enorme facilidad las consecuencias igual de simples y claras.

Este concepto de comunidad y negación del individuo impone al nacionalismo en su misma esencia una profunda tendencia antiliberal y negadora del pluralismo.

El nacionalismo mantiene en su propia esencia una tendencia antidemocrática. Y esto es así porque la culminación total de sus pretensiones anula la diversidad identitaria, y porque no reconoce al individuo, al ciudadano, por sí mismo, sino en la medida en que forma parte de una comunidad de identidad.

Esta afirmación de que el nacionalismo tiene necesariamente una pulsión antidemocrática resulta un poco fuerte para muchos, pero estos días hemos visto en Cataluña la verdadera faz del nacionalismo, y es del color oscuro del totalitarismo.

La pregunta es ¿Cómo, entonces, podemos convivir en una sociedad democrática con los nacionalistas? ¿Cómo un sistema democrático puede soportar en su seno, dando amparo con sus instituciones a planteamientos políticos antidemocráticos?

Podemos convivir con planteamientos antidemocráticos que utilizan la democracia en la medida en que un Estado de derecho fuerte y democrático, junto a una opinión pública crítica, pone límites a sus pretensiones, les obliga a cumplir con los requisitos institucionales constitucionales.

En el momento en que sean capaces de romper esa barrera constitucional democrática

tica, ponen en riesgo el conjunto del sistema. Y es en ese momento cuando el sistema democrático debe actuar de forma firme para restablecer la legalidad constitucional.

Los secesionistas de Cataluña son un ejemplo de libro de esto que digo.

Pero, desde la izquierda, no debemos olvidar que debemos mantener un debate permanente en la opinión pública, denunciando las pulsiones antidemocráticas del nacionalismo para que el conjunto social pueda seguir disfrutando de la libertad común.

La razón es la puerta de salida del mito, y el reconocimiento del individuo como sujeto soberano rompe toda la lógica comunitaria y colectiva del pensamiento nacionalista.

Creo, que en ti este descubrimiento del "yo soberano", de la persona como fin en sí mismo, tiene raíces en tu formación teológica, que no es mi caso, que es algo que descubrí desde el liberalismo político.

Estoy convencido de que con el descubrimiento del "yo soberano" comienza la larga marcha de la traición al nacionalismo.

Y el segundo gran hito es el descubrimiento de la democracia

Seguro que suena muy raro esta afirmación, ¿pero, cómo que el descubrimiento de la democracia? Pero si todos somos demócratas, si eso es algo que se da por supuesto.

Pues yo creo que no, que no se da por supuesto, pero la democracia sí que es una fuerza poderosa a la que las sociedades modernas no se pueden oponer de frente.

Por eso se le hace frente desde dos posiciones diferentes, la primera es poniéndole

adjetivos y la segunda es construyendo un modelo infantil de la democracia.

Los que estamos aquí, que todos tenemos ya cierta edad, nos acordamos de aquello de la "Democracia burguesa" y más tarde la "Democracia formal", utilizadas ambas de forma despectiva. Pero hoy sabemos que cuando alguien dice esas cosas es que está en contra de la democracia misma. En aquella época había, junto a estas democracias demediadas, la democracia buena que era la Democracia popular.

Os voy a contar una anécdota, hace tiempo estaba viendo nodos polacos, "Kronika filmowa", y no os podéis hacer ni idea de lo idénticos que eran a los nodos de la dictadura, incluso en el tono del locutor.

Pero a lo que vamos, en una noticia decía que el Gobierno Polaco había logrado el apoyo de todas las democracias. Yo miré con asombro a mi mujer (que es polaca) y le dije que no podía ser. Ella me contestó que sí que siempre era así. Y luego se dio cuenta del equívoco y me dijo: "ah, claro, tú no lo has entendido, entonces nosotros éramos las democracias, vosotros erais los imperialistas".

Hoy está volviendo con fuerza esa idea de adjetivar la democracia, enfrentando la democracia real a otra utópica que es su negación. Hoy se dice que en España tenemos una democracia demediada, una democracia de baja calidad, para enfrentar al deseo de una democracia verdadera, una democracia de la gente, deliberativa, dirán los más leídos.

Como en los 70 con la democracia burguesa, son trucos baratos para no reconocer y aceptar la democracia real, la única exis-

tente, la democracia liberal. Es verdad que históricamente ha existido un liberalismo no democrático, pero sabemos que sin esa alma liberal la democracia real no es posible.

Y otra forma de atacar a la democracia es convertirlo en una caricatura, en infantilizarla, en desposeerla de todo contenido.

Para la inmensa mayoría de los nacionalistas, la democracia ha quedado jibarizada a una mera regla decisonal, la de la mitad más uno. Y claro, la forma más verdadera de decidir es en referéndum. Se olvidan de que el plebiscito es un invento totalitario, que el uso y abuso de los referéndum se ha hecho en las dictaduras de todo tipo. Que las democracias imponen grandes restricciones a los referéndum para defender la democracia misma.

Con este concepto de la democracia, quedan totalmente sin valor los procedimientos, que los ven como algo engorroso y que impiden la voluntad directa de la gente.

La democracia son reglas y procedimientos, sin duda. Pero a veces nos olvidamos que esas reglas, además de procedimientos, definen contenidos esenciales para garantizar la democracia.

Las constituciones, como cuerpos normativos de la democracia, definen las prohibiciones, aquello no votable, lo que está prohibido decidir por cualquier poder lo que Isaiah Berlin definía como libertad negativa.

Y por ello debemos decir bien claro a los que tienen este concepto infantilizado de la democracia: no cualquier cosa es legítima, no se puede poner a votación cualquier cosa, hay cosas prohibidas en democracia. La mayoría de un parlamento no puede someter a votación la expulsión de la oposición

o quitarles los derechos de representación, cosa, por cierto, que estamos viendo estos días en Cataluña.

No voy a explicar los detalles de qué es una democracia, pero sí quiero llamar la atención sobre planteamientos políticos que atacan de forma frontal el sistema democrático utilizando como ariete la palabra misma, "la democracia".

Por eso reitero que el segundo gran hito del camino de la traición es el descubrimiento de la democracia.

Es la democracia la que crea el espacio público, un ámbito compartido por igual por todas las personas, y crea también el ciudadano, un concepto que repele a los nacionalistas. Lo que me garantiza mis derechos y libertades no es ser miembro de un pueblo o nación, sino ser ciudadano de un estado democrático.

Por eso yo cambiaría el nombre del DNI, para llamarlo simplemente Documento de Ciudadanía.

Hoy nos hace falta hablar de democracia, preguntar una y otra vez, ¿Qué es la democracia?

Y quiero resumirlo con una frase de Jesús Eiguren que me parece genial: "esto no tiene solución, pero tiene arreglo".

La diferencia fundamental entre la democracia y todos los planteamientos totalitarios es que no ofrece una solución definitiva.

No ofrece liberar de una vez y para siempre al pueblo irredento. No ofrece la construcción definitiva del Hombre nuevo que resolverá todos los problemas.

La grandeza de la democracia estriba en su modestia, en reconocer que la naturaleza

humana, de forma contumaz, es diversa y plural, que es imposible que todos seamos iguales. La lucha de intereses, las diferentes formas de entender la vida buena no se va a terminar nunca, siempre vamos a tener diferencias, pero es posible definir un espacio común: el espacio de la política definida por normas comunes, para negociar y transar una y otra vez de forma infinita.

Por eso creo que la frase de Eiguren, "esto no tiene solución, pero tiene arreglo", resume muy bien esta afirmación básica de la democracia: no tenemos solución, siempre tendremos opiniones diferentes, pero es posible buscar un arreglo, un espacio común, unas normas comunes que nos permitan debatir una y otra vez. Que nos permitan cambiar de opinión y a llegar a nuevos acuerdos provisionales.

El que pregonaba una solución definitiva siempre trae tras de sí el totalitarismo asesino de la libertad y de la democracia.

La democracia es la renuncia a la soberanía absoluta, porque la soberanía, como decía Carl Schmitt y nos recuerda de vez en cuando Joseba, es por definición la excepción y no la regla. La norma, por su propia naturaleza, renuncia a la soberanía.

Y para terminar, hemos superado también un tercer hito, muy nuestro, y seguramente el más doloroso. Y es la connivencia del nacionalismo con el terrorismo

Todos sabemos que, en tu caso, ha sido algo que te ha marcado de forma profunda.

Hoy que el nacionalismo tiene urgencia en pasar página de nuestro pasado terrorista, de no buscar responsabilidades colec-

tivas, cuando se está construyendo la gran mentira de que a ETA le venció la sociedad vasca.

Debemos decir con claridad que la sociedad vasca no venció a ETA; en Euskadi hemos tenido personas que asesinaban al que pensaba diferente, hemos tenido personas, y no pocas, que aplaudían el asesinato político; hemos tenido personas que justificaban el terror, y otro montón que cerró los ojos al dolor ajeno.

Sólo una minoría resistente nos absuelve de la vergüenza de nuestro pasado. La fuerza del estado de derecho y esa minoría resistente venció a ETA y recobró la libertad común.

Tú has sido uno de esos resistentes solitarios que nunca renunció a la crítica al terror, por convencimiento, pero creo que también por imposibilidad material de amordazar la verdad oculta de una sociedad enferma, moralmente enferma.

Tú sueles decir, con razón, que el terrorismo ha contaminado al nacionalismo en su esencia; no sólo porque ETA construyó su argumentario del terror desde el nacionalismo, sino también porque el nacionalismo no terrorista dio cobertura a la acción terrorista.

El nacionalismo actual no puede hacer como que no ha pasado, porque ha pasado, y ETA mató en nombre del nacionalismo.

En la actualidad tú eres, Joseba, uno de los más firmes defensores de las víctimas. Y sabes que no es fácil cuando todo el mundo quiere el olvido que absuelve de las responsabilidades del pasado.

No podemos olvidar el pasado ni falsificarlo, porque si olvidamos los asesinatos, entonces el asesino dejará de serlo.

Por eso para ti es tan importante la memoria de las víctimas como testigos permanentes del terror sufrido.

Todas las democracias europeas post Segunda Guerra Mundial tienen como elemento fundante la reivindicación del antinazismo, lo mismo que las democracias de los antiguos países del Este han incorporado el anticomunismo.

Las democracias modernas se construyen, huyendo del pavor de su pasado violento. Yo creo que nuestra labor actual en incorporar en lo más central del concepto de nuestra democracia el elemento antiterroris-

ta. Sé, Joseba, que no será fácil y será largo. Pero personas como tú nos seguirán recordando que tuvimos un asesino de la libertad que se llamaba ETA y que el cerrar los ojos y olvidar nuestro pasado no nos absuelve de nuestra responsabilidad.

Y termino repitiendo lo que he dicho, son las pocas personas como tú los que nos salváis de nuestra vergüenza colectiva de nuestro pasado.

Eskerrik asko Joseba.

Texto leído en Zarautz (2017-10-28)

ESTE EKIALDEA



Weg

POEMAS DE MARTÍN MENA

TEODICEA

dios, es un pedazo
de madera
roble o pino,
o acaso la risa
del Asno

o el dibujo
del pez en la arena

o los ojos azules
del perro negro
mientras caga
detrás del árbol

dios es el nueve
las uñas brillantes
de la reina
de Nínive

es dios el eco
en las montañas
de las aguas
y el vuelo
de las águilas

dios nuevo
hace cuatrocientos
mil años
en Atapuerca

dios-espacio
dios-acogedor

dios-Vesubio
Dios Apolo
Y a su lado
Dionisos.

TESEO Y EL MINOTAURO

Ahora el tiempo
la mirada el objeto
lo superfluo también
la conciencia
de la soledad del vino
que cae y llena
la mirada.

¡Ah, Teseo!
has llegado a lo profundo
al hambre
al inquieto cielo
que cubre
el Mundo
a lo cierto
de cada hora.

Pero mira, ¡oh Teseo!
el laberinto es un hueco
una isla
un solo instante
el alfabeto
el decir
y la escritura
(que vino luego).

¡Ah, Teseo!
no dejes el cielo
la arena
el firmamento
sobre el horizonte
no dejes al tiempo
ocupar el tiempo.

POETAS EN SAN SEBASTIÁN

FELIPE JUARISTI

El poeta camina, en una ciudad norteña, por la ribera del mar que es verde, o parece de un verde sensual, como de lagarto dormido sobre la arena eterna. Perezosos son los pies que andan sin saber por dónde, sin prisa ni daño, sin afán ni quebranto, encontrándose con el pensamiento afilado, en armonía no calculada ni presentida, en equilibrio siempre oscuro, siempre inestable, siempre azaroso, perdiéndose en la propia rutina de los pasos que van lentos y trabajados. Entretenidos son los ojos de mirar desde dentro hacia fuera, y desde fuera aún más allá, a un territorio apartado mas no ausente, orillado mas no extinto, abandonado como un campamento, una mano, un ala azul en la tarde. Un poeta que camina es un poeta que va enlazando palabras como pequeños filamentos, creando, que es una forma de nacer a la vida y de darle sentido, de encender la luz de la existencia e iluminarla con letras, sílabas, sonidos, música, *ma non troppo*...

La ciudad es puro encuentro, puro azar, pura floración de poetas y letraheridos. Cada poeta tiene un itinerario, a veces mental, a veces físico. Pepe Hierro se acercaba todas las mañanas al bar, se sentaba allí en la misma mesa de siempre y escribía en medio del bullicio de los obreros, más numerosos al mediodía, o de los estudiantes, visibles desde la primera hora, o de las parejas de jóvenes que buscaban entre la multitud la suficiente libertad como para demostrarse a sí mismos que eran seres singulares y especiales, seres que deseaban enseñar al mundo su ternura vistosa e inocente. Pepe escribía. Celaya, de lágrima indiscreta y sonrisa de niño grande, paseaba con Amparitxu por las viejas calles alledañas al puerto de San Sebastián y luego se sentaba, se sentaban, en un bar amigo y juntos bebían vino de la tierra y comían gambas, quizás, y luego él agitaba la cabellera blanca de la memoria y escribía versos alegres como gaviotas, sentidos como naufragios, humanos como los trabajos de la mar. Claudio Rodríguez huía de la galerna mundana y se refugiaba en la penumbra de los bares de Zarautz; allí pensaba y escribía en su mente, y en silencio, en su silencio, cantaba a solas, palabras viejas como el tiempo, como la montaña, como los puentes de Zamora, su tierra natal. Blas de Otero, en Bilbao, oía el pitido de los trenes en la estación cercana a su hogar. Cuando caminaba, sus pies avanzaban por raíles imaginarios, delgados como arroyos, limpios como el cristal de la mañana, rectos como robles en el bosque del Orozco familiar.

San Sebastián, la ciudad abierta de Celaya, ocupa un espacio físico que invita al paseo. Toda la ciudad puede convertirse, gracias al arte de andar, en una gran avenida o en una calle jalonada de tamarindos en la parte más cercana a la playa, de acacias en los lugares más resguardados. Este árbol de flor breve pero intensa, que extiende su olor hasta los rincones más oscuros y escondidos, es el símbolo de la primavera que todos deseamos ver, graciosa y sutil. La ciudad es un espacio vivo y limitado. La ciudad es puro encuentro, puro azar, pura floración de poetas y letraheridos. Cada uno de ellos tiene su ruta, su recorrido trazado, su atalaya y su ventana. Como seres transitorios que son, se los encuentra en puentes y encrucijadas, en esquinas del aire, a la sombra de plataneros, de anuncios luminosos o de libros. Son Aurtenetxe, Karmelo, Eli, Julia, Arkaitz, Patxi...

Mandelstam llevaba el ritmo de los poemas con los pies largos y ansiosos. En San Petersburgo iba de la mano de Anna Ajmatova y, cuando se cansaban, entraban en una taberna, la misma en la que pasaba horas y días Maiakovski. Mandelstam, al verlo, pensaba que la verdadera revolución en literatura llevaba al clasicismo de Horacio, al destierro de Dante, a los hexámetros de Homero. Ilya Ehrenburg quiso creer que murió en una estación de trenes, después de haber leído a Petrarca. Jorge Aranguren, tan clásico como el ruso Mandelstam, piensa palabras mientras pasea por su ciudad. Piensa y busca palabras que fluyan, como el aire que sopla desde el monte cercano, y no se precipiten al mar, como bañistas ávidos de agua, como turistas apesurados. Prefiere las palabras de siempre, las que marchan despacio desde los labios al oído, desde el oído al corazón y desde allí hacia el río o hacia un patio de vecinos, hacia la estación del tren, la estación de la edad, de la dignidad y del gobierno de las imágenes, porque hay poetas de imágenes y poetas de ideas, y poetas de vida poética, mas no de obra. Aranguren mide las palabras y los acentos como el *bertsolari*: mujer, cuerpo, atardecer, siglo. Sabe que las palabras son como niños que quieren escapar del colegio y jugar en la plaza soleada y vacía, que son como los ojos asombrados con los que se mira lo que se ama, temiendo su perdida.

Perezosos son los pies que conducen no se sabe hacia dónde. El poeta nunca está solo en su soledad, sino acompañado de otros cuerpos que caminan por la acera, del aire que huele a humo lejano, de un pájaro que vuela sin demasiada intención, de un perro que se ha perdido o ha sido abandonado y espera al amo, de otros pasos y otros pies cómplices, quizá, en el inocuo arte de juntar palabras, de otras soledades más sonoras y menos cautivas, de unas manos que siguen el compás, de unas voces que hablan de muerte, de nacimiento, de bodas, de unos ojos y párpados que contemplan el futuro sin demasiado miedo ni esperanza, de labios que suenan a besos robados y saben a anís. Luego, fatigado, el poeta Aranguren se sentará en la terraza de un café y cerrará los ojos y oirá pasar letras, como sombras rápidas y urgentes, trenes, como largos inviernos, y escribirá palabras como amor, veneno, lentitud: lentitud en el paso, aprendido en el ejercicio mediterráneo, lentitud en el amor, lentitud en tomarse el veneno de la vida.

Más tarde, siempre tarde, se levantará y detrás irán quimeras, sirenas, la imagen de Ulises regresando mas no llegando a Ítaca, porque allí ya no habita Penélope, ni nadie con quien conversar.

POEMAS

JORGE G. ARANGUREN

CALLE DE ECHAIDE

En este mundo de las palabras nos hemos ido perdiendo
como unos niños en un lugar nemoroso,
a veces de la mano y con el candor
que te pasan de una boca a la otra
los parajes desconocidos
donde sólo suena tu levedad
y recompones las cosas vivas
que mediste calladamente
y tomas en los brazos, allí fulgen
con una paz de redil.

Bajo esa lamparilla has descubierto
la longitud de este bosque,
su fondo de verdor,
la lividez de sus densidades,
los frutos dulces y las hojas;
después quebramos las cortezas
arrancadas en una fina película
con un descuido insolente.

El dolor es firme y muy profundo,
llega del sofoco de los árboles,
de la linfa verde y seminal, pegajosa
como casi todo lo que nutre,
comprimida desde un estanque sellado
hasta una forma ulterior.

En esta selva de las palabras nos hemos ido perdiendo
los niños tontos, en el claro del bosque.
Con el farol en la mano
merma nuestro pabito, se nos achica, se ofusca.
¿Aún queda tiempo de volver?

CALLE DE SORIA

Mucho antes de que te hicieran trozos,
ya eras un hombre físicamente triste
y delicado, de ámbar,
el amor de las mujeres fue para ti una palabra sombría,
una languidez para llevar en el hueco de la mano,
como una hoja, y arrimarla al triquitraque del corazón.
Físicamente, dije,
y con una mórbida aureola en ese rostro ojeroso,
espeso el frunce de unos labios
que, con sorpresa, descubríamos sensuales,
(la sonrisa del hospiciano con las lanas de los domingos,
y la sospechosa rendición ante el hombre de la capucha
de hule: una eternidad al seis por nueve).
Te hemos supuesto
-hombre triste, hombre acelajado-
dedos lunares, lupias de nicotina en el chaqué,
surcos para unas lágrimas que fueron yéndose muy adentro,
ronchas de mugre y pupitre de pino,
de cera crucificada sobre la palmatoria.

Creo que te gustaron los pequeños trenes de vapor
apareciendo en las cárcavas florecidas
por abril, y envidiaste de las abejas
la tenacidad de sus amores,
su eficacia así de dulce;
languideciste en los plenilunios de las plazas,
sobre poyetes de piedra
de un tono calabacilla, blanqueados
por el creciente de la noche,
y apaciguándote el pecho con unos dedos terrosos,
oías, casi a ciegas, voces que te llevaban hasta la
niñez:

-La mejor es una rosa
que se viste de color,
del color que se le antoja,
y verde tiene la hoja...-.

CALLE ZUBIETA

Tengo una estampa de las habitaciones
con poco sol, de los dibujos de la alfombra:
sus imagos.
Pasé deprisa por la casa,
ajeno cuerpo receloso, sin la aparente solicitud
que reconocen quienes se saben queridos.
Y sonaba el timbre del teléfono,
daba la vuelta su aguijón, iba por las paredes,
sus hilos, alguna vez,
fueron un instante para el pájaro,
un apoyo en el aire para poder respirar,
(entre las patas de filástica van pasando consejas
desmayadas, desmenuzadas,
desde una orilla hasta la otra).

Una tarde, el cielo boca abajo
por las calendas de julio,
llovieron piedras, en las ventanas
su furia fosca llamando a los rincones,
a sus caramancheles.
El granizo en los patios de luz efímera,
la quemazón del teléfono,
una boca por el auricular,
¿pero eres tú...?

Paso a menudo junto a ese piso tan grande, refulgente
por un rescoldo de toronja, suntuoso
en repetidas puestas de sol.
Sube la calima desde los confines de la playa,
desde el voladizo.

Me oigo suspirar;
huele el perro al hombre ensimismado, le silbo suave, sin fe.

CALLE DE ECHAIDE (II)

Con la luna de abril
como un remache de hojalatero,
más que blanca, de dulce
y muy bajo color, iré por la ballena
Ni arpón ni cabos. "Por allí sopla"
será mi grito;
en la madera de San Telmo
iluminada, descolgándose
con lentitud de parásitos,
las palabras reblandecidas por el viento de tierra.
Será un olor lo que me lleve
hasta los días sumergidos
bajo una costra de hielo puro
donde veo mi rostro
y la sonrisa mortal, los ojos habituados
a su horizonte de nieve,
en un tiempo sin horas, sin el trascielo de unos labios
que se inclinen hacia los míos,
(el perfume que escapa desde la amura,
en el mar de los trópicos,
en un aceite de cocotero).

En el arrecife fondeamos para raer la obra viva,
sobre las dunas, los leones,
la vulneraria en flor;
—surge la noche en los arenales—,
la luna equinoccial apareciendo
pide unos fondos donde ponerse:
esa lumia
contándome al oído, por entregas, cuanto supe de mí.

Con la luna de Pascua, en su piel suave de gazapo,
recordaré las pías
persecuciones, por allí sopla.
El mar, bajo la noche,
es una fruta calentada, en el sextante
la Osa Mayor, humean en el amanecer
los perfiles de Cabo Verde.
Busco los lomos leporinos, chispeando
con la luna de abril,
llegaré a tiempo, me demoro bajo esta lente de encaje.
Corre una nube su aguacibera.

SUR HEGOA



Weg

EL FANTASMA DE ZORROAGA

MIGUEL ANGEL UNANUA

Zorroaga como objeto de disputa, no ya de controversia, puesto que se da por sentada su incontrovertible facticidad, tanto en la medida en que supuso la erección de una nueva Facultad dentro de la todavía incipiente Universidad del País Vasco, como por el hecho de que representara un bastión de orden intelectual y contestatario dentro del marco histórico que los sucesos de orden primordialmente político le depararon en los inicios de su andadura; Zorroaga como objeto de disputa, pues, así es como sale de nuevo a la palestra pública de la mano de Fito Rodríguez, en una publicación que comparte con Angel González (*Zorroaga ahora Ibaeta*. Delta Publicaciones. Madrid, 2017), sin que de ningún modo puedan proporcionarse sus intervenciones. Es en el texto que firma el primero de ellos donde la discusión se inviste del carácter señalado: breve memoria testimonial de una vivencia la de Angel González, testimonio largo y detallado de una lucha (su lucha) la de Fito Rodríguez, empeñado en hacerla perdurar, sin cuartel. Atentos al orden y al tono que le imprime a su exposición, dos frentes se disputan, no ya un sitio, sino una historia (son ya tópicos en el contexto de nuestros pesares co-

tidianos, y resulta tedioso tener que volver a recordarlos). El vocabulario castrense es, por lo demás, deliberado, inconscientemente deliberado creo yo: en la hora de su *retreta*, Fito Rodríguez desea rescatar su pasado (mi lucha...), confundido con el de la propia institución académica que le proporcionó algo más que venia.

“Que hable Zorroaga, entonces”. Así reza el lema bajo el que buscan acomodo las aseveraciones que vendrán después, bastante más imperiosas que las que su escueta proclamación da a entender. Un lema incómodamente ambiguo, aunque preciso en apariencia. Dos condiciones se imponen para comprenderlo cabalmente, supuestas las evidencias que el propio texto propone en su presentación, ambas correspondiéndose mutuamente: una, que el autor se arroge una representatividad con la que en nada desentona la ostentación de sí mismo de que hace gala (Zorroaga habla así por su boca), y otra, que se dé voz a la propia institución académica por medio del edificio que la representa, del cual una nutrida serie de fotografías (44 en total, a todo color, y repartidas en 22 páginas) dan cumplido testimonio documental: lo que ahí habla es

lo que allí quedó escrito (Zorroaga se expresa a sí misma, valga la prosopopeya). Dos sujetos comparten una misma voz, tal es la pretensión del libelista: “hemos querido rescatar para la historia –escribe– las pintadas y murales que por aquella época, en los comienzos de Zorroaga, cubrían la mayoría de sus paredes, porque de otro modo se perderán para siempre y, de esta manera, sus imágenes valdrán como complemento de nuestras palabras” (p. VIII).

Discutible es, sin embargo, la representatividad colectiva de esa Zorroaga, así como la locuacidad del cuerpo que la representa, tanto más las de quien supuestamente viene a reclamar su memoria. Ciertamente es que no quedó prácticamente rincón del edificio de la facultad sin que fuese ocupado por alguna pintada, pero no es menos cierto que las mismas no representaban sino a quienes las efectuaban, y pocos más, ni más ni menos. Yo, como otros muchos, no veía en tales expresiones otra cosa que expansiones personalísimas, exactamente iguales a las de quienes, con ese estilo tan inconfundible de los excusados, se desfogan dando rienda suelta a sus impulsos más privativos. Todo consiste en dejar constancia del paso del usuario de una manera más o menos ocurrente, con un mayor o menor gusto. Lo mismo pasa, pasó, con el edificio de Zorroaga: fue tal la acumulación y la concentración de las manifestaciones, fuesen del tenor que fuesen, a que se expusieron sus paredes, que no dejan a simple vista de invitar a dichas comparaciones. Zorroaga se convirtió, por obra y gracia de algunos exaltados, en un inmenso retrete; querer rescatarlo para la historia no deja de tener su gracia. El fenómeno se deja explicar perfectamente, por su propio peso, median-

te una lectura freudiana. No dista mucho el caso del ladrón que, no contento con desbalijar la vivienda, defeca en mitad de ella como forma de afirmarse a sí mismo, prodigando su narcisismo de forma desinhibida. No otra función tendría, desde el punto de vista sugerido, esa serie gráfica en el cuerpo del libro en que aparece: *–¡aquí estoy yo!–*, dicen esas fotos literalmente, lo mismo que la del autor que las imprime, saludando a la cámara con su puño en alto, al amparo de la figura paterna, protectora y redentora a la vez. Sea como fuere, lo lamentable, visto retrospectivamente, es la permisividad con la que se consintió tal clase de exteriorizaciones, porque de aquellos lodos salieron estas piedras..., y nada disculpa el error.

Lo dudoso está, señálemoslo de pasada, en que ese tipo de manifestaciones puedan considerarse expresiones habladas, no tanto por el hecho de que quedasen escritas, aunque también, sino porque nada comunican salvo denuedos, proclamas, descalificaciones, amenazas o procacidades; todo lo cual coloca en un lugar no menos dudoso el discurso que despliega el libro ante los ojos de los lectores. Eso no es hablar, señor mío; eso es gritar por escrito, es emitir voces de mando, de repulsa o de admiración ciegas, es increpar al personal gratuitamente, con agresividad, de ningún modo invitan al parloteo compartido, al intercambio mesurado de palabras e ideas en que comúnmente se cifra lo que entendemos por hablar, ni mucho menos a la inteligencia, que es lo que se debiera esperar del lugar desde el que se nos interpelaba. Se deben considerar, como digo, personalísimas tal clase de manifestaciones, en un doble sentido, supuesto que, por un lado, pintadas tales como “UNIBERT-

SITATEAN K. K. DE BAKA” o “EXTRADIZIO-RIK EZ”, justamente por compartir idéntico espacio y hechura, responden a un nivel de exigencia reivindicativa equiparable, e inducen a confundir los contenidos fácilmente; su grado de relevancia se vuelve intercambiable, como si fuesen los dos extremos de una misma cuerda, que en el límite se encuentran; supuesto que, por otro lado, y al mismo tiempo, ninguna de ellas representa otra voz que la de quienes las suscriben: nada distingue dicha voz de aquella que se pretende vinculante sólo por hacer acto de presencia anónimamente, y por exponerse a la vista de todo el mundo. “GAZTETXE EN PROYECTO”, “MATXO DIMITE”, “GORA ETA”, “HAY QUE MATXAKAR”, “MUCHO PROFE MAJO PERO NO SE OS VE EN EL TAJO”, “VENGANZA, HALA BEDI”, “SAWATER TIRATE DE LA BOMBA”, “EUSKAL HERRIKO UNIBERTSITATEAN EUSKARAZ”, “DESTRUCCION Y MUERTE A LA FAMILIA”, “LA FACULTAD PARA LOS ESTUDIANTES LOS PROFES SON UNOS LIANTES”, y ciento más. Todas y cada una de las pintadas que se prodigaron sobre aquellos muros (de la vergüenza, o de la lamentación, diría alguno, y Fito sabe de qué hablo), todas sin excepción, fueron personalísimas en el doble sentido apuntado, como la cara y la cruz de una misma moneda; personales... e intransferibles, por prodigarse *ex abrupto* e indiferenciadamente, y por no denotar otras convicciones que las familiares a cada inducido.

Conque, al menos entre aquellos que, como yo, íbamos a aquella colina a aprender estudiando, a hacer la carrera, como se decía entonces, y a divertirnos también, por qué no (y no éramos pocos, yo diría que éramos la mayoría), eran voces mudas las de

aquellas paredes, que a nadie interpelaban ni conmovían más allá del escándalo, y a las que por lo común hacíamos oídos sordos sin grandes complejos; exceptuada sea, claro está, la élite de concienciados y de rebeldes, también concienciados o en vías. Fito Rodríguez era uno de ellos indudablemente, por eso regala al lector con detalles de su carrera esforzada de luchador desinteresado y comprometido con diversas causas, empezando por la universitaria, que es la que aquí interesa. La otra, la que le inviste del prestigio del represaliado, nos viene de propina, aunque sospecho que, tanto en un caso como en otro, atentos a los detalles, ni son todos los que están, ni están todos los que son; bastan los que valgan para la justa medida que satisfaga a la galería. Porque es evidente que el profesor Fito cuenta ya con su círculo de fieles, habida cuenta de sus años en el tajo. También contó con ellos siendo maestro en el barrio de Eguía de San Sebastián, de donde salieron, por cierto, los Tres Mosqueteros de la movida, con D’Artagnan como cabeza pensante.

Así pues, según él, la disputa por Zorroaga comienza tempranamente con la desigual consideración de los departamentos que componían la Facultad: Filosofía, Psicología y Pedagogía. La primera se llevaba la palma del prestigio, pero la última vino a representar su arraigo verdadero en un entorno que trasciende el urbano o el social que las circunstancias le deparaban. Arraigaba más allá, entiéndase: en “lo de aquí”, lo nuestro, a saber “la tierra” y, por descontado, el idioma (p. 8): la rama de Pedagogía era autóctona y *euskaldun*, y es donde, obviamente, optó él por alinearse académicamente. Ahí alentaba como en germen lo que, *mutatis*

mutandis, había de definir en miniatura el proyecto en su totalidad, a saber, la propia Universidad del País Vasco, que configura la fase subsiguiente de la disputa por Zorroaga: la disputa por la Universidad Vasca. Con esa doble jugada, las cartas están echadas. La argucia está servida, aunque quede oculta y persevera a lo largo de todo el escrito: se niega que en rigor se pueda argüir sin al mismo tiempo posicionarse incuestionablemente en uno u otro bando; no hay otros argumentos que los vinculantes; razonar implica, de hecho, dar por buena cualquier razón con tal de que se reconozca como propia. Vasquistas por un lado (Txillardegí), españolistas por el otro (Luis Michelena); así queda nombrada la alternativa de base, dando de entrada a la cuestión lingüística un más que discutible sesgo político, y estableciendo un punto de partida que debe quedar fuera de toda disputa, por fuerza mayor: o estás a nuestro favor, o estás en contra nuestra. Ello significa también que basta con posicionarse para demostrar que uno piensa, aunque sea por delegación.

El idioma marca un límite argumentativo difícil de rebasar con impunidad, cargando con un peso genérico imposible de rebatir por principio; el modo en que se infiere dista de ser, sin embargo, concluyente: confundir bilingüismo y diglosia es una errónea manera de trastocar los conceptos. Una lengua puede adolecer de lo segundo, no estando alfabetizados sus hablantes, pero no una universidad (ni un pueblo), que puede definirse sin riesgo ni incorrección por lo primero. El paso subsiguiente, falaz, consiste en derivar de ese fenómeno lingüístico un hecho social, o sea, una situación de sometimiento: la diglosia como indicio de sumisión política.

Con todo y lo dicho, en ese trance se fortifica la tendencia a pasar de las palabras a los hechos, de la escritura que leemos en el libro a aquella otra que irrumpía desde las paredes del edificio (con una muy curiosa inversión de la prevalencia diglósica, gráfica al menos), testimonial la primera, performativa la última. Siendo la lengua un órgano de acción política, no puede la universidad ser sino un lugar en el que dicha acción se organiza y se institucionaliza.

Y Fito Rodríguez se *euskalduniza*, probando con el ejemplo la desidia de quienes no se plegaron al rigor del argumento, y no sólo eso, sino que además se convierte en polifacético escritor, en pensador vascófilo de pro, de hecho y de derecho. Desde esa atalaya adoctrina y convoca a la beligerancia, cuya base debe estar formada prioritariamente, como no podía ser menos, por el estamento de los propios estudiantes, jóvenes verdes, dúctiles y sensibles al llamado, y a su lado, como gustan decir los maduros sindicalistas, la clase trabajadora, a cuyo nivel, en derechos y deberes, conviene estatuir la figura del propio profesor, arramplando si hiciera falta con la figura del propio catedrático: *ipso facto*, dejan de pertenecer al estamento de los profesionales de la enseñanza, para convertirse en trabajadores de la misma, alcanzando así un estatuto del que repetidamente se enorgullece, sobra decirlo, nuestro lenguaraz currante, ejemplar en todas sus actuaciones, especialmente en las descritas en esta su obra de auto aclamación, donde el hombre no se corta un pelo.

Al “sujeto colectivo” correctamente delimitado, se le suma de inmediato la “proletarización de la universidad”, como gusta decir el único profesor no autóctono al que

Fito rinde pleitesía, mostrándole un rendido reconocimiento, con unas muestras de respeto que descuellan visiblemente por contraste. Comparativamente, casi ninguno de los profesores de filosofía que ejercieron en aquella facultad lo hizo por méritos propios, a su modo de ver; prácticamente todos fueron favorecidos de algún modo, o se descolgaron aquí cayendo del cielo (*sic*) como por un casual, aprovechándose de la coyuntura, y sin ningún interés real por comprometerse con el entorno, empezando por la lengua, claro está, para cuyo aprendizaje contaban con suficientes facilidades, sin que ninguno hiciera lo que sí hicieron él y la mentada excepción entre el respetable foráneo (como va de libelista, les llama “parachutistas” con regocijo, o también “paracaidistas”). Poco podía significar para él, por ejemplo, que Fernando Savater, vasco nacido en San Sebastián, hubiese publicado, antes de hacer frente al tribunal que le examinara, “para convertirse en profesor permanente” (p. 20), obras como *Nihilismo y acción*, *La filosofía tachada*, *Apología del sofista y otros sofismas*, *Ensayo sobre Cioran*, *Escritos politeístas*, *De los dioses y del mundo*, *La infancia recuperada*, *La filosofía como anhelo de la revolución*, *Conocer Nietzsche y su obra*, etc., etc., (sin contar con lo revoltoso e inaplicable que resultó ser como aprendiz del vascuence, con motivo de su supuestamente exigible implicación lingüística, y lo díscolo que prontamente se mostró a la hora de dar su beneplácito a lo que estaba mandado: cinco pintadas lo certifican). Esta es la lógica conocidísima del ladrón, que, como es bien sabido, considera a todo el mundo de su propia condición.

Un sujeto colectivo llamado *Zorroaga*, se alía con una clase proletaria comandada

por el sindicato LAB (aunque aquí las cosas no estén tan claras, puesto que hay bastante competencia: CCOO, UGT, STEILAS, y no sé si habrá más; que me perdonen los omitidos, pero para el caso me da igual, porque en el fondo todos son del color pardo del fondo), en ese tránsito se materializa plenamente la transformación de una entidad colectiva de naturaleza simbólica, identitaria, supuestamente representativa de una población universitaria paritaria en sus bases, en otra de carácter fáctico, destinada a una calculadísima toma de poder, de la que el autor se siente orgullosamente responsable. Pero esta disputa marca ya los hitos de una tercera fase a la que yo no asistí y no me quiero meter demasiado: la disputa por Ibaeta, que es bastante más grande que la pequeña, pero arrogante Zorroaga. Ahí alcanza sus reales dimensiones La Universidad, y el saco tienta ya a muchos más. Fito canta victoria por adelantado, para cuya consecución aporta su escrito; no ya su granito de arena, sino todo un montón de granos maniqueamente enfilados, y cínicamente elocuentes. En este brete se encuentra la cosa bajo la estratagemma de lo incontestable en sus dos niveles, el lingüístico y el sindical.

Lengua y clase trabajadora constituyen dos argumentos intocables, no en tanto que no *puedan* ser rebatidos, sino porque no *deben* ser rebatidos; en ellos estriba la fundamentación ideológica de una facción política claramente reconocible, la del nacionalismo de izquierdas. Ir más allá en el debate significa traspasar el umbral de las palabras y abocar a los hechos mismos por imperativo doctrinal: primero se va de las palabras habladas a las escritas, que pronuncia la mano anónima del pueblo (sujeto al que

echa mano Fito varias veces para cargar de razón su posicionamiento una vez pasa la discusión de Zorroaga a Ibaeta), y luego, si se tercia, se va de éstas a las acciones, que salen de otras manos, las de la vanguardia revolucionaria, o las de las pandillas de retaguardia, porque una vez marcadas las finalidades, quiénes anden por medio poco importa ya. No faltan los ejemplos de esa especie de reactivación protractil. Recuérdese la que alcanzó al desventurado cantautor Imanol Larzábal, quien padeció la saña persecutoria de los típicos pintapintadas (por no decir pintamonas) de turno. Lo digo porque el propio Fito Rodríguez registra los hechos, que le parecieron sobredimensionados (pp. 44-45), comparados con los que a él personalmente parece que le afectaban por entonces. Debería cotejarse, para percatarse de las consecuencias potenciales de ese tipo de actuaciones, con el caso de Yoyes, no sin fundamento dadas las circunstancias, puesto que su andadura fue de características similares, asesinada tras ser objeto de idéntico acoso..., pero quizás esté sobredimensionando su muerte al hacerlo. Otro caso lícitamente comparable sería el de Mikel Azurmendi, que afortunadamente goza todavía de la vida y de una lucidez envidiable.

“DAMUTUAK HORMARA”, “E.E. TXUPAKULOS”, “SI LA UNI TE AGOBIA KEMALA”..., de este estilo eran las pronunciaciones del sujeto colectivo que cernía con su atmósfera inconfundible el ambiente de aquella época en la que, no obstante, en opinión de don Fito, hubo libertad, empezando por la de expresión evidentemente. Así lo prueban los hechos, dado que, como era notorio, los camaradas podían convocar asambleas y reunirse en el aula magna u otra cualquie-

ra sin que nadie se lo impidiese, sin tener que meterse en los locales del barrio, que no tenían proyección institucional. Una asamblea es una convocatoria dirigida a todo el mundo, cada cual es libre de asistir, el que no lo haga delega en quien lo hace su voto. Así funcionaba el famoso modelo asambleario: era Zorroaga la que decidía. Se empezaba con un *egun on* o con un *gabon*, y se finalizaba con un *agur ben hur*; todo lo de en medio era chachareo en español, más o menos relevante o intrascendente, aunque no españolista, donde el personal se jugaba su futuro o, lo que era lo mismo, el futuro de todos.

La retorsión del argumento es llamativa por la contundencia con que aparenta desmontar el dato. Se cuela de nuevo otra prueba incontestable, imperativa, que estuvo de actualidad hace algún tiempo y vuelve ahora a estarlo porque Fito rescata los hechos (pp. 45-46), siendo muy libre de hacerlo, sin que nadie se lo impida, no ya en privado sino a las bravas, mediante esta publicación que sale de sus manos. Es su opinión que había más libertad de discusión y de prensa entonces que ahora. La diferencia se aprecia en función de a quiénes afectara la misma y a quiénes su contraria, la prohibición o la acción disuasoria, supuestos los dos bandos enfrentados, que él se encarga de particularizar reiteradamente. Durante la época del ágora libre de Zorroaga ellos campaban por sus fueros y se congratulaban de una presencia considerable en los distintos foros y en medios propios y ajenos, mientras que después parece que no tanto, y eso le produce mucho resquemor, visto que las tornas parecen volverse del revés, aduciendo unas razones discutibles por diversos motivos,

pero que no merece la pena detallar. Baste hacer notar que también en esos medios propios de su militancia se ejercía la censura y se enmudecía a quienes divergiesen de sus puntos de vista, como se sigue haciendo ahora por lo demás, eliminando todo asomo de heterodoxia, disensión o crítica. No son pocos los *ezabatuak*, por decirlo en su jerga, de sus prensas diarias, sean *euskaldunes* o no, como no lo fueron los *amenazatuak*, por activa o por pasiva.

Urge, pues, una ética de la resistencia que implique al propio estamento académico universitario, responsable, valeroso y dueño

de sí, contra estos asaltos de la demagogia, tras los cuales no se esconde otra cosa que la urgencia por asegurarse lugares estratégicamente asequibles a repartos de poder entre clanes afines, o a familias de beneficiarios (el término familia se usa varias veces en el libelo en cuestión). Es un hecho que, entre fatuos exseminaristas de toda laya y acólitos tozudos, ya han criado (y colocado estupidamente) a su prole de telémacos y de antígonas. Una nueva nobleza de sangre se nos avecina, con clase (y conciencia de clase), reclamando servidumbres y sacrificios por la causa, gratuitamente.

MUNSTRO MAITAGARRIA VS. SOZIALISMOA

JON SUDUPE

Raffaele Simone. *El Munstro Amable: ¿El mundo es de derechas?*, Taurus, Madril, 2012

Raffaele Simone filosofo eta hizkuntzalari ezaguna da, Italian bereziki. Berak dio ez dela “ez politikaria ez politologoa”, baina pentsalari bikaina da, inondik ere. Oihartzun zabala izan du sozialismoaren hondamendiaz idatzi duen *Il Mostro Mite. Perché l'Occidente non va a sinistra* liburuak. Eta haren diagnostikoa ezagutu eta ondorioak aintzat hartzea merezi du.

Ezkerraren kontzeptuak ba al du zentzurik gaur egun? Abiada bizian, ezker/eskuin dikotomia protagonismoa galtzen ari da. Ohiko kategoria politikoak lausotu egin dira. Sinesmen sendoak gainbehera etorri dira azkenaldi honetan Mendebalde osoan. Ezkerraren helburu historiko handiak ez dira gauzatu eta ez du ematen etorkizun hurbila moldatzeko gai direnik. Europak, eta munduak berak neurri batean, eskuinera biratu du. Badirudi gure garaiko giro intelektual eta kulturalak berez daramala eskuin globalaren postulatueta.

Sozialdemokraziak atzera egin du Europa osoan. Eskuineko alderdiak nagusi dira nonahi, Portugalen izan ezik. Alemanian, Frantzian, Britainia Handian edota Espainian alderdi kontserbadoreek aise irabazi

dituzte hauteskundeak. Azken hogeitau urteotan, eredu sozialdemokrata indargabetuz joan da neoliberalismoaren eraginez. Ultraeskuin nazionalista eta xenofoboaren gorakada da gaurko fenomeno politiko nagusietako bat. Egoera ezin kezagarriagoa da. Mendebaldeko herrialde nagusietan ezkerrek utzi egin dio herritarren arazo eta nahiei erantzuna emateari. Garai berrietara egokitzeko egin dituen ahalegin guztiak ez dira nahikoa izan.

2008ko finantza krisiak ezustean harraipatu du ezkerria. Globalizazioaren ekaitzak jota, noraezean dabil, diskurtso politiko berririk gabe, etsiak jota. Kapitalismo neoliberalari aurre egin ezinik, ahulduta ageri zaigu. Sindikatuak indarra galduz doaz. Ekonomiaren mundializazioak eta kapitalismoaren itxuraldaketak langile klasea desgaiten ari dira. Gurea bezalako garai kontsumista batean ezkerraren idealek modaz pasatakoak dirudite. Sozialismoa hiltzorian dagoela uste duenik ere bada. Badirudi ekonomiaren atzeraldiak sozialdemokraziaren gainbehera ekarri duela berarekin. Kapitalismo neoliberalari aurre egin ezinik, ezkerreko indarrak ahulduta, zatituta ageri zaizkigu. Eskuindarra ote da mundua?

galdetzen du Raffaele Simonek. Gizakia ere "berez" eskuinekoa ote?

Begien bistakoa da eredu sozialdemokrataren ahuleria gaur egun. Zalantzatan, noraezean, diskurtso politiko berririk gabe dabil. Ekonomiaren mundializazioak eta langabeziak langile klasearen desintegrazioa eragin dute. Sindikatuak defentsiban ari dira. Sozialdemokrata guztiek onartzen dituzte demokrazia liberalaren erakundeak eta merkatuaren ekonomia. Baina horrek ez du esan nahi liberalismo ekonomikoa denik gaitz guztien erremedioa.

Eskuinak aurrera egin badu, ez da soilik arrazoi politikoengatik izan. Boto galeratik haragokoa da ezkerren zailtasuna. Krisi politikoa ez ezik, ideologikoa ere bada. Mentalitate aldaketan, kultur paradigma berrian dago koska. Ekaitz politikoa ez baino, ekaitz kulturala da gertatzen ari dena. Gure gizarteak kontsumismoa eta oparotasunaren balioak onetsi ditu. Eskuinaren proposamenak askoz erakargarriagoak zaizkio jendea-ri. "Berezkoagoak" dira kontsumismoaren kulturarekin. Atsegingarriagoak. Horixe da "eskuin berriaren" aurpegi irribarretsua. Munstro maitagarria, atsegina, gozoa dela dio Raffaele Simonek.

Pobreek –"proletarioek"– aberatsak izan nahi dute, aberatsen modura bizi eta kontsumitu, ez borroka kolektiboari ekin. Sozialismoa gainbehera doa, sakrifizioa proposatzen duelako beti, dio Raffaele Simonek. Eskuinak zoriona eta ongizatea agintzen die guztiei. Eskuin hedonistaren aurka, ezkerrek ez du esfortzua baino eskaintzen, dagoeneko inork nahi ez duen gauza. Oparotasunaren eta sedukzioaren kontra, austeritatea eta zorroztasuna proposatzen ditu. Merkatua, lehia, plazera, berekoikeria dira eskuin li-

beralaren balioak. Balio sozialistak, aldiz, abstraktuagoak, irrealistagoak eta kontra-instintuzkoagoak dira (ahulenekiko elkartasuna, osasun eta irakaskuntza publikoa, heziketa eta kultura maila goratzea, etab.).

Mamu berri horrek, propaganda teknika berrien bitartez, moderno itxurak egiten ditu. Bereizketa ideologikoak zaharkituak daudela sinestaraziz, hondamendia ekarri die ezkerren printzipioei. Neoeskuina atsegina eta *trendy* da; ezkerria, berriz, aspergarria eta *out*. Ezkerria "lekuz kanpo" dago gaurko mundu global eta artxikapitalistan, eta deseroso sentitzen da. Horregatik, desagertu egin dira ezkerren ohiko hautesle eta jarraitzaile naturalak. Galbidean dagoen espezie bat ote da, bada?

Bigarren Mundu Gerraren ostean, Ongizatearen Estatuak gizarte aurrerapen itzela ekarri zuen, harik eta 80.eko hamarkadan «iraultza kontserbadorea» (Thatcher, Reagan) iritsi zen arte. Duela 20 urte, ezker erreformista eta moderatuen gorakada hasi zen Europan. Garai hartan, asko ziren gobernu sozialdemokratikak Europan. 1996an, agintea hartu zuen Romano Prodi Italian; 1997an, Downing Street 10an jarri zen bizitzen Tony Blair, eta Lionel Jospin lehen ministro bihurtu zen Frantzia; 1998an, Gerhard Schröder kantziler izatera iritsi zen Alemanian. Aldi berean, Bill Clintonek agintzen zuen Atlantikoz bestaldean. Hogei urte geroago, gainbehera dabil mendebaldeko ezkerria.

Lehenik, sozialismo komunistak egin zuen porrot; gero, sozialismo erreformistak huts egin du. Simoneren iritzian, "badaiteke sozialismoa hil izana, baina ezkerria ez". Behiala Norberto Bobbio filosofo italiarrak idatzi zuen bezala, eskuinaren eta ezkerria-

ren arteko desberdintasunak ez dira desagertu. Eskuinak beti ukatu izan du eskuinaren eta ezkerraren arteko diferentzia. Kontu zaharrak omen dira horiek. Ez zen hori Bobioren sozialista liberalaren iritzia, eta Simone pentsalari ezkertiarrena ere ez. Berdintasunaren aldeko jarrera da ezkertiarren ezaugarri berezia. Eskuindarra, berriz, desberdintasunak desagitea ezinezkoa delakoan dago. Ezkertiarrek desberdintasunaren aurkako borrokari ematen dio lehentasuna bere jokabide moralean eta ekintza politikoan. Diferentzia sozialak ezabatu edo gutxitu egin daitezke. Eskuindarrek, ostera, naturalak direla diote, kenezinak, alegia.

Zer egin egoera etsigarri honen aurrean? Merkatu ekonomia garaile atera da eta aberastasuna sortu du, baina ez du gizarte zuzenik eratu. Eskuindarrak merkatuaren alde egon ohi dira, eta ezkertiarrek Estatuaren alde. Justizia egiteko ezin da kontatu merkatuarekin: Estatua da merkatua arautu behar duena, guztiek aukera berdintasuna izan dezaten. Estatuaren beharra dugu saldu ezin denari –hots, funtsezkoenari, duintasunari– eusteko.

Azken hauteskundeetan aurrerakada handia izan du populismoa izeneko mugimendu politikoak. Geroztik, luze eta zabal hitz egin da fenomeno soziopolitiko horren nondik norakoaz. Populismoa, Marxek ohartarazi zuenez, ezarritako erregimen demokratikoaren porrotaren sintoma eta itxaropen berri baten adierazpena da, aldi berean. Indarrean diren gobernu praktikeki-

ko halako arbuio bat adierazten dute. Kritika populistan eta honek eragindako ilusioan badago egiazkoa den zerbait. Populismoa ezin daiteke gutxietsi, baina, Simonek irizten dionez, ez du diskurtso artikulaturik, ez du programa politikorik.

Nolanahi ere, “ezkerraren idealek” bizi-rik diraute oraindik: askatasunaren, berdintasunaren eta senidetasunaren printzipioek ez dute inola ere gaurkotasunik galdu. Demokrazian eta giza eskubideetan sakontzea izango da, aurrerantzean ere, sozialismoaren egitekoa. Ezkerrak bere burua berrasmatu beharra dauka. Paradigma berrietatik abiatuta, etorkizuna eraiki. Ezkerrak izugarritzko ahalegina egin beharra dauka, irabazi nahi badu. Bere idealak eta proiektuak errotik berritu behar ditu, hautesleria liluratzeko. Ezkertiarrek lan izugarria dute esku artean: gaurko garaietarako esanahi berriak bilatu behar dituzte.

Sozialismo historikoa gainbehera etorri da. Baina hark botatako erronkak iraun egiten du: merkatuak bakarrik ezin ditu injustiziak konpondu. Tradizio totalitario eta dogmatikoa zeharo arbuatuta ere, justiziaren eta arrazoien printzipioetan finkatutako mundu berri baten ametsak iraun egiten du. Injustiziarik den bitartean, ezkerrak badu etorkizunik. “Oso eginkizun zaila da, baina, ez bazaio ekiten, patua idatzia dago. Oso gutxi da geratzen den denbora.” Larritasunez beterik amaitzen da Raffaele Simoneren saiakera.

OTOÑO DEL 59. LOS “PRIMEROS PINITOS” DE ETA¹

GAIZKA FERNÁNDEZ SOLDEVILLA

Centro para la Memoria de las Víctimas del Terrorismo

ETA, *Euskadi Ta Askatasuna* (Euskadi y Libertad), ha condicionado de manera extremadamente negativa la historia reciente del País Vasco y, por ende, la de España. La violencia de esta banda arroja un saldo de más de ochocientas víctimas mortales: 853, según el Ministerio del Interior; 845, según los cálculos de Raúl López Romo, quien añade un mínimo de 2.533 heridos (de ellos 709 con gran invalidez), 15.649 amenazados (en el período 1968-2001; en 2002 había casi un millar de personas con escolta) y un número desconocido de exiliados forzados, extorsionados y damnificados económicamente². No es de extrañar que sobre el fenómeno se haya escrito una amplísima aunque desigual bibliografía. Sin embargo, en la historia de ETA se detectan significativos vacíos, mitos y confusiones. Muchos de ellos se concentran en una etapa que quizá no ha sido lo suficientemente estudiada: sus comienzos. Así, todavía hay dudas sobre cuáles fueron sus primeros atentados: si las tres bombas que supuestamente explotaron en diciembre de 1959 o el intento de descarrilamiento de un tren en julio de 1961. El presente artículo tiene el objetivo de aclarar esta cuestión.

ETA fue fundada por un grupo de jóvenes nacionalistas vascos radicales a finales de 1958, en plena dictadura. La nueva hornada *abertzale*, con evidentes ansias de acción, rompía así con el viejo PNV, Partido Nacionalista Vasco, al que acusaban de ser pasivo e inoperante. A juicio de José María Garmendia, “la necesidad de practicar la violencia está presente (...) desde el nacimiento mismo de la organización”. “Yo, particularmente, la he visto desde un principio”, corroboraba en una entrevista el antiguo dirigente etarra Juan José Etxabe (*Haundixe*). En este sentido, el *Libro blanco* de ETA (1960) estableció que “la liberación de manos de nuestros opresores requiere el empleo de armas cuyo uso particular es reprobable. La violencia como última razón y en el momento oportuno ha de ser admitida por todos los patriotas”. Sin embargo, como matizaba Etxabe, si bien “la necesidad de la lucha armada ha estado siempre presente”, no ocurrió lo mismo con “la necesidad de matar, matar es muy serio”. Esta tardó bastante más en ser asumida y toda una década en hacerse realidad: la primera víctima mortal de ETA fue el joven guardia civil José Antonio Pardines Arcay, asesinado el 7 de junio de 1968 cerca de Aduna (Guipúzcoa). Antes de que se cometiese aquel crimen, “la necesidad de matar” tuvo que sortear escollos como la ausencia de una tradición insurreccional en el nacionalismo vasco, los

escrúpulos religiosos y morales de parte de la militancia etarra, las dificultades de orden material (entrenamiento, información, dinero, armamento, etc.) y un elemento clave: la voluntad humana³.

Los miembros de ETA dedicaron un largo período al debate teórico acerca de qué modelo organizativo y estratégico debía adoptar la organización. Y a otros menesteres. Siguiendo a Patxo Unzueta, en la primera mitad de la década de los sesenta se trataba de “un grupo propagandista con casi ilimitada fe en las virtualidades del papel impreso”. Como reconoció uno de sus líderes, José Luis Zalbide, durante la “primera época” hubo una “insistencia en llenar paredes con las siglas ETA”, pero “eran muy pocos los que sabían siquiera que las siglas ETA correspondían a una organización política clandestina”. El efecto en la sociedad era mínimo. A lo sumo, en la calle se murmuraba que los de ETA eran “esos que pintan paredes”. A decir de Xabier Zumalde (*El Cabra*), “la gente miraba con indiferencia o simplemente no miraba [las pintadas]. Algún espabilado solía comentar: –Será otra marca comercial... ¿Qué venderán estos?” José María Portell recordaba que “fueron muchos –los más perspicaces– los que pensaron que se trataba, acaso, de un nuevo detergente que había salido al mercado”⁴.

No obstante, la primera ETA también desplegó cierto activismo, que entra dentro de lo que Eduardo González Calleja ha denominado “aventurismo armado”, es decir, “una violencia de bajo nivel técnico practicada por militantes no especializados, con un carácter puntual y un propósito meramente publicitario”. Así, el 18 de julio de 1961 unos etarras quemaron tres banderas rojigualdas en San Sebastián e intentaron, sin lograrlo, hacer descarrilar un tren de veteranos requetés guipuzcoanos que acudían a dicha ciudad a conmemorar el 25º aniversario de la sublevación de 1936. Se trató de la presentación pública del grupo: fue la primera vez que reivindicaba un atentado. El 6 de diciembre de 1963 tres miembros de ETA atacaron a Antonio García Escobar, maestro en Zaldívar (Vizcaya). Citando el relato aparecido en *Zutik*, el órgano de expresión etarra, le habían propinado “una paliza de la que probablemente quedará marcado. Y esto no es violencia... esto es autodefensa”. Fue la primera agresión física contra una persona de la que tenemos constancia. Unos días después, en Alsasua (Navarra), el mismo comando voló un vagón de tren con la dinamita que previamente había sustraído de una cantera⁵.

Los atentados de otoño de 1959

Estas son muestras tempranas de violencia, pero ¿son las más tempranas? A menudo hemos sostenido que los atentados de ETA comenzaron bastante antes, cuando la organización apenas contaba con un año de vida. Se ha achacado a este grupo la colocación de sendas bombas en el Gobierno Civil de Vitoria, el diario *Alerta* de Santander (perteneciente a la Cadena de Prensa del Movimiento) y una comisaría de Policía en el bilbaíno barrio de Indauchu. Se supone que las detonaciones se produjeron en diciembre de 1959. Sin embargo, la documentación desmiente tal fecha. Francisco de Cáceres y Torres, el director de *Alerta* (1939-1979), envió una carta al jefe de la Sección Técnica de Prensa en la que le informaba de que el artefacto había estallado “junto al muro de nuestra casa cerca a la de los almacenes” en la madrugada del 24 al 25 de octubre de 1959, es decir, dos meses antes de lo que se creía. El día no parece elegido por casualidad: se trataba del 120º aniversario

de la Ley del 25 de octubre de 1839, que confirmó los fueros vascos y navarro “sin perjuicio de la unidad constitucional de la Monarquía”. Sabino Arana y sus seguidores interpretaron la entrada en vigor de tal norma como la pérdida de la independencia de Euskadi, por lo que la fecha resultaba emblemática para el nacionalismo vasco. No sabemos si las bombas de Vitoria y Bilbao estallaron a la vez, otro día de octubre o en noviembre. Solo tenemos la certeza de que no lo hicieron en diciembre de 1959, ya que se las menciona en dos boletines del mes anterior: *Alderdi* (Bayona), órgano oficial del PNV, y *Eusko Gaztedi* (Caracas), revista vinculada a las juventudes nacionalistas⁶.

Aparte del lugar y la fecha aproximada, tenemos pocas certezas más acerca de esta cadena de atentados. Las fuentes aportan datos escasos, confusos y contradictorios, si es que los aportan. Apenas lo hace la documentación policial, pues casi no se ha conservado de aquella época. Tampoco los periódicos editados en España, que carecían de libertad de prensa: estaban atenazados por la censura previa y el control gubernamental, lo que los convertía en voceros oficiosos del régimen franquista, que silenciaba aquello que no le interesaba que se supiese. Solo así se explica que de la bomba contra las instalaciones del *Alerta* no diera noticia ni ese mismo diario. Los atentados sí aparecieron, en cambio, en medios extranjeros como el británico *The Times* y el estadounidense *The New York Times*, que únicamente hacían referencia a las explosiones registradas en Bilbao y Vitoria⁷. Más espacio ocuparon en algunas de las publicaciones periódicas que los nacionalistas vascos sacaban en el exilio. El problema reside en que su contenido no es del todo fidedigno, ya que, a consecuencia de la dictadura, les resultaba imposible operar en el interior del país y se veían obligados a recoger información de segunda o tercera mano, que no estaba contrastada. Además, no hay que olvidar que uno de sus objetivos era el propagandístico. De cualquier modo, con las debidas precauciones, se pueden obtener datos valiosos de este tipo de prensa.

Alderdi revelaba el orden en el que, “con intervalo de pocos días”, se habían producido las tres explosiones: primero en Vitoria, luego en Santander y, por último, en Bilbao. Parece corroborarlo el hecho de que el de Vitoria fuera el primer atentado que se mencionara en *Oficina de Prensa de Euzkadi*, órgano oficial del Gobierno vasco: en la edición del 16 de noviembre se indicó que “en la puerta del Gobierno Civil estalló una bomba, al parecer de fabricación rudimentaria, que no causó desgracias personales”. Ahora bien, en los siguientes números apenas hay nuevas respecto a los otros artefactos⁸.

Mucho más relevante resulta el seguimiento que hizo el boletín *Eusko Gaztedi* de noviembre de 1959, que transcribió una serie de noticias supuestamente recogidas en los diarios caraqueños *El Universal* y *El Nacional*, a su vez versiones en español de los cables de la *Agence France-Presse* y *Associated Press*⁹. Aunque se trata de textos de tercera mano, dan la impresión de ser verosímiles. Los “actos de terrorismo”, se revelaba, “consistieron en la explotación [sic] de bombas aparentemente destinadas más a atemorizar que a causar daños. Algunas de ellas han estallado frente a edificios públicos de Bilbao, Vitoria y Santander”. Según “fuentes fidedignas”, el artefacto de Vitoria “fue depositado ante uno de los muros laterales del edificio, produjo ligeros desperfectos y no hubo víctimas”. El de Bilbao había detonado “contra la fachada de la direc-

ción local de Policía, y provocó algunos daños materiales". También se aludía a un incendio en el periódico falangista *Hierro* (Bilbao) "y se considera la posibilidad de un acto de sabotaje"¹⁰.

En el siguiente número de *Eusko Gaztedi* se notificó "que las bombas colocadas en el Gobierno Civil de [Vitoria] eran dos. Una estalló causando desperfectos de poca importancia. A la otra le falló el mecanismo y no explotó". A decir de este medio, "la prensa franquista" había negado que se hubiera producido el atentado. "Como todo Vitoria oyó el estruendo de la bomba (la oyeron hasta en el [parque del] Prado), el franquismo ha inventado una versión que ha hecho pública: que el estruendo que atronó a Vitoria se debió a la explosión de un calderín. Pero nadie lo cree"¹¹.

Únicamente la crónica de *Eusko Gaztedi* se refiere a la existencia de un segundo artefacto en el Gobierno Civil de Vitoria. Tampoco hay nada que confirme las dos bombas que, según *Euzko Deya* (Buenos Aires), habían sido retiradas "del edificio del representante del Gobierno de Franco en Bilbao (...) antes de estallar"¹². De igual manera, es imposible ratificar algunos de los detalles de los que daba cuenta *Irrintzi* (Caracas): "según noticias confidenciales que tenemos, la bomba 'casera' que estalló en el Gobierno hispano de Gazteiz (Araba), fue colocada por un sacerdote. ¿Será verdad?" No lo sabemos. La revista añadía que "deliberadamente estaba destinada a no causar daños personales de ningún género, pero sin importar los materiales o económicos, y con destino, sobre todo, a hacer saber que uno de los pueblos más virilmente católicos del mundo entero, está luchado activamente por su independencia"¹³.

Aunque *Alderdi* admitía que "se ignora quiénes los han colocado", la mayoría de los medios coincidían en que los explosivos tenían el sello del nacionalismo vasco. *Eusko Gaztedi* mencionaba "a los miembros de la Resistencia Vasca". *Euzko Deya* subrayaba que "las informaciones, en general, atribuyen estos hechos a los patriotas vascos, es decir, a la resistencia patriótica vasca". Y Radio París, según afirmaba *Eusko Gaztedi*, había asegurado "que la bomba colocada en el periódico falangista *Alerta* de Santander era obra de los nacionalistas vascos". En el mismo sentido apuntan las fuentes orales. Así, Eduardo Uriarte (*Teo*) recuerda que, cuando deflagró la bomba de Vitoria, "estaba en quinto de bachiller (creo), y en esa madrugada aparecieron unas ikurriñas del tamaño de un cromó con la leyenda 'Euzkadi ez (sic) la patria de los vascos'". Se trata de un lema de Sabino Arana que no deja lugar para la duda. No obstante, por aquel entonces había en activo distintas organizaciones *abertzales*. ¿Cuál de ellas fue la responsable?

Aunque hasta ahora se había pasado por alto, lo cierto es que el atentado de Vitoria fue reivindicado públicamente por una organización: el FNV, Frente Nacional Vasco, un grupúsculo neorranista dirigido por Manuel Fernández Etxeberria (*Matxari*), que contaba con presencia en Venezuela, Méjico y Argentina. En su revista *Irrintzi* se podía leer:

La explosión de la bomba en el Gobierno español de Gazteiz es el signo inequívoco y cierto del unánime sentir del Ideal sabiniano en nuestra indomable juventud y de que se están tomando las obligadas posiciones ante la situación caótica que muy pronto se presentará en España y por lo tanto en Euzkadi.

El Frente Nacional Vasco, con el que *Irrintzi* tiene las mejores relaciones, ha acertado plenamente en la elección del momento propicio para realizar su exitosa

campana de agitación independentista que ha tenido resonancia internacional. Con ellos estamos en la aspiración común de una Patria libre, sin tutelas ni proteccionismos extraños. Con la Euzkadi soñada por el Mártir de Sukarrieta.

Al Frente Nacional Vasco no le ha de faltar todo nuestro entusiasta apoyo. La bomba de Gasteiz es la mejor ofrenda que nuestra juventud patriota ha podido hacer a Sabino. ¡Euzkadi azkatzeko, Aurrera gure gaztiak! [¡Adelante nuestros jóvenes, para liberar Euzkadi!]¹⁴

La publicación advertía: “Va a haber fuegos artificiales para rato”. Y es que “no sería, pues, la primera vez que la sangre vasca libere un pueblo. Y esta vez será en casa”. No se trataba más que de una bravata, como se reconoció doce años después¹⁵.

Una parte de los miembros del FNV provenían de *Jagi-Jagi* (Arriba-Arriba), una escisión extremista que el PNV había sufrido durante la II República y que a duras penas sobrevivió en el exilio. Ambas organizaciones mantenían estrechos lazos y un discurso idéntico, por lo que a veces se las confundía. Por eso, aunque un cable de la *Agence France-Presse* informaba de que, “según noticias de buena fuente, recibidas de San Sebastián”, los *jagi-jagis* eran responsables de las bombas, es probable que en realidad se estuviese haciendo referencia al FNV¹⁶.

Hay otro posible candidato, al menos para el artefacto que hizo explosión en Bilbao. Y es que la *Memoria* del Gobierno Civil de Vizcaya establecía otra versión de los hechos:

Los separatistas vascos venían actuando desde el año anterior [1959] en la forma clandestina por ellos acostumbrada: Pegar pasquines y hacer suscripciones tanto en la capital como en la provincia. Poco a poco van tomando auge sus actividades, más tarde rompen la lápida de los Caídos en la Ermita de Peña Lemona, ensucian con pintura el Monumento a los Caídos de Guecho, llenan de letreros subversivos el Instituto y la Escuela de Comercio, colocan una bandera separatista en una Iglesia de Bermeo y finalmente lanzan una bomba al jardín de la Jefatura Superior de Policía.

Las gestiones para localizar a los autores de estos hechos dieron su fruto al descubrir al grupo clandestino Euzko-Gaztedi, autor de los mismos¹⁷.

EGI, *Euzko Gaztedi* (Juventud Vasca) del Interior, dependiente del PNV, llevaba meses desplegando un activismo inusitado para la época: pintadas, colocación de ikurriñas, reparto de propaganda, etc. Desde esta perspectiva, en vez de como hechos aislados, habría que interpretar las bombas como parte de la campaña de las juventudes nacionalistas, con lo que cobrarían un nuevo sentido. No obstante, habían explotado justo cuando las protestas entraban en declive debido a la represión policial. Y es que, aparcando temporalmente su tradicional obsesión con el Partido Comunista, las FOP, Fuerzas de Orden Público, persiguieron a EGI hasta su práctica desarticulación: sus militantes fueron detenidos o huyeron. En las redadas también cayeron, además de algún veterano *jagi-jagi*, como Trifón Echebarria (*Etarte*), cuatro etarras que anteriormente habían pertenecido a las juventudes del PNV. Únicamente pasaron unos días en comisaría. A decir de Jon Nikolas, las FOP se limitaron a registrar los datos de los miembros de ETA sin relacionarlos con las nuevas siglas. En cualquier caso, EGI asumió el impulso de las protestas (aunque no específicamente el de las bombas). El PNV mostró su “patriótico orgullo”

por “la campaña de propaganda patriótica desarrollada por Euzko Gaztedi, filial de nuestro partido, durante el verano y otoño que acaban de pasar y a la que la juventud ha respondido en masa y con admirable entusiasmo”¹⁸.

La autoría de ETA

Algunos autores han cuestionado la implicación de ETA en las explosiones de 1959. A fin de cuentas, la organización jamás las reivindicó. Y, si lo hubiera hecho, casi nadie hubiese sabido qué se escondía bajo aquellas siglas. Excepto en las suyas, no hay mención alguna a ETA en las publicaciones coetáneas ni dentro ni fuera de España. Por ejemplo, en marzo de 1960 *The New York Times* hacía un repaso de los “cinco movimientos políticos clandestinos” antifranquistas que operaban en el País Vasco: el PNV, el PSOE, los republicanos, Acción Nacionalista Vasca y los monárquicos¹⁹. ETA no estaba incluida. De hecho, no aparecería en las hojas de ese y otros periódicos hasta el año siguiente, con motivo del intento de descarrilamiento del tren de julio de 1961. También es significativo que hasta después de ese sabotaje las FOP no prestaran atención a los etarras: la primera mención al grupo en la documentación policial de la que tenemos constancia data de agosto de 1961²⁰.

Como recuerda Gurutz Jáuregui, en aquella época en las publicaciones etarras, “no se ofrece referencia alguna relativa a la práctica de métodos de lucha violentos”²¹. No se hacía de forma pública. En el archivo de *Lazkaoko Beneditarren Fundazioa* (la Fundación de los Benedictinos de Lazcano) se custodia un documento, escrito por Julen Madariaga en 1964, pero inédito hasta ahora, que nos obliga a volver a la hipótesis inicial. Se trata de una breve historia de *Ekin* y ETA en la que se puede leer:

Pero es en 1959 cuando se le da impulso [al cambio estratégico]. Se trataba de salirnos de nuestra reducida área y comenzar a asomarnos al mundo exterior, al pueblo de Euzkadi en general. En otras palabras: ETA empieza a hacer propaganda fuera de sus propias filas (...).

Se da otro gran paso cuando se inician las primeras acciones, también en 1959 (breadas [pintadas], banderas de tela y banderitas de papel, etc.). A fines del mismo año se colocan las primeras bombas caseras en Santander, Bilbao y Gasteiz. Son los primeros pinitos. No se deja nuestra firma, no decimos que es ETA quien lo ha hecho.

La policía del ocupante cree que es EG[I] (la fracción que quedó con el PNV), puesto que aún nos desconoce por completo; el resultado es que desarticula y descalabra enteramente todo lo que de EG quedaba en Bizkaia. Pero se revelan por primera vez nombres²².

Dicho texto sirvió de base a otro posterior de José Antonio Etxebarrieta Ortiz, de 1967, en el que también se indica la autoría de las explosiones: “En el mismo 1959 se realizan las primeras acciones: breadas, ikurriñas de papel y tela, etc. A finales del mismo año se colocan en Gasteiz, Bilbao y Santander las primeras bombas caseras. No dejamos nuestra firma”. Esta última versión iba a publicarse en un *Zutik* especial al año siguiente, con motivo del 15º aniversario de *Ekin*, pero finalmente no vio la luz por los acontecimientos del 7 de junio de 1968: el

asesinato de José Antonio Pardines y la muerte del hermano del autor, Francisco Javier (*Txabi* o *Pepe*) Echebarrieta, que obligó a los etarras a preparar un nuevo boletín. No obstante, el documento de José Antonio Etxebarrieta sí está recogido en los *Documentos Y*²³. Ambos trabajos, el de Madariaga y el de Etxebarrieta, han pasado tan desapercibidos que, irónicamente, incluso la propia ETA se ha olvidado de sus primeras bombas, que no están incluidas en el listado oficial de atentados de la banda que aparece en el número 79 de su boletín *Zuzen*²⁴.

Queda todavía por discernir el papel exacto que jugó el Frente Nacional Vasco en esta cadena de atentados. En 1971 *Sabindarra*, su último órgano de expresión, publicó un artículo cuya lectura sugiere la probable colaboración del FNV con ETA en los sabotajes. Al recordar las circunstancias en las que había surgido la organización etarra, se reconocía: "entonces, más o menos, el FNV fue invitado (nosotros) a empezar a poner en marcha el activismo. Y respondimos en la medida de lo que nos fue posible inicialmente, pero 'aquello' resultó un fracaso. No pasamos de algunas pequeñeces activistas, y todo quedó en nada"²⁵. Y es que, desde el principio, ETA había contado con la entusiasta colaboración del Frente de *Matxari*, su principal valedor en el exilio latinoamericano. No es de extrañar que estos veteranos ultranacionalistas llegasen a reclamar la paternidad de la banda. "Hemos tenido siempre para nosotros", se aseguraba con orgullo, "que somos (el grupo sabindarra, y antes Frente Nacional Vasco extendido en secciones en toda la América Latina) los 'padres' de ETA"²⁶.

Conclusiones

El propósito del historiador es ofrecer un relato plausible, veraz y riguroso acerca del pasado, elaborado por medio de una metodología científica y del examen exhaustivo de las fuentes. Así, la documentación consultada indica que ETA estuvo implicada en las bombas que estallaron en Vitoria, Santander y Bilbao en el otoño de 1959.

Ahora que se ha cerrado la etapa de la violencia, se abre la del relato. Nos encontramos con que, como ha sacado a la luz un informe del Euskobarómetro y el Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo, la sociedad vasca se encuentra dividida: un 43% de los ciudadanos se decantan por cultivar la memoria de las víctimas del terrorismo, pero un 44% quiere pasar página²⁷. El olvido de nuestra historia reciente puede tener consecuencias nefastas. Por un lado, supondría un escarnio para las víctimas, provocándoles un nuevo dolor. Por otro, nos dejaría indefensos ante la propaganda ultranacionalista que pretende legitimar los crímenes de la banda. Tiene un público cautivo en la "izquierda *abertzale*", siempre receptiva a cualquier fábula que confirme sus arraigados prejuicios, pero, si pasamos página sin haberla leído primero, los apologistas del terror aprovecharán la oportunidad para extender su apostolado al resto de la población. Parafraseando a Rudyard Kipling, Jon Juaristi escribió su más célebre poesía: "Te preguntas, viajero, por qué hemos muerto jóvenes/ y por qué hemos matado tan estúpidamente./ Nuestros padres mintieron: eso es todo". ¿Dejaremos que también se mienta a nuestros hijos?

Por suerte, contamos con una vacuna contra la desmemoria y la propaganda: el conocimiento histórico. En una coyuntura tan crítica como la actual, es más necesario que nunca fomentar tanto la investigación de calidad como la alta divulgación de la historia del terrorismo y sus víctimas.

Cuando nos enfrentamos a un reto de tal magnitud, hemos de redoblar nuestros esfuerzos. Si queremos estar a la altura, historiadores, científicos sociales, intelectuales o periodistas debemos ser meticulosos incluso en detalles aparentemente tan nimios como la fecha del primer atentado de ETA. Se trata de una tarea difícil, desde luego, pero nuestro rigor puede marcar la diferencia.

Gracias a la presente investigación, sabemos que ETA puso su primera bomba en el Gobierno Civil de Vitoria (hoy Subdelegación del Gobierno en Álava). A su lado, en la misma calle Olaguibel, se emplaza la sede del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo. Resulta todo un símbolo: donde ETA hizo sus “primeros pinitos” se sitúa ahora la fundación pública destinada a “preservar y difundir los valores democráticos y éticos que encarnan las víctimas del terrorismo, construir la memoria colectiva de las víctimas y concienciar al conjunto de la población para la defensa de la libertad y de los derechos humanos y contra el terrorismo”²⁸.

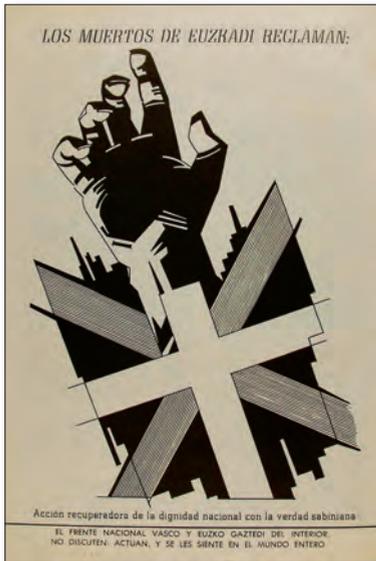
Anexos

Carta de Francisco de Cáceres a Agustín del Río



Fuente: Archivo Histórico Provincial de Cantabria

Irrintzi, nº 9, XI-1959



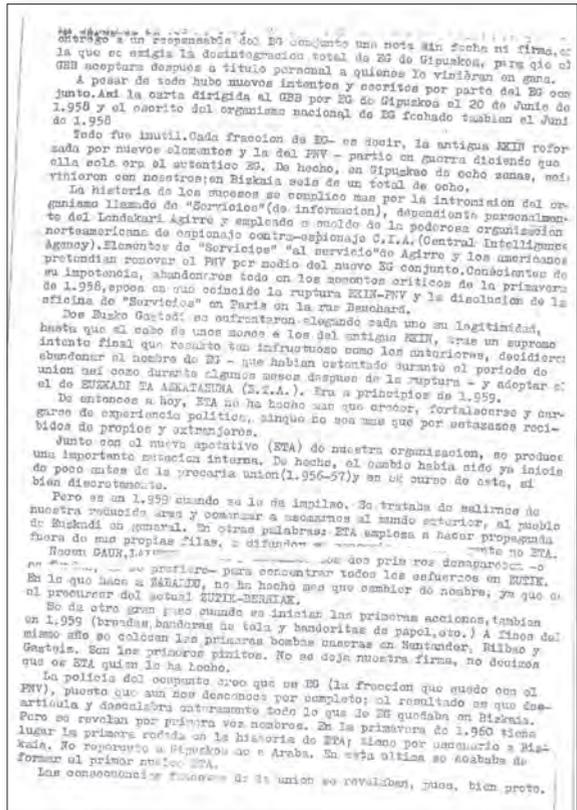
Fuente: Portal Urazandi
(<http://urazandi.euskaletxeak.net/>)

Eusko Gaztedi, XI-1959



Fuente: Portal Urazandi
(<http://urazandi.euskaletxeak.net/>)

"Origen y desarrollo de ETA", X-1964



Fuente: Lazkaoko Beneditarren Fundazioa

NOTAS

¹ El autor desea agradecer las útiles sugerencias, correcciones y aportaciones de José Luis de la Granja, Raúl López Romo, Santiago de Pablo, Antonio Rivera, Virginia López de Maturana, David Mota, Javier Gómez y Mercedes Domenech. Este trabajo se enmarca en dos proyectos de investigación subvencionados por la Secretaría de Estado de Investigación, Desarrollo e Innovación: “El terrorismo europeo en los años de plomo: un análisis comparativo”, con referencia HAR2015-65048-P, y “Héroes y villanos de la patria. La creación y socialización de arquetipos (anti-)nacionales en la historia contemporánea vasca en perspectiva comparada”, con referencia HAR2015-64920-P.

² LÓPEZ ROMO, Raúl: *Informe Foronda: los efectos del terrorismo en la sociedad vasca (1968-2010)*. Madrid, Los Libros de la Catarata, 2015. <http://www.europapress.es/nacional/noticia-censo-interior-reconoce-10181-victimas-terrorismo-cifra-853-asesinados-eta-20170618102154.html>

³ GARMENDIA, José María: *Historia de ETA*. San Sebastián, Haranburu, 1996, p. 152. *Garaia*, nº 28, 10 de marzo de 1977. *Libro Blanco*, en HORDAGO, Equipo: *Documentos Y*. San Sebastián, Hordago, vol. I, p. 196.

⁴ FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gaizka y LÓPEZ ROMO, Raúl: *Sangre, votos, manifestaciones. ETA y el nacionalismo vasco radical (1958-2011)*. Madrid, Tecnos, 2012, p. 274. GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *El laboratorio del miedo. Una historia general del terrorismo, de los sicarios a Al Qu'ida*. Barcelona, Crítica, 2013, p. 429. PORTELL, José María: *Los hombres de ETA*. Dopesa, Barcelona, p. 14. UNZUETA, José Luis: “La V Asamblea de ETA”, *Saioak*, nº 4, 1980, p. 3. ZUMALDE, Xabier: *Mi lucha clandestina en ETA. Memorias del primer jefe del Frente Militar (1965-1968)*. Arrigorriaga, Status ediciones, 2004, p. 72. La cita de Zalbide en *Iraultza*, nº 1, 1968.

⁵ *Zutik Berriak*, 13 de diciembre de 1963.

⁶ “Carta de Francisco de Cáceres a Agustín del Río”, Santander, 26 de octubre de 1959, Archivo Histórico Provincial de Cantabria, Fondo “Alerta”, Legajo 433-3. *Alderdi*, noviembre de 1959. *Eusko Gaztedi*, noviembre de 1959. *Euzko Deya* (París), nº 438, 1 de diciembre de 1959.

⁷ *The Times*, 25 de noviembre de 1959. *The New York Times*, 16 de marzo de 1960. Este último artículo fue reproducido posteriormente en francés en *Euzko Deya* (París), nº 443, 1 de mayo de 1960.

⁸ *Oficina de Prensa de Euzkadi*, 10 de septiembre de 1959, 14 de octubre de 1959, 16, 20 y 26 de noviembre de 1959, 1 de diciembre de 1959, y 7 y 11 de enero de 1960. Véase también *Tierra Vasca*, 15 de diciembre de 1959 y 15 de enero de 1960.

⁹ Facilitadas las fechas y los titulares de las noticias al Archivo de *El Nacional*, sus responsables informaron de que les había resultado imposible encontrarlos.

¹⁰ *Eusko Gaztedi*, noviembre de 1959.

¹¹ *Eusko Gaztedi*, enero de 1960.

¹² *Euzko Deya* (Buenos Aires), 30 de noviembre de 1959, y 30 de enero de 1960.

¹³ *Irrintzi*, nº 9, noviembre de 1959.

¹⁴ *Irrintzi*, nº 9, noviembre de 1959.

¹⁵ *Sabindarra*, nº 22, noviembre/diciembre de 1971.

¹⁶ *Eusko Gaztedi*, noviembre de 1959. Véase también *Oficina de Prensa de Euzkadi*, 1 de diciembre de 1959.

¹⁷ "Memoria del Gobierno Civil de Vizcaya de 1960", 1961, Archivo del Gobierno Civil de Vizcaya.

¹⁸ JUARISTI, Jon: *Sacra Némesis. Nuevas historias de nacionalistas vascos*. Madrid, Espasa, 1999, p. 95-99. RINCÓN, Luciano: *Nuestros primeros veinticinco años*. París, Ruedo Ibérico, 1964, pp. 215-218. HORDAGO: op. cit., vol. I, pp. 31, 32 y 369. *Punto y Hora de Euskal Herria*, 18 al 24 de agosto de 1977. *Alderdi*, nº 154, enero de 1960.

¹⁹ *The New York Times*, 17 de marzo de 1960.

²⁰ AIZPURU, Mikel: "¿El primer informe policial sobre ETA? Los archivos franquistas como fuente para la investigación histórica", *Sancho el Sabio*, nº 39, 2016, pp. 223-251. SÁNCHEZ, Gabriel: "ETA: 'jo ta ke' a la prensa", *Cuadernos de Periodistas*, nº 23, 2011, pp. 13-25.

²¹ JÁUREGUI, Gurutz: "ETA: orígenes y evolución ideológica y política", en ELORZA, Antonio (coord.): *La historia de ETA*. Madrid, Temas de hoy, 2006, p. 204.

²² "Origen y desarrollo de ETA", X-1964, LBF (*Lazkaoko Beneditarren Fundazioa*), ETA/ 002, 06. También hay copia, bajo el título "Antes de la excisión [sic] de ETAb-ETAz año 1964", en LBF, ETA/ 002, 08. Ni siquiera tras la detención en 1961 de quien era considerado jefe de la rama de acción de ETA en 1959, Rafael Albisu Ezenarro (padre de Mikel Albizu Iriarte, *Mikel Antza*), la Brigada de Investigación Social llegó a sospechar que esta organización hubiera tenido algo que ver con las bombas (*Boletín informativo de la Brigada de Investigación Social*, nº. 9430/XVIII, 25-VIII-1961, Archivo Histórico Nacional, FC-Ministerio de Interior, Policía H, expediente 53102).

²³ HORDAGO, Equipo (1979): *Documentos Y*. San Sebastián, Hordago, vol. VII, pp. 267-268 y 273, donde se incluye una nota aclaratoria de Patxo Unzueta acerca de los textos de Madariaga y Etxebarrieta. También hay copia de este último en LBF, ETA/ 002, 08.

²⁴ *Zuzen*, nº 79, febrero de 2004. Lo mismo ocurre con sus apologistas, como Iñaki Egaña (*Gara*, 12 de febrero de 2010).

²⁵ *Sabindarra*, nº 22, noviembre/diciembre de 1971.

²⁶ *Sabindarra*, nº 2, 1970, nº 5, junio de 1970, nº 13, febrero de 1971, nº 19, agosto de 1971 y nº 22, noviembre/diciembre de 1971. *Zutik*, nº 53, septiembre de 1971. FERNÁNDEZ SOLDEVILLA, Gai-zka: *La voluntad del gudari. Génesis y metástasis de la violencia de ETA*. Madrid, Tecnos, 2016.

²⁷ *Informe del Centro Memorial de las Víctimas del Terrorismo*, nº 2, 2017. Se puede consultar online: <http://www.memorialvt.com/publicaciones/>

²⁸ <http://www.memorialvt.com/memorial-presentacion/>

¿POR QUÉ MENOS NIÑAS QUE NIÑOS DECIDEN DEDICARSE A LA CIENCIA Y LA INGENIERÍA?

LOURDES DOMÍNGUEZ CARRASCOSO
TERESA SANTOS CAÑAS

A estas alturas de la historia es incuestionable la importancia que la ciencia y la tecnología tienen en nuestras vidas: las de las personas y del medio ambiente. El grupo de personas se divide entre hombres y mujeres, independientemente de las posibilidades de otros géneros o identidades que no vamos a tratar aquí, siendo algo más de la mitad el número de mujeres que pueblan el planeta. En este artículo, vamos a tratar de las puertas de entrada de las mujeres en el universo de la ciencia, la tecnología o la ingeniería. Se trata de un tema sobre el que cualquier persona cree saber y acostumbra a opinar, y para el que no hace falta más que el sentido común; este tipo de opiniones generalizadas y superficiales propicia la creación de prejuicios que nos conducen a errores. Uno de ellos, que se ha instalado en el imaginario colectivo, es creer en la neutralidad de la ciencia y la ingeniería, sólo sería cierto si en la construcción de estos conocimientos no intervinieran las personas, más allá de ser una preconcepción, no deja de ser una friolidad.

Tomando el hilo del conocimiento científico desde la historia, los primeros que accedieron a él fueron varones religiosos o aris-

tócratas, quienes podían pensar y estudiar sin otras obligaciones; sin embargo, las mujeres tuvieron un papel importante, y oculto, en el discurrir científico. Los conventos eran como laboratorios de experimentación y de archivo de conocimiento, tanto los masculinos como los femeninos. Las mujeres conocían las plantas, la farmacia, la medicina, la astronomía, pero el trato que la ciencia oficial ha dado a estas contribuciones las ha dejado en un plano de fondo apenas visible¹. No obstante, la historiografía actual está rescatando del olvido y del descrédito esta parte velada de la ciencia³.

El comportamiento colectivo a lo largo de la historia ha creado estereotipos que configuran nuestros pensamientos, ideas y actuaciones y, por lo tanto, nuestras decisiones. Las imágenes sobre ciencia, y aún más en ingeniería, se forjan en moldes eminentemente masculinos: la inteligencia analítica, la fuerza de carácter, la fuerza física asociada a las máquinas, la pericia para dominar el tiempo y el espacio, el dominio del saber y el propio método científico, tienen un gran halo de masculinidad, reforzado por las características del propio lenguaje. Se hace difícil para una persona ir contra los estereo-

tipos, sin caer en el histrionismo, sin que sus actitudes sean consideradas provocativas y fuera de lugar. Las mujeres jóvenes, si es que pueden hacerlo, al elegir los estudios, bajo la influencia de esas imágenes se decantan por estudios y ámbitos laborales en los que estos moldes no las asfixien. Es anacrónico despreciar la curiosidad por los misterios de la naturaleza o por el juego de los montajes artificiales que tienen las niñas. Sin embargo, parece que cierto juego perverso, intensamente discutido y estudiado, filtra, separa estas curiosidades entre el rosa y el azul. Se podría decir que el impacto de esa discriminación, conduce a las chicas a no verse a sí mismas, con traje, con corbata o con casco.

Los referentes que orientan hacia la ciencia o la ingeniería suelen empezar en la estructura familiar. Muchas niñas se han apoyado en los modelos de padres o de hermanos o tíos varones y los reproducen. También suele ser el ejemplo de una mujer cercana que despierta admiración, una profesora, una amiga de la familia, o un familiar. Los referentes tienen una gran importancia en la elección de futuro. A veces los niños y las niñas, ven, con estupor, que las mujeres profesionales llevan una vida de stress que no quieren imitar. Es una cuestión compleja y son muchos los factores, falta de referentes

y modelos que conllevan un gran esfuerzo, que dificultan, tanto el ingreso como el desarrollo de la carrera científica de las mujeres en condiciones de igualdad.

Sabemos que la proporción de mujeres disminuye drásticamente a medida que se asciende en la carrera científica o en los puestos de liderazgo, donde representan aproximadamente el 20% del total², tendencia que se repite en la Unión Europea y en el resto del mundo. Ocupan puestos de poder, sí, algunas, pero la mayoría de estos lugares de decisión son para los hombres. Un papel secundario porque para el papel protagonista hace falta una energía que la mujer ha consumido en las funciones que impone la inercia social de madre, esposa e hija. Muchos hombres hacen sus pactos y acuerdos en sus ámbitos de socialización, casi siempre ajenos a las mujeres, mientras ellas tienen el límite de lo doméstico.

La actividad científica y la ingeniería demandan un proceso de adaptación que se oculta bajo ese halo de neutralidad u objetividad que emana de la tarea científica. Por eso, y volviendo al inicio de la exposición, hablar de neutralidad en la ciencia y en la ingeniería es un pensamiento frívolo y superficial.

NOTAS

¹ Conocemos las obras del astrónomo Tycho Brahe pero no el trabajo de su hermana Sofía Brahe (1556-1643) que durante años ayudó a su hermano en los cálculos de eclipses y observaciones de planetas. Y es que durante siglos los ojos de las mujeres han sido ciegos, aunque sus logros astronómicos fueran fascinantes. Como dice Jocelyn Bell Burnell, 2004. "Ya es hora de que la sociedad se mueva hacia las mujeres, no las mujeres hacia la sociedad"

² She_Figures_2015. Publicado por la Comisión Europea.

BIBLIOGRAFÍA

1. Científicas. Cocinan, limpian y ganan el premio Nobel (y nadie se entera)
Valeria Edelsztein. Editorial: Siglo XXI
2. ¿Por qué no hay más mujeres STEM? Se buscan ingenieras, físicas y tecnólogas
Coordinadora: Milagros Sainz. Editorial: Planeta
3. Mujeres, manzanas y matemáticas. Entretejidas
Xaro Nomdedeu Moreno. Editorial: Nivola
4. Video: Las mujeres en la ciencia
https://www.youtube.com/watch?time_continue=1&v=dozk4lQW3FO
5. La mecánica del caracol, Radio Euskadi.
Grandes mujeres en la Historia de la Ciencia.
<http://www.eitb.eus/es/radio/radio-euskadi/programas/la-mecanica-del-caracol/detalle/4344510/grandes-mujeres-historia-ciencia/>
6. Emakumea Zientzian. Zientziaren historian zehar emakumeak izan duen garrantziaren inguruko gida didaktikoa.
Alexander Aginagalde et al.
<https://www.ehu.eus/documents/2007376/2110212/Zientziaren+historian+zehar+emakumeak+izan+duen+garrantziaren+inguruko+gida>
7. Las pioneras. Las mujeres que cambiaron la sociedad y la ciencia desde la Antigüedad hasta nuestros días
Rita Levi-Montalcini y Giuseppina Tripodi. Editorial: Crítica
8. Las científicas y su historia en el aula
Mari Álvarez Lires, Teresa Nuño Angós, Núria Solsona Pairó. Editorial: Síntesis

ENTREVISTA A MARTA MACHO STADLER

LOURDES DOMÍNGUEZ CARRASCOSA

TERESA SANTOS CAÑAS

En la identificación personal de la profesora Marta Macho Stadler en wikipedia aparece la UPV/EHU como su Alma Máter, todo un privilegio para la institución. Marta Macho es una científica, investigadora, estudiosa y comprometida que se ha volcado sobre nuestra universidad pública y ha hecho resonar sus siglas y admirar su logotipo entre los foros de estudios de ciencia y género más destacados. El año 2015 le concedieron el Premio a la Igualdad en la Universidad de Alicante. Ese mismo año recibió la Medalla de la Real Sociedad Matemática Española: “por su labor de divulgación de las matemáticas, por su compromiso por la igualdad y por tender puentes entre el profesorado de matemáticas de diferentes niveles educativos”. En 2016 recibió el Premio Emakunde a la Igualdad, destacando la edición del blog “Mujeres con ciencia” que ha ocupado gran parte del horario de trabajo de Marta en su despacho de Leioa.

La impresión general fue de alegría colectiva, compartida. Porque Marta Macho Stadler tiene varios campos abiertos y en todos ellos deja la huella de un trabajo concienzudo, hecho desde el alma y para su alma máter, refinado, con esa exquisitez que da la cultura amplia y la mente abierta. Quien quiera comprobarlo no tiene más que acudir al mencionado blog que alimenta con el cuidado con el que se cuida la vida. Está abierto a cualquier aportación sobre el tema general de ciencia y mujer, pero siempre bajo el nivel de exigencia que Marta pone a la hora de rechazar lo que pudiera dañar al retoño. Exigente porque puede y sabe y su saber también se extiende a la literatura, numerosos estudios realizados por ella sobre literatura francesa y matemáticas lo demuestran. En su trato personal desborda conocimiento literario sin ninguna ostentación, le gusta y lo domina.

Según el patrón de medida avalado por el mundo académico, basado en publicaciones científicas, asistencia a congresos y cursos impar-



tidos, Marta ofrece una brillante trayectoria. Sus áreas de investigación son la teoría geométrica de las foliaciones, el Álgebra y Geometría en dinámica Real y Compleja y Técnicas topológicas y no conmutativas en el estudio de espacios foliados. Por eso es una gran divulgadora de las matemáticas y sus estudiantes tanto de la facultad como de las aulas de la experiencia, así como el público que acude a las conferencias de la biblioteca de Bidebarrieta lo disfrutaban. De todo esto vamos a hablar con ella en esta tranquila tarde de septiembre.

¿Cuándo y cómo empezó en ti el gusto por las Matemáticas, estuvieron presentes desde tu infancia o adolescencia en tu entorno familiar o social?

Desde pequeña, siempre se me daba muy bien, con lo cual esa especie de alergia que a todo el mundo le dan las matemáticas yo no la sentía porque siempre han sido como un juego para mí.

En mi entorno familiar no había nadie de ciencia. Mi padre era profesor de clases particulares, él empezó la carrera de Ingeniería y la tuvo que dejar por circunstancias personales.

Yo fui al Instituto de Txurdinaga, y en un año de muchas huelgas que estuvimos sin clases, me hice todas las integrales que había en el libro de mates y me lo pasé bien, eso le pasa a mucha gente de mi perfil, y tampoco somos tan raros y también me gusta la física, pero mi hermana un año mayor que yo estudiaba Físicas y por cambiar yo elegí Matemáticas. Tuve mucha motivación, facilidad y gusto para estudiarlas.

Tu experiencia en la universidad como estudiante de una carrera científica y como mujer, ¿cómo transcurrió?

Durante la época universitaria, por la edad, tampoco eres muy consciente de sesgos y estereotipos, de que alguien te trate mal o bien en el sentido del género. Éramos un grupo de chicos y chicas, yo creo que nos llevamos bien en general.

Lo digo, porque creo que mi situación en aquel momento y la de ahora no es muy distinta y creo que las chicas tampoco perciben, con 18, 19, y 20 años, que pueden sufrir algún tipo de discriminación en el aula por parte de sus compañeros o del profesorado. El momento de sentirse o no discriminada o de percibir esos pequeños detalles, que a veces son muy sutiles, a veces te descolocan sin que te des cuenta. Lo percibes, cuando eres un poco más mayor y eres más observadora, has vivido más cosas y te das más cuenta.



La clave es la competitividad, y el alumnado de ciencias, en general, es muy competitivo. En un grupo numeroso, éramos unos 150, mitad y mitad, te juntas con la gente que estás a gusto y claro, cómo no, los más listos casi siempre son chicos, pero tú elegías con quién trabajar en pequeños grupos; quedábamos para hacer ejercicios para discutir y funcionaba, yo no notaba nada, pero, claro, no sé lo que pasaba en otros grupos.

En aquella época yo no era tan inquisitiva con este tema; empiezas a ver qué pasa en el mundo laboral y comencé a espabilar.

Tuviste la oportunidad de hacer tu tesis doctoral en otra universidad en otro país, ¿Qué te aportó, qué supuso para ti, qué beneficios te trajo, qué dificultades encontraste?

Cuando acabé la carrera entré a trabajar inmediatamente en Departamento de Matemática Aplicada, con un contrato a tiempo parcial, y yo tenía claro que quería ser docente. Me gusta mucho la docencia, es lo que más me gusta con diferencia. Tenía unas clases muy complicadas; sufrí mucho ese año y sólo di clases. Al cabo de un par de años, empecé a investigar con una persona de mi departamento sobre un tema no muy apreciado: "Topología de conjuntos borrosos".

Casualmente un profesor de la Universidad de Lyon quería captar alumnos extranjeros, porque en Francia muy poca gente hace la tesis en Matemáticas, solamente hacen la tesis en Matemáticas aquellos alumnos absolutamente excepcionales que es gente que viene de las Escuelas Normales, (École Normale, Normale o Normale Sup) donde se recibe una educación muy elitista. Este profesor quería alumnado español en particular, ya que tenían muchos alumnos del norte de África y yo tenía la ventaja del idioma: ya estudié de pequeña en el colegio francés. Mis compañeros del Departamento me ayudaron a mantener mi contrato a tiempo parcial y podía

acumular mis horas de docencia durante un tiempo y luego irme a Francia a hacer la tesis.

La experiencia ha sido muy buena, aunque lo pasé muy mal en Francia, porque el mundo de la investigación y de las matemáticas es muy duro. No te lo ponen fácil en casi nada. En cierta medida, si me comparaba con mis compañeros, todos hombres, y del Norte de África, era una privilegiada, ellos tenían unas becas muy malas; hablo de los años 86, 87, 88; yo, al fin y al cabo, era una docente de una universidad europea, y tuve una ventaja, sobre el resto de los alumnos árabes: me dieron un lugar en un despacho compartido, el resto no tuvo esa posibilidad.

Yo era la única mujer que estaba en aquel momento haciendo la tesis en varios kilómetros a la redonda y no me podía comportar como soy, ya que mis compañeros confundían la amabilidad y el compañerismo, lo malinterpretaban. En una ocasión, otra persona me advirtió, de que fuera un poco menos amistosa, porque le preguntaron a ver si yo estaba disponible. Eso me hizo pensar que no tenía realmente verdaderos compañeros.

A pesar de todo, de mis compañeros aprendí muchas cosas, más allá de las matemáticas, sobre la situación política de sus países, sobre sus condiciones de vida, y cómo sentían el racismo en Francia que era brutal. Algunos no llegaron a terminar la tesis en Francia.

En el ámbito académico y científico nos daban mucha caña, compartir espacio y tiempo con la gente de la Escuela Normal fue todo un reto. Era una época que lo pasé muy mal allí y, además, como no me gustaban las dinámicas que establecía mi director de tesis, una vez me enfrenté a él, me tenía reservado el rato de la comida para hablar conmigo de matemáticas, era la cita semanal que me concedía, me sentía humillada por el trato que me dispensaba, no podía ni comer. Una vez me atreví a decírselo, y dejó de hablarme en un mes, hasta que se dio cuenta que era una situación un poco ridícula y cambiaron las dinámicas de relación, no es que fueran menos severas, pero no eran en la comida. Mi director nunca te recibía a solas, se llevaba a otro testigo y al final terminaba machacándonos a los dos. Si te equivocabas, te humillaba, y era muy agresivo contigo, con todos. Nunca recomendé a nadie que hiciera la tesis con él, por muy listo que fuera, a día de hoy yo he dirigido la tesis a tres personas, a tres chicos, y, nunca, nunca me he comportado así, no quería parecerme a él. Aprendí muchas matemáticas y en algún congreso

que he participado me han dicho, si yo era discípula de ese profesor porque se nos nota su estilo.

No me arrepiento para nada, aunque en un momento estuve a punto de dejarlo, porque la gente de mi entorno me decía: "no puedes seguir así". Hice *crack*, pesaba muy poco, adelgacé muchísimo, fui al médico y siempre digo que seguí por orgullo, me dije "no vas a poder conmigo", aunque no creo que sea una buena manera de hacer las cosas.

Por otro lado, tuve mucha suerte, porque viví en una casa, a las afueras de Lyon, de una familia de matemáticos que se fueron a Canadá y me pidieron que me fuera a su casa a vivir con sus dos hijos, para acompañarlos y que no vivieran solos, y allí estuve muy bien, me hice muy amiga de ellos.

Con mis compañeros de tesis, intenté llevarme lo mejor posible, aunque a veces era difícil, una vez un compañero marroquí nos invitó a comer cous-cous a su casa, yo por aquel entonces ya era vegetariana, pero me lo comí por el esfuerzo que hizo esa persona para invitarnos a todos, seguro que se gastó todo lo que tenía.

¿Qué opinión te merece o por qué crees que sigue existiendo esa extrema separación entre las ciencias y las humanidades? ¿Por qué es tan difícil encontrar conexiones y relaciones? ¿Cómo las encontraste tú?

Siempre he leído mucho, vivir en Francia me ha ayudado, porque he mamado una cultura muy humanista, con lo cual no he visto esa brecha. Siempre me han gustado mucho las ciencias, y mucho leer: ¡es tan natural el cruce entre una cosa y otra!

Yo creo que es una cuestión de complejos, las humanidades y las ciencias forman parte de la actividad humana. Ya sé que son formas de llamar a las cosas, pero ambas forman parte de la actividad intelectual de las personas.

Creo que la frontera es artificial, la gente se construye mecanismos de defensa, todos no podemos saber de todo y marcamos nuestro territorio y lo defendemos como exclusivo. En lo básico, todo el mundo es capaz de entender algo, pero con las matemáticas y las ciencias, en general, la gente se pone muy nerviosa cuando ambas son ámbitos que forman parte de la cultura, como Cervantes.

Si marcáramos menos las diferencias, si tuviéramos menos complejos y admitiéramos que no entendemos algo, cuando no lo entendemos

de una manera más natural, la frontera y los límites se convertirían en puentes y no en muros. Creo que la ciencia bebe de las llamadas humanidades y las humanidades beben de la ciencia continuamente.

En tu artículo del 22 de julio de este año en El Diario Norte comentas que Poincaré hace un paralelismo entre la traducción de lenguas y la representación del mundo con diferentes geometrías. Dices, además, cito textualmente “propone la traducción como un modo de dominar los matices que puede expresar el lenguaje, un modo de aprehender sutilezas en los escritos, de estimular el espíritu creativo, ése tan necesario para cualquier persona que se dedica a la ciencia”. La conexión entre mundos se encuentra en la traducción, ¿crees que la falta de este tipo de conexiones influye en las niñas y jóvenes para la elección de estudios científicos y/o tecnológicos?

Yo estoy muy preocupada por el tema de la lectura, me dedico a la divulgación de la ciencia y veo a los *youtubers* presentar diferentes temas a través de imágenes, sin texto, no hay que leer nada, eso está influyendo en los jóvenes. Parte del problema que tiene nuestro alumnado de matemáticas es que no sabe leer, no entiende lo que se le pregunta, no entiende lo que está leyendo, si no se entiende la pregunta no se puede responder bien. Seguro que no ocurre solamente en la carrera de matemáticas.

Voy al tema de la traducción; es importante, porque cuando tú traduces de un idioma a otro no hay una analogía directa entre una palabra y otra, un término en castellano significa una cosa y en euskara otra. Para hacer una traducción hay que hacer una lectura del texto con un cuidado exquisito, una lectura pausada para entender el matiz de cada frase. Es lo mismo que cuando estás queriendo entender un teorema matemático: hay que pensar con mucho cuidado, porque en un momento te desvías y estás demostrando otra cosa.

Si fuéramos conscientes de que siempre estamos empleando metáforas en el lenguaje científico, el nexo entre el mundo de la palabra y del símbolo-no-palabra lo veríamos más claro, reconciliador. Mi insistencia es una manera de reivindicar una lectura sosegada y una lectura analítica, intentando entresacar qué hay detrás de lo que está escrito y de lo que no está escrito. Muchas veces no es entender las palabras sólo, sino entender los registros, entender las metáforas, entender los giros y entender por qué se ha escrito lo que se ha escrito. Él dice que es

una buena manera de entrenarse para ser un buen científico. De todas formas, se refería a la traducción desde las lenguas muertas.

¿Qué aspectos consideras que han influido e influyen para que las niñas y las jóvenes elijan en menor proporción que los varones estudios de ciencia, tecnología y matemáticas?

Les afecta todo, absolutamente todo, desde su entorno familiar y hasta el social.

Esto ocurre, según los últimos estudios, desde muy pequeñas. Ya a los 6 años, lo que se les ofrece a los niños y a las niñas en juegos, películas, tareas... es muy diferente y les conduce a construir su género de una manera muy diferenciada, que en absoluto favorece que las elecciones que hagamos de adultos y adultas sean neutras.

Por otro lado, la falta de referentes de mujeres en el ámbito científico, matemático y en la ingeniería sigue siendo muy notoria, a pesar de los esfuerzos realizados para recuperar a mujeres que trabajaron y trabajan con éxito en esos campos. Cuando en la tele sale alguien hablando de Astrofísica, nunca es una mujer.

Los hombres jóvenes, mis alumnos por ejemplo, son mucho menos recatados que mis alumnas. Responden, aunque no estén seguros; y, aunque las chicas estén muy seguras de lo que van a decir, es altamente probable que no hablen. Ellos, como digo yo, les rebota la neurona en el cerebro y se activan rápidamente, y para mí eso está muy bien. Lástima que esta conducta no la hayan aprendido las chicas, y me consta que a las que lo han desarrollado en una ocasión o en alguna circunstancia se les ha recriminado, se le ha dado un corte, o, por educación, no quieren crear una situación conflictiva, por lo que no lo repiten. Animo a mis alumnas a que hablen, a que respondan, aunque esté mal; eso da pie a conversar y a aprender.

Hasta algún alumno mío se ha atrevido a criticarme, a decirme que caigo mal al principio, por la seguridad que transmito como mujer al caminar...

Por último, alguna recomendación de libros y /o autores o autoras que abordan temas mestizos entre Ciencia, Arte y Literatura.

Por mi formación muy francófona, sé que incluso en los libros de textos de matemáticas en secundaria aparecen con cierta asiduidad

textos literarios, por ejemplo trabajar una novela de Verne, en la que aparecen problemas de cálculo de alturas¹.

He intentado reproducir ese modelo con mi alumnado joven y no he tenido éxito, pero sí, con alumnado más maduro en las aulas de la experiencia de la UPVEHU, o en charlas de divulgación en ámbitos generalistas, utilizo textos clásicos, dónde se pone de manifiesto que las matemáticas y las ciencias, en general, forman parte de la cultura.

Por mi formación y por mi curiosidad hacia la literatura, he tenido la suerte de conocer a un grupo francés de literatura experimental, en el que precisamente han hecho un mestizaje con la ciencia, son los OuliPianos, del grupo OuliPo (acrónimo de «Ouvroir de Littérature Potentielle», en castellano «Taller de literatura potencial»), creado por un ingeniero y matemático francés François Le Lionnais, y por el escritor, Raymond Queneau, en 1960. Plantean que escribir bajo “restricción” es escribir bajo una traba. Por ejemplo, escribir mientras viajas en metro o caminando, o con trabas de carácter matemático. Son textos maravillosos, bien si conoces o no la trama. Italo Calvino formó parte de este grupo.

Me gustan mucho las sextinas en poesía, poemas estructurados en seis estrofas con seis versos, resultan ser textos muy matemáticos.

Quiero mencionar a dos autores que me encantan, Sofia Rhei, sus libros *Alicia Volátil*, y *Química* y Alejandro Céspedes, con su poemario titulado *La topología de una página en blanco* y otro poemario en el que habla sobre la teoría del caos, *Voces en off*.

NOTA

¹ Un paseo matemático por la literatura.

BIBLIOGRAFÍA

Artículo Marta Macho, revista SIGMA, nº 32 (2008) pág. 173-194.

COLABORADORES / PARTE HARTU DUTE

Eloisa del Pino. Doctora en Ciencia Política por la UCM y el Instituto Universitario de Investigación Ortega y Gasset (IUIOG). Fue secretaria de redacción de la Revista Española de Ciencia Política (2005-2007). Ha investigado sobre la reforma de las políticas sociales y el Estado de Bienestar y sus determinantes políticos.

Zientzia Politikoan Doktorea, Unibertsitate Konplutensetik (UCM) eta Ortega y Gasset Institutu Unibertsitariotik. Revista Española de Ciencia Política aldizkariaren idazkari izan da (12005-2007), politika sozialak eta Ongizate-Estatua nola berritu da bere ikerketetako gai bat.

Paul Mari-Klose. Profesor de Sociología en la Universidad de Zaragoza. Doctor en Sociología en la Universidad Autónoma de Madrid. Es autor o coautor de nueve libros y más de treinta artículos académicos y capítulos en obras colectivas.

Soziologia irakaslea Zaragozako Unibertsitatean. Soziologian Doktorea, Madrileko Unibertsitate Autonomotik. Bederatzi libururen egile edo egileen artekoa da.

Patrick Diamond. Escritor e investigador. Ha publicado artículos en los diarios más importantes del Reino Unido e investigado sobre las relaciones entre políticas sociales y el Estado de Bienestar.

Idazle eta ikerlaria. Erresuma Batuko egunkarietan idatzi du, politika sozialen eta Ongizate-Estatuaren artean dauden harremanei buruz, batez ere.

Francisco Javier Moreno Fuentes. Científico Titular en el Instituto de Políticas y Bienes Públicos (IPP) del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC). Doctor en Ciencia Política por la Universidad Autónoma de Madrid y Doctor Miembro del Instituto Juan March. Es autor o coautor de cuatro libros y de más de cuarenta artículos académicos y capítulos en obras colectivas.

Zientzialari Titularra da CSIC-eko Politika eta Ondasun Publikoen Institutuan. Lau libururen egile edo egileen artekoa da, besteak beste.

Francisco Blanco Ángel. Doctor en Economía y Profesor Titular del área de Economía Pública en la Universidad de Oviedo. Sus principales temas de investigación han estado centrados en la Hacienda Pública y los sistemas públicos de pensiones, sobre los que ha publicado distintos trabajos.

Ekonomian Doktorea, eta Ekonomia Publiko Irakasle Titularra, Oviedoko Unibertsitatean. Ogasun Publikoaren eta pentsioen sistema publikoen egoera eta garapena izan ditu ikerketa-gai.

María Luz Rodríguez Fernández. Doctora en Derecho por la Universidad de Valladolid y, desde 2003, Profesora Titular de Derecho del Trabajo y de la Seguridad Social en la Universidad de Castilla-La Mancha.

Zuzenbidean Doktorea, Valladolideko Unibertsitatetik eta, 2003. urteaz geroztik, Lan-Zuzenbide eta Seguritate Sozial Irakasle Titularra Castilla-La Manchako (UCLM) Unibertsitatean.

Borja Barragué. Licenciado en Derecho por la Universidad de Deusto y en Ciencias Políticas por la Universidad Autónoma de Madrid.

Zuzenbidean Lizentziatua, Deustuko Unibertsitatetik, eta Zientzia Politikoetan, Madrileko Unibertsitate Autonomotik.

Patxi López. Es Diputado en el Ciongreso en representación de Vizcaya. Actual Secretario de Política Federal del PSOE. Fue Lehendakari de la Comunidad Autónoma Vasca (2009-2012).

Bizkaiko Diputatua Madrileko Kongresuan. PSOEren Politika Federal arloko Idazkaria. Lehendakari izan da Euskal Autonomia Erkidegoan (2009-2012).

Antonio Rivera. Historiador. Catedrático de la UPV-EHU. Fue miembro del Parlamento Vasco. Autor de una extensa obra. Su último libro publicado es *Antología del discurso político*.

Historiagilea. Katedraduna UPV-EHU. Euskal Parlamentuko Batzarkide izan da. *Antología del discurso político* da azken liburua.

David Mota Zurdo. Fruto de su tesis doctoral, David Mota Zurdo ha publicado recientemente el libro titulado *Un sueño americano. El Gobierno Vasco en el exilio y Estados Unidos (1937-1979)*, donde se analiza la acción exterior del Gobierno Vasco en Estados Unidos entre 1937 y 1979.

David Mota Zurdo ikerlariak argitaratu berri du *Un sueño americano. El Gobierno Vasco en el exilio y Estados Unidos (1937-1979)*, non aztertzen dituen Eusko Jaurlaritzak Estatu Batuetan, 1937tik 1939ra bitartean, aurrera eramandako kanpo harremanak.

Luis Roca Jusmet. Profesor de Filosofía. Colabora en la revista El Viejo Topo. Ha participado en el libro *Els marges de la filosofia*.

Filosofia irakaslea. El Viejo Topo aldizkariaren kolaboratzaile.

Jesús Alonso Carballés. Profesor Titular de Civilización de la España Contemporánea en la Universidad de Burdeos. Ha estudiado el tema del exilio vasco en Francia.

Bordeleko Unibertsitateko Irakasle Titularra. Euskal erbestea Frantzia du ikerketa gaietako bat.

Andoni Unzalu. Escritor y pensador. Ha colaborado escrito numerosos artículos en los principales medios. de la Comunidad Autónoma Vasca.

Idazlea eta pentsalaria. Euskal Autonomia Erkidegoko komunikabide gehienetan parte hartu du, kolaboratzaile gisa.

Martín Mena. Nació en san Zarautz. Vive en San Sebastián, donde desarrolla su acción poética.

Zarautzen jaio zen. Donostian bizi da. Bertan ekintza poetikoak daramatza aurrera.

Jorge G. Aranguren. Poeta y novelista. Vive en San Sebastián. Es de los pocos poetas vascos que ganó el Premio Adonais (1976).

Poeta eta eleberrigilea. Donostian bizi da. 1976. urtean Adonais sari ospetsua irabazi zuen.

Miguel Angel Unanua. Poeta, traductor y profesor de Filosofía.

Poeta, itzultzaile eta Filosofia irakaslea.

Jon Sudupe. Escritor y ensayista. Ganador del Premio Euskadi de Ensayo (2013).

Idazlea eta saiogilea. Euskadi Literatura Saria eskuratu zuen, saiakera arloan, 2013. urtean.

Lourdes Domínguez Carrascosa. Licenciada en Ciencias Físicas por la Universidad de Navarra y Doctora en Ciencias por la UPV/EHU. Catedrática de Escuela Universitaria, imparte Física y temas relacionados con la Electrónica en la Escuela Politécnica de Donostia-San Sebastián. Lleva más de quince años trabajando en el área de ciencia y feminismo.

Fisika Zientzietan lizentziatua, Nafarroako Unibertsitatetik; eta Zientzietan Doktorea, UPV/EHUtik. Unibertsitate-Eskolako Katedraduna. Fisika eta Elektronikarekin zerikusia duten gaiak irakasten ditu Donostiako Eskola Politeknikoan. Hamabost urte baino gehiago daramatza zientzia eta feminismo gaiak lantzen.

Teresa Santos Cañas. Licenciada en Ciencias Químicas por la Universidad Complutense de Madrid. Profesora de Física y Química de E. Secundaria. En la actualidad trabaja en el Berritzegune de San Sebastián.

Kimika Zientzietan lizentziatua, Madrilgo Unibertsitate Konplutensetik. Fisika eta Kimika irakaslea da, Bigarren Hezkuntzan. Donostiako Berritzegunen egiten du lana.

